

# LA SOMBRA

WENDY DARLING  
*Volumen tres*



AUTORA DEL BESTSELLER REINA DE CORAZONES

# COLLEEN OAKES

La Sombra. Wendy Darling 3 /  
Shadow. Wendy Darling 3

Colleen Oakes

© 2016, Colleen Oakes. Esta traducción se publica bajo acuerdo con SparkPoint Press, una división de SparkPoint Studio. Todos los derechos reservados.

D.R. © Selector S.A. de C.V. 2016

Doctor Erazo 120, Col. Doctores, C.P. 06720, México D.F.

D.R. © David Schmidt, traducción D.R. © Genoveva Saavedra García, portada D.R. © Iness Rychlik/Trevillion Images, foto de portada ISBN: 978-607-453-578-5

ISBN: 978-607-453-581-5 (e-Book) Primera edición: septiembre de 2018

Características tipográficas aseguradas conforme a la ley. Prohibida la reproducción parcial o total mediante cualquier método conocido o por conocer, mecánico o electrónico, sin la autorización de los editores.

Impreso en México

Printed in Mexico

## ÍNDICE

LA ISLA DE PAN 11

I 15

II 25

III 35

IV 47

V 63

VI 75

VII 83

VIII 93

IX 105

X 115

XI 127

XII 137

XIII 151

XIV 161

XV 169

XVI 183

XVII 195

XVIII 209

XIX 219

XX 229

XXI 241

XXII 251

XXIII 263

XXIV 275

XXV 285

XXVI 289

XXVII 297

XXVIII 307

XXIX 317

EPÍLOGO 331

AG  
DECIMIENTOS 337

Dedicado a todos los niños y niñas perdidos.  
Guardo la esperanza de que los encuentren pronto.

*“No tenéis que apenaros por ella. Era de las que les gusta crecer. Al final crecía por su propia voluntad un día más deprisa que las demás niñas.”*

J. M. Barrie, *Peter y Wendy*.

## LA ISLA DE PAN

El hada Campanita los observó desde abajo de los árboles, donde posaba sobre una pequeña rama que temblaba bajo su diminuta forma. Las hojas sobre su cabeza temblaban con inquietud ante toda la desgracia que había inundado a Nunca Jamás. Campanita podía saborear la ira que flotaba en el aire, la sentía en sus huesos.

Aquella chica corriente de Londres había regresado. Su hermano la agarró cuando el Capitán Garfio la empujó del tablón del *Noche Repentina*. El suceso tenía algo que inquietaba a Campanita, algo que no había mencionado a nadie. El hada entrecerró los ojos y miró a la chica con detenimiento.

Wendy Darling se paraba orgullosamente sobre la plataforma; su vestido de estampado floral —de un color azul metálico de muy mal gusto— se agitaba en el viento. La fresca brisa de Nunca Jamás levantó sus rizos castaños y le acarició las mejillas. La chica alzó la barbilla y Campanita pudo ver, aun desde su posición remota entre los árboles, cómo Wendy había cambiado, lucía diferente. Quizá era por su forma de pararse o por la manera en que su mirada se fijaba hacia adelante sin vacilar. O acaso era por la sonrisa coqueta que le dirigía a Peter. Éste le devolvió la mirada con tanto deseo que a Campanita le provocó una dolorosa punzada en el corazón. Wendy Darling se había convertido en una chica atractiva. No se parecía en nada a aquella niña que había salido huyendo de la Isla de Pan, muerta de miedo. Lo que el capitán Garfio le había hecho a bordo del *Noche Repentina* —fuese lo que fuese— la había transformado.

Campanita alzó la cabeza y la sacudió, rociando su brillante polvo de hadas por todos lados. Notó que Wendy Darling incluso olía diferente. Antes emanaba un aroma amiláceo, algo mezclado con un leve olor a manzanilla y limón; en cambio, ahora olía a sal, a cuerpo húmedo, al sudor del deseo.

A diferencia de Wendy, Peter olía a una flor que recién se abría. Era tan hermoso que a veces Campanita no soportaba su presencia. La embrujaban sus rizos que parecían llamas rojas, el aspecto de sus oscuras pestañas, su piel oliva y sus ojos color esmeralda.

Peter dio un paso hacia el lugar donde Campanita estaba, y ésta pudo ver los zarcillos de magia que se desprendían de su piel como humo blanco.



Miró con deleite mientras Peter regañaba a Wendy frente a la multitud, pero su felicidad resultó ser efímera, pues la voz de Peter perdió toda crueldad y se tornó sensual, incluso lasciva. El niño inmortal, vinculado a aquella chica de una manera insondable, anunció que Wendy había vuelto porque estaba enamorada de él, que había regresado para ser su reina. Eran las mismas palabras que Campanita añoraba escuchar respecto a ella, susurradas con un tono de reverencia. Cada sílaba que dirigió a Wendy le provocaba agonizantes heridas en el corazón.

Peter estaba ilusionado; no podía quitar los ojos de encima del vestido que Wendy llevaba. Campanita podía oír el agitado tamborileo del corazón de Peter con la misma claridad con la que escuchaba cada recóndito susurro en la Isla de Pan.

Los celos ardientes hicieron que la magia del hada brillase como fuego blanco. Sentía que se inmolaba en las deliciosas llamas de un gran incendio. Los zarcillos blancos de magia debajo de su piel recorrieron sus venas y encendieron las puntas de sus dedos.

Ahora Wendy le dirigía a Peter una mirada de deseo tan hambriento que a Campanita le causó rabia. Aquella chica —según ella siempre tan corriente ahora arreglada como una de las prostitutas del Huerto de las Rameras— se acercó más a Peter. Se acercó al chico que le correspondía a *ella*, a Campanita.

Antes de que el hada pudiera asimilar lo que sucedía, Wendy le dio un beso a Peter.

Sus labios se apretaron contra los labios que Campanita amaba con locura, entre los aplausos de los Niños Perdidos.

El árbol debajo de sus pies se estremeció por la infelicidad que sentía el hada, quien se dejó hundir en las conocidas tinieblas de su mente. Descendió hasta el profundo lugar donde Peter la amaba a ella y sólo a ella, el lugar donde Peter jamás la lastimaría.

Sus alas batieron furiosamente debajo de la sábana harapienta que Peter le obligaba a ponerse. Campanita se imaginó a sí misma lanzándose contra Wendy, levantándola por sus flacos y pálidos brazos y aventándola a una alcantarilla. Le encantaría ver el horror en los ojos de Wendy Darling al ver de qué era capaz un hada.

*Sin embargo...*

Campanita recordó aquel día en que Wendy le había limpiado las heridas

que le causó Peter. La memoria de aquellas manos que la tocaron con tanta ternura le llenó los ojos de lágrimas.

*...Tal vez sí sea una chica buena. Tal vez no importe, a fin de cuentas.*

Peter apartó los labios de los de Wendy y mandó a los Niños Perdidos a traer al prisionero: aquel extraño chico de Londres que John le había traído, aquel de los cabellos despeinados color lodo y ojos de un azul abigarrado. Era un chico que jamás se podría comparar con Peter, que no le llegaba ni a los talones. Sin embargo, cuando lo empujaron hacia Wendy, Campanita percibió un cambio en el rostro de la chica. Su expresión reflejaba un doloroso intento de reprimir sus propias emociones. Cuando el hada giró la cabeza para escuchar el corazón de Wendy, pudo sentir el ineludible magnetismo de la chica que atraía tanto al chico nuevo como a Peter.

Campanita sonrió con malicia al oír el doloroso latido del corazón de Wendy. Sin embargo, de repente otro sonido invadió su conciencia. El hada respondió con una mueca a la voz de las estrellas que le susurraban sus crípticos avisos, aquellas advertencias que trataba de ignorar. Nunca la dejaban en paz, ni cuando volaba o estaba con Peter; le invadían hasta los sueños.

—¡Cállense! —susurró inútilmente.

La voz de las estrellas aumentó su volumen, era más fuerte que la voz de Campanita, más fuerte que el latido del corazón de Wendy, más fuerte que cualquier otro sonido en la tierra de Nunca Jamás. Campanita se tapó los oídos y comenzó a mecerse en la rama, murmurando algo inaudible. Sus alas se estremecieron con cada palabra.

*Vendrá una vida nueva, le susurraron las estrellas. Y la chica es la que cambiará todo.*

## I

Wendy Darling, ex vecina del jardín de Kensington, apretó la mano de Peter Pan con fuerza mientras los dos volaban sobre Nunca Jamás. El crepúsculo había caído unos momentos atrás, y las montañas color esmeralda apenas si se distinguían del mar, negro como telón de fondo. Abajo, en la lejana Bahía de los Tesoros, Wendy percibía las pequeñas puntas blancas, en forma de media luna, que eran los barcos pirata. Una embestida de gotas húmedas le golpeó las mejillas cuando Peter la llevó por las nubes; luego volaron más alto aún, por una neblina grisácea.

Mucho tiempo atrás, a Wendy le había parecido alucinante volar. Antes, lo único que deseaba en la vida era volar con Peter por el resto de sus días. Ahora Peter era un monstruo que la arrastraba hacia un terrible cielo infernal. Se alejaron de las nubes y se abalanzaron hacia el negro vacío del espacio sideral. Una sensación demasiado conocida le invadió el pecho y sus pulmones se contrajeron.

—Peter... —a Wendy le costaba trabajo respirar el aire enrarecido de esta altura—.

¡No tan alto, te lo suplico!

El chico que había amado, mucho tiempo atrás, la miró con una sonrisa cruel en su hermoso y malvado rostro.

—¿Sucede algo, mi amor?

Wendy sentía que el aire enrarecido le laceraba los pulmones como una navaja. Se desesperó ante la falta de oxígeno.

—Es que no... No puedo respirar a esta altura.

Peter alzó la cabeza y respiró profundamente. El viento azotó los rizos rojos que enmarcaban su rostro. Con sus poderosos pulmones exhaló lentamente, soplando todo su aliento hacia la cara de Wendy.

—Bueno, supongo que es un poco alto para una persona mortal como tú. Disculpa, Wendy. Ya sabes que jamás quisiera hacerte daño.

*Mentiroso.*

Peter le apretó la mano con fuerza, y la capacidad de volar fluyó de su palma hacia la de Wendy. La boca de Peter se torció con una sonrisa chueca.

—Ya sabes, no soporto ver que esa hermosa carita se ponga azul.

Con la otra mano, Wendy se sujetó la garganta, jadeando el aire enrarecido con desesperación. Sin reducir su velocidad, Peter la miró detenidamente. Aquellos ojos verdes que antes la habían inundado de placer ahora ardían con crueldad. Peter no mostraba intención alguna de descender.

—Dime, Wendy, ¿alguna vez has visto tanta hermosura? —el rostro de Peter perdió el aspecto arrogante cuando dirigió la vista a las estrellas—. Hace mucho tiempo, aquellas estrellas hicieron que un niño de Escocia se sintiera muy, muy pequeño.

Wendy se fijó en la expresión de Peter, entre el cosquilleo de sus propios rizos contra sus mejillas. Por un instante le pareció haber visto al verdadero Peter, al chico que — creía ella— existía aún, en algún lugar. Sin embargo, enseguida Peter respiró ferozmente y dijo: —Aquel pequeño niño se murió hace mucho tiempo. Ahora las estrellas se arrodillan ante mí.

Wendy dirigió la vista al cielo, esforzándose por mantener la calma, aunque con cada agonizante respiración le ardía el pecho. Peter en algo tenía razón: la hermosura del cielo era abrumadora a esa altura. Aunque sus ojos casi no soportaban tanta belleza, no apartó la vista del paisaje celestial. Apreció de lleno la escena: los tonos de rosa suave y verde olivo que emanaban de las miles de estrellas resaltaban como gigantes celestiales.

Wendy pensó en algo alentador para combatir el mareo, algo agradable: *Esas son las mismas estrellas que brillan sobre Londres.*

El sudor que a Wendy empapaba la frente se congeló al tener contacto con el aire gélido, formando pequeñas gotas de hielo. Ella respiraba a duras penas, mientras Peter señalaba las estrellas, sujetando la diminuta mano de la chica en la suya y trazando, con sus dedos, las líneas de cada constelación. Wendy odiaba el magnetismo que atraía su piel a la de Peter Pan, detestaba el calor que le inundaba el cuerpo ante el contacto con él, la forma en que su cuerpo traicionaba a su mente cuando estaba con él.

Peter frunció el ceño con concentración y señaló las estrellas.

—A aquella constelación le puse El Lazo, esa que tiene el círculo.

En realidad era la constelación de Los Peces, misma que el padre de Wendy le había enseñado desde su infancia. Recordó aquellas remotas noches mágicas en que su papá la tomaba en su regazo con una sonrisa, al lado de la ventana que daba a los jardines de Kensington. A su única hija le había enseñado el nombre de cada constelación, mientras los dos buscaban aquella estrella misteriosa, la que su papá juraba que aparecía de la nada en algunas

noches muy despejadas. Ahora Wendy sabía que esa estrella era Nunca Jamás. Peter espetó: —Wendy... ¿Me escuchas? —percibía enfado en su terso y hermoso rostro.

Wendy saboreó la traición silenciosa que se formaba en su cabeza. *Tú no eres el dueño de estas estrellas. Bien te podrás considerar un dios, pero yo sé que no lo eres.*

Peter observó la pequeña sonrisa de Wendy y pensó que era para él, tal y como se atribuía la titularidad de todo lo que existía en su mundo.

—Mira, a aquella le puse La Víbora.

*No, es El Río.*

La mano de Peter trazó la forma de un diamante con los miembros extendidos: —Y esa es El Guerrero.

*Orión.*

Wendy lo corregía mentalmente mientras Peter recitaba la lista de sus infantiles nombres inventados.

—La Navaja.

*Cáncer.*

—La Arañita.

*Perseo.*

—¿Ves esa que está ahí? Se parece a un antílope.

*El Unicornio.*

Wendy inhaló otra dolorosa respiración, tratando de distraerse del pánico que invadía sus pulmones. Apretó la mano contra el corazón y entesó los músculos, esforzándose por mantener la calma.

—¿Las puedes ver?

—¡Sí, las veo! —respondió Wendy, jadeante—. Por favor, Peter, ya basta de volar.

El chico apretó la mano de Wendy de manera dolorosa, aplastándole los dedos.

—Algún día, Wendy Darling, tendré toda tu atención. Algún día me verás a mí y sólo a mí. Ya no podrás ver a tu familia, ni a los Niños Perdidos, ni siquiera a aquel patético vendedor de libros.

Wendy tembló de miedo al observar el coraje profundo que ardía en la mirada penetrante de Peter, su envidia de Booth que lo llevaba al borde de la locura.

Finalmente su mirada se ablandó, y Peter acarició el temeroso rostro de

Wendy con un dedo helado.

—Está bien. Podemos bajarnos si quieres, pero solamente porque no soporto verte sufrir, mi amor.

*No soportas verme sufrir, claro. Sin embargo, me has cazado como un animal. Amenazaste a mis hermanos. Y ahora tienes preso al chico que amo.*

—También entiendo que te dan miedo las alturas —agregó Peter.

A Wendy la consumieron las ganas de darle una bofetada. *Las alturas me dan miedo porque tú me dejaste caer.* Sabía que en ese instante, Peter se preocupaba por ella de verdad, pero también sabía que ese cuidado desaparecería en cuestión de segundos y lo reemplazaría la terrible oscuridad que vivía dentro de él: *La Sombra*.

Peter dio piruetas en el aire, sosteniendo a Wendy por la cintura. Ésta pudo sentir cómo los labios del chico se movían por su cuello lentamente; sentía, en la nuca, su aliento caliente. Volaron hacia abajo, dejando las estrellas atrás como una memoria distante. Entre más descendían, más abundante era el aire. Wendy respiró con avidez.

Peter se detuvo en medio de los nubarrones grises, cuya humedad empapó el vestido de Wendy. Temblaba en los brazos de Peter.

— ¿Tienes frío, mi amor?

Peter le dio la vuelta para verla de frente, moviéndose con cuidado para no interrumpir el contacto de las manos. Entonces se quitó el abrigo de lana marrón que llevaba, el cual le había quedado suelto. Entrelazó sus dedos con los de Wendy y colocó el abrigo sobre los angostos hombros de la chica. Con una sonrisa tierna le fajó el collar, acariciando su barbilla con un dedo. La piel de Wendy se encendió con el contacto de su mano.

Peter acercó su rostro al de Wendy. Aunque besarle le parecía una traición infinita, Wendy lo hizo, saboreando árboles y tierra. Las dos bocas se apretaron en un estallido de calor y excitación. El deseo y el asco se entremezclaron en el corazón de Wendy, arrojándola a lo más profundo de la falsedad y el engaño, hacia aquel extremo del cual el capitán Garfio le había advertido.

—Haz que él crea que sí lo amas —le había dicho Garfio—, pero no le vayas a entregar nada que no puedas recuperar después.

El aviso le pareció grosero y vulgar a Wendy, un impropio de parte de Garfio.

Ahora, en cambio, entendía que no lo decía con un sentido carnal. Garfio

le había querido advertir que Peter le podría quitar hasta el *alma*. El chico pelirrojo podría arrastrarla a su fuego, tal y como había inducido a Garfio a aceptar una amistad engañosa, así como había provocado el deseo de la reina Eryne. De esa mismo modo atraía a centenares de Niños Perdidos, los cuales respondían con adoración, haciéndoles creer que Peter era el padre que nunca tuvieron.

—Gracias por el abrigo. Has sido muy generoso conmigo, tomando en cuenta mi...

mi rebelión —Wendy movió la cabeza con vergüenza—. Es que tenía tanto... tanto miedo.

Peter giró la cabeza y la examinó. Para sorpresa de Wendy, sus ojos esmeralda se llenaron de esperanza.

—¿De qué tenías miedo?

—De ti.

Peter parpadeó. Wendy le dirigió otra sonrisa retraída y dirigió la vista a las estrellas.

Ahora sí no hacía falta inventar una mentira:

—Me daba miedo lo que sentía por ti. Es algo que me abruma. Es peligroso. Ya no soy la niña que era cuando me fui de Londres. Peter, has transformado mi ser completamente.

El cuerpo de Peter cayó levemente en el aire. Era una reacción que Wendy siempre sabía provocarle, algo que delataba la perturbación que ésta le había incitado.

—Y ¿por qué regresaste?

Habían tenido la misma conversación en repetidas ocasiones durante los últimos días.

Cada vez que surgía el tema, Wendy lo observaba fijamente, con una mirada engañosa, y hacía lo único que se le ocurría para pronunciar las palabras que Peter quería oír: fingía que estaba hablando con Booth.

—Regresé porque te amo.

Peter sonrió de oreja a oreja y la abrazó apretadamente; el viento hizo que el vestido los envolviera a los dos. Aunque el cuerpo de Wendy se estremecía de placer, su corazón retrocedía con asco. *Este estúpido, estúpido cuerpo*. Peter dirigió una mirada profunda a sus ojos color avellana.

—Siempre te voy a cuidar, Wendy. Eres mía. Y cuando se acabe mi gran guerra contra Garfio, Nunca Jamás se convertirá en un hermoso jardín donde

jugaremos nosotros y nuestros hijos.

Los ojos de Peter se llenaron de luz, le besó el cabello y colocó su barbilla sobre la cabeza de Wendy.

Cuando ésta acercó la manga del abrigo para limpiarse la nariz, percibió un aroma muy conocido: jabón de lejía, estantes de madera y el polvo que llenaba las páginas de los libros viejos. Casi le dieron náuseas al reconocer el olor, pero logró controlar su reacción, ocultándola detrás de una sonrisa falsa que amenazaba con traicionarla. *Es el abrigo de Booth. Peter llevaba el abrigo de Booth.*

—¿Sucede algo, mi amor?

Wendy negó con la cabeza en silencio. Una lágrima se formaba en la comisura de su ojo.

—No, no pasa nada.

Resistió las ganas de llorar. No quería dejar que Peter viera una señal de debilidad o remordimiento. Cuando la abrumaban los sentimientos de esta manera, Wendy se distraía revisando el plan, el que había formulado con Garfio, un plan que habían ideado con base en la información que las sirenas le compartieron, aunque casi perdió la vida en el proceso de procurarla.

“Toma la jeringa. Convince al hada. Sal de ahí”.

Wendy necesitaba la jeringa para llamar a La Sombra, tal y como Peter lo había hecho.

Necesitaba al hada, Campanita, para que ésta le compartiera el canto de su pueblo, de aquellos que fueron masacrados por el niño que Campanita había amado tontamente.

Entonces, por fin, Wendy y sus familiares —John y Michael— podrían fugarse de Nunca Jamás.

*John.*

Wendy casi gruñó en voz alta. Estaba tan enojada con él que no soportaba ni pensar en su nombre. El plan, que antes parecía tan sencillo, había cambiado irremediablemente con un solo factor inesperado: la llegada de Booth, su verdadero amor.

Wendy palpó la tela del abrigo en el puño, sintiendo la textura áspera de la lana, el liso botón de madera en la manga. *Es el abrigo de Booth.* Booth, la fuente de la fuerza oculta que la mantenía en pie durante sus tribulaciones en Nunca Jamás. La memoria de Booth que tanta tranquilidad le brindaba era algo que nadie podría tocar; ni Peter, ni Garfio ni sus hermanos.



Antes la había consolado el hecho de que Booth permanecía a salvo, aunque toda su familia estuviera en peligro. Ahora él también estaba aquí, en una jaula que el mismo Peter había fabricado, tal vez en más peligro que todos los Darling juntos. Wendy solamente lo había visto unas pocas veces durante los últimos días, y siempre por un par de segundos.

Booth se veía golpeado, hambriento, con aspecto decaído, vestía una camisa ensangrentada que se le pegaba a la espalda. Wendy había pasado tanto tiempo con él que lo conocía a fondo: los movimientos bruscos de su cuerpo cuando se enojaba; su costumbre de comerse las manzanas hasta el mero corazón; su forma de perderse en un libro hasta que Wendy tenía que tirarle la boina para hacer que se diera cuenta de su presencia.

Ahora Booth estaba en una jaula de bambú que se colgaba debajo de la cabaña de Peter, y aquellos ojos que antes la veían con amor ahora se llenaban de indignación por su traición. Cuando Wendy pasaba cerca de la jaula, apenas si le echaba un vistazo, pues sabía algo que Booth no podía entender: entre más indiferente se mostraba ante Peter, más podría garantizar la seguridad de Booth. Si Wendy hacía lo que Peter esperaba —si lloraba o rogaba para que lo soltaran— entonces le haría mucho más daño. Hasta sería capaz de matarlo.

Tendría que romperle el corazón con tal de que siguiera latiendo.

Ahora Peter volaba cuesta abajo y, a pesar del aleteo de su propio vestido, Wendy podía ver el paisaje de Nunca Jamás: las montañas oscuras, el agua negra que ondeaba por la Bahía de los Tesoros y las luces doradas del Puerto Duette que titilaban en la orilla. Peter se inclinó hacia el este y Wendy le siguió, sabiendo que el chico tenía su vida en la palma de la mano. Se alejaron de la isla principal y cruzaron el mar con rumbo a la Isla de Pan, donde el gigantesco árbol sobresalía del mar espumoso. Cuando se acercaron al tejado de paja con la bandera de Peter—la que llevaba la imagen de una luna amarilla que se movía en el viento—, Wendy le acarició el rostro con los dedos.

Peter volteó la vista hacia ella con placer.

—¿Sabes, Wendy?, te amaré hasta el final.

*Así es. Me amarás hasta el final porque te voy a derrotar, Peter, beso por beso.*

## II

Peter y Wendy descendieron hasta que sus pies tocaron el techo. El cuerpo de Wendy lentamente volvió a acostumbrarse a la gravedad después de volar durante tanto tiempo; se sentó encima del techo circular y se deslizó hacia un lado, aterrizando con un golpe seco. Cuando se levantó, descubrió que estaba rodeada de varios Niños Perdidos, quienes veían fijamente a Peter. Éste flexionó las manos; la magia del vuelo se desprendía de sus dedos en largos zarcillos.

—Y bueno, ¿qué me cuentan, chicos? —preguntó Peter.

—Tenemos todo preparado, señor —dijo Zatthu con precaución.

—Muy bien —Peter retiró el cabello rojizo de su cara—. ¿Ya tienen todo lo que les encargué?

—Y mucho más, señor —Abbott salió de entre las sombras. Dirigió una mirada fugaz a Wendy con sus ojos azul brillante.

El general Abbott no era el espía que Wendy antes creía; sin embargo, sí se había dado cuenta de la verdadera naturaleza de Peter. Tarde que temprano, lo traicionaría; solamente era cuestión de tiempo. O bien, tal vez nunca lo haría. Abbott seguía siendo tan enigmático como la misma tierra de Nunca Jamás.

—Los chicos ya están en formación.

Peter estiró los brazos hacia el cielo; sus pies apenas si se despegaron del suelo.

—Wendy, ¿gustas acompañarnos?

Wendy negó con la cabeza.

—Esta noche no, Peter. Me has dejado absolutamente agotada.

Peter sonrió con travesura y le guiñó el ojo a Abbott, quien reaccionó con una mueca, como si la mera idea de las chicas le diera asco.

—Está bien. Regrésate a tu cama, pero recuerda que no puedes descuidar a nuestros chicos para siempre. Como todos los niños del mundo, se sienten orgullosos y quieren enseñarle a su madre lo que han logrado.

Wendy había evitado a los Niños Perdidos desde su regreso. No soportaba ver sus rostros angustiados, esa necesidad de amor y aceptación que sus cuerpos ferales prácticamente emanaban como un perfume. Ya los había abandonado una vez y pudo ver, al regresar, cómo se desgarraron sus

corazones. No lo soportaba. En el caso de muchos de los niños, era la única mujer que habían conocido —Campanita no lo era precisamente— y los había abandonado para salvar a Michael y a sí misma.

Peter se despidió con un ademán casual de mano.

—Buenas noches, Wendy. Luego paso a verte antes de que me vaya a dormir.

Wendy se acercó a una rama ancha que estaba cubierta de los cables y poleas que conformaban el sistema de los Niños Perdidos para subir y bajar por el árbol. Los cables se extendían desde la cumbre del nido hasta la casucha de los pips cerca de la base, donde las aguas se estrellaban contra las raíces del árbol. La capacidad de Wendy de desplazarse por el lugar sin usar los cables provocaba la admiración de los demás.

Wendy Darling —aquella chica que en otra época solía usar enaguas elegantes, que se preocupaba por usar la taza correcta al tomar el té— abrazó el tronco del árbol con los brazos y las piernas. Exhaló y se deslizó por el tronco velozmente; el aire le agitó el cabello. Una vez que vio el color rojo brillante de las flores de jamaica que crecían justo arriba del Centro, se desprendió de un brinco, rodó por las tablas ásperas del piso, se levantó de un salto y sacudió el vestido.

La noche era silenciosa, salvo las ligeras pisadas de los geos fluorescentes que se esparcieron con la llegada de Wendy. Un dosel espeso de hojas se agitaba en el aire, permitiéndole ver el parpadeo de las linternas a la distancia. Desde ahí abajo, aún podía oír las lejanas voces furiosas de los Niños Perdidos, que entonaban sus cantos de guerra, con la provocación de Peter: *Piratas que sueñan, piratas que flotan Ya no navegan, ya no pilotan Bajan las anclas, esperan su suerte Y desde el cielo les llega la muerte.*

Wendy cerró los ojos al oír estas palabras. En algún lugar, más allá del mar turquesa, el capitán Garfío y la tripulación del *Noche Repentina* hacían sus preparativos de guerra.

Cargaban cañones, lubricaban la maquinaria que se fabricó para matar a los niños voladores. Wendy caminó hacia la pequeña guarida donde ahora dormía. Consistía en poco más que una hamaca envejecida en medio de un enredo de raíces, nada que ver con la lujosa cabaña donde Peter la había hospedado cuando recién llegó. Se agachó para entrar y comenzó a desabotonar el abrigo, acariciando la lana desgastada con cariño. *El abrigo de Booth.* Qué gran obsequio le había hecho Peter sin querer. Extendió el abrigo

sobre su hamaca con cuidado y se acostó boca abajo, inhalando el aroma de Booth, recordando su primer beso en el ático de la Librería Whitfield. Después de darse este gusto adolescente, Wendy se dio la vuelta y se acostó de espaldas, fijándose en las pocas estrellas que se veían a través de la maraña de ramas.

*Las revoluciones son cosa de cañones, barcos y sangre. Pero también hay otras formas de combatir, ¿verdad? Hay revoluciones que se libran con un gesto tan sencillo como olfatear un abrigo o susurrar una plegaria nocturna...* Wendy era una persona libre, técnicamente hablando. Sin embargo, en un sentido mucho más real, era la prisionera de Peter. No la sujetaban cadenas de hierro, sino algo más intangible: la necesidad de mantener a John —y ahora a Booth también— con vida. Gruñó en voz alta: —¡John! ¿Cómo pudo ser tan tonto?

Wendy se levantó ante el sonido de una rama que tronó. Su corazón tamborileaba en el pecho mientras buscaba la daga de marfil y zafiro que escondía debajo de su almohada. Aunque nunca la había usado, el arma la consolaba.

Esperaba que nunca fuera necesario usarla.

Las hojas justo detrás de su cabeza se agitaron y una figura oscura salió de entre las sombras.

Wendy tomó la linterna que estaba al lado de su cama y la alzó.

—¿Quién anda ahí? —su temor se convirtió en alivio cuando vio a Oxley, quien salió con una mirada de seriedad—. ¡Ay, eres tú, gracias a Dios!

La mueca de Oxley se convirtió en su característica sonrisa sincera que había sido el único consuelo de Wendy durante estos días.

—¿Quién más iba a ser? —Oxley agitó la cabeza—. En serio, Wendy. Tantas cosas peligrosas que hay en esta isla, y tú le tienes miedo a un pequeño general con bellotas en el bolsillo.

Wendy extendió los brazos con alegría al ver a su único amigo, su único aliado en toda la isla.

—Tienes razón. Te debo una bienvenida digna de un héroe, con alfombra roja y una copa de champaña fina. Emparedados de pepino y tartas francesas.

Con un ademán de la mano, Wendy lo invitó a acompañarla en la hamaca. Oxley se sentó a su lado bruscamente y la miró con un desconcertante grado de melancolía. A Oxley lo caracterizaban su sonrisa ancha y su alegría desinhibida; las miradas sutiles y furtivas no le correspondían. Wendy volteó

hacia él, dobló las piernas y se sentó encima de ellas. Tomó su mano color caoba y volvió a fijarse en los centenares de marcas protuberantes en su piel. El chico era un guerrero, al igual que su padre, Voodoo.

—¿Qué pasa, Oxley? Parece que se te subió el muerto.

Wendy se le acercó y, un momento después, le puso el brazo sobre los hombros.

Oxley se quedó pensando un rato sin hallar las palabras necesarias.

—Temo que pronto quedaremos puros muertos aquí en la isla, Wendy. Mira la carta que te traje de parte del capitán.

—¡Ah!

Wendy se incorporó y la hamaca se columpió. Oxley era el único espía de Garfio en la Isla de Pan. Era hijo de uno de los piratas del *Noche Repentina*; su padre estaba endeudado con Garfio por toda la vida. Desde el regreso de Wendy, Garfio había mantenido un grado inquietante de silencio. Además, resultaba muy difícil conversar con Oxley, ante la vigilancia constante de Peter. Por consiguiente, Wendy había sufrido una absoluta falta de comunicación con su aliado y amigo más cercano en Nunca Jamás, el hombre en quien más confiaba: el capitán James Garfio.

—Wendy... —la mente de ella dejó de deambular y se fijó en la mirada de Oxley, sus ojos café enmarcados por largas pestañas, su piel morena que brillaba con la humedad de Nunca Jamás. Él le entregó la carta con una mano temblorosa—, ya está comenzando.

Wendy tomó el papel enrollado y detuvo el aliento al leer la letra feroz del capitán Garfio: Maison y El Contramar están zarpando hacia Nunca Jamás. Se desconoce la situación del Ataque Viperino. El Mares Perversos va en camino. Hace quince días saquearon nuestra armería.

Oxley sonrió con travesura al señalar esa última frase, donde una mancha de tinta marcaba el lugar en que la pluma de Garfio había penetrado el papel.

—¡Yo participé en esa redada! De hecho, estuvo bien divertido, antes de que Peter enloqueciera. Ay, pero ese chico ha perdido la cabeza. Quería dejar a Brock encerrado en la armería con una pistola, para abrir fuego cuando los piratas entraran y matar a todos los que pudiera.

—¡Qué horror!

El rostro de Oxley se distorsionó de rabia, una emoción que nunca antes había expresado ante Wendy.

—Peter sabía que Brock hubiera muerto en el intento, pero no le

importaba. ¡No le importamos ninguno de nosotros!

—Pero ¿lograste detenerlo?

—Sí, pude convencerlo de que Brock nos hacía falta para la guerra que venía. Si no lo hubiera hecho, ese chico estaría muerto —suspiró y se recostó, fijando la vista en las hojas arriba de la hamaca—. Brock no sería más que otro loto en llamas, flotando en el aire, con su nombre grabado en los pétalos. ¿Sabías que todas esas flores solamente acaban en la playa norte de la Isla de Pan? Siempre me las encuentro ahí en la espuma, empapadas y marchitas. Son lo único que queda de tantos chicos que dieron su vida, y ¿para qué? Para *nada*.

—Ay, Oxley... —Wendy le tomó el rostro. Sintió las protuberancias en su piel, las marcas tribales de un hogar que había dejado mucho tiempo atrás—. Qué horrible ha de ser para ti todo esto. Tú que estás entre los niños y Peter, que te tienes que llevar con los dos bandos, sin un momento de descanso.

Oxley cerró los ojos cuando lo tocó y encogió los hombros.

—Peter es un diablo. O tal vez el diablo esté dentro de él, no lo sé. Yo antes seguía sus pasos con adoración. Me llenaba de fuerza y seguridad, son las mismas cosas que les da a todos los niños. Y luego se las quita. Te quitará todo, Wendy, sin parar.

Ésta asintió con la cabeza. Entendía mucho más de lo que sabía Oxley. El chico suspiró; tenía ojeras de cansancio.

—Uno pensaría que ya no hay nada que Peter pudiera hacer que nos sorprendiera, pero ahora los terribles extremos de su locura están saliendo a la luz —Oxley abrió los ojos y miró hacia la tajada de mar que se veía desde la hamaca de Wendy—. Está envenenando la tierra de Nunca Jamás, gota por gota —volvió a acostarse en la hamaca y entrelazó los dedos sobre su cabeza calva color ónice—. Pero pronto se acabará todo.

De la peor manera, creo. Ahora Peter tiene tantas armas que ya no sabe ni qué hacer con ellas —sacudió la cabeza—. Discúlpame la palabrota, Wendy, pero... Peter es un verdadero cabrón.

A Wendy se le escapó una risa:

—Oxley, recuerda que viví a bordo del *Noche Repentina*. No hay nada que puedas decir que me haga sonrojar.

Wendy reparó cautelosamente en las últimas frases de la carta de Garfio. Apareció, al final, la firma garabateada de Garfio, seguida por una nota al pie: Smith insiste en que te mande saludos de su parte.

Wendy la hizo bolita con urgencia. Se levantó de la hamaca de un brinco y Oxley se quedó columpiando a solas. Ella tomó la antorcha cerca de la puerta y encendió una esquina del papel. No podría dejar evidencia alguna; si Peter se enteraba, significaría la muerte para Oxley. Wendy vio cómo la misiva del capitán Garfio se encogió entre las llamas y se convirtió en cenizas. Desapareció en cuestión de segundos. Barrió los últimos pedazos hacia la vegetación detrás de su hamaca y regresó con Oxley, quien columpiaba la hamaca con fuerza, pateando el suelo con violencia y proyectando sombras sobre la habitación.

—La guerra —susurró.

—¿Perdón? —Wendy sopló las últimas cenizas de sus dedos.

—Se acerca la guerra, una guerra de verdad. Ya no van a ser unos simples juegos, redadas y pleitos. Se tratará de la verdadera guerra, con piratas y niños muertos.

Cañones. Armas. Fuego —alzó la vista y miró a Wendy—. ¿Cómo podemos detenerla?

Wendy tomó la mano de Oxley entre las suyas. Le preocupaba la desesperación que se percibía en sus ojos normalmente alegres. Si Oxley había perdido la fe, entonces todo estaba perdido de verdad.

—Tenemos que detener a La Sombra antes de que podamos atrapar a Peter Pan —dijo—. Si no, estamos condenados.

Oxley asintió con la cabeza y luego la reclinó sobre el hombro de Wendy. Al observar a este pequeño soldado cansado, este niño a quien le habían exigido demasiado, su corazón se partió en dos. La misiva de Garfio la había conmovido. Ya había jugado con Peter lo suficiente, incitando su afecto y manteniendo a Booth a salvo. Estaba perdiendo mucho tiempo valioso, tiempo que debería invertir en el plan de invocar a La Sombra, de la manera que fuera. Era urgente adueñarse de la jirafa. Tenía otra tarea más difícil aún: tenía que convencer al hada delirante de que traicionara al chico que amaba. Y no sabía ni por dónde empezar.

—Oxley, más vale que te vayas antes de que Peter se dé cuenta de que te escapaste — Wendy le extendió una mano y le ayudó a levantarse de la hamaca. Chocaron sus cuerpos—. ¡Uf! Pero sí que estás grande.

—Oye, Wendy —Oxley le quitó un cabello de la cara con un gesto cuya intimidad la dejó inmobilizada—, no me extraña que todos los habitantes de la isla estén enamorados de ti.

—Este... ¿Oxley? —sentía la boca seca. No, esto no podía estar pasando... Oxley sonrió.

—No te preocupes, no te estoy expresando mis pretensiones. Lo único que te quise decir era que la fuerza de tu corazón bondadoso ejerce tanta influencia sobre esta isla como la fuerza imponente de Peter. Tenemos que creer que el bien vencerá, a fin de cuentas.

Los ojos de Wendy se llenaron de lágrimas, y le dio un beso suave a Oxley en la mejilla antes de acompañarlo a la puerta. El chico echó otro vistazo al cuarto, su pequeña guarida de la traición, con ojos llenos de esperanza.

—Wendy, ¿podrías rezar por mí y por mi ‘pá? Para que algún día podamos navegar juntos, él y yo, en el *Noche Repentina*, libres de Peter, libres de todo esto.

Wendy asintió con la cabeza.

—Claro que lo haré.

Una mueca traviesa apareció en la cara de Oxley.

—A decir verdad, ni siquiera sé si creo en todo eso, pero más vale estar protegido de la manera que sea. Buenas noches, Wendy Darling. ¡Que duermas como si todo el mundo dependiera de ti!

Oxley desapareció entre las sombras de la Isla de Pan, y Wendy se quedó parada sola ante la luz parpadeante de la antorcha, una pequeña luz en un gran mar de tinieblas.



### III

Ala mañana siguiente, Wendy se armó de valor, puso cara de inocencia absoluta y bajó a la cocina para desayunar. Observó, con una sonrisa forzada, a los Niños Perdidos, que corrían por el lugar, llevando panes recién horneados y mermelada de moras a la alcoba de los generales, donde Peter — de aspecto altanero— estaba sentado con Abbott, Oxley y John. Mientras que los generales comían hasta reventar allá arriba, abajo los Niños Perdidos peleaban entre sí por las raciones insuficientes.

Había demasiados niños y muy pocos panes. El tronar de las tripas vacías aumentó su coraje, y Wendy vio sus ojos desesperados que observaron, con anhelo, cada alimento que pasaba frente a ellos. Se sentaban amontonados en unas bancas angostas, todo un enredo de brazos, piernas y sudor, empujándose entre sí, compitiendo por la comida y el espacio. A Wendy le parecía que más de cincuenta niños nuevos habían llegado a la Isla de Pan desde la primera vez que se fue. Peter todavía controlaba el portal —con la ayuda de La Sombra, según la teoría de Garfío— y ahora lo usaba sin parar para traer nuevos reclutados.

Estos niños harapientos llegaban para integrarse al ejército de Peter, pero eran inocentes y poco preparados para la realidad de la vida en la isla. No había tiempo para describirles los lazos de amistad que existían entre los Niños Perdidos; al contrario, los nuevos niños fueron traídos como carne de cañón, para ser los soldados de Peter, sus esclavos. Y ellos lo amaban; eran demasiado pequeños para entender que la muerte no tiene nada de glorioso.

*Se encaminan hacia su muerte, y de ahí ya no hay marcha atrás.*

Wendy observó a Peter, quien se tragó un higo entero y soltó una carcajada por algún comentario de Abbott. Wendy se llenó de cólera a tal grado, que le costaba trabajo respirar. La mirada de Peter se detuvo en ella.

Decidió caminar hacia la playa — *me iré adonde sea, no importa; no me puedo quedar aquí*—, pero Peter la alzó entre sus brazos. Sus pies apenas si se despegaron del suelo y los dos dieron vueltas en el aire, ante los ojos de los Niños Perdidos. Wendy sentía sus miradas acusatorias: *Nos dejaste, Wendy. Nos dejaste.* Sin dejar de dar vueltas en el aire, Peter imprimió sus labios sobre el cuello de Wendy. Ésta creía haber visto un pequeño movimiento entre las ramas sobre la cocina, algo como un aleteo iluminado. Se inmovilizó con

el corazón en la garganta.

*Campanita.*

No la había visto desde que regresó, aunque la había buscado en vano.

Vio otro aleteo, y luego dos pequeños ojos azules que la veían con temor desde las sombras. Campanita se había dejado ver. Wendy quitó los brazos de Peter de encima, sin perder el contacto para no caer al suelo.

—¿Adónde vas? —preguntó Peter de manera exigente.

—Es que... Solamente pensaba ir a la playa a tomar un poco de aire.

Wendy acomodó la cabeza cariñosamente contra el hombro duro y fuerte de Peter, y éste la devolvió al suelo, ante los ojos silenciosos y obedientes de los Niños Perdidos.

Wendy miró a Campanita a los ojos y señaló la playa con un gesto de la cabeza.

*Sígueme*, pensó.

—Espérate, Wendy, mira esto —Peter dio una vuelta y puso las manos sobre las caderas—. ¡Atención!

Los niños se pusieron de pie de inmediato e hicieron formación militar.

—¡De frente, marchen!

Los niños salieron de la cocina marchando en fila india. Algunos habían dejado parte de su comida, algo inimaginable para ellos. Cuando se enfilaron frente a Peter, lo veían con el amor puro y la adoración absoluta de unos autómatas.

—¿Ya ves?

El orgullo que se observaba en el rostro de Peter le dio náuseas a Wendy. Ésta le dirigió una sonrisa falsa y se fue sin decir nada, dirigiéndose a la playa.

Una vez que sus pies tocaron la arena de la orilla del mar, suspiró con alivio. Aquí, lejos de los ojos curiosos de los pequeños, por fin podía respirar bien. Aquí, lejos del chico que le provocaba repulsión y excitación al mismo tiempo, podía pensar con claridad. Desde su llegada a este lugar, Wendy no había podido estar a solas por un solo momento. Los Niños Perdidos la acompañaban a todos lados, y sabía que en la Isla de Pan siempre la observaban centenares de ojos en todo momento.

Vio el vasto firmamento con alivio. Se arrodilló en la arena al lado del agua, teniendo cuidado para no tocar la espuma de las olas. Apenas si había logrado escaparse de Miath —el jardín de las sirenas— con vida, y la reina

Eryne había jurado que si Wendy no lograba derrotar a La Sombra, se lo cobraría con sangre. Le dolía la cabeza al pensarlo.

*¿Cómo es posible evitar el mar para toda la vida, sobre todo cuando uno vive en una isla...?*

Mientras veía el estallido de las olas, le parecía haber observado un movimiento sutil debajo de la superficie del agua. Una cabellera que meneaba bajo el agua, quizá, o el brillo de un par de labios. Dio un paso hacia atrás, pensando que, si escuchaba un canto que provenía del agua, correría por su vida. Sin embargo, en vez de percibir la música encantadora —la que alguna vez la había jalado hacia la profundidad del mar— oyó que alguien arrastraba los pies por la arena, a sus espaldas. Dio una vuelta y movió el cabello de la cara. Cuando vio quién se acercaba, su cuerpo se puso tenso.

*John.*

No lo había visto desde que se arrodilló ante los pies de Peter, entre disculpas murmuradas. Wendy lo había perdonado en ese entonces, pensando que se disculpaba por la forma en que la había tratado antes. Sin embargo, una vez que vio el rostro de Booth, su capacidad de perdonar se esfumó, convirtiéndose en un rencor negro y ácido que se fermentaba en sus entrañas. Pensar en su hermano, y en lo que había hecho, le daba asco.

Ahí estaba, parado frente a ella, retorciéndose las manos de manera nerviosa, viendo la arena con sus ojos cafés enmarcados por los lentes que reflejaban la brillante luz del sol. *John Darling.* El mero nombre le provocó cólera, de la que Wendy ni se creía capaz.

La ira desbordada inundó sus sentidos como algo potente y enloquecedor. Sus manos formaron puños cuando vio la terrible y arrogante cara de su hermano. Sabía que este momento era algo predestinado, una rivalidad entre hermanos que había nacido desde el momento en que John dio su primer respiro. Si bien un amor mutuo hacia Michael los había obligado a respetarse durante mucho tiempo, Michael ya no estaba, y ya no había nada que detuviera a Wendy. Estaba cansada de ejercer los buenos modales. John lucía ya más como hombre que como niño, y cualquier instinto protector hacia él se había esfumado como el vapor de una tetera.

—Wendy... —su voz era suplicante y patética.

—No me dirijas la palabra, John. No oses pronunciar mi nombre. Quiero que te des la vuelta y desaparezcas; voy a seguir fingiendo que estás muerto.

—Wendy, por favor, no te pongas así... Déjame explicártelo...

Su voz había recuperado el tono altanero y engreído que tenía en Londres, la arrogancia que enloquecía a Wendy. Sin embargo, ya no hablaba con la bravura que lo había llenado cuando recién llegó a Nunca Jamás. Wendy ahora detectaba algo nuevo en su voz: la incertidumbre. Aunque Wendy la notaba, no le importaba. No podía pensar en otra cosa más que en lo que había hecho, en la agonía que le había causado.

Le golpeó el pecho con ambas manos, pegándole duramente, haciendo que John tropezara hacia atrás.

—¡Wendy! —dijo un salto de sorpresa—. ¿Qué te pasa?

Ésta gruñó y su hermano dio otro paso hacia atrás, con un temor justificable.

Entonces Wendy tomó un puño de arena y se lo aventó, lanzando pequeños granos y conchas de mar contra sus mejillas infantiles. El asombro en el rostro de John se convirtió en cólera, y le respondió con un puño de arena que lanzó a su hermana con un grito furioso.

Wendy cerró los ojos ante la lluvia de arena y se abalanzó sobre John, quien observó su ataque con los ojos bien abiertos, y ella misma estaba asombrada por su conducta.

Ya no era la niña tímida de la propiedad y los buenos modales de la alta sociedad, aquella niña que confiaba en su hermano, que creía que la familia lo era todo. Se había transformado en la verdadera Wendy Darling. *Y ahora me siento absoluta y justificadamente encabronada.* Se lanzó sobre John y lo tiró al suelo. Éste gruñó al caer en la arena bajo el cuerpo de su hermana, quien se vengó de toda la agonía que le había causado. Sus golpes llovieron sobre la cabeza, el pecho y las orejas de su hermano; le sollozó palabras acusatorias mientras el cuerpo de John se estremecía bajo el suyo: —¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Cómo pudiste hacérselo a Booth? ¡Lo trajiste hasta aquí! ¡Lo llevaste a la casa de él! —a Wendy le salieron lágrimas de indignación que dibujaron ardientes surcos salados sobre sus mejillas—. Booth era lo único que me daba un poco de tranquilidad mental —acercó su cara a la de su hermano—. Pensar en él me daba seguridad y esperanza. ¡Y tú me quitaste esa esperanza, mocososo egoísta!

Nunca has dejado nada para mí: ni Booth, ni Michael, ¡ni siquiera Nana!

John suprimió un sollozo entre los muchos golpes de Wendy. No hizo intento alguno de detenerla. Cuando un goteo de sangre se escapó de su nariz, Wendy por fin se detuvo con un grito de frustración. John se incorporó,

jadeante.

—¡Mírame! —le escupió Wendy—. Mírame a los ojos, y dime cómo pudiste hacérselo a tu propia hermana —su voz indicaba que estaba al borde del llanto—. A la hermana que rezó por ti cada maldito día que estuvo a bordo del *Noche Repentina*. A la hermana que negoció con Garfío para que te perdonara la vida. A la hermana que regresó para salvarte a ti y a todas las personas de Nunca Jamás.

Su voz vaciló con esta última frase y todo el coraje se le escapó, dejando únicamente tristeza en su lugar.

—Lo siento, Wendy, te lo juro...

Wendy interrumpió sus palabras de arrepentimiento:

—Luché por ti, John. Aún a estas alturas, sigo luchando por tu alma torcida —parpadeó para contener las lágrimas—. Yo estuve luchando por ti, y tú ¿qué hiciste?

Fuiste y te robaste lo único que me pertenecía a mí, lo que era mío y sólo mío, y se lo entregaste a Peter Pan.

Wendy movió la cabeza lentamente ante la conciencia dolorosa de sus propias palabras.

—Y ahora tengo que elegir entre el chico que amo y la vida de cada habitante de Nunca Jamás —un suspiro le vació los pulmones—. Vete al diablo, John. Maldito seas.

Qué vergüenza le darías a nuestro padre.

John respiró profundamente cuando Wendy se levantó y dio la vuelta. A él le sangraba la nariz profusamente. Wendy notó que su hermano luchaba por mantenerse con calma; aunque su cara reflejaba una tranquilidad forzada, el pecho jadeante se le agitaba y le temblaban las manos. John se volteó para levantar los lentes de la arena, y al verlo, Wendy sintió el corazón en la garganta.

—John, enséñame la espalda.

—Tú no me puedes dar órdenes —proclamó débilmente, con palabras desafiantes que contrastaban con su tono abatido.

—Te digo que me la enseñes.

La obedeció, levantando la camisa gris harapienta con cuidado. Wendy se llenó de náuseas y cayó de rodillas, metiendo el borde de su vestido en la boca para suprimir sus propios gritos. La suave espalda de su hermano había dejado de existir. En su lugar, vio un entramado de cientos de pequeñas

cicatrices, desde los hombros hasta la base de la columna. Conformaban una mezcla de pequeñas tajadas y anchas trallas que daban un aspecto abigarrado a su piel, como el de una tela mal remendada.

—¿John?

Un sollozo se escapó de la boca de Wendy cuando recorrió una cicatriz con los dedos.

Las lágrimas le recorrieron las mejillas cuando volvió a bajar la camisa de su hermano, sin saber qué decir ni qué hacer. John se enderezó los hombros con una mueca, y Wendy pudo ver que las heridas aún le ardían. Su hermano se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—Peter obligó a los demás generales a turnarse y darme latigazos. Cuando dejaron de pegarme con suficiente fuerza, él mismo se encargó de latigarme. Me dijo que podría volver a ser un general si le traía al chico que amas. Me dijo... —John bajó la cabeza—.

Yo sólo quería que los latigazos pararan.

Soltó un sollozo y cubrió la boca. Wendy reconoció aquella mirada. La había visto varias veces durante la infancia, cuando, de niño, su hermano aparecía al lado de su cama con su cobija en una mano, chupando el pulgar, cuando el pequeño John tenía mucho miedo. Wendy se incorporó y se alejó de él.

— ¿Y Peter?

John miró hacia abajo, a la arena, y resolló.

—Peter sigue siendo nuestro líder. Tienes que hacerle caso, Wendy. Ahora él será nuestro padre —habló con voz monótona y ella supo, sin necesidad de preguntarle, que John se había acordado de George Darling en Londres.

—John, ¿cómo puedes seguir creyendo que Peter es bueno?

John la miró a los ojos.

—No lo creo, pero ¿acaso importa eso? Él es el que va a cambiar las cosas para nosotros, para todos.

La mirada en sus ojos marrones lo delataba; Wendy sabía que John no creía ni una palabra de lo que decía. Éste parpadeó una vez antes de dar un paso hacia atrás.

—Mira, no estamos solos.

Abbott salió de los árboles y caminó por la playa. Su cabello rubio brillaba bajo la luz del sol. Examinó a los dos hermanos; vio la sangre en la cara de John, los nudillos heridos de Wendy y la arena agitada a su alrededor.

Dio una sonrisa ancha y se dirigió al hermano de Wendy.

—¡John! ¿Qué haces aquí, hombre? ¡Tenemos cosas que hacer! Siempre andas de vago.

John dirigió una mirada furtiva a Wendy antes de limpiarse la nariz ensangrentada con la manga.

—Tal vez no sea necesario que elijas entre Booth y Nunca Jamás, Wendy.

Wendy miró a su hermano durante un largo rato, sin saber si lo había oído bien.

Abbott la miró con exasperación. Siempre la veía así, como si no pudiera creer que la chica siguiera ahí.

— Ash, esta familia. Mira, Darling —le dijo a Wendy—, esta noche vas a cenar con Peter. Te va a esperar en la cabaña desocupada arriba del Centro, cuando suene la campana de la cena. Dice que quiere, ejem... que te pongas un vestido, ¿está bien?

Dijo esta última frase como si le doliera pronunciarla, con una expresión de incomodidad que Wendy disfrutó inmensamente. Ella asintió con la cabeza antes de volver a dirigir la vista al mar.

Las voces de Abbott y John se alejaron a espaldas de Wendy, desapareciendo entre las raíces del árbol, consumidas por la Isla de Pan como tantas otras voces de tantos otros niños.

Wendy exhaló profundamente, con los brazos tiesos, sintiendo una mezcla de vergüenza y satisfacción al pensar en lo que le había hecho a su hermano John. Suspiró cuando pensó en las cicatrices en su espalda, en cómo él la dejó golpearlo salvajemente sin poner resistencia. Había visto incertidumbre en sus ojos, estaba segura de ello.

Fuera quien fuera Peter Pan, John ya entendía que no era el amigo y salvador encantador en el que antes había tenido fe. John había sentido la verdadera naturaleza de Peter en cada latigazo que llovió sobre su espalda. Wendy examinó las olas. La cuestión principal era si podía confiar en John o no. ¿O acaso él también la estaba manipulando? Aunque el hubiera comprendido cómo era Peter de verdad, eso no significaba que sería capaz de hacer lo correcto. John podría ser muy inteligente, sí, pero a veces también se comportaba como la persona más idiota del mundo.

Wendy se quedó pensativa. De repente vio el mismo brillo en el agua, una ráfaga de color. Sin lugar a dudas, no era un animal, y estaba más cerca de lo que le hubiera gustado. Con un grito, Wendy se deslizó hacia atrás, alejándose

del agua, y se levantó, preparándose para salir corriendo. Una cabeza emergió del agua —de cabello negro y corto, con tintes morados— seguida por ojos dorados enmarcados por largas pestañas negras. El rostro de mármol de una sirena la observaba con hambre. La sirena se emergió hasta los hombros, agitando el agua salada con su enorme cola y produciendo un pequeño remolino. Wendy se alejó de las olas; se le aceleró el corazón. No era la sirena que temía pero, aun así, no dejaba de ser una sirena peligrosa.

Una mano de porcelana de seis dedos salió lentamente del agua, y un dedo señaló a Wendy.

—Tengo un mensaje de la reina —siseó “la reina” con una voz que sonaba como el agua cuando se escurre por las rocas. Wendy sabía que el mensaje contendría una mentira peligrosa.

—Yo te recuerdo —respondió Wendy. No quería que la sirena viera el miedo que su mera presencia causaba. Era la misma que la había sacado del agua en Miath y la dejó ir, en su desesperación por salvar a Sybella, la diosa de las sirenas.

—Tú me salvaste la vida —dijo Wendy suavemente—. ¿Cómo te llamas?

—Indra —el nombre salió de sus labios como una canción—. No te equivoques, no soy tu amiga. Es cierto que te salvé, aun así, tu sangre me llama desde ahí donde estás parada —cantó estas palabras sin emoción, con espeluznante honestidad.

Wendy se alejó del agua un poco más.

— ¿Cuál es tu mensaje, Indra?

La postura de la sirena cambió; se encogió de hombros y los pómulos se endurecieron.

— *Se está agitando.*

Las palabras que la sirena susurró le causaron escalofríos. Wendy cerró los ojos y sintió la presión que aumentaba en su cabeza. Vio, con horror y fascinación, cómo los ojos de Indra pasaron de ser dorados a convertirse en dos grandes hoyos negros. Sin una palabra más, se deslizó por el agua y se alejó.

Las olas se levantaron con fuerza descomunal y se estrellaron contra las piernas de Wendy. Dio un paso hacia adelante, con los ojos fijos en la arena. Cuando la espuma se alejó de la orilla, reveló un mensaje que se había grabado con profundos surcos en la arena: *Teme a La Sombra.*

Wendy se agachó en la costa, bajo el perfil imponente de la Isla de Pan,



viendo las raíces que se extendían hacia arriba. Pensó en la pequeña cabaña en la cumbre donde vivía el chico pelirrojo que había salido del mar, como el mismo árbol había hecho, y había alcanzado la divinidad por esfuerzo propio. Ahora todo estaba muy claro: había llegado el momento de avanzar con el plan. Pero ¿cómo podría hacerlo, cuando la vida de Booth estaba en juego?

Tic tac. Tic tac.

Wendy alzó el borde mojado de su vestido y se dirigió al árbol, lista para seguir fingiendo que estaba totalmente entregada a Peter.

Tic tac. Tic tac.

## IV

El atardecer llegó de la misma manera en que lo hacía todos los días en Nunca Jamás: comenzaba con tonos de azul celeste seguidos por rayas lavanda en las nubes. La luna se alzó encima de los árboles y brilló suavemente sobre la tierra, antes de que salieran las estrellas. Wendy ya no tomaba en cuenta la abrumadora hermosura de ese lugar. Claro, todo era bellísimo en Nunca Jamás —los árboles, las estrellas, los mares, hasta los chicos—, pero detrás de esa hermosura, se ocultaba algo sombrío y siniestro.

Wendy se observó en el pequeño espejo que Peter había colgado de una rama para ella. Un vestido rosa la esperaba en la hamaca cuando regresó de la playa. El corpiño estaba hecho de encaje delicado y dejaba los hombros parcialmente al descubierto. La suave tela se hinchaba debajo de la cintura y le llegaba hasta las rodillas. Wendy la recorrió con una mano, recordando a aquella niña que se hubiera vuelto loca por tener un vestido así, que se lo hubiera puesto para dar piruetas frente a la ventana de su habitación, ante los aplausos de Liza y su madre. Ahora solamente pensaba en una cosa: *¿Y cómo diablos voy a trepar el árbol con esta cosa puesta?*

Recogió sus rizos castaños con pequeñas horquillas de perla y se pellizcó las mejillas para darles un poco de rubor; entonces se puso el vestido. Se puso los mismos zapatos negros de marca Mary Jane que había traído cuando llegó a Nunca Jamás. Antes habían sido negros, con un brillo perfecto; ahora lucían rozaduras, se habían vuelto grises y los tacones estaban cubiertos de lodo. Comenzaba a acercarse a los cables del árbol cuando oyó el ruido seco de algo que se cayó a sus espaldas.

—¿Oxley?

—Lamento decepcionarte —sonó la voz cortante de Abbott en su pequeña casucha—. Seguro que quisieras que fuera él. A mí tampoco me encanta estar aquí, ¡eh!

—Por favor, dime que llegaste para llevarme a cenar volando.

Éste viró los ojos con enfado.

—Ay, claro, porque es *taaan* difícil llegar trepando.

—De hecho, sí. Sobre todo cuando una trae esta... cosa —señaló el vestido.

Abbott la miró con confusión durante un momento; entonces le extendió un brazo con un movimiento torpe. Wendy no pudo resistir las ganas de reír.

—Abbott, ¿estás tratando de comportarte como un caballero? ¡Qué diferencia!

—Tus insultos me dejan sin ganas de seguir comportándome así. A lo mejor sí serías capaz de subir sola, sin mi ayuda. A ver cómo te va con esa “lencería” que traes...

Wendy le sonrió con bondad.

—Tienes razón, te hablé con un tono muy altanero. Te agradezco que hayas venido a acompañarme, Abbott.

—Haría lo que fuera por Peter.

Se miraron a los ojos y, sin pronunciar palabra alguna, se entendieron perfectamente bien: *Los dos estamos en peligro*. Abbott volvió a extenderle el brazo. Wendy tomó su mano y se fueron volando entre las ramas de la Isla de Pan, rebasando la cocina y el tipi.

Desde arriba, Wendy veía las filas de pips con su indumentaria de hojas color marrón, marchando por los puentes colgantes al ritmo de los gritos militares de Oxley.

—¡Derecha! ¡Mar! ¡Vuelta! ¡Zachary, deja de pellizcar a Aja! ¡Jake, deja de jugar con tu mochila y camina, ya! Ash, ¡por qué te columpias de las cuerdas! ¡QUÉ ESTÁS HACIENDO?

Wendy aguantó las ganas de sonreír cuando vio el rostro grave de Abbott. Vio la cabaña desocupada arriba del Centro, la cual antes habían usado para almacenar las armas; un momento después, Abbott la dejó en la plataforma de bambú que sobresalía del tejado de palma.

—Disfruta tu cena —le susurró el chico—. Los demás estaremos peleando por una gran olla de huesos de pollo.

Abbott se alistó para bajarse del tejado, pero titubeó. Con una mirada de miedo se alejó de la orilla y brincó para probar su don del vuelo. Cuando logró permanecer suspendido en el aire, dijo: —¡Qué bien, todavía lo tengo! Nunca se sabe cuándo Peter va a decidir que... ya es hora de quitártelo.

Con esas palabras, dejó la plataforma y se fue volando hacia abajo. Wendy volteó hacia la cortina que se meneaba hacia afuera. Respiró profundamente, queriendo así llenarse de determinación.

*Convéncelo de que lo amas. Debilitalo. Y entonces, llévate la jeringa.*

Enderezó los hombros y entró. Vio la mesa larga que habían colocado en el

centro de la cabaña y cubierto con toda clase de alimentos. Se le hizo agua la boca al ver pechugas de pollo que brillaban en su jugo, panes esponjosos, platos llenos de moras y mantequilla —mantequilla de verdad—, todo rociado con miel. Sintió terrible pena al pensar en todos los niños hambrientos allá abajo, y decidió llevarles toda la comida que pudiera a la hora de retirarse. En el centro de la mesa una hermosa azucena yacía en un vaso de agua, con su floración color fucsia.

—Bienvenida.

Brincó ante la voz de Peter.

—¡Peter! Pero ¿dónde estás? —revisó todo el cuarto sin poder encontrarlo.

—Acá arriba.

Volteó y descubrió la inquietante escena de Peter agachado en una esquina superior del techo, sentado con las piernas cruzadas, flotando en el aire. Éste la devoró con los ojos.

—Wendy, justo cuando creo que ya te he visto en el apogeo de tu belleza, llegas y me vuelves a sorprender. Hasta las estrellas se sienten avergonzadas al lado tuyo — comenzó a flotar hacia abajo lentamente—. Te digo la verdad: nunca he visto semejante hermosura en la Isla de Pan. Jamás.

Aterrizó suavemente a su lado y tomó su cintura entre las manos. Wendy alzó la vista y rozó el ceño fuerte de Peter con la yema de los dedos. Se elevaron juntos y Peter la enganchó con una pierna, acercándola a él con fuerza. Sus caderas se comprimieron.

Peter bajó la cabeza y sus labios rozaron su oreja.

—Dímelo —le susurró a Wendy, apretando sus caderas contra las suyas con más fuerza—. Dime por qué me amas.

Wendy parpadeó y pronunció una serie de mentiras, diluidas con algunos toques de verdad.

—Amo tu forma de volar; eres tan poderoso. Amo la forma en que tu sonrisa se parece a la primera luz del amanecer —pensó durante unos momentos antes de confesarle algo que era totalmente cierto—: Peter Pan, haces que me sienta tan libre, de una manera que nadie más ha hecho.

Peter inclinó la cabeza hacia la suya. Su corazón estaba tan cerca que podía sentir su latido.

*No dejes que te envuelva. No caigas en su red. Recuerda que este chico asesinó a todo un pueblo. Recuerda la espalda de John.*

Este pensamiento fue lo que logró romper el hechizo. Wendy se acercó y le dio un beso extremadamente suave en la nariz.

—Además, estás bastante guapo. Pero bueno, supongo que eso ya lo sabes.

—Sí, lo sé —Peter la abrazó con sus brazos musculosos—. Bueno, por lo menos es lo que me han dicho. Además, soy muy encantador.

Wendy se rio.

—¡Eso es decir poco! ¿De qué otra manera hubieras logrado hacer que me escapara por la ventana de mi habitación en Londres?

—¡Qué asco! Por favor, mátenme ya.

Wendy se estremeció cuando oyó la nueva voz; sintió el corazón en la garganta.

Reconoció aquella voz como sus propios pensamientos.

Era la voz de Booth.

—¡Ah, claro! —Peter se rio con una mirada malvada—. ¡Wendy! Tu presencia me había encantado tanto que casi se me olvida decírtelo: un invitado va a cenar con nosotros esta noche. ¡Vaya, qué maleducado soy! —descendió a los brazos de Wendy—. ¡Booth! Acompáñanos a cenar, te lo suplico.

El chico que Wendy amaba salió desde atrás de una pared de madera y rengueó hacia adelante. Tenía las manos esposadas y una cuerda amarrada en la cadera, el otro extremo de la cual estaba amarrada a la base de la cabaña. Wendy sintió muchas cosas simultáneamente: náuseas al ver el aspecto de Booth; aversión, por lo que acababa de hacer frente a él, y también regocijo por tenerlo cerca. El cabello castaño del chico estaba despeinado y grasoso, pegado a su frente. Un rasguño sangriento le recorría la cara, desde la línea capilar hasta abajo del ojo derecho. Tenía los pómulos protuberantes, con enormes moretones debajo de sus ojos. Por un momento, Wendy perdió el control, olvidó quién era y dónde estaba.

—¡Booth! ¿Qué te hicieron? —comenzó a caminar hacia él, pero luego se detuvo.

Dio un paso hacia atrás con los brazos colgados, al mismo tiempo que añoraba besarle las heridas.

—Conque *sí* lo conoces —dijo Peter con voz altanera—. Y yo ya empezaba a dudar de las historias de John.

Wendy se quedó mirando a Booth, pero éste desvió la vista. Sentía que se le desgarraba el corazón. Peter se reclinó y estiró los brazos hacia arriba.

—Por favor, ¡pasen a sentarse los dos! Cenar con los viejos amigos... ¿acaso hay algo mejor que eso? No sé casi nada de cuando estuvieron juntos en Londres. Y quiero escuchar... cada detalle salaz —Peter movió una silla para Booth y colocó un brazo sobre los hombros del prisionero—. Aunque no me lo creas, Wendy, Booth y yo hemos llegado a tener una relación muy estrecha. Imagínate, él duerme a unos pocos metros de mí, en la jaula que está colgada debajo de mi cabaña, ¿sabías? Lo puedo oír por las noches, si pongo mucha atención. Oigo cómo respira, o bien, cómo llora. Depende del día, pues. Toma, Booth, ¡siéntate, mi estimado! Descansa un rato. Anda, come algo — Peter sacó del bolsillo una llave de plata—. Y como eres mi invitado, insisto en quitarte esas esposas. ¿Quién te las puso? ¿Oxley? Tengo que hablar con él —se rio de manera histérica—. ¡Ah, no, claro! Fui yo. ¿Cómo pude olvidarlo?

Las esposas cayeron a la mesa con un tintineo y Wendy permaneció inmóvil, viendo a Booth fijamente mientras Peter le ayudó a sentarse. Aquel se bajó con desaliento, sin ver a Wendy a los ojos.

—¡Ahora te toca a ti, Wendy! Siéntate, por favor. Mírala, Booth, ¿no se ve hermosa?

—Peter se inclinó sobre el hombro de Booth, con su mejilla pegada a la del chico que a Wendy le había dado el primer beso, el beso más amoroso de su vida.

—Le dije que se pusiera ese vestido especialmente para ti —le siseó Peter.

El amado de Wendy hizo una mueca de dolor. Ahora ella entendía qué era lo que Peter pretendía. Buscaba un pretexto para matar a Booth frente a ella y así empujarla hasta el borde del abismo, para que Wendy revelara el verdadero motivo de su regreso.

Pero ella no pensaba seguirle el juego. Sabía que era mucho más lista que Peter.

Reprimió su reacción y apretó tan fuerte su puño que sus uñas penetraron su palma y provocaron un poco de sangre.

*Tengo que romperle el corazón a Booth para salvarle la vida.*

Alzó la cabeza y vio a Peter de frente.

—Ay, por favor, ¿por qué me pondría este vestido para Booth? Qué tontería. Si él no es más que un conocido —se sentó del otro lado de la mesa, frente a Booth y Peter, y tomó el cáliz de vino. *Esto sí me hace falta*, pensó

mientras llenaba una copa. Reconoció la botella, pues era una de las que Peter había robado de la caja fuerte de Garfio, con la ayuda de Wendy, muchísimo tiempo atrás—. Además, Peter, debes saber que solamente me pongo vestidos para ti.

Peter sonrió con malicia; Booth se veía lastimado.

—¿Me podrían pasar el pollo, por favor? —dijo Wendy casualmente antes de tomarse un largo trago. El vino le llenó la lengua de ricos y variados sabores, y lo tomó con vigor. Peter le hizo un gesto de cabeza a Booth, quien extendió una mano torpe y colocó una pechuga horneada en un plato de madera.

—Sírvele a mi dama, imbécil.

Booth tenía la mandíbula tensa cuando cubrió un pan de mantequilla y deslizó el plato hacia Wendy con violencia.

—Vaya, ¡qué falta de educación! —dijo Peter, entre risas, con un tono paternal—.

Booth, ¡hay que tener el debido respeto por la autoridad! —extendió una mano y tomó el cáliz de vino que Wendy había servido para él—. ¿Acaso no sabes que Wendy será la reina de Nunca Jamás, Booth? Juntos, ella y yo, vamos a reinar sobre esta isla; la transformaremos.

—Vaya, qué interesante —murmuró Booth, manteniendo la vista fija en la comida.

—Por favor, coman todos, por el amor de Dios. ¡Todos se comportan como si estuvieran muertos de hambre en esta isla!

Peter le aventó un plato a Booth como si fuera un perro; éste se detuvo un momento.

—No está envenenada —dijo Peter entre risas—. Si te quisiera matar, podría imaginarme mil formas mucho más interesantes de hacerlo. Te podría ahogar en la laguna, por ejemplo. Podría arrojar tu cuerpo sobre Los Dientes y hacerlo añicos. Te podría destripar desde el ombligo hasta la lengua y dejar que los gatos de Keel coman tus entrañas. Pero ¿envenenarte? No lo creo... Qué aburrido.

Booth miró a Peter y luego a Wendy. Ésta le dirigió un movimiento sutil de cabeza, y el chico comenzó a devorar su comida, tragando tan rápido como pudo.

—Vaya, vaya, pero ¡qué horrible falta de educación! —Peter sacó un hueso de pollo de la boca y chupó la médula ruidosamente—. Pero cuéntenme, por

favor, ¿cómo es que se conocieron?

Wendy tragó una mordida de pollo a duras penas y forzó una expresión de casualidad.

—Nuestras familias se conocen desde hace tiempo. El padre de Booth es el dueño de la Librería Whitfield, y nosotros compramos nuestros libros ahí.

Peter hizo una cara de enfado.

—¿Dices que compran sus libros ahí? ¿Para qué quieren... *libros*?

Booth alzó la vista y sus ojos brillaron con un fuego que Wendy conocía muy, muy bien.

—¿Cómo que “para qué”? —preguntó Booth—. Si la lectura es lo más importante que hay en esta vida. ¿Qué clase de cultura puede existir si las personas no leen?

*Ahí está, es él.* Wendy luchó por ocultar su sonrisa. Suprimió las ganas de saltar, gritar de felicidad y devorarlo a besos. Claro, tenía que prevenir que Peter matara a Booth, pero eso no significaba que Booth no pudiera humillar a Peter un poco. Booth tomó un sorbo de vino y su voz recuperó algo de su seguridad.

—Dime, Peter, ¿cuáles son algunas de tus novelas favoritas? Me atrevería a decir que *Robinson Crusoe* podría estar a tu nivel, con la casita del árbol y todo aquello. Dime, ¿tienen una biblioteca en la Isla de Pan? Dicen que se puede medir la educación de un niño por la cantidad de libros que tiene.

Peter ahora miraba a Booth fijamente, con un raro atisbo de vergüenza en el rostro.

—No me interesa hablar de libros —dijo con tono cortante—. Solamente quiero saber más de ti y de Wendy.

Wendy mordió un pan y lo masticó ruidosamente, esperando ocultar el tamboreo de su propio corazón.

—A decir verdad, Peter, no hay mucho que contar —dijo ella—. Booth es un conocido apreciado, sí, pero sería una exageración decir que es amigo mío.

Parpadeó y miró a Peter con toda la intensidad posible. Éste se reclinó en su silla y la vio con curiosidad, con una mirada desafiante: *A ver, convénceme.*

Wendy movió su silla chirriante y dio la vuelta a la mesa lentamente. Con una sonrisa coqueta, se sentó en el regazo de Peter y tomó su cara en la mano. De reojo pudo ver a Booth, quien la miraba como si toda la comida en su plato se hubiera convertido en cenizas. Wendy dirigió la vista a Peter y le acarició la mandíbula cariñosamente con los dedos.



—La verdad es que no entiendo por qué lo trajiste hasta aquí. Pensé que estaríamos nosotros dos nada más, con un poco de privacidad —permitió que la mano de Peter se deslizara por su muslo—. Ya, Peter, llévalo de regreso a Londres, y luego vuelve conmigo aquí. Considéralo como un favor para mí y para su padre; seguramente ya lo echan de menos. Ese chico nos sale sobrando aquí —rozó la mejilla de Peter con los labios y sintió su propia cara sonrojarse. Le susurró al oído, lentamente—: No necesitamos a nadie más, Peter Pan. Solamente tú... y yo.

Peter asintió con la cabeza, sin apartar la vista de su rostro, y se alejó de ella un poco.

—Que lo lleve a su casa. ¿Es lo que quieres que haga con él?

Wendy acercó su cara a la de Peter, sintiendo sus ralas barbas incipientes.

—Sí. No quiero que nada se interponga entre nosotros. Que nada nos separe, nunca —se alistó para besarlo directo en la boca, pero de repente se detuvo. Se llenó de terror.

Los ojos de Peter se habían puesto azul marino. Él soltó un gruñido al levantarse de un salto, tirando a Wendy al suelo: —¿Un conocido? ¿Crees que soy un estúpido, Wendy? ¿No crees que sé lo que pasa aquí?

Antes de que tocara el suelo, Wendy vio cómo Peter agarró los cabellos de Booth y arrojó su cabeza contra la mesa. Wendy se levantó de prisa mientras Peter voló hacia arriba, arrastrando a Booth, deteniéndolo con una mano en el cuello. Las piernas de Booth pateaban en el aire inútilmente.

—Claro, no he leído tantos libros como él, pero te puedo leer a *ti*, Wendy. Y veo que lo estás protegiendo; lo sigues haciendo —Peter voló hasta la orilla de la cabaña.

—¡Peter, no lo hagas! —Wendy gritó cuando Peter extendió el brazo por la puerta y detuvo a Booth encima del precipicio. Una distancia insondable — decenas de metros — lo separaba de la tierra dura.

—¡Dime la verdad o lo dejo caer! ¡Dímelo! —bramó Peter.

El rostro de Booth se ponía azul ante la presión que Peter aplicaba a su garganta. Una súplica débil se escapó de su boca, mientras rasguñaba las manos de Peter con desesperación. Éste dirigió una mirada penetrante a Wendy con sus ojos azul marino.

—Dime la verdad o lo dejo morir aquí mismo.

Wendy cayó de rodillas:

—¡Detente! ¡No lo hagas! ¡Te contaré todo!

Peter sonrió con malicia.

—Bueno, pero date prisa. Puedo sentir cómo la vida se le escapa por la garganta.

—Él me ama —dijo Wendy suavemente.

Peter arrojó a Booth al suelo con una sonrisa de satisfacción, y éste se sujetó la garganta y jadeó. Wendy lo vio y trató de pedirle disculpas, con una mirada fugaz, por lo que estaba a punto de decir: —Booth me ama, pero yo no siento lo mismo —se aguantó las ganas de llorar al observar a Booth recostado contra la pared, con terrible dolor en los ojos—. Los Whitfield son pobres. Éramos amigos de niños, hace muchos años. Pero yo a él le tenía lástima, como lo que se siente por un perro callejero. Mis padres decidieron patrocinar la librería, así que me mandaban por los libros cada semana. Luego él creció y comenzó a mostrarme su... afecto de manera más obvia, y yo decidí complacerlo. A decir verdad, sentía mucha lástima por este pobre niño hambriento y solitario, cuyos libros eran su única compañía. Así que le dejé seguir creyendo que había esperanza de que pasara algo. Además... —se detuvo un momento. Las palabras que pronunciaba le daban asco... además yo era una chica consentida, y me sentía aburrída. ¿Qué mejor forma de curar el aburrimiento, para una chica de la alta sociedad, que distrayéndose con un muchachito ordinario? Platicar con Booth, en aquel entonces, se sentía como una forma de rebelión. ¿Nunca has sentido la deliciosa emoción de robarte algo que no te pertenece, Peter? ¿La de hacer una travesura?

Peter volvió a sonreír con malicia.

—Sabes muy bien que sí lo he sentido.

—Bueno, Booth Whitfield representaba eso para mí. Era una pequeña travesura, algo que podría usar para hacer enojar a mis padres —negó con la cabeza—. Pero la verdad es que me arrepentí casi de inmediato —volteó la cabeza para no ver la expresión adolorida de Booth—. Lo que para mí había sido una distracción divertida se volvió demasiado real para él. Él se puso muy encimoso, hasta me confesó su amor en una carta que mi padre luego encontró. La verdad es que me siento afortunada, porque el falso noviazgo se acabó antes de que comenzara. Booth me dijo que había que ser valiente —tragó saliva. *Perdóname, pero un día lo comprenderás...*—, pero no fui valiente. No tuve el valor de decirle que no lo quería. No tuve el valor de confesarle que él, para mí, no era más que una pequeña distracción. No es digno de mi nivel. No es digno de recibir ni un solo beso mío.

Booth se quedó viendo a Wendy, horrorizado. Su boca formó una mueca y la tristeza se adueñó de sus hermosas facciones. Wendy no lo pudo ver a los ojos, sino que dirigió la mirada a Peter.

—Y es que solamente he conocido a una persona que es digna de recibir un beso mío.

Los ojos verdes de Peter se fijaron en los suyos e intercambiaron un instinto de deseo sin pronunciar palabra alguna. Tenía que hacer lo suficiente para salvar la vida de Booth. Tenía que comprobarle a Peter que lo deseaba sin límites.

—En todo el mundo sólo hay una persona digna de mi valentía.

Wendy se puso de pie y, para la sorpresa de ambos chicos, corrió hacia la orilla de la plataforma. Peter apenas si tuvo tiempo para gritar su nombre antes de que Wendy se tirara de la plataforma con un gran salto, lanzándose más allá de la orilla al vacío. El aire fresco de la noche le azotó la cara mientras la gravedad la alejaba de la cabaña de Peter, más allá del bosque, hacia la tierra.

Se alejó de la cabaña con tanta velocidad que apenas si alcanzó a oír los gritos aterrados de Booth en la distancia. Wendy había enfrentado el temor más terrible de sus peores pesadillas: caer al vacío. Ella cayó sintiendo que el corazón estaba a punto de estallar en su pecho. El aire la azotó con mayor fuerza. Vio el Centro pasar por un lado, con una lejana mezcla de voces y gritos de algunos Niños Perdidos que la vieron caer.

Su cadera chocó con una rama que la hizo girar, cayendo en espiral, cada vez más rápido, dando volteretas en la oscuridad.

Tal vez le había fallado el juicio. *Niña tonta*. La tierra se aproximaba deprisa, mucho más velozmente de lo que hubiera imaginado. Abrió la boca para gritar, pero sabía que era demasiado tarde, que el único sonido que produciría sería el golpe seco de su ensangrentado cuerpo sobre las raíces...

Entonces los brazos de Peter la envolvieron. Con una sacudida repentina dejó de caer, y de repente estaba volando con él, ingravidos los dos entre los árboles, con el aire que olía a vegetación y aventura sin límites. Peter la sostenía suavemente. Wendy sentía su aliento asustado sobre su piel.

—¡Wendy! Oh, dioses, ¿qué estabas pensando?

Por primera vez, Wendy pudo percibir que lo había tomado desprevenido. La voz de Peter sonaba alterada, descontrolada... *Está asustado*.

—¡Podrías haber muerto! ¿Por qué hiciste eso?

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, veía al verdadero Peter, libre

de toda maldad, despojado de La Sombra. Su sorprendente gesto de fe en él lo había sacudido.

Wendy trató de lucir calmada, aunque todo su cuerpo temblaba de susto.

—Traté de decírtelo, pero no me creíste —con un suspiro acomodó la cabeza en el hombro de Peter, un lugar que le parecía estar hecho a medida para ella—. Peter, tú me haces valiente. Él no. Hubo una vez en que yo creía que él era lo que quería, pero ahora entiendo que no es más que una tenue sombra de ti.

*Y hablando de La Sombra...* Wendy lo vio a los ojos y notó que el color azul marino se retiraba. Tal vez este gesto tonto y arriesgado sería lo suficiente para salvar a Booth. *Me creyó, gracias a Dios.*

—Y ¿qué vas a hacer con él?

Peter frunció el seño.

—Ya no tienes por qué preocuparte por ese pobre simplón. Me lo quedaré por ahora, como una pequeña garantía —torció la boca, con ojos errantes, y su voz se tornó fría—. John me mintió. Me dijo que tú amabas a Booth.

Wendy se esforzó por callar la voz interior que gritaba la verdad: *Pero sí lo amo, ¡sí lo amo!*

—Hasta crees que le hubiera confesado la verdad de mi vida personal a mi hermano, la persona más indiscreta de toda la familia Darling. Booth sí me amaba. Y si bien es cierto que antes sentía algo por él, hace mucho tiempo, siempre sabía que no era más que una distracción temporal. Siempre estuve esperando algo más grande.

Tomó la mano de Peter y trepó por su cuerpo, los dos flotando en el aire, hasta que su cara estuvo al mismo nivel que la suya. Se mordió el labio inquietamente y lo abrazó con las piernas. Sintió cómo Peter dejó de respirar y su cuerpo se puso tieso.

—El único futuro que importa ahora es el nuestro. Y el futuro de Nunca Jamás.

—Hmm... —Peter bajó la cabeza y se acercó a su rostro ávidamente—. Esa voz me gusta.

Sus labios se imprimieron y, aunque el cuerpo desleal de Wendy reaccionó ante el contacto con Peter, su mente solamente pensaba en una cosa: el color azul de los ojos de Booth, un azul como el cielo de Londres, claro y puro. Aunque sus labios se encontraron con los de Peter una y otra vez, como el mar y la arena, se escapó al refugio de la memoria de Booth. Trató de hacer caso

omiso del sabor de Peter, una mezcla de sal y corteza de árbol.

## V

Esa misma noche, cuando Peter ya se había ido a dormir y parecía que hasta las mismas estrellas exhalaban con alivio, Wendy se quedó despierta en su cama. Los latidos de su corazón marcaban el paso de cada minuto. *Tic tac.*

*Tic tac.* Era tiempo de hablar con el hada. Wendy tenía que salvarlos a todos, y no sabía cuánto tiempo podría seguir fingiendo que sentía afecto por Peter: un asesino en serie, un psicópata. Entre más progresaba su relación con él, más se alejaba de su propia esencia. Urgía que tomara medidas muy pronto. Por el bien de Booth, John y Garfio, no podía esperar más.

Se cubrió la cabeza con un pañuelo blanco y se escapó de su guarida. Subió desde la base del árbol hacia el núcleo del Centro, un mágico espacio abierto, iluminado por varias linternas colgadas, las cuales emitían una tenue luz de color plata y rosa.

Wendy sabía que las llamas parpadeantes que quemaban sin producir calor no eran de este mundo: una cierta hada, un hada muy celosa, producía las llamas todas las noches.

Si Campanita estaba cerca, tenía que estar aquí. Al hada le encantaba quedarse en esta encrucijada y observar a los Niños Perdidos. Y aunque podría ser fácil encontrarla, hacer que hablara sería otra cosa, de eso estaba terriblemente segura Wendy.

Campanita estaba obsesionada, a punto de la locura. De tantas personas en esta maldita isla, ¿por qué tenía que ser Wendy la que iba a ganarse la confianza del hada? *Esto no podrá salir bien.*

Caminó por las tablas de la pasarela en silencio, evitando los grandes huecos entre ellas y agarrando fijamente las cuerdas. El silencio de la isla era poco natural. Sus hojas y flores se enrollaban por las noches, acunando a los niños que dormían en su seno maternal. Las luciérnagas dibujaban volteretas en el aire arriba de Wendy, dejando puntos de luz parpadeante en su visión como el brillo de un foco. Recordó, con inquietud, que hacía varios meses no había visto la luz eléctrica.

Wendy llegó al centro de la pasarela de cables que se suspendía entre el dosel, de arriba, y el oscuro abismo de ramas debajo de ella. Tomó una linterna y la alzó sobre la cabeza. Campanita estaba cerca; sentía sus movimientos en el árbol a su alrededor, una energía blanca y caliente que puso

de punta los vellos de sus brazos.

—Sé que estás ahí —susurró Wendy—. Necesito hablar contigo.

Sonó un golpe seco a sus espaldas y dio una vuelta. Campanita caminó sigilosamente hacia adelante en una nube cilíndrica de polvo de hadas. Se veía tal y como Wendy la recordaba: como una pequeña niña, bajita, esbelta y delgada. Su cabellera —locamente despeinada, rubia, casi blanca— estaba adornada con moras y musgo suave. Sus pómulos marcados y la perfecta simetría de su rostro resaltaban por la palidez de su piel. La abrumadora belleza de Campanita fue eclipsada por su terrible tristeza. Sus brillantes ojos azules reflejaban el vacío de la desesperación. El polvo de hadas caía alrededor de Wendy como una nube de minúsculos espejos brillantes.

—Así que ¿tú quieres hablar conmigo? Supongo que podemos hablar... O bien podría matarte aquí mismo. No me he decidido.

Aunque la voz de Campanita resonó por el Centro como una dulce serie de campanas, en realidad proyectaba la malicia que antes la había caracterizado. La sábana harapienta que Peter la obligaba a ponerse colgaba de su delgado cuerpo, ondulando a cada rato cuando agitaba sus alas. Campanita resentía la obligación de ocultarse.

Cuando se movió, el brillo de la linterna de Wendy le iluminó la cara, revelando un moretón ovalado en su sien.

—Ay, Campanita —susurró Wendy. Dio un paso hacia adelante y extendió la mano para tocarla. Campanita cerró los ojos ante el contacto con los dedos de Wendy, y una lágrima llena de brillantes estrellas le recorrió la mejilla—. ¿Cuáles siniestras cosas te ha hecho?

Wendy podía sentir el pulsar eléctrico de la magia de Campanita que le recorrió la piel. El hada dirigió una mirada penetrante a Wendy.

—Tú no sabes nada de Peter, ni entiendes las cosas que hace.

—No es así, Campanita. De hecho, creo que podrías ser tú la que has tenido los ojos vendados durante mucho tiempo.

Campanita parpadeó.

—¿De qué hablas?

Wendy suspiró.

—Estoy a punto de contarte algo, algo que te va a causar una terrible inquietud. Pero necesito que escuches lo que te voy a decir. Campanita... —se detuvo ante la mirada sanguinaria de Campanita y ablandó la voz—... Peter te está usando. Te lastima, te manipula y usa tu poder para hacerse más fuerte. Es

un asesino, Campanita. Tú sabes muy bien lo que hace con los Niños Perdidos que llegan a ser demasiado grandes o demasiado listos —Wendy se detuvo otra vez, pensando bien en sus palabras—. Él nunca te amará como tú quisieras —las manos de Campanita comenzaron a temblar mientras Wendy siguió revelando lo más íntimo de su corazón—. La verdad es que Peter es incapaz de amar a alguien. No te puede amar a ti, ni a mí ni a los Niños Perdidos, porque en su alma hay un gran vacío que él mismo ha creado. El poder hace que esa maldad crezca, Campanita. Y tú le diste su poder —Wendy comenzó a hablar en un tono más grave, inspeccionando el lugar para verificar que estaban solas—.

¿Sabes qué es La Sombra?

—¡Ya, detente! —Campanita se encogió el cuerpo con un gesto defensivo, tapando las orejas con las manos.

El aire se volvió más denso. Todo el entorno se calló cuando las emociones de Campanita se desprendieron de su cuerpo, como zarcillos de magia que llenaron el aire. Hasta las ramas arriba de ellas temblaron. El hada se puso de pie, fortalecida por el poder de la naturaleza a su alrededor. Dio un paso hacia Wendy, enfurecida con un coraje volcánico.

—No te atrevas a hablar de Peter así. Tú no lo conoces como yo.

El polvo de hadas que la rodeaba comenzó a desprenderse de su cuerpo con pulsaciones; los añicos brillantes cayeron sobre Wendy, quemándole la piel.

—Sí lo conozco, Campanita. Entiendo cómo su amor se siente como la mejor cosa del mundo. Y luego llega cierto momento en que deja de sentirse así.

La magia de Campanita empujaba a Wendy hacia atrás, y se tuvo que inclinar hacia adelante. Hizo una mueca cuando las pequeñas ráfagas de magia le quemaron las manos y la frente. Con una mano temblorosa alzó la linterna sobre la cabeza y dirigió una mirada valiente a la última hada de Nunca Jamás. El polvo rodeaba a las dos en un remolino de estruendo y luz. La voz de Wendy se tornó cortante.

—¡Campanita, tienes que hacerme caso! Peter asesinó a todo tu pueblo. ¡Mató a las hadas!

—¡Basta!

Campanita gritó con un rugido que hizo temblar las vigas debajo de los pies de Wendy. El hada brincó hacia atrás y extendió las manos hacia adelante,



como si pretendiera defenderse de la verdad. Una espesa ola de polvo de hadas, blanca y caliente, tumbó a Wendy al suelo. Sus pies resbalaron, la linterna cayó a un lado de la pasarela y Wendy cayó de espaldas sobre ésta. Los añicos cortantes y ardientes del polvo de hadas le llovieron encima. Gimió y se dio la vuelta, con un dolor punzante en la columna. Campanita se alzó en el aire sobre ella, con una expresión rígida que reflejaba la negación absoluta de la verdad.

—No te atrevas a hablarme de mi pueblo. Si osas pronunciar su nombre de nuevo, te mataré. Te juro que lo haré. Peter podrá velar tu cuerpo quebrantado, y yo me atenderé a las consecuencias de tu muerte.

Aunque el rostro del hada se veía terriblemente serio, Wendy detectaba un atisbo de desesperación en su voz. Miró hacia arriba sin miedo y bajó su tono a un susurro.

—Campanita, a veces hay que mirar de frente a la realidad. Te suplico que trates de entenderlo, te lo ruego, por la memoria de tus familiares difuntos.

—Peter es la única familia que tengo. Es lo que sostiene a todo lo que existe en este mundo. Tú jamás podrías entender lo que compartimos él y yo.

—Si estuvieras tan segura de tu amor por Peter, mis palabras no te molestarían tanto.

Campanita gruñó. Se posicionó justo arriba de Wendy, flotando en el aire, y le escupió en la cara. Wendy alzó la mano, pero ya era tarde, la saliva cayó debajo del ojo y le quemó la piel como una brasa de fuego. Wendy gritó sorprendida y se apuró para quitarse la saliva.

—¡Campanita!

—No vuelvas a hablar mal de Peter.

Cuando Wendy alzó la vista, notó que Campanita había desaparecido, el único rastro que dejó fue una raya arqueada de polvo de hadas que manchaba las tinieblas. Wendy se tocó la mejilla, examinando la marca debajo de su ojo cautelosamente con los dedos.

La saliva del hada aún estaba caliente. Miró hacia abajo y vio que los vellos de sus brazos estaban chamuscados.

*Todo fue tal y como temía: no llegué a ningún lado.*

A la mañana del día siguiente, Wendy se despertó por el ruido de cien pies que se movían a su alrededor. Percibió la desagradable sensación de varias manos sobre su cuerpo, las cuales la levantaron de la cama. Estaba desconcertada, con sueño, apenas consciente de los cuerpos mugrientos de los

Niños Perdidos, el olor de su aliento, dulce y apestoso al mismo tiempo. Resistió sus apretones.

—Pero ¿qué diablos está pasando?

Abrió los ojos y vio sus miradas, las sonrisas de dientes faltantes, los cabellos despeinados, los ojos vulnerables. Sus pequeñas manos sujetaban el cuerpo de Wendy.

—¿Qué están haciendo? ¡Suéltense, chicos!

—¡No podemos! ¡Son las órdenes de Peter! —gritó Patel, sujetándole el hombro con una mano sucia.

Brock se reía como loco mientras la miraba desde arriba, inundándola con el olor de fruta.

—¡Buenos días, Wendy! ¿Cómo te amaneció?

Wendy se retorció hacia un lado y otro inútilmente. Los Niños Perdidos eran demasiados, una horda de pequeños muchachos riéndose. Brock alzó una pluma sobre la cabeza, indicando que lo escucharan, pero no le hicieron caso.

—¡Levántenla, a la cuenta de tres! Uno, dos...

Primero le alzaron las piernas, luego los brazos, en un enredo de miembros. La levantaron de manera caótica, pues los Niños Perdidos le hacían caso únicamente a Peter y a sus generales, personas que estaban ausentes en este momento. Alzaron el cuerpo de Wendy sobre sus cabezas, apretándole la espalda, los hombros y —para ignominia de Wendy— sus glúteos también.

—¡Bájense de inmediato! ¡Niños! ¡Es una orden!

Se rieron como si les hubiera contado un chiste absurdo.

—No podemos desobedecer las órdenes de Peter. ¡Perdón! —gritó Zattu, quien le sujetaba el tobillo firmemente—. ¡Pero nos encargamos de que llegues sana y salva, Wendy! ¡Deja de agitarte y quédate quieta!

Wendy suspiró y se rindió, dejando que los niños la cargaran por las pasarelas y ramas, rezando en silencio para que nadie tropezara, pues si se les caía, se desplomaría al abismo. Por un lado, Wendy odiaba la violación de privacidad y se preguntaba cuáles extraños planes le habían preparado los niños esta mañana. Sin embargo, también disfrutaba su cercanía. *A fin de cuentas, no me odian, aunque los dejé una vez.* Una voz bien conocida comenzó a gritar instrucciones a los niños. Wendy alzó la cabeza.

—¡Thomas!

—¡Qué tal, Wendy!

—¿Adónde vamos?

Los chicos marcharon al lado del tipi por la orilla norte del Centro, subiendo y bajando por las ramas con destreza. El cuerpo de Wendy brincaba y se columpiaba.

—No estoy seguro, Wendy, pero Peter dijo que te lleváramos al Mirador de las Flores Rojas. Y dijo que no podíamos dejar que tus pies tocaran el suelo.

Wendy sonrió.

—Peter no lo decía en un sentido literal, Thomas. ¡Auch! ¡Patel! ¡Cuidado con esas manos!

— *Li-te-ral* —Thomas repitió la nueva palabra con curiosidad. Wendy notó que sus rizos rubios comenzaban a ponerse de color castaño claro. Thomas estaba creciendo.

Eso significaba que Michael también estaba creciendo.

*Michael.*

Con tan sólo pensar en su nombre, los ojos se le llenaron de lágrimas. Su hermano menor andaba allá afuera, en algún lugar, bajo la protección de Lomasi y la tribu oculta de los pilvinuvo. No podría existir lugar más seguro para él; eso lo sabía Wendy desde un punto de vista racional. Sin embargo, todas las mañanas despertaba añorando la presencia de Michael, deseando despeinarle los cabellos rubios y besarle las manos regordetas. Eran tres los Darling que se encontraban en la isla en ese momento, y el otro le provocaba un coraje violento. Como siempre, Wendy sentía que ella y Michael estaban solos contra todo el mundo. Hubiera dado lo que fuera por tener tan sólo la oportunidad de abrazarlo por un instante.

—¡Wendy —gritó uno de los chicos—, cuéntanos un cuento!

—¡Sí, sí!

A pesar de que la agitación la mareaba, Wendy cerró los ojos y se esforzó por recordar una vieja leyenda irlandesa que Liza le había contado.

—Está bien, pero sólo si primero me bajan.

Cuando la habían bajado, Wendy sacudió el vestido y caminó al lado de los chicos, siguiéndoles el paso. Comenzó su narración con voz firme.

—Había una vez un hombre muy, muy pobre que vivía con su numerosa familia y muchos perros.

—Ay, ¡yo quisiera tener un perro! —exclamó uno de los Niños Perdidos, un chico alarmantemente pequeño.

—¡Escúchame! —Wendy lo regañó firmemente y se acordó de la voz

tranquilizante de Liza. Cuando cerró los ojos, sintió que casi podía sentir el sabor agrio del té Earl Grey—. Había una vez un hombre muy, muy pobre, y el dinero no le alcanzaba para mantener a su numerosa familia. Como era tan pobre, de nivel social tan bajo, no encontraba a nadie que aceptara ser el padrino de su hijo recién nacido. Sin un padrino que lo mantuviera, el hombre sabía que su hijo pronto moriría de hambre. El pobre estaba tan desesperado que finalmente convocó a todos los hombres de la aldea, invitándolos a reunirse para que él eligiera a un padrino al azar. Uno de aquellos hombres era la misma Muerte, que había llegado disfrazada. Cuando la Muerte apareció vestida como un hombre con un saco elegante, el hombre pobre la eligió y se puso muy contento al pensar que su hijo no solamente sobreviviría, sino que tendría un padrino adinerado por el resto de su vida. Cuando habían terminado el trato, la Muerte le dijo al hombre: “Tú no sabes distinguir entre lo alto y lo bajo”. El hombre pobre no entendió su comentario y se fue a festejar hasta las altas horas de la noche, extasiado por la riqueza de su nuevo compadre. Y así el niño creció en la casa de la Muerte. La Muerte lo crió y lo educó como si fuera su propio hijo, y el niño nunca supo que su padrino era la misma Muerte. Pasaron muchos años y llegó el momento en que el joven se iba a casar. La noche de su boda, la Muerte llegó a su casa —disfrazada, como siempre, con su saco fino—, encontró a su ahijado entre los brazos de su esposa, y se lo llevó. Lo cargó hasta una cueva a la orilla del mar, iluminada por dentro por incontables velas. Todas ardían con mucha luz, salvo una vela negra cuya flama débil parecía estar a punto de extinguirse. “¿De quién es esa luz?” preguntó el ahijado. “Es la tuya”, respondió su padrino con crueldad. Se quitó el saco y reveló su verdadera identidad: el joven se encontraba frente a la horripilante figura de la Muerte. El ahijado le rogó y suplicó para que colocara una nueva vela en su portavelas, pero su padrino no le respondió. El joven observó el momento en que su vela parpadeó y se extinguió.

Entonces cayó al suelo. Ya estaba muerto.

Los niños dejaron de caminar. Todos miraban a Wendy con expresiones de horror.

—¡Maldita sea! ¿qué clase de cuento es ese? —Patel exclamó mientras Thomas lloriqueaba—. No me gustó ese cuento, Wendy.

Wendy asintió lentamente con la cabeza.

—Chicos, ¿saben cuál es la moraleja del cuento?

Algunos negaron con la cabeza. Otros gritaron respuestas al azar: —¡Que

siempre hay que tener velas de reemplazo!

—¡Que no hay que meterse a las cuevas!

—¡Que es importante tener mucho dinero, siempre!

—No —Wendy apenas si distinguía la figura de Peter Pan en la distancia, esperándola. Intercambiaron miradas y Wendy habló en voz más baja—. La moraleja del cuento es que no se le puede hacer trampa a la muerte. Tampoco se puede negociar con ella.

Dio un paso hacia adelante y sacudió el vestido, el cual ahora estaba cubierto con las sucias marcas de varias manos.

—Bueno chicos, hasta pronto. Prefiero caminar sola desde aquí.

Uno de los chicos se encogió de hombros y se fue corriendo y riéndose. Los pobres niños eran tan dulces. Todos añoraban —en su soledad— el amor de una madre; cualquier pequeño gesto de afecto de parte de Peter los ofuscaba. Éste era la última persona del mundo que Wendy quería ver. Sin embargo, en vez de darle a Peter una cachetada bien merecida, fingió una sonrisa de adolescente, se agachó para pasar entre los racimos colgantes y avanzó para averiguar qué quería el chico volador.

El nombre del Mirador de las Flores Rojas era apto. Las raíces nudosas del roble formaban una plataforma circular, con una buena vista al mar. Arriba del lugar, enormes flores rojas de jamaica se abrían y se cerraban con el viento, sus delgadísimos pétalos agitándose en la brisa, sus estambres apuntados hacia el cielo.

Wendy observó a Peter donde se paraba en el centro del círculo y notó que, por un instante, parecía ser simplemente otro chico más. Peter sujetaba una rama arriba de la cabeza con una mano y se inclinó hacia adelante, hacia una apertura. La brisa agitó sus rizos rojos y la luz del sol les prestó el aspecto de una llamarada. Peter flexionaba sus largas y bronceadas piernas, y Wendy veía el perfil de su pecho muscular detrás de su túnica granate ajustada. Una corona de hojas doradas le enmarcaba la cabeza y alguien —Oxley, a lo mejor — había dibujado una serie de marcas tribales a lo largo de su brazo. Sin voltearse, Peter extendió una mano hacia ella.

—Puedo oír tu respiración, Wendy. Ven y mira esto.

Ella tomó su mano cálida y entrelazó los dedos con los suyos. Avanzó hacia el pequeño círculo en medio de las flores y dio un suspiro.

En la distancia del horizonte, vio un barco pirata.

## VI

Peter se rascó la barbilla y miró hacia el agua abajo del mirador. Con una mano abrazó la cintura de Wendy y, con la otra, sujetaba su espada.

—Es el *Mares Perversos*, el barco que encabeza la flota preciada de Jaali Oba. Nunca lo había visto tan cerca de la costa, normalmente se queda en las aguas marginales, buscando tesoros.

Wendy trató de ocultar su reacción de sorpresa. Claro, Oba era leal a Garfio. Sin embargo... Ahí estaba su barco listo para la cosecha, a poca distancia de la costa, como una fruta madura a punto de caer.

Los ojos de Peter brillaron.

—Dicen que hasta el mismo oro que adorna ese barco cuesta una fortuna. ¿Cómo ves, Wendy?

Ésta negó ligeramente con la cabeza y la recostó sobre el brazo de Peter. Quedaba claro que el chico pretendía probar la lealtad de Wendy. Ella inclinó la cabeza, fingiendo que estaba reflexionando y no observando la imagen del barco: la oscura madera, con toques de oro, y la imagen del sol brillante pintada en sus velas. La presencia de la nave que se mecía entre las olas —a dos millas de la playa, quizá— la tranquilizaba.

—Es una trampa, Peter —susurró—. Te pusieron una joya para tentarte a robártela, pero es una joya envenenada.

—Sí —murmuró Peter—. Creo que tienes razón.

Era una extraña sensación la de observar un barco desde arriba. Wendy estaba acostumbrada a ver un barco pirata de cerca, a bordo de él. Recordó la imagen de los altos mástiles, de Garfio al mando y Michael correteando por la cubierta mientras Smith le gritaba. Ahora que observaba el extraño barco, Wendy añoraba la presencia firme y sólida de Garfio.

Sabía de sus sacrificios; entendía por qué seguía luchando. Por qué *seguían* luchando, él y ella juntos. Wendy detuvo el aliento: de repente comprendió por qué el barco había aparecido en el horizonte. *Es una distracción*. Primero Garfio le había enviado una carta; ahora llegó el *Mares Perversos*, cuyo capitán era un aliado de Garfio. Podría significar una sola cosa: Garfio pretendía regalarle más tiempo. Wendy recorrió el cuerpo de Peter con los ojos y detuvo la vista en su cintura, donde normalmente guardaba la jeringa. Ya no estaba. Peter le siguió la mirada: —¿Ves algo interesante allá

abajo?

Wendy sintió que se le ruborizaron las mejillas y desvió la vista para otro lado.

—Perdón, este, no, yo, digo...

Peter la miró con una ceja alzada.

—Puedes mirar todo lo que quieras, pero... tendrá que ser más tarde. De momento algo urgente me llama: tengo que matar a unos piratas.

*Por favor, no los mates. Por favor, ya no mates a nadie más.*

—Tal vez no signifique nada, Peter. A lo mejor simplemente están navegando por aquí porque...

El estallido de un cañón interrumpió las palabras de Wendy, seguido por otro. Oyó el clamor de una gran explosión en la base del árbol, y una lluvia de astillas de madera llegó al lugar donde Peter y ella estaban. Enormes nubes de humo negro emergieron del agua debajo de ellos. De repente los ojos de Peter se nublaron con espirales de azul marino.

—¡Están bombardeando el embarcadero! ¡Muévete, Wendy!

La empujó toscamente y la rebasó, gritando órdenes frenéticamente a los Niños Perdidos que se acercaban en masa.

—¡Enfilense! ¡Enfilense! ¡Aquí, en un grupo! ¡A defenderse! ¡Maldita sea!

Los Niños Perdidos formaron un círculo alrededor de Peter, con algunas expresiones de terror y otras de euforia. En algún lugar arriba de ellos, la campana de alarma comenzó a sonar.

—¡Agrúpanse!

Peter se disparó hacia arriba. Los Niños Perdidos extendieron sus manos hacia él, adorándolo, añorando el don que sabían que estaba a punto de regalarles. Un remolino de zarcillos de luz lo envolvió, emergiendo desde la cabeza hasta la punta de los dedos.

—¡Ha llegado la hora de pelear, chicos! —gritó con voz autoritaria.

—¿Ya empezó la guerra? —gritó alguien. Peter negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero esta sí es una agresión. La trataremos como tal y le pagaremos con la misma moneda.

Los aplausos de los niños aumentaron, hasta convertirse en un grito ensordecedor.

Mientras tanto, los generales se congregaron en la última fila. Abbott presentaba cara de molestia. John se veía inseguro de sí mismo; se posicionó en un lugar donde Wendy no lo pudiera ver. Oxley, en cambio, la miró

directamente con los ojos bien abiertos.

Wendy se movió sigilosamente y se acercó a su aliado, tocándole el brazo con la yema de los dedos.

—¿Ya? —le susurró.

Oxley asintió con un movimiento sutil de la cabeza, de inmediato volteó hacia Peter y pronunció un grito fuerte: —¡A volar!

Los demás niños lo acompañaron, gritando al unísono:

—¡A volar! ¡A volar! ¡A volar!

Peter se elevó más en el aire. El polvo plateado le recorría los brazos y palpitaba con cada respiración. Todo su cuerpo brillaba con una luz tenue que le recorría las venas y emergía de los poros. Wendy lo observó con asombro: era el chico de la luz y las tinieblas. Entre las consignas de los Niños Perdidos que resonaban entre los árboles, Peter abrió las manos y las juntó arriba de la cabeza.

Sonó un fuerte *crac* que estalló y la luz blanca se desprendió de las manos de Peter y llenó el espacio, alcanzando a todos los Niños Perdidos e incluso a Wendy, quien dio un paso hacia la ola de luz en el último instante. El poder la inundó y la llenó de luz; su cuerpo se sentía libre, sin peso alguno. Todos comenzaron a despegarse, incluso John, que zigzagueaba de una rama a otra como si hubiera nacido para volar. *Qué imbécil más engreído.* Wendy se quedó con los pies en el suelo. No quería que Peter descubriera que tenía el don del vuelo.

—¡Chicos, agarren todas las armas que puedan y váyanse al embarcadero! Abbott, toma el baúl de hierro. Oxley, llévate todas las armas de fuego que puedas. ¡John, carga mi espada! —Peter se elevó, colocó las manos sobre las caderas y pronunció un sonoro cacareo. Los chicos le respondieron y volaron en grupo como una bandada de gorriones, dando vueltas en torno a él. Peter gritó—: ¡Ahora vuelen todos! —entonces dirigió una frase suave y hambrienta a Wendy—: Espero encontrarte aquí cuando regrese.

Wendy se mordió la mejilla.

—¿Adónde me iría, Peter?

Éste le hizo un gesto de reprobación, como si ya supiera de sus mentiras.

—Reza por mí, Wendy.

—Rezo por ti todas las noches, Peter —respondió suavemente, siguiéndole el juego.

*Sí, rezo para que te derroten, para que pronto pueda librarme de ti.*



Peter voló hacia abajo de prisa y la agarró bruscamente, imprimiendo sus labios con los de Wendy de manera feroz. Cuando apartó la boca, una pequeña llama permanecía en la lengua de Wendy.

—Cuando regrese, te voy a regalar la cabeza de Jaali.

Wendy tragó saliva con nerviosismo.

—Me parece un poco... excesivo.

—Nada es excesivo para uno de mis enemigos más fuertes, Wendy —Peter suspiró de manera dramática, como si tratara de explicar algo a un niño—. Al contrario, sería un acto de misericordia.

Sin decir una palabra más, Peter despegó y desapareció. Otra explosión sonó en la distancia, abajo de Wendy, y ésta vio otro pilar de humo negro que ondulaba encima de los árboles. El humo flotó hacia el alta mar y Wendy miró hacia arriba, hacia la parte más alta del Centro, donde la espesura de las ramas verdes acunaba la cabaña de Peter.

*Ya llegó el momento. Es hora de ir por la jeringa.*

La reina Eryne había dicho que Peter entonó la canción; sin embargo, durante todo el tiempo que Wendy había pasado ahí, nunca lo oyó cantar. Lo que sí había observado era cómo Peter tocaba la jeringa. Tenía un don extraordinario para hacerlo; era algo que lo llenaba de orgullo y que tranquilizaba a todos los que estuvieran cerca. Si Peter iba a entonar una canción, lo haría con la jeringa. Wendy respiró profundamente y se despegó del suelo. De pronto estaba volando velozmente hacia arriba, embriagada con la sensación de volar sin sentir la mano de Peter exprimiendo la suya.

Siguió hacia arriba, más y más alto, tratando de hacer caso omiso de los sonidos de la terrible batalla que se libraba debajo de ella: los cañones, los disparos de armas de fuego y, de repente, unos gritos. Aunque sabía que su hermano no lo merecía, pronunció una breve plegaria para él: *Por favor, protege a John.*

Wendy casi había llegado a la parte más alta del Centro, donde podía ver el fondo de la cabaña de Peter. Entonces vio la jaula que se colgaba del piso de ella, columpiándose en la brisa. Una figura sombreada en la esquina se acercó a las barras y, para sorpresa de Wendy, se descubrió viendo a los ojos hundidos del chico cuyo corazón ella había destrozado la noche anterior. Se le acercó y extendió las manos para agarrar la jaula.

—¿Booth?

La sombra del entramado de barras dividía el rostro del chico en pequeños

cuadros perfectos: uno enmarcaba sus labios, otro su ojo, otro le enmarcaba el cabello salvajemente despeinado.

—¿Wendy? —el chico se veía confundido, fijando la vista en ella por un momento mientras trataba de entender lo que pasaba—. ¿Estás volando?

—Sí.

Booth parpadeó una vez, como si despertara de un largo sueño. Entonces se lanzó hacia adelante, agarrándole las manos que sujetaban las barras.

—Era de esperarse. Obvio, te volviste como él. Como si te hiciera superior poder volar por el aire como una maldita paloma.

El contacto con sus dedos liberó una explosión de alegría en el corazón de Wendy, un regocijo que recorrió sus venas como electricidad. Por alguna razón, sintió ganas de sollozar. Aunque las palabras de Booth eran duras, Wendy pudo ver, en sus ojos, que verla lo alegraba.

—Booth, escúchame. No me puedo quedar; hay algo que tengo que sacar de la cabaña de Peter, y lo tengo que hacer ahora mismo.

En algún lugar debajo de ellos, sonó la explosión de un cañón y el árbol crujió de nuevo. Booth la miró con los ojos bien abiertos.

—¿Qué sucede allá abajo? Suena como...

—Una batalla. El capitán Jaali Oba y el *Mares Perversos* están aquí.

—Y eso ¿qué significa? Todo esto, para mí, no es más que una locura muy peculiar.

Antes pensaba que entendía mi propia realidad, y la realidad de nosotros —se le nubló la vista—. Ahora no me siento seguro de nada, y temo que podría estar atrapado en una terrible pesadilla.

Wendy asintió con la cabeza. Recordaba cuando ella también había sentido lo mismo.

—Lo sé, y te entiendo, créeme. De momento no tengo tiempo para explicarte nada, pero te ruego que me hagas caso, Booth. Haré todo lo posible por liberarte, cuando llegue el momento adecuado.

—¡Libérame ya! —seseó—. ¡Ya estás aquí, y yo sigo en esta maldita jaula! Wendy negó con la cabeza.

—No puedo; no puedo hacer nada hasta que llegue el momento adecuado. ¿Confías en mí?

Booth detuvo la vista en ella durante mucho tiempo. El gran dolor que Wendy le había causado se reflejaba en sus ojos azules.

—A decir verdad, Wendy, en este momento, no creo que te pueda

responder en forma afirmativa. Me rompe el corazón decírtelo, pero... no, no confío en ti.

Sus palabras, aunque bien merecidas, le causaron dolor. Wendy tragó con nerviosismo y le recorrió los dedos con un roce de los suyos, viendo una leve expresión de reconocimiento en el rostro del chico. A pesar de lo que él decía, su piel aún reaccionaba al contacto con Wendy.

—Booth, todo lo que he dicho delante de Peter Pan es una mentira. Necesito hacer que él crea que lo amo. Si no lo logro, te matará a ti y a mis hermanos, y tal vez a toda la población de Nunca Jamás. Hay una terrible maldad en él que no te puedes ni imaginar.

El coraje en el rostro de Booth se transformó en incredulidad: —Qué linda noticia; justo lo que necesitaba oír.

—No te lo puedo explicar ahora porque tengo que ir a buscar la jeringa de Peter, hay que aprovechar la distracción creada por Jaali, pero necesito que sepas...

Su mente recorrió las miles de cosas que añoraba decirle: todas las promesas incumplidas, las cosas horribles y hermosas que había visto en la isla. Sin embargo, había una sola cosa que Booth *necesitaba* saber. Wendy se apoyó contra la jaula y tomó la mano del chico, sin titubeos. Le besó la palma como Booth alguna vez le había hecho a ella, y después colocó la mano del chico sobre su propio corazón.

Booth dejó de respirar.

—Tú sigues aquí —le dijo—. No lo olvides nunca, a pesar de lo que veas y a pesar de lo que escuches. La idea de estar contigo me ha sostenido durante muchas noches oscuras en este lugar.

A pesar de la incredulidad en la mirada de Booth, éste le respondió: —Creo en ti, Wendy —el chico le extendió una mano y Wendy acomodó su mejilla en la mano con un suspiro—. Siempre he creído en ti.

Wendy oyó las órdenes que Peter gritaba abajo, que resonaban en todo el Centro.

Alejarse de Booth era la última cosa que quería hacer. Resistiendo las ganas de quedarse, empujó la jaula para despegarse y se fue volando. La jaula quedó columpiándose en la distancia. Wendy aterrizó al lado de la cabaña de Peter con un golpe seco. Cuando entró, pronunció una frase que su padre había dicho una sola vez: —¿Qué diablos sucede aquí?

## VII

La cabaña de Peter parecía una especie de pesadilla. Wendy dio un paso hacia adelante y observó su entorno: era un tiradero de chucherías, tesoritos y chatarra inútil. Cada superficie del lugar era un mugrero caótico. Un enredo de ramas penetraba el piso de un lado del cuarto; las mismas sostenían el tejado de palma, de la cual decenas de caireles se colgaban y susurraban en la brisa.

La hamaca de seda blanca se columpiaba lentamente con la brisa. Estaba amarrada, con un nudo de marinero, al lugar donde las ramas se juntaban con el tronco. Era el único espacio en la cabaña que permanecía vacío. Wendy sentía que la habitación entera la consumía, la devoraba. Parecía ser una manifestación física de la mente de Peter: una mezcla confusa de belleza y caos. Un mapa de Nunca Jamás, dibujado a mano y carcomido por el tiempo, cubría una ventana en la pared oriente, ondeando de vez en cuando con el viento.

Wendy caminó de puntillas hacia él. Trazó el papel con los dedos, notando cómo el mapa tenía la textura del cuero suave y envejecido. Descubrió dos nombres garabateados en su parte inferior: Peter Pan y James T. Garfio. El suspiro que se escapó de la boca de Wendy expresó su angustia por aquellos dos chicos, dos viejos amigos que se habían convertido en enemigos acérrimos. Mucho tiempo atrás habían compartido tantos momentos felices; ahora, en cambio...

Wendy examinó el resto del mapa, analizando los garabatos de barcos, cuevas y montañas. Encontró el Puerto Duette y siguió la línea de la quebrada al norte, la cual serpenteaba entre vastas selvas con sus dibujos primitivos de gatos Keel. De repente sintió el corazón en la garganta.

Apartó los dedos del mapa. Vio una terrible imagen debajo de la cordillera garabateada. Varios trazos violentos, dibujados al carbón, formaban el perfil de una figura alta y esbelta, cuyas uñas eran como garras serradas. Su boca permanecía abierta en un aullar perpetuo y tenía la cabeza extendida hacia adelante, como si estuviera en medio de una embestida. Se apreciaba una huella superpuesta sobre el dibujo: la de una mano ensangrentada.

Wendy alzó su propia mano y la comparó con la huella. La reconoció de inmediato: coincidía con la mano que tanto había amado, la de Peter Pan. Aquí estaba la prueba fehaciente de la existencia de La Sombra, un ser cuyo nombre

ella y Garfio solamente pronunciaban a susurros, un monstruo que vivía dentro de Peter y, al mismo tiempo, era controlado por él. Wendy respiró profundamente y sintió el pulso acelerado mientras observaba el dibujo, el cual evidenciaba una terrible agonía.

*¿Será que Peter se arrepienta de su conexión con La Sombra? ¿O acaso se deleita en el poder que le da? ¿Será capaz de recordar quién era antes de unirse a ella?*

Wendy comenzó a inspeccionar los infinitos montículos de baratijas frenéticamente.

Parecían interminables las acumulaciones de hilos de perlas, gemas del tamaño de su pulgar, dagas de pirata, monedas de las hadas —de aspecto sumamente macabro—, animales tallados de madera, rollos de pergamino y medallones marcados con la figura de una calavera. Había tantas cosas costosas, todas absolutamente inútiles para ella.

*La jiriga, la jiriga, la jiriga.*

Wendy se encargó de dejar todo inalterado y en su lugar. Recorrió el fondo de los estantes con las manos, examinó baúles de tesoros; alzó ramas y hojas, buscándola en cada extraño rincón del lugar. Los minutos pasaron y las gotas de sudor le recorrieron la cara hacia la clavícula. *Tengo que encontrarla, ¿dónde estará?* Las tablas del piso estaban bien fijadas y las paredes no parecían contener compartimientos secretos.

*Ya sé quién haría esto con mucha destreza: John. Siempre es tan bueno para los rompecabezas.*

Al abrir el último baúl y registrarlo, se reclinó con la sensación de la derrota.

Comenzó a tamborilear en los dientes con una uña. Era una costumbre que había aprendido del señor Darling mucho tiempo atrás; aunque era —sin duda— un mal hábito, siempre le ayudaba a concentrarse. Se quedó de pie, observando la totalidad de la habitación.

*Tap, tap, tap. Si yo fuera Peter Pan, ¿dónde escondería mi jiriga?*

Wendy cerró los ojos.

*La ocultaría en un lugar seguro. Un lugar donde solamente yo podría alcanzarla.*

Entonces abrió los ojos súbitamente. *En un lugar muy alto.*

Dobló las rodillas y brincó, tal y como Abbott hacía para comprobar que aún tenía el don del vuelo. Sí lo tenía. La sensación de su cuerpo sin peso

nunca dejaba de asombrarla. Corrió hasta la orilla de la plataforma y se lanzó al vacío, volando hacia arriba en línea recta. Mientras volaba, oyó la voz de Booth desde abajo, con un tono muy británico que, aunque le era muy conocido, sonaba demasiado extraño aquí en la selva.

—Wendy, no sé qué estás haciendo, pero ¡creo que la batalla ha llegado a su final!

¡Más vale que te alejes de aquí!

Wendy voló encima de la cabaña de Peter, examinando el tejado desesperadamente, buscando una señal, la que fuera... Entonces la vio. *Sí*. Una canasta tejida, de aspecto humilde, estaba amarrada firmemente a las vigas del techo con cuerda de yute. Wendy se inclinó y aterrizó en el tejado a su lado, cayendo de rodillas entre ramas que se agitaban ferozmente con el viento. Las manos le temblaban cuando alcanzó la tapa de la canasta.

—Tranquilízate —susurró, hablando consigo misma—. Tranquilízate ya.

Comenzó a quitarle la tapa. Justo en el momento en que lo hacía, sonaron las campanas de la Isla de Pan con un clamor que sintió en las entrañas. Wendy sabía que una campanada señalaba la llegada de piratas, dos indicaban un incendio... y tres significaban la victoria.

*Ding. Ding.*

Se detuvo con la mano en la canasta.

*Ding.*

La batalla había terminado. Peter volvería pronto y si la descubría, sabría que lo había traicionado... Y que ella también sabía de La Sombra. Todo su plan se haría añicos, sería el fin de todo. Wendy introdujo la mano a la canasta y agarró la jeringa, un instrumento dorado e inesperadamente pesado. Apenas si la vio antes de esconderla en la blusa, apretada contra el pecho. Con una fuerte patada, tiró la canasta del tejado para que Peter pensara que el viento se la había llevado. Cuando dio la vuelta para retirarse, oyó las voces de los Niños Perdidos que resonaban entre los árboles, entonando un canto de júbilo con orgullo e intensidad: *Yo-jo, yo-jo, ¡ese barco ya se hundió!*

*En la tierra o en alta mar, Peter sabe destrozar A los borrachos, asesinos, perros y puercos marinos, Yo-jo, yo-jo, ¡el fuego los consumió!*

Acto seguido, los Niños Perdidos gritaron el nombre de Peter una y otra vez con fanatismo. Los voces resonaron entre los árboles y Wendy oyó, desde arriba, los golpes de los niños que aterrizaban al lado de la cabaña de Peter. Ella corrió hacia el otro lado del tejado, alejándose lo más que pudo de la voz

encantadora cuyo tenor llenó la habitación debajo de sus pies, provocándole un escalofrío: —¿Un poco de vino, chicos? ¿Comemos? ¿Cómo festejaremos? Oxley, abre el almacén de cereales.

La voz nerviosa de Oxley le respondió:

—Oye, Peter, no sé si sea buena idea... De por sí tenemos escasez de comida. Hay demasiados niños.

Wendy oyó la voz de Peter de nuevo, ahora con un tenor de molestia: —Oxley, ¿te crees el Pan, acaso? ¿Crees que no me importan mis chicos? ¿Acaso crees que no estaría dispuesto a pasar hambre para que ellos comieran a gusto?

—Claro que no, Peter —la voz de Oxley revelaba un poco de incredulidad.

—Muy bien. Entonces, ¡que comience el banquete! Voy por Wendy, le va a encantar la historia de nuestra pequeña escaramuza, y entonces todos podemos reunirnos en la cocina para festejar. Toquen la campana para los pipis, qué traigan el cajón de vino de la bóveda de redadas. Con dos piratas muertos y ni un solo daño para los Niños Perdidos, ¡nos sobran razones para festejar!

Wendy ya no pudo esperar más. Se tiró de la cabaña y voló con los brazos extendidos hacia atrás, como había visto que Peter hacía con frecuencia para aumentar su velocidad. Su cuerpo se desplomó directo hacia abajo y voló más rápido que nunca; las hojas le azotaron la cara, hizo todo lo que pudo para zigzaguear a través del enredo espeso de ramas, lejos del Centro.

La siringa se asomó levemente, pero Wendy la apretó con la mano; sin embargo, el viento reaccionó al cambio de su postura corporal y la desvió, haciéndola pegarse con las ramas. Contuvo la respiración al volar más bajo, y el tamboreo de su corazón era tan fuerte que todos los habitantes de la Isla de Pan seguramente lo pudieron oír. Wendy estaba en la parte trasera de la isla, entre las raíces del árbol, y se puso a buscar la entrada humilde de la casucha de los pips.

Wendy entendía por qué todos evitaban esta parte aislada de la isla, pues los pips tiraban sus deshechos ahí mismo. Incluso Peter bordeaba el lugar... y Peter era justo la persona que Wendy necesitaba evitar en ese momento. Voló más bajo y finalmente volvió a respirar; entonces de repente vio la entrada abierta debajo de ella, y el olor fétido la abochornó.

Redujo su velocidad y enderezó el cuerpo para aterrizar de pie. *Ya casi, ya casi llego.*

Sus pies apenas si habían tocado la orilla del precipicio cuando el don del vuelo se le fue. De inmediato sintió cómo el don se desprendió de su cuerpo; el calor del poder se escapó de sus poros. Gritó cuando su pies se deslizaron y su cuerpo se desplomó como una piedra. Extendió las manos y agarró un puño de raíces blancas espinosas, las cuales le rasguñaron las palmas como vidrio molido.

Wendy apretó los músculos frente al golpe con el acantilado. Los pies se le colgaban en el aire y las olas chocaron con la orilla rocosa debajo de ella. Hizo una mueca ante el dolor insoportable de las manos.

—¡A jalar! —se dijo a sí misma, rogándole a sus manos que le hicieran caso. Su sangre se escurría por las raíces—. ¡Jala, Wendy!

Por fin logró moverse. Jaló con una mano y luego con la otra; sus pies se resbalaron en la superficie del acantilado, mojada con los deshechos de los pips; gruñó y se tiró encima del terraplén, jalando hasta que estuvo sobre tierra plana. Dio una vuelta y se acostó de espaldas, mirando hacia el cielo. Con una mano ensangrentada se tocó el pecho, verificando que la jeringa seguía ahí.

Sentía ganas de permanecer así por siempre, de descansar y esperar hasta que sus manos dejaran de salpicar la tierra con sangre. Sin embargo, sabía que tenía que seguir adelante.

Tenía que correr. Tropezó al desplazarse por el oscuro laberinto que formaba la casucha de los pips, dirigiéndose al pequeño rincón que les servía de dormitorio.

Apenas había llegado a la entrada de su habitación cuando oyó los golpes de una docena de pies a sus espaldas. Miró hacia atrás, distraída por el ruido, y se tropezó con una rama baja, la misma que la hacía tropezar casi todas las mañanas. Wendy cayó al suelo con fuerza y la jeringa se resbaló al piso, deslizándose hasta el centro del cuarto y emitiendo una tenue luz dorada. Wendy brincó hacia adelante justo en el momento en que Peter dio la vuelta a la esquina.

—¡Wendy! Tengo tanto que contarte, tienes que... ¿Wendy?

La chica cayó de rodillas con pánico, cubriendo la jeringa con su vestido. Juntó sus manos ensangrentadas y le dio la espalda a la entrada, donde Peter permanecía parado.

—Wendy, ¿por qué estás en el piso?

Ella se quedó con la cabeza agachada, haciendo el máximo esfuerzo para



no temblar, y mantuvo las manos tranquilamente cruzadas.

—Estoy rezando, Peter —dijo con calma, luchando por suprimir su respiración agitada—. Ya te dije que rezaría para que regresaras sano y salvo.

Cuando Peter volvió a hablar, su voz reflejó una gran emoción.

—Y ¿qué más pediste en tus plegarias?

Wendy le contestó con las palabras que sabía que le encantarían, palabras que lo dejarían satisfecho y libre de toda sospecha.

—Recé para que mataras al capitán Garfío, así nuestros futuros hijos podrán bailar sobre su tumba.

Peter se rio con deleite.

—¡Vaya, vaya, Wendy Darling! ¡Qué sorpresa cuando una chica tan propia como tú dice algo así! —de repente se le acercó y le acarició la barbilla y los labios con los dedos—. No sé qué cosa me encanta más: ver esa perfecta boca tuya, como una hermosa flor, o saborearla.

Entonces le dio un beso largo y profundo, recorriéndole el cuello y las clavículas con las manos, justo en el lugar donde la jeringa había estado unos segundos atrás. Wendy sintió la forma de la jeringa debajo de las rodillas y las piernas le temblaban.

—¡Peter, por favor! —se alejó de él con un suspiro—. Estoy rezando —parpadeó de manera modesta—. Es un momento sagrado.

—¡Ah! ¡Perdón! —Peter dio un salto hacia atrás. Le desconcertaba esta fe incomprensible, pues nunca había visto una expresión de fe en algo que no fuera él mismo—. Cuando termines de, este... mandar mensajes, ¿me puedes alcanzar en la cocina? ¡Vamos a festejar la victoria con un gran banquete!

— ¿La victoria? —Wendy ladeó la cabeza—. ¿Destruyeron el *Mares Perversos*?

—No lo destruimos, pero ese barco se va a quedar incapacitado por mucho tiempo.

Se fue medio rengueando hacia el mar después de que le quemamos la vela mayor.

Peter se rio y, cuando recorrió su cabello con la mano, Wendy apenas se dio cuenta de que el chico estaba salpicado con sangre.

—Dios mío, Peter, ¿te lastimaron?

—A mí no. Pero dos piratas murieron. Uno por un balazo en la cabeza, y el otro se cayó a la cubierta —Peter hizo un sonido aguado con la boca y extendió las manos con los dedos separados—. Quedaba muy poco de él

después de la batalla. Pero bueno, te dejo con tus sagradas oraciones. Cuando termines, sube a la cocina por las poleas. Te guardaré una botella de vino de la reserva privada de Garfio —recorrió la mejilla de Wendy con la mano. Con el meñique le acarició la mandíbula y le acomodó un rizo con el dedo índice—. Ah, y otra cosa más, Wendy...

—¿Qué pasa, Peter? —susurró sin abrir los ojos.

—Tal vez sea buena idea bañarte antes de que vengas. Es que hueles un poco...

fuerte.

Se paró y estiró los brazos encima de la cabeza antes de despegar, volando entre las ramas y dejándola sin aliento. Wendy sacó la jeringa debajo del vestido y la envolvió de prisa en un trapo sucio que solía usar para lavarse la cara. No sería posible esconderla en su habitación, sería, sin duda, el primer lugar donde Peter la buscaría al descubrir que había desaparecido.

Optó por ir al dormitorio de los pips. Se agachó para no pegarse con las decenas de hamacas vacías, y notó un barril del otro extremo del dormitorio. Era más alto que ella misma, y estaba lleno del agua que se filtraba por las hojas del árbol, con un sistema de canalización que John había diseñado para procurar agua potable para los Niños Perdidos. Wendy trepó por algunas ramas hasta que pudo ver el barril desde arriba.

Con un suspiro tomó la jeringa y la dejó caer dentro del barril. Cuando la vio desaparecer en las tinieblas del agua, volvió a respirar.

Se bajó con alivio y se dirigió al manantial burbujeante del otro lado de la casucha.

Peter Pan tenía razón. Tal vez era el único buen consejo que le había dado jamás, pero tenía razón: a Wendy sí le hacía falta bañarse.

Ya había protegido la jeringa. Ahora lo único que faltaba era hablar de nuevo con Campanita, antes de que Peter lograra destruir la isla entera.

## VIII

El banquete duró hasta altas horas de la noche. Los Niños Perdidos hambrientos tragaron la comida a montones y el vino no dejó de fluir.

Como Wendy tenía la mente excepcionalmente aguda después de su hazaña con la jeringa, se rio con exacerbación de las travesuras de los Niños Perdidos. Peter flotó por encima de las mesas, contando historias de sus batallas con piratas, sus proezas heroicas y valientes por salvar la vida de sus compañeros. Su sonrisa encantadora ocultaba sus incontables pecados.

Wendy lo oyó en silencio y observó a los Niños Perdidos que escuchaban los relatos de Peter. Los chicos lo veían con ojos que reflejaban una terrible hambre de afecto. Los únicos que lo veían con indiferencia eran los tres generales, de los cuales cada quien ocultaba un secreto personal: Oxley era un traidor; Abbott se encontraba constantemente entre la espada y la pared, y John le dirigía una mirada vacía a Peter, como si su mente divagara en alguna dimensión muy lejana.

Las manos de Peter no dejaron de buscar a Wendy en toda la noche. Ésta le susurró promesas que jamás pensaba cumplir, con comentarios que eran seductores y reservados al mismo tiempo. El chico volador había bebido demasiado, por lo cual se comportó de manera descuidada y volátil. Cuando Wendy tomó una uva del plato, Peter le agarró las manos y notó las vendas en sus palmas.

—¿Qué tienen tus manos, Wendy?

Ésta rio de manera desinteresada y se encogió de los hombros.

—Es que salí a buscar moras para los chicos —levantó las manos—. ¿Y qué crees, Peter? ¡Tropecé y me caí directo a la zarza! Qué suerte que las espigas no me sacaron los ojos, ¿no?

Peter sacó el labio inferior, el cual brillaba con rubor. Wendy desvió la mirada.

—¡Ah, qué niña más tontita! —se agachó y le besó las manos vendadas, inundándola con el calor que transmitían sus labios—. La próxima vez que quieras unas moras, dímelo y se las encargaré a los pips. No hace falta que salgas a cosecharlas tú misma.

Wendy sonrió sutilmente.

—Qué lindo detalle, Peter.

Mientras tanto, una sola palabra se repetía en su mente como un disco rayado: *Campanita, Campanita, Campanita*.

—¡Oigan! —la voz de Oxley se proyectó por encima del alboroto—. Miren lo que acaba de llegar del continente: ¡el envío de Madame Larouche!

Una manada de Niños Perdidos rodeó a Oxley de inmediato, con la única excepción de John y Abbott, quienes se quedaron en el desván de los generales con miradas de aburrimiento.

—¡Háganse para atrás, loquillos! A todos les va a tocar un poco de queso, se los prometo.

Una vez al mes, Madame Larouche enviaba un baúl enorme a Peter desde el continente en una lancha de remos. Lo hacía para mantenerlo contento, pues Peter era el que le advertía de la llegada de barcos de otras islas que traían víveres. La Madame compraba estos víveres con avaricia y los volvía a vender por un precio elevado.

Todos los chicos se empujaron y extendieron las manos para pedir uno de los manjares. Siempre llegaban raras delicias: higos azucarados, panes elegantes, queso de melón, galletas de tres semillas y exquisitas mermeladas de mora. Para los niños hambrientos, el tesoro que el baúl contenía valía más que el oro.

Oxley aventó el baúl al suelo, le quitó la tapa de madera con una palanca y sacó la paja de relleno a puñados.

—A ver, a ver, ¿qué nos tocó esta vez? Aquí veo pescado ahumado, salami seco, anacardos, galletas de zarzamora... —los chicos volvieron a amontonarse y Oxley pisó fuerte para llamarles la atención—. ¡Ya! ¡Hacia atrás todos!

—Háganle caso a su general —dijo Peter con flojera, mientras agarraba a Wendy y la acercaba a él—. Háganse para atrás, chicos.

Oxley gruñó con coraje a un Niño Perdido que introducía la mano a la caja.

—¡Junji! ¡Hazte para atrás! ¡Sabes muy bien que a Peter le toca la primera probada de todo!

El círculo de chicos abrió espacio; todos retrocedieron hacia la cocina con la cara decaída.

—¿Cómo se ve el baúl, Ox? —preguntó Peter. Wendy trató de esquivar su mano que le acariciaba la espalda inferior. Oxley sonrió con dientes blancos y brillantes.

—Se ve increíble, Peter. ¡Podría ser el mejor obsequio que nos haya tocado! Hasta veo unas latas de mantequilla salada en el fondo de la caja. Y aquí hay algo más, a ver, ¿qué puede ser? —Oxley se inclinó hacia adentro, alzando las piernas hacia atrás, y tomó una gran caja blanca, envuelta con un costoso listón rosa. Alzó la caja como un trofeo y la examinó detenidamente, dándole vueltas.

—Supongo que esta cosa es para Peter, de parte de Madame Larouche.

—¡A lo mejor es un pastel! —gritó Zatthu—. Cómo me encantaría un poco de pastel... —su dulce rostro reflejó una mirada de ensueño—. Creo que mi madre hacía pasteles, mucho tiempo atrás...

Todos se detuvieron y fijaron la vista en él, con miradas penetrantes. Peter dio un paso hacia adelante, con zarcillos de azul marino en los ojos.

—Conque hablas de tu madre —la voz de Peter se puso grave, con un tenor amenazante—. La única madre que necesitas es Wendy. ¿Te quedó claro?

Los ojos de Zatthu se llenaron de lágrimas.

—Sí, Peter.

—Yo también te podría hacer un pastel, si tuviera ganas de hacerlo. Pero un líder no se la pasa haciendo pasteles para sus soldados —el silencio se apoderó de la cocina—.

Yo soy su líder, chicos. Y ustedes, ¿qué le dicen a su líder?

Los Niños Perdidos respondieron al unísono:

—Por donde tú vayas y pases, yo voy y paso.

Oxley entregó el regalo a Peter con una ceja alzada.

—Bueno, ¿por qué no vemos qué hay en la caja primero, antes de ponernos de malas?

¿Te parece?

Peter tomó la caja con una sonrisa.

—Bueno, si es un pastel, no pienso compartirlo con ustedes, chicos. Wendy, ¡ven acá!

Wendy dio un paso hacia adelante.

—¿Por qué no me ayudas a abrirla? De esa manera podríamos compartir las... —le presionó la oreja con los labios— delicias que tiene.

Wendy mordió tiernamente la mejilla de Peter.

—Mejor te la dejo a ti, Peter. Tal vez contenga suficiente pastel para todos. Sabes, los mejores líderes son generosos con sus regalos. Y sé que eres un líder del mejor tipo.

Notó una pequeña contracción en el labio de Peter. Oxley suspiró y dijo: —Está bien. Que se acabe ya. A lo mejor no es más que un poco de coco enchilado, y nosotros aquí haciendo tanto escándalo. Además, este es un baúl extra, ya nos había llegado un baúl este mes... —Oxley se detuvo—. Peter, espérate...

Era demasiado tarde. Peter ya estaba jalando el listón rosa, el cual se desató y cayó suavemente al suelo. La caja se abrió y, dentro de ella, un reloj dorado emitía su *tic-tac*.

Y éste estaba conectado con...

Wendy abrió la boca para gritar la palabra, pero ya era tarde, no encontraba las palabras, y entonces el caos se desató a su alrededor.

*La dinamita.* Era la palabra que buscaba: *dinamita*.

El aire permaneció quieto durante un segundo.

Una voz aguda gritó el nombre de Peter y, en ese instante, Wendy vio una ráfaga blanca de calor y una explosión de polvo brillante.

¡Pum!

El sonido la sacudió; Wendy sentía que el corazón se le desgarraba. El calor devastador la empujó hacia atrás, una ola de aire comprimido la sobrepasó, le sacudió las costillas y le agitó la columna. Su cuello se tiró hacia atrás, los brazos de Peter la abrazaron por la cintura y el terrible calor la envolvió.

Una lluvia de polvo brillante, humo y sangre cayó sobre la cabeza de Wendy. Un zumbido le llenó los oídos; ella parpadeó, luchando por mantenerse consciente; oyó una cacofonía de voces gritando, con tono amortiguado, como si estuvieran muy lejos.

Se tapó las orejas y abrió la boca, esforzándose por tragar aire, el cual le supo a ceniza.

Entonces volvieron los sonidos. La luz. La vida.

Wendy levantó las manos y vio que estaban cubiertas de polvo brillante. Miró hacia arriba y vio el cuerpo del hada que le había salvado la vida. Campanita flotaba en el aire arriba de ella y de Peter. Sus alas luminiscentes estaban extendidas, formando un caparazón translúcido de protección. Su rostro temblaba y se veía pálido. Una fila de sangre le recorrió la cara desde la línea capilar hasta la barbilla. Sus alas tan hermosas ahora lucían harapientas y llenas de agujeros, unas venas delgadas que se colgaban como cortinas rasgadas.

La voz débil de Campanita rompió el silencio.

—¿Peter? ¿Estás bien?

Peter alzó la cabeza lentamente y miró al hada desde abajo, sin dejar de cubrir a Wendy con los brazos.

—Sí, creo que sí, Campanita. ¿Y tú?

Por un momento solamente existían ellos dos; Wendy se sentía en otro universo, lejos del mundo que solamente ellos dos habitaban. Entonces los ojos de Campanita se quedaron en blanco y se desplomó hacia adelante, doblando las alas hacia atrás. Wendy la agarró antes de que el hada tocara el suelo, y apretó su diminuto cuerpo de niña al pecho. Cuando se colapsó el caparazón de protección que sus alas habían formado, una montaña de terribles sonidos inundó a Wendy: los gritos de los chicos, las voces de John y Abbott que se proyectaban por encima de la multitud, pronunciando instrucciones; el horrible chisporroteo de las llamas. Wendy quitó el cabello del rostro de Campanita y le apretó la herida sangrante en la cabeza. La sangre del hada brillaba como si estuviera hecha de estrellas.

Peter se puso de pie de un salto. El humo negro le emanaba de la piel y sus ojos eran de un tono oscuro, azul marino.

—Peter...

*No llames a La Sombra, no llames a La Sombra...* Wendy extendió una mano y le agarró el brazo. Peter le alzó la mano, pero cuando vio que cargaba a Campanita, se detuvo.

—Cuida a los chicos, Peter —Wendy le dijo con un tono firme y serio—. Ahora más que nunca, necesitan a su líder.

Peter parpadeó. Para variar, le hizo caso a Wendy.

—Tienes razón. Sí, tienes razón.

Wendy se fijó en Campanita de nuevo. Aunque seguía respirando, había perdido la conciencia. Se veía tan pequeña en los brazos de Wendy, como una niña diminuta, una niña que le acababa de salvar la vida. Wendy la acostó y se apartó. Peter se quedó ahí, inmóvil y aterrorizado, sin poder asimilar la matanza. De repente, Wendy gritó y corrió hacia adelante.

Zatthu, el niño hermoso cuya madre había horneado pasteles, estaba hecho bola al lado de la mesa. Lo rodeaba un enorme charco de sangre, y Wendy pudo ver que faltaban algunas partes de su cuerpo. Otros dos chicos estaban tirados cerca de él, seguían respirando, pero estaban sangrando mucho. Abbott y John los cuidaban.

— ¡John!

Wendy gritó con alivio al ver a su hermano. Él la miró con los ojos llenos de lágrimas, mientras apretaba un torniquete en la pierna de Brock. Éste gritaba el nombre de su papá y John le susurraba que había que ser fuerte, que todo estaría bien, con una voz segura y tranquilizante. Un sollozo se detuvo en la garganta de Wendy mientras observaba el daño extensivo, buscando el rostro que más añoraba ver en ese momento.

—¿Dónde está Oxley, John?

Su hermano la miró con detenimiento antes de mover la cabeza tristemente.

—¿John? —volvió a preguntar más fuerte—. ¿Dónde está Oxley? Por favor, que alguien me diga...

Entonces lo vio. Una manta blanca en la esquina del piso cubría un gran bulto. La tela estaba empapada de sangre, y un pie moreno y descalzo se asomaba debajo de la sábana.

—¡Oxley!

Wendy no estaba consciente de lo que hacía; corrió hacia la manta, empujando a los chicos y llorando con histeria.

—¡Wendy, no! —alguien gritó su nombre cuando ella extendió una mano hacia la sábana, rozándola con los dedos en el lugar donde estaría la cabeza del chico.

—¡Detente! —Abbott la abrazó por la cintura y la alzó, la jaló hacia atrás, alejándola del cuerpo.

Wendy resistió.

—¡No! ¡Oxley nooooo! Necesito verlo. Abbott, por favor...

—¡No puedes hacer nada por él! Ya se fue. Y estos chicos van a quedar más traumatados aún si ven su cadáver... —el general la bajó con tosquedad—. Él ya se nos fue, pero hay otros a los que sí podrás ayudar. Respira, Wendy.

Ésta se inclinó sobre sus brazos y sollozó.

—Solamente quería despedirme.

Abbott le contestó con la voz entrecortada:

—Sí nos vamos a despedir de él, pero ahora no es el momento. Ya se fue, Wendy. Ya se fue.

Wendy lo abrazó tan fuerte como pudo. Algunos de los Niños Perdidos comenzaban a congregarse alrededor del cuerpo inerte de Oxley. Unos chupaban el pulgar; otros lloraban, con manchas de ceniza y lágrimas en las mejillas.



—Tal vez vuelva si aplaudimos —susurró Thomas con voz desesperada—. Escuché eso alguna vez. ¡Que si chocamos las manos con mucha fuerza, los ángeles lo traerán de vuelta! Tiene que funcionar, ¿no? Oxley no puede estar muerto —sus pequeños ojos húmedos observaron el cuerpo—. Él era mi favorito —comenzó a aplaudir frenéticamente—. ¡Aplaudan! ¡Aplaudan! No nos oye si no aplaudimos todos!

Los Niños Perdidos comenzaron a aplaudir, a pesar de sus lágrimas.

—¡Regresa, Oxley! ¡Regresa! —sus aplausos se volvieron más fuertes con la participación de más y más chicos, chocando las manos desesperadamente al mismo tiempo que sollozaban.

—¡Deténganse! —dijo Wendy finalmente—. ¡Deténganse ya! —los chicos la miraron. Anhelaban un poco de esperanza, cosa que Wendy era incapaz de darles en ese momento—. No lo pueden resucitar. Ya se fue.

Wendy se acordó de su propia madre y limpió las lágrimas de sus ojos. Luego se dio cuenta de que esta tragedia era más trascendental que sus propios sentimientos.

—Tenemos que despedirnos de él, chicos —dio un paso hacia adelante y abrió los brazos. Los chicos se amontonaron y ella los abrazó mientras le tomaban el vestido y las caderas—. No olvidaremos a Oxley; jamás lo vamos a olvidar —una ráfaga de dolor le recorrió el corazón como una herida física, como algo que le dejaría el corazón cicatrizado—. Él vivirá en nuestros corazones por siempre. Y eso es algo que nadie nos puede quitar.

Izem la miró con el rostro empapado de lágrimas.

— ¿Volveremos a verlo, Wendy?

Ella cerró los ojos.

—Sí, creo que sí.

Un verso bíblico sonaba en su cabeza, el fruto de infinitas repeticiones y memorizaciones en la clase de catequesis, y recitó el verso para los chicos en este momento: —*Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más, y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas son pasadas.*

Wendy se sentía destrozada; no obstante, se mantuvo de pie, abrazando a los chicos mientras lloraban. *Oxley. Mi amigo, mi aliado. El espía de Garfio. El hijo de Voodoo.*

Recordó cómo Oxley había cuidado a los Niños Perdidos, cómo les acariciaba la cabeza y les agarraba la mano. Oxley sabía cómo hacerla reír

cuando todo parecía estar perdido. Una ola de desesperación la venció y le temblaron las rodillas. *No puede estar muerto, no puede ser...* Peter apareció en el humo como un espanto. En su rostro embarrado de sangre se apreciaba una terrible expresión de devastación que ocultaba su hermosura. Los chicos se apartaron y desaparecieron en el humo, dejando trazos de lágrimas saladas en el vestido de Wendy.

—Garfio pagará por esto.

Sostenía en las manos un papel arrugado que colocó en la mano ensangrentada de Wendy. Ella lo abrió, se tapó la boca con la manga del vestido para no ahogarse con el humo, y leyó la carta: La muerte nos sigue a todos. —Capitán Garfio Peter gruñó.

—Garfio no tenía derecho a tomar la vida de Oxley. Los Niños Perdidos son míos y sólo míos —Wendy entendió el mensaje implícito: *Sólo yo tengo derecho a decidir cuándo morirán los Niños Perdidos*. Peter la miró con intensidad—. A Garfio y a cada uno de sus piratas los voy a destripar vivos por esto.

Wendy le devolvió la hoja de papel, con mil pensamientos en la cabeza.

—¿Estás seguro de que fue Garfio?

Peter le agarró el hombro toscamente.

—¿Estás ciega, Wendy? ¿Que no leíste la nota? —le dirigió una mirada dura—. A lo mejor todavía estás en *shock*.

Wendy parpadeó. *Santo Dios, estuve a punto de delatarme*.

—Creo que... Creo que sí estoy... Lo de Oxley...

Una lágrima se escapó del ojo de Peter, una lágrima de verdad. Sacudió a Wendy como la bomba lo había hecho, sorprendiéndola por completo. Peter permanecía parado en el mismo lugar, con aspecto de agitación.

—¿Peter? —él parpadeó y Wendy le tomó la mano—. Ve a estar con tus chicos, Peter.

—Sí, claro —Peter miró hacia abajo, viendo su propia túnica roja granate—. Esta sangre no es mía, Wendy.

—Lo sé.

Peter se incorporó y Wendy sintió una pizca de miedo. *No llames a La Sombra*. Se acercó a él y le habló con voz apagada.

—Es el momento de planear tu venganza, Peter. Hazlo lenta, detenidamente, para que no quede ni la más mínima posibilidad de fracasar. Así, cuando llegue la hora adecuada, Garfio sentirá el dolor que tú sientes.

Peter asintió sutilmente con la cabeza.

—Tienes razón, Wendy.

Ella le dio la espalda. No soportaba verlo ni un segundo más, y temía revelar a Peter lo que ella ya sabía: *La letra no era la de Garfio*. Además, sabía que Garfio jamás sería capaz de semejante atentado, no durante la estancia de Wendy en la isla.

—Tienes razón. Ellos arderán, sí, pero esta noche no —Peter suspiró—. Ve a cuidar al hada. Asegúrate de que sobreviva.

*El hada*. Lo había dicho de manera tan desinteresada, como si no supiera que él era la ilusión de Campanita, su razón de existir; como si no supiera que habían sobrevivido al atentado gracias a ella.

—Llevaré el cadáver de Oxley al mar.

Wendy hizo una mueca y reprimió las ganas de sollozar.

—Marca el lugar del entierro con conchas del mar, Peter. Así los chicos podrán ir a visitarlo cuando quieran.

Peter la miró con curiosidad:

—¿Por qué querrían visitarlo?

Wendy se apartó sin contestarle y caminó entre el caos rumbo al cuerpo de Campanita. El hada estaba acostada de lado en un charco de polvo de hadas; su cuerpo se hallaba envuelto en las desgarradas alas como si éstas fueran una cobija. Los ojos de Campanita parpadearon con rapidez.

—¿Wendy?

—Te voy a levantar, Campanita —alzó al hada fácilmente, acunándola tiernamente contra el pecho. Necesitaba respuestas y pensaba conseguirlas en ese mismo momento, por Dios, antes de que se secase la sangre de Oxley en su vestido.

## IX

Wendy cargó a Campanita en los brazos, con la cabeza del hada recostada contra su pecho. Se la llevó lejos de la cocina, penetrando la parte más recóndita de la Isla de Pan donde sabía que almacenaban las pocas provisiones médicas. Aunque el cuerpo de Campanita pesaba poco, cada paso se sentía pesado, cargado con los frescos recuerdos del cadáver de Oxley y los rostros angustiados de los Niños Perdidos que la miraron, buscando consuelo. Finalmente Wendy y el hada llegaron a una pequeña y sombreada alcoba con varias hamacas vacías.

Wendy acostó a Campanita en una de ellas y caminó hacia un mueble desvencijado de madera, con tres cajones chuecos. Cuando extendió una mano hacia los cajones, las lagartijas se fueron corriendo del mueble que les servía de casa. Wendy quitó las hojas tiradas de encima del mueble, moviendo la cabeza y hablando con voz de lloriqueo.

—¿Aquí nadie hace la limpieza nunca? Uno esperaría que por lo menos las provisiones médicas se guardaran en un lugar limpio.

Las lágrimas le acallaron las palabras, pero Wendy respiró hondo y se esforzó por enfocarse en lo que tenía que hacer. Jaló el segundo cajón con fuerza, pero no contenía más que un trozo de pan enmohecido y un par de gasas de lino. Las sacó y sopló para quitarles el polvo.

—Yo la escuché —Wendy dio la vuelta súbitamente ante el susurro del hada.

—¿Campanita? —corrió al lado del hada y le tocó el rostro, volteándolo hacia sí misma—. ¿Campanita? Soy Wendy.

Los ojos del hada se agitaron.

—Yo la escuché. La bomba. El sonido era tan fuerte. *Tic tac, tic tac*, se escuchaba desde el otro lado de la isla. Pero no llegué a tiempo; no pude detenerla.

Wendy se inclinó hacia adelante y la miró a los ojos.

—No es tu culpa, Campanita. Además, sí llegaste a tiempo. Tú me salvaste.

Campanita respiró con dificultad.

—¿Y Peter? ¿Peter está bien?

—Sí, Peter está muy bien —Wendy cerró los ojos—. Pero Oxley se nos

fue. Zatthu también.

Campanita emitió un grito.

—¿Oxley? ¡No! —agitó la cabeza histéricamente—. No más. No soporto perder más chicos. Primero Kitoko y ahora Oxley. Todo por culpa de ese desgraciado, Garfio.

—Garfio no lo hizo —susurró Wendy—. No es el estilo de Garfio.

—Sea el que sea, el culpable pagará por eso, sentirá la rabia de Peter —Campanita sonrió con una mueca.

—Sí, sentirá la rabia de Peter. Y entonces aquella persona se vengará de Peter, y entonces Peter se vengará de nuevo y así se repetirá por siempre un ciclo interminable de violencia, dolor y niños asesinados —Wendy estiró las gasas de lino—. Ven, levántate.

—No —Campanita cerró los ojos—. No me pongas las vendas. Quiero quedarme con estas heridas.

Wendy levantó las vendas.

—Pero se te infectarán.

Campanita abrió los ojos y la miró con enfado.

—Mi pueblo esculpió esta isla con su magia, Wendy. No me dará una infección.

Empujó a Wendy con la mano. A pesar de su estado debilitado, su fuerza seguía siendo descomunal. Wendy miró a su alrededor para verificar que no había nadie cerca.

—Tú puedes detener todo esto, Campanita —le siseó—. Pero si no me haces caso, tendrás la sangre de Oxley en tus manos también.

Tal vez era porque la bomba había sacudido al hada, o quizás aún no había cobrado conciencia por completo, pero cuando Campanita abrió la boca para protestar, no le salió ni un sonido. Las campanadas de luto comenzaron a sonar en la Isla de Pan y Wendy se puso de pie, imaginándose a Peter bajando el cadáver de Oxley al mar.

*Tendré que contárselo a su padre*, pensó Wendy con asombro. Cuando volteó de nuevo, vio que Campanita estaba parada a su lado. El hada le habló a susurros: —Sé lo que buscas. Pero tú crees que tengo respuestas que no tengo —Campanita gimió y apretó el costado herido con la mano—. Tú crees que soy una pequeña niña ingenua que no puede ver la verdad, algo así como la persona que tú eras cuando recién llegaste a la isla. Pero no es así —el hada cerró los ojos e hizo una mueca cuando cruzó las piernas ensangrentadas

—. Pretendes pedirme que traicione a Peter; crees que te ayudaría a destruir al chico que amo a causa de su oscuro secreto.

Wendy suspiró, con una mezcla de sorpresa y coraje.

—Sabes de La Sombra...

Campanita asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Lo oigo todo, Wendy. Los susurros de los árboles y los deseos secretos de las olas. Sé que Peter envió a su monstruo para que asesinara a mi pueblo y a los piratas en la Playa Soleada. Él evita decirme la verdad porque sabe que me lastimaría saberla.

Wendy agitó la cabeza e hizo un ruido de indignación: —Campanita, no es así. Peter no te lo cuenta porque teme que le vayas a quitar el poder. No lo hace para proteger tus sentimientos. A Peter no le importa lo que tú puedas sentir.

—Y tú, ¿cómo podrías saber eso?

Wendy le puso la mano sobre el hombro.

—Respira.

Una sonrisa cruel se dibujó sobre el rostro de Campanita.

—Sé mucho más de lo que te puedas imaginar con tu minúscula mente humana — extendió un dedo delgado y trazó el cuello del vestido ensangrentado de Wendy—. Sé que todavía deseas a Peter, aunque lo detestas también. Sé que sientes mucho más por él de lo que quieras reconocer. De hecho, un magnetismo en tu corazón te atrae a él ahora mismo.

Wendy parpadeó y se esforzó por controlar la rabia que surgió en ella. Campanita levantó la mano al rostro de Wendy.

—Y sé que en realidad no estás de nuestro lado. No importa lo que digas, no importa cuántas veces abras estos... —tenía los dedos sobre los labios de Wendy, apretándolos.

Wendy se alejó con indignación y se limpió la boca con la mano—. Traicionas a Booth con el cuerpo, y traicionas a Peter con la mente.

—Estás delirante —le dijo Wendy—. Todo eso puede ser cierto, pero yo no estoy en tela de juicio, Campanita. Mejor te pregunto a ti: ¿cómo puedes hacer caso omiso de un genocidio?

Los brazos de Campanita temblaron con esta última palabra. Wendy le había dado en el blanco por fin.

—Ven —Wendy la ayudó a volver a acostarse en la hamaca—. Ya no te hagas más daño.

Los ojos de Campanita se llenaron de lágrimas que brillaban como las estrellas, y habló con voz angustiada.

—La única razón por la que Peter no invoca a La Sombra es que él piensa que ignora su existencia. Y tiene que seguir siendo así, para mantener a todos a salvo.

—Pero si tú sabes de su existencia, cómo es posible que...

—¿Que lo sigo amando? —Campanita le inclinó la cabeza—. Porque no conozco otra forma de ser. El amor nos escoge a su manera. Nos tuerce, nos quita los pecados y la vergüenza de encima. Yo soporto todo porque amo a Peter. Sé que él no es perfecto, pero...

—Es un asesino —le escupió Wendy, sintiendo todo el peso de sus propias palabras—. Tú hablas como si él hubiera cometido un pequeño errorcito, como si se le hubiera olvidado mandarte una carta. Lo que tú sientes por él no es el amor —le gruñó. Le quedaba muy poca paciencia para las idioteces de Campanita—. Es un delirio. Estás enamorada de tus propias falsas ilusiones.

Campanita le dirigió una mirada dura antes de responder.

—Aunque sea cierto... es el único amor que tengo. Peter es mío, con todo y su Sombra —Campanita suspiró con tristeza y le dio la espalda a Wendy, encogiéndose de las alas y cobijándose el cuerpo con ellas. Habló con voz temblorosa—. No te ayudaré a derrotar a Peter, ni siquiera por la memoria de mi pueblo. Prefiero arrancarme el corazón con tal de salvarlo a él. Tienes que entender eso.

—No, Campanita, no lo puedo entender. Tú prefieres quedarte con los brazos cruzados y dejar que Peter siga asesinando a personas inocentes. Lo has visto destruir razas enteras de seres. Los Niños Perdidos morirán en esta guerra, Campanita, y creo que lo sabes muy bien.

Campanita seguía dándole la espalda y se quedó inmóvil como una estatua. Wendy se dio la vuelta para retirarse con el corazón lleno de coraje. Entonces miró hacia abajo y observó sus propios pies descalzos. La explosión le había arrancado los zapatos y ahora veía los dedos de sus pies, los cuales estaban salpicados con la sangre de los Niños Perdidos.

—¡Nooo!

Se dio la vuelta con furia y empujó la hamaca con violencia, sacudiendo el cuerpo del hada. Se agachó sobre Campanita y acercó su cara a la suya, con una nube de rabia que envolvía a las dos.

—Campanita, podrás ser la más poderosa de todo Nunca Jamás. Pero

también eres la cobarde más patética que he conocido jamás. Eres hasta peor que Peter. Por lo menos él reconoce su propia maldad. Tú le das rienda suelta con tu propia complicidad. Tu maldad es peor que la de Peter, porque la tuya nace de la pereza.

Se bajó al nivel de Campanita, quien ocultaba el rostro detrás de un ala brillante.

Wendy bajó la voz y le habló con un tono suave y cruel.

—Me das lástima, Campanita. Me seguirás dando lástima hasta el momento en que Peter me mate, o hasta que la misma Sombra me arranque la vida.

Campanita susurró algo debajo del ala.

—¿Qué dijiste? —le escupió Wendy.

Campanita desplegó las alas lentamente y reveló un rostro manchado de lágrimas.

—Que no conozco la canción. Es lo que quieres, ¿verdad? La canción que se canta para invocar a La Sombra.

Wendy parpadeó con asombro.

—Sí. Necesito aprender la canción para que pueda llamarla y hacer que salga de Peter. Entonces tendremos que destruirla de alguna forma. Si sabes algo, Campanita, me lo tienes que decir. Por Dios, te lo ruego —agarró las manos lastimadas de Campanita y las apretó contra sus propios labios—. Soy capaz de rogarte.

El hada ni siquiera la miró.

—No conozco la canción, te lo juro. Pero aunque la conociera, no te la compartiría.

Jamás traicionaría a Peter. Es que no... no puedo.

Wendy rechinó los dientes.

—Entonces ¿para qué me dices todo esto?

Campanita respiró hondo y repitió las palabras que Wendy solamente había oído una sola vez desde la boca de la reina de las sirenas.

—*Sólo dos la conocen. El que la guarda y el que la teme.*

Wendy se quedó inmóvil.

—¿Qué me dices? ¿Qué significa eso?

—Acércate más.

Wendy se inclinó sobre el diminuto cuerpo quebrantado de Campanita y acercó su oreja a los labios magullados del hada: —Significa que no soy la



única hada que queda en Nunca Jamás. También queda El Temeroso.

Wendy se levantó con asombro, pero Campanita extendió un brazo y le agarró la mano toscamente. Wendy jadeó cuando sintió cómo el don del vuelo fluyó desde Campanita hacia ella, un poder más fuerte y puro que el que Peter había tenido jamás.

La luz blanca envolvió las manos de las dos con zarcillos brillosos que enredaron el brazo de Wendy y le inundaron el cuerpo.

—Es un hada varón. Espera eternamente en el Jardín Prohibido, con temor en el corazón, una muerte que no llegará jamás. Lo que queda de él es apenas una sombra del rey que era alguna vez.

Wendy recordó la escultura de madera inmaculada del rey de las hadas, la cual adornaba la puerta del capitán Garfío.

—Qaralius?

Campanita asintió con un movimiento sutil de la cabeza.

—Él sí sabe la canción.

—¿Cómo sabes que sigue vivo?

Campanita volteó la cabeza.

—Siento su llanto por las noches. Son gritos de tristeza y arrepentimiento, tan miserables que no soporto oírlos —apretó la mano de Wendy por un momento antes de darse la vuelta—. Ve al Jardín Prohibido. Ve con cuidado, pero date prisa —los labios del hada temblaban—. El rey de las hadas y yo vivimos en una prisión que nosotros mismos hemos construido. La prisión de él está hecha de plata; la mía, de amor. He llegado a creer que nuestra raza está predestinada a sentir dolor.

Movió una mano y una ola de magia empujó a Wendy hacia atrás; sus pies se deslizaron por el suelo.

—Déjame. Es la segunda vez que me curas las heridas, y en ambas ocasiones tu atención me causa aún más dolor.

Wendy tartamudeó; la cabeza le daba vueltas por tanta nueva información.

—Campanita, no puedes decirme todo esto y luego correrme, ¡por favor!

Las alas de Campanita se agitaron, tocando tonos musicales que resonaron entre los árboles.

—Wendy, la guerra no se aproxima: ya llegó. Llegó envuelta con listones. Tienes que irte, ya. En cualquier momento Peter se dará cuenta de que te has llevado la jeringa, y su rabia nos consumirá a todos —Campanita inclinó una oreja hacia el mar—. Ahora mismo están entregando el cuerpo de Oxley al

mar; aún estás a tiempo. Pero te tienes que ir, ¡ya!

Wendy cerró los ojos y trató de reunir su fuerza ante la noticia tan devastadora. Se sentía a punto de entumecerse por completo. Sin embargo, en alguna parte de su ser aún tenía la voluntad de moverse, a pesar de la angustia por la muerte de Oxley, a pesar de la rabia que sentía por Peter, a pesar de la indignación que sentía por el que había enviado una bomba a un lugar lleno de niños. Una chispa de luz apareció en su mente, una pequeña llama de esperanza. Pensó en el rostro de Michael y en todo lo que estaba en juego. Wendy se aferró de esa chispa y la guardó en el corazón, pues tenía tanto que hacer y tan poco tiempo para hacerlo. Se agachó, alistándose para despegarse.

—¿Wendy?

Miró a Campanita por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—Hagas lo que hagas, no te vayas sola.

Wendy se quedó en silencio, sintiendo la caricia del aire dulce de Nunca Jamás, antes de responder: —Cuando una persona ha sentido el verdadero amor, entonces sabe que nunca está sola. Espero que puedas entender eso algún día.

Entonces Wendy despegó, volando velozmente por el aire, más rápido de lo que se hubiera atrevido jamás, liberada por el hecho de que su don del vuelo no provenía de Peter. Voló hacia arriba y pronunció una breve plegaria para Campanita, una niña enloquecida por el deseo. Entonces se acordó de Garfío, y quiso decirle que cambiar el destino de todo Nunca Jamás podría ser más fácil que cambiar un corazón lastimado.

El corazón de Wendy, en cambio, aún latía con mucha fuerza.

## X

Wendy voló hacia arriba y pasó por las ramas del Centro a quemarropa.

Pasó la cocina con las manchas de sangre en el piso y rebasó el Tipi, donde Peter alguna vez había contado historias de su valentía que la dejaron encantada, cuando era tan ingenua y soñadora. Voló entre los árboles hasta el arsenal, donde Peter había mandado a almacenar las armas más nuevas. Wendy aterrizó con un golpe en la larga plataforma de madera y se fue corriendo hacia un montículo de armas cubiertas con lonas grises, húmedas con gotas de lluvia. Se movió de prisa y aventó las lonas, una tras otra, buscando lo que necesitaba. Se detuvo para agarrar una lujosa espada de plata antes de ver lo que en verdad buscaba: un hacha.

Guardó la espada en el cinturón de su vestido y sujetó el hacha firmemente con ambas manos. Brincó y el aire se llevó su cuerpo como si fuera una columna de vapor. El corazón de Wendy latía con nerviosismo. Vio el cielo abierto y se preguntó si llegaría el día en que no sentiría temor constante, cuándo podría simplemente existir. Anheló el día en que sus seres queridos ya no corrieran peligro, el día en que ella pudiera con tranquilidad sentarse y leer un libro, perdiéndose entre sus hojas.

Por desgracia, aún no había llegado ese día. Eso lo entendió cuando vio la gran estructura de madera que se colgaba y se mecía en el viento con violencia, como un juguete barato. Habló con voz alta y nerviosa al pronunciar el nombre: —¿Booth?

—¿Wendy?

Ésta se detuvo frente a la jaula, jadeante, con el vestido sacudiéndose en el viento.

—Booth, aléjate de la puerta.

Este se abalanzó hacia adelante y apretó el rostro contra las barras, con los ojos rojos de tristeza.

—¿Wendy! ¡Estás viva, gracias a Dios! ¡Escuché la explosión y temí que hubiera pasado lo peor! ¿Cuáles cosas infernales están sucediendo en esta isla? Mi mente se llenó de la imagen de ti hecha pedazos. Temía que jamás tendría la oportunidad de contarte todo lo que hay en mi corazón. Ahora que te veo, te tengo que confesar que...

Booth parpadeó e interrumpió el flujo de palabras que Wendy tanto

anhelaba oír.

—Por Dios, Wendy, ¿traes un hacha?

Wendy agarró el arma, sujetando el mango astillado con toda su fuerza.

—No tenemos tiempo para conversar en este momento. Aléjate de la puerta, Booth.

Booth la miró con los ojos azules desorbitados y se alejó de la puerta de prisa, apretándose contra el otro extremo de la jaula y viéndola con una mirada de admiración total. Wendy bajó el hacha sobre la jaula de bambú con un gruñido. El hacha se atoró en la madera y casi se le escapó de las manos; Wendy se sorprendió y agarró el mango de prisa.

—¡Mierda!

Booth se rio de su grosería.

—Vaya, Wendy Darling de Kensington, ¿qué dirían tus padres si te oyeran pronunciando semejantes palabrotas?

Dio otro hachazo a la puerta, y otro más. Una gota de sudor se escapó de su rostro y se deslizó entre sus senos. Booth le habló desde la esquina de su jaula: —Trata de bajar el hacha en vez de usar un movimiento lateral...

—Sé cómo usar un hacha, Booth —le dijo Wendy bruscamente. Su enfado la motivó a dar hachazos más fuertes y rápidos.

—De acuerdo —Booth asintió—. Me quedaré en mi esquina y no pronunciaré una palabra más.

—Muy bien.

Con el siguiente hachazo la jaula comenzó a desintegrarse. Cada golpe hacía que todo su cuerpo vibrara. Producía sonidos tan fuertes que podría jurar que todos los habitantes de la isla los oían, desde las copas de los árboles hasta la playa, donde el cuerpo de Oxley flotaba hacia el mar.

*Oxley.*

Crac. Crac.

*Por la memoria de él tengo que derrotar a Peter. Por él tengo que componerlo todo.*

Bajó el hacha de nuevo y el fondo de la jaula comenzó a desmoronarse.

—Sujeta las barras laterales —le ordenó a Booth al alzar el hacha sobre la cabeza de nuevo.

Descubrió que era asombrosamente difícil apalancar la herramienta estando suspendida en el aire. Wendy respiró profundamente mientras Booth abrazaba una barra con ambos brazos. Imaginó el rostro de Peter en la madera

al bajar el hacha por última vez.

Crac.

El fondo de la jaula se hizo añicos y se abrió. Una tabla colgaba de un amarre de mimbre. Las piernas de Booth bajaron y de repente el chico estaba colgando sobre la Isla de Pan, a miles de pies del suelo. Wendy colgó el hacha de una rama y extendió un brazo a Booth, tomándole el codo lentamente. Detuvo el aliento al hacer contacto con su piel. Por primera vez desde que se besaron en el ático de la librería tanto tiempo atrás, estaban juntos sin barrera alguna de por medio. De repente Wendy sintió timidez al tenerlo tan cerca.

*¿Y si ya no me quiere? Y si...* Entonces Booth se dio la vuelta y se miraron a los ojos, y Booth la abrazó intensamente, y ella suspiró en voz alta por el gran alivio que la agobió.

Era como si él, al abrazarla, le hubiera quitado un terrible peso de encima.

—Wendy —jadeó Booth—, ¿serías tan amable de...? —la mirada del chico reflejó desesperación. La miró con franqueza, con sinceridad absoluta, y pronunció la siguiente frase como si le causara dolor—: ¿Podría abrazarte? Tan sólo un segundo. Sé que tenemos mucha prisa, pero...

Wendy lo tomó entre los brazos. Booth acercó la boca a su oreja y le susurró, moviéndole los cabellos.

—Cuando aún estaba en Londres, pensé que te habías muerto. Creí que encontrarían tu cadáver flotando en el Támesis.

Sus labios le rozaron el cuello con gran suavidad. El contacto con su piel provocó una electricidad que recorrió todo el cuerpo de Wendy.

—¿Cómo llegaste aquí? —le preguntó Wendy. Anhelaba hacerle muchas preguntas más trascendentales: *¿Aún me amas? ¿Peter me ha arruinado para ti por siempre?*

Booth se alejó de ella y explicó:

—Un día por la madrugada, John apareció afuera de la ventana de mi ático. Dijo que te habían secuestrado y necesitaba que le ayudara a salvarte. No titubeé ni un segundo.

Nunca me pregunté por qué fue a buscarme a mí en vez de ir con la policía, o cómo había llegado a nuestro techo —Booth suspiró—. Lo seguí ciegamente por los tejados hasta un callejón. Entonces, para mi gran sorpresa, me tomó de la mano y nos fuimos volando sobre Londres. Grité sin parar. John no conversó conmigo, lo único que me dijo, con varias repeticiones, era que no le soltara la mano.

Wendy movió la cabeza con indignación. Booth continuó: —Cuando subimos más allá de las nubes, Peter estaba allá esperándome... con una gran bolsa negra —hizo una mueca—. La última cosa que vi era la imagen de Peter bajando un gran palo sobre mi cabeza... Entonces recuperé la conciencia justo a tiempo para verte jurándole tu amor.

Wendy le apretó con los brazos, queriendo asegurarle que todo lo que había visto entre ella y Peter no era más que un sortilegio. Sin embargo, sospechaba que Booth había detectado un grano de la verdad: aunque Wendy odiaba a Peter, la atracción que sentía por él era real.

—Tenemos que irnos —le susurró Wendy, queriendo seguir así por siempre, flotando en el aire con los brazos y piernas enredados, lejos de toda complicación—.

No me vayas a soltar, Booth. Si lo haces, morirás.

Booth asintió con la cabeza y estiró las piernas hacia atrás.

—Recuerdo esa técnica de mi “pequeño viajecito” de Londres con John —se detuvo un momento y se dejó elevar en el aire, enredando los dedos con los de Wendy—. A lo mejor suena un poco infantil, pero es bastante genial, ¿no? La sensación del vuelo...

No hay nada que se le parezca en todo el mundo.

Wendy suspiró, aceptando que era así, y se despegaron de la jaula rota.

—Hablando de los viajes entre los dos mundos... —Booth volteó la cabeza con una expresión de infelicidad en el rostro que Wendy tanto añoraba—. No te va a gustar esto, pero todavía tenemos que ir a recoger dos cosas más antes de que podamos irnos de aquí.

Bajaron volando hasta oler la pestilencia de la casucha de los pips.

Wendy flotaba encima de los hombros de Booth y miraba hacia abajo, al barril de agua.

Una pequeña serpiente negra y amarilla se deslizó por la superficie del agua, y Wendy gritó cuando el animal trató de morderla. Metió la mano al agua, agarrando la serpiente velozmente detrás de la cabeza; la sacó del barril y la arrojó entre los árboles. Cuando vio la cara de Booth, reflejaba asombro total.

—Wendy, ¿qué te ha pasado en este lugar? Te has convertido en una especie de maravillosa mujer de la selva —Booth sonrió—. Te ves tan hermosa en este extraño lugar —suspiró y la sonrisa desapareció—. ¿Sabes?, yo podría meterme al barril por ti.

Una dama de la alta sociedad, metiéndose a un barril... no suena muy propio.

Wendy hizo un gesto de enfado y se fijó en el barril de agua.

—Aquí en Nunca Jamás las cosas son muy distintas, Booth. Tendrás que acostumbrarte a eso.

—Supongo que sí.

Wendy vio, dentro del barril, el brillo tenue de la jeringa agitándose con el agua, iluminando los costados de madera. Se quedó flotando en el aire por un momento antes de echarse de cabeza en el agua oscura. Era profunda y negra; la madera del barril estaba podrida. Se hundió hasta el fondo, rozando la madera del barril con los pies.

Dobló las rodillas y extendió la mano hacia abajo, agitando los brazos en el agua mientras luchaba por alcanzar la jeringa. Finalmente sus dedos tocaron el instrumento metálico y lo agarró.

Cerró los ojos y se dio la vuelta; empujó la madera con los pies y emergió del agua, medio volando, medio flotando. Respiró hondo al salir del agua. Booth suspiró con alivio y le extendió una mano a Wendy cuando aterrizó a su lado.

El chico le sonrió y los dos se dieron cuenta de lo mucho que habían cambiado. Ya no eran unos niños en la librería; eran dos personas muy distintas. Sin embargo, no eran tan diferentes. Booth seguía siendo el chico que, de niño, había robado las manzanas de ella; también era el hombre que le había quitado un guante de la mano, suave y seductoramente, y le había besado la palma. Wendy descubrió que los ojos de Booth le recorrieron el perfil mojado. Éste se detuvo agitado; miró hacia el suelo y luego el techo, ruborizado.

—Entonces... ¿la pudiste agarrar?

Wendy metió la jeringa dorada dentro de la blusa, temblando de frío.

—Esa fue la parte fácil —Wendy sacudió el agua de su cuerpo—. Ahora vamos por John.

Booth reclamó:

—Odio a aquel desgraciado. El imbécil se ha puesto peor aquí que cuando estaba en Londres. ¿No podríamos llevarnos a Michael en vez de él?

Al oír el nombre de Michael, Wendy sintió el corazón en la garganta. Trataba de no pensar en él, su querido Michael, porque su recuerdo no dejaba de causarle dolor. Lo extrañaba tanto: la forma en que su cabecita se

acomodaba justo debajo de su barbilla, sus mejillas tan suaves como una flor, la forma en que pronunciaba su nombre como si fuera una pregunta: ¿Wendy?

—Michael está a salvo en algún lugar, gracias a Dios. Pero John no. No puedo dejarlo aquí con Peter otra vez. La última vez que lo hice, Peter casi lo mató a latigazos, y el remordimiento de haberlo abandonado casi me mató a mí.

Esperaba una reacción sentenciosa y condenatoria de parte de Booth, como la que caracterizaba a Peter; en cambio, Booth le tomó la cara entre las manos suavemente.

—Eres la mejor hermana que cualquier persona podría querer. Tus padres, estén donde estén, se sentirían absolutamente orgullosos de ti.

—Gracias, Booth.

La miró durante un largo rato antes de dar un paso hacia atrás, cuando los dos oyeron las voces de los Niños Perdidos desde la playa. Booth agarró un harapo de tela roja granate de una hamaca y lo amarró en la cabeza. Metió la espada larga y adornada que Wendy había traído en la pretina de su pantalón y la miró a los ojos.

—¿Tú también necesitarás un arma?

Wendy le sonrió.

—Estoy bien, gracias.

Por alguna razón, no le contó de la daga enjoyada que siempre ocultaba enfundada por la espalda. Siempre se reconfortaba al sentir el peso del arma, como si fuera un secreto personal, un amuleto de la magia de las hadas que le pertenecía únicamente a ella. Wendy se dio la vuelta y agarró la mano de Booth de manera automática. Sus dedos se entrelazaron y los dos se elevaron en el aire. Wendy jaló a Booth y se dirigió a la playa.

Observaron a los Niños Perdidos desde atrás de un conjunto de hojas con venas azules. Éstos marchaban por la playa a paso lerdo. Mientras Wendy los observó en silencio desde el escondite, sus sollozos la conmovieron, además de la devastación tan profunda en sus rostros, demasiado dolor para niños tan pequeños. Aunque Peter se creía su padre, los ojos de los chicos revelaban la verdad: la persona que más se parecía a un familiar, para ellos, había sido Oxley. Wendy anhelaba abrazarlos y reconfortarlos con susurros que harían desaparecer sus pesadillas, pero no pudo hacerlo. Los Niños Perdidos arderían de rabia hasta llegar a una guerra para la cual nadie estaba preparado.



Para detener esa guerra, había que detener a Peter. Y a La Sombra también. Se fueron los niños y los únicos que permanecían en la playa eran Peter y sus generales, tres chicos que se quedaron observando el murmullo de las olas en la playa.

Después de un momento, Peter dio un abrazo forzoso a los dos generales que le quedaban. John se inclinó de manera exagerada, ansioso de recibir el afecto de Peter; Abbott, en cambio, resistió el contacto con Peter y se puso tenso. Peter les tocó los rostros por un momento y luego se lanzó hacia arriba sin pronunciar palabra alguna.

—No te muevas —susurró Wendy, inmóvil y temerosa. Peter pasó por encima de sus cabezas, a unos veinte pies de distancia, y voló directo a su cabaña. Pronto descubriría que el prisionero ya no estaba en la jaula debajo de su casa. Vería que la jeringa tampoco estaba, y la chica que creía suya tampoco.

Abbott le dio la espalda a John, jadeante. Wendy sintió el dolor ajeno del luto de Abbott, el general que había perdido a todos sus amigos. Anhelaba llevárselo consigo también, pero en este momento Abbott hacía más falta que nunca aquí en la isla.

Apretó las manos de Booth, las cuales le abrazaban la cintura, y notó su calor.

—Ya es hora.

—¡Pero el general sigue ahí!

—No te preocupes. Él odia a Peter.

—Eso no significa que no sería capaz de traicionarnos.

—Tienes razón —Wendy sintió el corazón en la garganta al observar el llanto de Abbott, al imaginar su tragedia insondable. Se puso de pie—. De todas maneras, Peter pronto se dará cuenta de todo lo que está pasando.

El corazón le tamborileaba. Jaló el brazo de Booth y avanzó, saliendo de su guarida, consciente de que probablemente sería la última vez que sus pies tocarían la suave arena de la Isla de Pan. Juntos corrieron por la playa hacia los chicos, que les daban la espalda. Cuando estaban a punto de alcanzarlos, John se dio la vuelta de repente y miró con los ojos desorbitados.

—¿Wendy? Pero qué estás...

No alcanzó a terminar la oración. Booth se abalanzó contra John con tanta fuerza que lo tiró a varios metros del lugar donde estaba. Abbott se alejó y alzó las manos. Su voz reflejaba confusión mientras observaba a los dos

chicos que peleaban en la arena.

—¿Qué haces fuera de tu jaula?

Booth ni siquiera alzó la vista mientras luchaba por sujetar a John.

—¿Qué crees, Abbott? Resulta que no soy un animal, sino un hombre capaz de caminar erguido. Me llamo Booth.

Con una mano hundió el rostro de John en la arena y extendió la otra para saludar a Abbott. Después de un segundo, éste le dio la mano con un movimiento torpe.

—Venimos por él —agregó Booth.

John miró hacia arriba a su hermana.

—¡Wendy! ¡Booth! ¡Lo siento! Lo tuve que hacer, es que Peter...

De nuevo lo interrumpieron a media oración. El puño de Booth chocó contra la mejilla de John con un *crac* y éste cayó derrotado a la arena. Booth flexionó las manos con alegría.

—Eso fue por meterme en una bolsa negra con Peter. Perdóname, Wendy, pero te diré la verdad: no sabes cuánto he querido golpear a tu hermano, que me parece un ser absolutamente nefasto.

Abbott miró a Booth con admiración.

—Me caes bien —anunció, provocando la sonrisa de Booth. Entonces la cara de Abbott se puso seria—. Pero esto no le va a gustar a Peter.

Wendy lo miró.

—Siento mucho dejarte solo con toda esta situación, Abbott, pero es necesario. Sería mejor que te fueras de inmediato, para que le puedas decir que no sabes nada sobre lo que pasó aquí. Nos llevaremos a John y no pensamos volver.

John se resistió desde el suelo, pero Booth lo seguía sujetando con una rodilla en la espalda.

—John, si no te mueves, no te va a doler.

Los ojos de Abbott, azules como el agua fría del mar, analizaron la cara de Wendy.

—Ya llegó, ¿verdad?

Wendy asintió con la cabeza antes de tomar la mano del general.

—Vamos a ponerle fin a todo esto, Abbott. El reino de Peter se va a acabar.

Abbott movió la cabeza lentamente.

—Peter nos va a poner a pelear. Ya lo sabes. Se va a derramar mucha

sangre.

—Ya lo sé, y necesito que hagas todo lo que puedas, desde el círculo de Peter, para frustrar sus planes.

Abbott miró hacia el cielo y habló con un nudo en la garganta: —Me voy a morir, ¿verdad? Quedaré como Oxley.

Wendy le agarró la muñeca.

—Haré todo lo posible para que eso no suceda.

Abbott se alejó de ella y comenzó a dirigirse a las enormes raíces que sostenían a la Isla de Pan.

—Haz de cuenta que no vi nada aquí. Seguramente oí los susurros de un par de fantasmas, nada más —antes de desaparecer entre los árboles gruesos, volteó la mirada hacia Wendy—. Pero estuve equivocado con respecto a una de las apariciones. Ella sí es muy sólida.

Wendy le sonrió y así, sin más, el misterioso Abbott había desaparecido, el general que siempre jugaba con un as en la manga. Wendy volteó a ver a Booth de nuevo, quien ayudaba a John a ponerse de pie. Su hermano tenía la nariz terriblemente ensangrentada. Wendy estaba a punto de abrir la boca y preguntarle si ya estaban listos, cuando una enorme ráfaga de viento los envolvió. Un grito enfurecido resonó desde la cumbre de la isla y el corazón de Wendy se llenó de miedo. Los ojos de Booth se desorbitaron.

—Ya se enteró.

Sin esperar su consentimiento, Wendy agarró las manos de John y Booth; despegó hacia el mar, con una mirada de determinación, volando con rumbo al continente.

## XI

Wendy voló bajo sobre la superficie del agua, tan rápido como era posible, sosteniendo las manos de Booth y John. El don del vuelo de Campanita era limpio y puro, le recorrió las venas con pulsaciones un calor blanco que le invadía el cuerpo como la caricia de un amante.

*Vuela, vuela, vuela...*

— ¿Por qué estamos volando tan bajo? —Booth le tuvo que gritar por el viento.

— ¡Por Peter! —respondió Wendy—. Peter siempre vuela muy alto. No sabe que tengo el don del vuelo, así que estará buscando barcos cerca de la costa, por lo menos es lo que hará al principio. Solamente tenemos que llegar al continente, entonces podremos escondernos.

Las olas ondulaban con suavidad debajo de los tres; la superficie del agua era azul intenso, abigarrada con espuma blanca. John resentía su posición y trataba de librar su muñeca de la mano de Wendy. Jaló con dureza y Wendy reaccionó con un grito.

Inclinó la cabeza hacia él —sin reducir su velocidad— y le siseó al oído: —Si quieres que te deje caer en medio del mar, te juro por Dios que lo haré. Creo que ni Peter sería capaz de encontrarte en medio del Mar de Nunca Jamás.

John siguió tratando de liberar su muñeca, haciendo que Wendy ladeara.

—¡Deja de hacer eso, John! ¡Maldita sea!

—¡Me estás llevando contra mi voluntad!

—¡No pienso abandonarte allá de nuevo!

La discusión se puso más intensa, desafiando la certeza de Wendy de que estaba haciendo lo correcto y dificultándole la tarea de mantener a los dos chicos en el aire.

— ¡John! ¡Ya basta!

John siguió girando la muñeca, hasta que la voz sonora de Booth los interrumpió a los dos.

—Dime, John: ¿alguna vez has leído *La gran aventura marítima*, de Sir Thomas R.

Taylor? —John le dirigió una mirada de enfado a Booth, pero éste siguió hablando con voz tranquila mientras volaban encima del agua—. Parece que

no. Bueno, en *La gran aventura marítima*, William se pierde en alta mar, y su único compañero es su fiel pastor alemán. El tomo representa una maravillosa crítica de la marginación social de los huérfanos, los cuales quedan desamparados, sin recursos ni asistencia. En fin, el personaje principal, William, se encuentra a la deriva en alta mar. Y su perro le ayuda a navegar hacia una isla desierta empleando únicamente el sentido del olfato. En la isla William descubre que hay comida y encuentra una brújula que, a fin de cuentas, le ayudará a volver a su casa.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —le gritó John—. Cuántas veces tengo que decirte que ¡tus estúpidos libros me importan una mierda!

Booth le dirigió a Wendy una sonrisa tan magnánima que su corazón se aceleró y la chica casi perdió el ímpetu.

*Sólo vuela, Wendy, sólo vuela.*

Booth siguió hablando con una voz arrulladora que la tranquilizó.

—Bueno, John, como te decía, William llegó a la isla, pero su perro no.

—¿Por qué no? —le espetó John—. ¿William tuvo que comérselo?

—No. En el momento en que William introducía el barco a los bajíos, llegó un tiburón tigre y se llevó al perro de la nave. Cuando el protagonista llegó al lugar donde estaba, lo único que quedaba de su perro era una gran mancha roja en el agua y un poco de pelaje flotando en la superficie.

—¡Booth! —exclamó Wendy—. ¡Esa historia fue horrible!

Booth dirigió una mirada dura a John:

—A lo que quiero llegar, John, es a esto: si un tiburón puede encontrar a un perro en los bajíos, ¿cuánto tiempo crees que tardará en encontrarte a ti en medio del mar, con las manos y la cara llenas de sangre fresca? —John se calló—. ¿Todavía quieres que Wendy te deje en medio del océano?

Wendy no alcanzó a oír lo que John murmuró.

—Perdón, ¿qué dijiste, John?

—Dije que sí, está bien. Dejaré de resistirme, pretencioso engreído.

—Has hecho una buena elección, mi estimado John.

John dirigió la vista al mar que pasaba a quemarropa.

—No soy tu “estimado”. No soy tu amigo. ¿Cómo crees que un Darling podría bajarse tanto como para ser amigo de un Whitfield? Todo este lío en el que estamos metidos tiene que ver, en gran medida, con el hecho de que no pudiste quitarte las mugrosas manos de encima de mi hermano, ¡asqueroso muerto de hambre!

Booth no hizo más que reír, pero Wendy hizo una mueca y dijo: —Te juro, John, que si no estuviera volando encima del mar en este momento...

—¿Qué harías? ¿Me pegarías? ¿Como lo hace Peter? ¿Como los demás generales?

¿Como Booth?

Sintió una punzada al recordar cómo su hermano había sufrido. *Tiene razón. No debería atacarlo.* Estaba a punto de responderle cuando de repente vio una ráfaga de escamas. Algo en su cabeza le gritaba que se alejara del agua, pero ya era tarde.

—¡Tiburón! —gritó Booth.

*No, es algo mucho peor,* pensó Wendy. La nariz que se asomó del agua era blanca y dura, como si estuviera hecha de mármol. Siguieron dos ojos negros, enmarcados por pestañas azules y violetas, y una corona hecha de huesos humanos.

Al mismo tiempo John gritó: “¡Para arriba!”, y Booth bramó: “¿Qué diablos es eso?”

Apareció una melena bestial de cabellos azul celeste y violeta pálido. Los enormes ojos de la reina miraron a los de Wendy y sus labios de perla aparecieron debajo del agua, labios que Wendy había esperado no volver a ver nunca.

—Qué gusto me da volver a oler tu sangre, niña.

Wendy gritó y brincó, pero ya era tarde. La enorme mano de la reina salió del agua de golpe y le agarró el tobillo con sus seis dedos. Los tres chicos se detuvieron de manera brusca y se quedaron flotando sobre el agua, ante la mirada entretenida de la reina de las sirenas. Con una sonrisa malévolas, ésta dibujó una fina línea en la piel de Wendy con su uña filosa. Una gota de la sangre de Wendy cayó al agua, y los ojos de la reina se abrieron con hambre.

—Veo que aún estás pura. Ahora tengo que preguntarte: ¿qué haces aquí, tan lejos de la Isla de Pan, pequeña?

Booth y John cerraron los ojos ante la voz cristalina de la sirena, que era casi insoportable y resonaba como una multitud de coros. Wendy flaqueó pero mantuvo los ojos abiertos, resistiendo la mano de su captor. No logró liberarse. La reina Eryne parpadeó de manera desinteresada.

—¿Vas de regreso al *Noche Repentina*, acaso? Garfio se encuentra en el Mar Oriental en este momento. Está haciendo los preparativos para la guerra; se está reuniendo con Jaali Oba. Le está compensando por el *favor* que le hizo.

Wendy negó con la cabeza.

—No. Nos dirigimos al continente.

Finalmente Booth abrió los ojos y gruñó estupefacto. La reina Eryne lo observó.

—Es la primera vez que te veo, joven.

—Buenas tardes, señora —susurró con los ojos bien abiertos, encantado por su belleza.

Wendy sintió un golpe de celos y miró a Booth con enfado.

—Ni se te ocurra hacerle un halago.

La reina sonrió como una fiera feral, extendió la otra mano y acarició el rostro de Booth.

—Cuando todo esto se termine, deberías ir a visitarnos a Miath. Seguramente a mis chicas les encantaría probar una... bocanada —la sirena recorrió los labios con la lengua bifurcada.

—Ni lo pienses —escupió Wendy.

Estaba perdiendo la paciencia. El corazón le tamborileaba, sintiendo todo el cansancio de su escape y el esfuerzo de llevar a dos personas volando. Las muñecas le dolían, ya no sentía las manos, y no tenía tiempo para esta clase de distracciones.

Wendy despejó la garganta y devolvió la mirada de la reina de las sirenas.

—Con su permiso, vuestra majestad —dijo con tono cortante—. Es que estamos huyendo, en este momento, de un sociópata con poderes sobrenaturales. ¿Sería tan amable de indicarme qué es lo que necesita, precisamente?

La reina entrecerró los ojos.

—Ustedes pretenden encontrar a La Sombra.

Wendy negó con la cabeza y John se inclinó ligeramente para escuchar mejor.

—No. Queremos descubrir cómo podemos derrotar a La Sombra. Entonces, estoy segura de que ella nos encontrará a nosotros.

La reina parpadeó dos veces y la negrura que cubría la superficie de sus ojos se transformó en azul. Sujetó el tobillo de Wendy con mayor fuerza y le habló con un rumor como el de las olas.

—¿En verdad te crees capaz de derrotarla? ¿O nos condenarás a todos a un terrible destino?

Wendy tragó saliva. Sintió la sal de las olas en los labios.

—Haré todo lo que pueda por derrotarla.

—¿Todo lo que puedas? —la reina soltó una risa malévol, y sus hermosas facciones se transformaron en una mueca cruel—. Tu intento de hacer “todo lo que puedas”

podría provocar la perdición de Nunca Jamás.

Sin mayor aviso, la reina le soltó el tobillo y se erigió del agua, agarrándole la nuca con ambas manos. Booth y John trataron de sujetar a Wendy y liberarla de la reina, pero a ellos también los bajó a las olas. Para la gran sorpresa de Wendy, la reina Eryne le presionó la frente con su corona, adornada con el esqueleto de un caballito de mar.

—Si logras hacerlo, mi pueblo cantará tu nombre por las salas de Sybella, y estaremos eternamente endeudados contigo. En cambio, si fracasas...

Wendy hizo una mueca:

—Ya sé, ya sé... Mi sangre alimentará tus jardines de coral por los siglos de los siglos, etcétera, etcétera.

El aliento de la reina la inundó con su olor penetrante mezclado de sal y ostiones.

—Así es, querida —se alejó del rostro de Wendy—. Eres un ser sumamente extraño, niña del otro mundo. Te pido que hagas todo lo posible por no destruir nuestro mundo.

La reina frunció el ceño y apretó la mano sobre la parte posterior del cráneo de Wendy con tanta fuerza que sentía el cerebro a punto de aplastarse.

—Ahora ve por tus chicos, antes de que se ahoguen, y váyanse de prisa al continente.

Peter anda cerca, pero me aseguraré de que no los vea.

La reina dirigió una mirada penetrante a Wendy durante un largo rato antes de soltarla. Ésta voló de prisa al lugar donde los chicos luchaban por mantener las cabezas arriba de las crecientes olas. Booth estaba flotando de espaldas, abrazando a John con un brazo para mantenerlo a flote.

—¡John, tranquilízate ya! —le escupió Booth mientras John lo agarraba hasta casi sumergirlo. Cuando vio que se acercaba Wendy, Booth le extendió la otra mano y ella lo agarró.

El agua escurrió de su ropa empapada y los dos se elevaron con Wendy, sin perder el contacto de las manos. El viento los azotó y Wendy dio una sonrisa sutil al pensar en el punto difícil en el que se encontraba: *El país de Nunca Jamás no es un lugar seguro, ni por arriba ni por debajo*. Un gran



remolino de neblina se desprendió del mar y los envolvió mientras volaban, un camuflaje de niebla que los ocultó de un par de ojos azul marino.

Volaron en silencio, cada quien inmerso en sus propios pensamientos. Después de unos minutos, Booth rompió el silencio con una pregunta que murmuró en voz baja: —Dime algo, Wendy: ¿hay alguien en este país de Nunca Jamás, un solo ser, que *no* te quiera matar? Aquella que vimos ¿fue una sirena de verdad?

—Sí —respondió Wendy—. Y sí a la otra pregunta también. De hecho, las sirenas son bastante agresivas.

—¡Vaya, una sirena! —Booth suspiró con felicidad, a pesar de haber estado a punto de ahogarse unos momentos atrás—. ¿Quién se hubiera imaginado un lugar así, más allá de las estrellas? —su rostro deliraba con el mismo gozo que Wendy también había sentido mucho tiempo atrás. Booth siguió sonriendo, pero sus ojos se pusieron más serios cuando vieron la determinación en la cara de Wendy—. Pero tengo que confesar que nunca pensé que las sirenas fueran así. Digo, a nadie se le ocurriría que una sirena pretendiera asesinar a una joven humana... ¿Escuché bien? ¿Dijo que deseaba tu sangre?

Wendy casi sonrió al notar su indignación con la sirena. Sin embargo, se sentía tan agitada que simplemente le apretó la mano y se concentró en volar más rápido. *Más rápido, sí.*

—John —dijo Wendy en voz baja—, ¿desde cuál dirección crees que nos acercaremos al continente?

John la miró extrañado.

— ¿Me lo preguntas a *mí*?

— ¡Contéstale! —gritó Booth, pero Wendy lo calló con una mirada.

—Sí, John. Necesito decidir cuál sería el mejor lugar para aterrizar. A ti también te conviene que lo averiguemos bien, pues no queremos pasar días enteros caminando por el bosque de Nunca Jamás.

John la miró por un momento antes de limpiarse los lentes con la mano libre.

—Deberías sentirte extremadamente agradecida por cualquier información que te pueda dar, ya que, en efecto, me has secuestrado —Booth gruñó suavemente y John se tranquilizó—. Pero bueno, yo me imagino que hemos de estar cerca de la costa sur, justo al este del Puerto Duette, ¿verdad?

Wendy cerró los ojos y trató de recordar el mapa en la cabaña de Peter.

—Entonces tenemos que sobrevolar la isla hacia el noroeste, ¿correcto? ¿Para llegar al Jardín Prohibido?

—¿Al Jardín Prohibido?! —exclamaron Booth y John al mismo tiempo, pero con tonos muy distintos.

—Necesito pensarlo bien —dijo Wendy—. Denme un minuto.

John movió la cabeza y suspiró con enfado, como si le hubiera pedido algo irrazonable.

—Vuela hacia allá, ya no tardaremos en llegar —le dijo a Wendy.

Aunque no confiaba en John completamente, le siguió las indicaciones, pues conocía muy bien su necesidad de sentir que lo escuchaban. Giró hacia un lado, con un panorama compuesto exclusivamente por el agua del mar y la neblina, un remolino que los mantenía invisibles pero también la hacía sentirse ciega. El vuelo se volvía cada vez más aterrador.

—John, estás seguro de que...

No tuvo tiempo para terminar la oración. Sin más, el continente apareció frente a ellos, un mundo verdoso que emergió del agua bruscamente. Wendy ni siquiera alcanzó a elevarse y evitar que sus tobillos se arrastraran en el agua. La neblina se disipó de repente, las olas se dirigieron a la playa, y Wendy vio la arena, la gloriosa arena de perlas de Nunca Jamás. El cansancio la invadió y se colapsó, comenzando a descender velozmente. Con alivio soltó toda la fuerza que había contenido desde su plática con Campanita, como cuando uno contiene la respiración. Milagrosamente había llegado al continente, y las tres cosas más valiosas de la Isla de Pan habían llegado con ella también.

## XII

Wendy cayó con torpeza, tirando a Booth y John en la orilla. Todos cayeron de rodillas, con el agua escurriéndose entre las piernas.

Aunque no los había cargado como tal, el agotamiento por la fuga acelerada la invadió como una inyección venenosa. Wendy cayó de golpe y sus brazos se hundieron en la arena mojada. Se alejó de las olas, arrastrándose con los brazos entumecidos. Wendy sentía los brazos y piernas temblorosas, y comenzó a tener arcadas. Booth se agachó sobre ella y le quitó la arena del rostro.

—Eres tan valiente. Llegamos hasta aquí gracias a tu fuerza.

Entonces Wendy sintió, de golpe, cómo el don del vuelo se le escapó; se escurrió por sus huesos, hacia las muñecas, y salió de la punta de los dedos. Esto le indicó que Campanita sabía que habían llegado con vida. Todo el cuerpo se le aflojó.

—Se fue el don del vuelo —vio que John la observaba en silencio—. No pude dejar a ninguno de los dos atrás.

Wendy creía haber visto lágrimas en los ojos de su hermano, pero éste volteó la cabeza de prisa. Wendy respiró profundamente y se incorporó, limpiándose la saliva de la boca.

—Tenemos que meternos entre los árboles, de prisa. Peter nos podría ver aquí.

Booth la ayudó a ponerse de pie, mientras que John observaba a los dos con los ojos entornados.

—Oye, John, ¿me echas una mano? —dijo Booth.

John le dirigió una mirada escéptica.

—¿Por qué te ayudaría a ti? No te importo a ti, ni le importo a ella tampoco. Ahí están ustedes dos, extasiados el uno del otro. Es asqueroso.

Aunque sus palabras eran cortantes, hablaba con tono de derrota. John Darling fijó la vista en la arena y respiró profundamente. Booth dio un paso hacia adelante.

—Te juro, John, si te pones a gritar...

—No lo haré —escupió John con enfado. Levantó el otro brazo de Wendy y, junto con Booth, la arrastraron lejos de la playa—. Solamente te ayudo porque eres incapaz de cargar a mi hermana.

Caminaron por la playa, arrastrando los pasos. Estaba vacía, con la excepción del esqueleto de un enorme animal que se elevaba sobre sus cabezas. Una parvada de cercetas, con rayas negras en las alas, poblaba la mandíbula del esqueleto. Gorjearon con coraje ante la incursión de los invasores, cantando con mayor fuerza mientras los tres chicos se dirigían a los árboles.

Al adentrarse en el bosque, tuvieron que caminar cuesta arriba. La montaña enselvada que se alejaba de la playa estaba muy empinada, y después de poco tiempo los tres habían quedado sin aliento. Booth todavía le ayudaba a Wendy a caminar, dejándola muy consciente de su cercanía física. Booth le rodeaba la cintura con un brazo, y la piel de Wendy debajo de su seno le ardía ante el contacto con los dedos. Sus caderas se movieron al unísono mientras caminaban por la arena.

*Estoy tan, tan cansada.*

Booth tambaleó y Wendy bajó la cabeza, avergonzada por estar tan agotada después del vuelo. Sin embargo, sabía que no era únicamente por el vuelo. Su cansancio se debía a un conjunto de factores: las palabras de Campanita, la muerte de Oxley, la forma en que Booth la observaba, la mente enmarañada de John, el capitán Garfio, La Sombra y el recuerdo de Michael, que todavía se encontraba en algún lugar muy lejano.

Era el efecto de Nunca Jamás. Esta tierra le agotaba la propia esencia, gota a gota.

John caminaba arrastrando los pies atrás de ellos, ofreciendo comentarios enfurecedores mientras los tres seguían cuesta arriba.

—¿Sabes?, eres de muy bajo nivel.

Booth le dirigió una mirada inquisitiva a John.

—¿Qué dices, amigo?

—Que eres de muy bajo nivel para ella, para mi hermana. No eres de su nivel, de *nuestro* nivel.

Booth miró hacia atrás con una cara de rabia. Tenía la mandíbula apretada y los rizos castaños pegados a la frente con agua salada.

—Con respecto a Wendy, no te lo discutiré: no merezco a nadie tan buena como ella.

No le llego ni a los talones. Es demasiado buena para mí, para cualquier hombre, a decir verdad. Puede que te cueste creerlo, John, pero lo que siento por tu hermana es mucho más que una simple infatuación efímera.

John hizo una expresión de enfado.

—Detesto tu forma de hablar, como si fueras de otra clase.

—¿Cómo quisieras que hablara, John? ¿Como un pordiosero?

—¿Serían tan amables de callarse, chicos? Se los agradecería inmensamente — Wendy se extrañó al oír su propio tono irritable.

El dosel de los árboles los cubría, envolviéndolos en la fresca sombra de la selva.

Mientras los tres seguían marchando cuesta arriba, la arena se convirtió en tierra suave y negra, con un entramado de raíces enredadas. Las aves cantaban desde los árboles y, de vez en cuando, bajaban para comer las orugas lavanda que avanzaban por el suelo.

Después de caminar una hora, Wendy miró hacia atrás y suspiró con alivio al ver la playa en la distancia, muy lejos de ellos. Sentía el cuerpo absolutamente agotado y se entregó con regodeo al cansancio. Señaló un claro en el bosque, con una gran piedra ónice, rodeado de las raíces de los árboles.

—Vamos a descansar aquí esta noche —dijo.

Sin decir una palabra más, Booth quitó el polvo de la piedra para que Wendy se sentara. Le dio la mano para ayudarle a bajarse. Sin pensarlo, Wendy tomó su rostro entre las manos y lo besó, larga y detenidamente, tal y como había querido besarle en el ático de la librería, hacía tanto tiempo.

Booth enderezó la espalda ante el contacto con su boca, pero pronto se le aflojó el cuerpo. Al besarla, parecía evaporarse como la lluvia cuando cae sobre la calle en pleno verano. La boca de Booth tenía el mismo sabor que Wendy recordaba de Londres, un sabor a nata y libros. Sin embargo, también había adquirido un sabor agrisado a inocencia perdida. Booth gimió de manera casi automática y la abrazó, apretándola a su cuerpo mientras sus lenguas se enredaban. La frescura de Booth contrastaba con el calor abrazador de Wendy, y los dos parecían fundirse como barro en una caldera.

—Me provocan náuseas —murmuró John. Wendy y Booth se apartaron, con un rubor que les ardía las mejillas.

—Este... —Booth hablaba con nerviosismo; tenía la cara de color rojo brillante.

Wendy miró a John, y luego volteó hacia Booth.

—A ver, Booth, ¿nos permitirías un momento?

Éste se veía más aliviado que nunca, y se peinó el cabello castaño con una mano.

—¡Claro que sí! ¡Con mucho gusto! Bueno, este, voy a dar la vuelta, ¿no? Revisaré el perímetro del campamento, registraré nuestro entorno, y así, este, verificaré su estatus...

Aunque Wendy hubiera preferido quedarse a solas con Booth, asintió con la cabeza y se recostó sobre la piedra. John la miró durante un largo rato con confusión, como si fuera la primera vez que había visto a su hermana. Wendy le devolvió la mirada, sintiendo el cansancio de sus músculos. Finalmente John despejó la garganta.

—Nos has condenado a la muerte. ¿Lo sabes, verdad? La venganza de Peter por todo esto...

Wendy se levantó. *Conque así vamos a hablar.*

—A lo mejor sí, tienes razón. Pero sé honesto contigo mismo, John: ¿cómo llegaste a jurarle tu lealtad a un chico que estaría dispuesto a matarnos? ¿Tan sólo por hacer lo que queramos? Pregúntate, ¿cómo fue que Peter logró inyectar tanto miedo y odio a tu corazón? ¿Cómo llegaste a ser capaz de traicionar a tu propia familia?

John hizo caso omiso de su pregunta. Se tambaleó sobre los tobillos, tal y como su padre solía hacer. Abrió la boca y Wendy se alistó para oír una respuesta ácida; para su sorpresa, la voz de su hermano sonaba suave y sumisa: —¿Qué crees que estarán haciendo nuestros padres en este instante?

Wendy parpadeó con sorpresa.

—No lo había pensado. Aunque sí pienso en ellos con frecuencia.

Su hermano menor suspiró abatido y se sentó en el suelo, cerca de sus pies. En silencio, comenzó a dibujar una serie de imágenes en la arena: una casa... su casa en el jardín de Kensington, con ocho ventanas y una verja de hierro que cerraba al pequeño patio. Luego dibujó las ventanas soleadas de su madre, el cerrojo de la puerta de la verja, cada detalle que estaba grabado en alguna parte muy profunda del corazón de Wendy también, en aquel lugar donde los recuerdos de la infancia se guardan para siempre. Sin dejar de dibujar, John habló con precisión: —Si suponemos que el tiempo de esta dimensión transcurre de manera paralela con aquel mundo, yo me imagino que...

Cerró los ojos y, para la sorpresa de Wendy, una lágrima gruesa recorrió la mejilla de su hermano. John pronunció las siguientes palabras a duras penas, con voz llorosa.

—Me imagino que mi madre ha de estar sentada aquí, en su habitación.

Trae puesta esa absurda bata color lavanda, la que tiene todo el encaje del mundo alrededor del cuello, que siempre me picaba cuando era niño. Está leyendo un libro. Tal vez algo que acaba de seleccionar del estante, un tomo ligero y femenino. Algo de Lewis Rand, quizá.

John aspiró y comenzó a dibujar los viejos robles que crecían en fila por los lados de la casa, los árboles que los tres chicos Darling había trepado.

—Extraña a sus hijos terriblemente. No deja de apretar el crucifijo que lleva en el cuello, lo sujeta como si tuviera el poder de salvarnos a todos.

Wendy se mordió el labio inferior para dejar de llorar, pero resultó inútil. Sus ojos se llenaron de lágrimas y sintió, en el pecho, el peso del amor incansable que sentía por su hermano. Añoró a su hogar espantosamente. John prosiguió: —Liza ya no está ahí para llevarle el té a mi madre; seguramente la despidieron por permitir que nos escapáramos. Ahora mi padre sube con el té para los dos, y toma la mano de mi madre y la besa.

Wendy sollozó abiertamente. Se bajó de la piedra y se acercó a su hermano.

—Mi padre trata de sentirse vinculado a ella —dijo Wendy—. Pero los dos se sienten solos, perdidos en su angustia. No soportan ni siquiera verse el uno al otro.

John alzó la vista y fijó la mirada en Wendy:

—Extraño a mi padre —su rostro reflejaba la derrota absoluta. Esta tierra había quebrantado a todos los Darling.

—Lo sé —respondió Wendy.

Trató de recordar las palabras de consuelo que su padre solía pronunciar cuando John se molestaba, pero no las hallaba. Nunca se había sentido tan preocupada por su hermano. La brecha entre los dos parecía infranqueable.

—A mi madre también —prosiguió John—. No importa que sea quisquillosa, controladora y exigente, la quiero a ella también. Aunque nunca se lo dije. Y mi padre...

John comenzó a sollozar abiertamente. Su aspecto incipiente de hombre se esfumó, y volvió a ser el pequeño niño que nunca se sentía aceptado, aquel que siempre se sentía rechazado.

—Papá está parado frente a la ventana. Está mirando a las estrellas porque sabe, de alguna manera, que estamos aquí entre ellas. Lo sé porque siento su mirada sobre mí en todo momento.

Wendy apretó los dientes para no perder los estribos por completo. Se

esforzó por mantenerse fuerte para John. *En este momento, mi hermano es lo más importante del mundo.* Éste alzó la vista y miró a su hermana con la cara llena de lágrimas.

—No me quedaba otra opción, Wendy. Tuve que traer a Booth. Si no lo traía hasta aquí, Peter me iba a matar.

Wendy extendió una mano y luego se detuvo, sosteniéndola al lado de los cabellos castaños de su hermano.

—Siempre hay otra opción —dijo suavemente.

En ese momento Booth regresó del bosque, pisando con fuerza inquietante. Tenía los brazos llenos de frutas húmedas y succulentas.

—¡Fui por la cena! Aunque corté estas frutas tan rápido, que no se me ocurrió examinarlas. Algunas podrían ser venenosas y, por lo tanto, no comestibles.

Wendy se levantó y caminó hacia Booth. Le besó la mejilla ligeramente y tomó dos frutas de sus brazos.

—Estas son las únicas venenosas —dijo.

Las dejó caer y tomó otra fruta, de color fucsia brillante, una esfera irregular que escurrió néctar cuando la mordió, con los ojos cerrados, expresando el éxtasis que provocaba el sabor empalagoso. Booth parecía estar a punto de desmayarse.

John se levantó y observó la imagen que había dibujado en la tierra: la casa de los Darling, majestuosa y noble, toda su infancia expresada en una obra garabateada. Booth se acercó para ver el dibujo y John lo borró con el pie, devolviéndolo a la tierra fértil de Nunca Jamás.

Wendy lo miró por un largo rato, preguntándose si valdría la pena confiar en John por completo. Éste husmeó y limpió la nariz tal y como lo había hecho siempre: con dos dedos, haciendo pucheros. En ese instante, Wendy entendió que no le quedaba otra opción: John siempre había sido su hermano, desde el momento en que John salió del vientre de su madre. Y siempre lo sería, con todo y sus cólicos y berrinches. Eran de la misma sangre; Wendy tenía que seguir luchando por el alma de su hermano. Y si iba a ganar la batalla, John tenía que saber toda la verdad.

Wendy volvió a sentarse en la piedra y dobló las piernas debajo del vestido.

—Tomen una fruta y siéntense.

Wendy sonrió con bondad. Booth se agachó a su lado y John se sentó con



un suspiro, a un par de metros de distancia. Wendy esperó a que estuvieran cómodos los tres y entonces bajó la voz. Recordó las historias que Peter contaba en el Tipi, cómo ella lo había observado con ojos de adoración e inocencia.

—Les voy a contar un cuento sobre un chico que se llamaba Peter Pan. Es la historia del chico y su Sombra.

-----

Wendy suspiró con alivio cuando, horas después, había terminado de contar la historia. Las palabras le salieron libremente, detalle tras horripilante detalle. No había omitido nada: explicó quién era Peter Pan de verdad —el hijo de un terrateniente adinerado—; describió la obsesión de Garfio por matar a Peter y así salvar el país de Nunca Jamás; develó la existencia de La Sombra y su vínculo impuro con Peter; la barbarie de las sirenas; la alianza entre el capitán Maison y Peter. El único detalle que no mencionó a John fue el hecho de que la jeringa se encontraba apretada contra su propio pecho en ese instante.

Las expresiones de los dos chicos distaban mucho la una de la otra. La cara de Booth reflejaba horror, mientras que John miraba con incredulidad.

—No puede ser —murmuró—. No es cierto.

—Sí lo es —Wendy le dirigió una mirada dura—. Cada palabra es cierta.

—Peter nunca...

—¿Nunca mataría a todo un pueblo de seres?

John negó con la cabeza repetidamente.

—¡No! No lo haría, no sería capaz, es imposible.

Booth reaccionó con rabia.

—¿Te parece imposible, John? Yo apenas me enteré de la existencia de este tal Peter Pan, y te puedo asegurar que es completamente capaz de cometer semejantes atrocidades.

Wendy casi sintió lástima por John al verlo asimilar esta nueva información. El chico que su hermano adoraba acababa de ser destronado, ahora se desplomaba a la tierra en llamas. John hizo miradas furtivas.

—A lo mejor las sirenas te mintieron. Quizá ellas son las que controlan a La Sombra.

Wendy negó.

—No, ellas *temen* a La Sombra. Pude ver el miedo en los ojos de la reina. Ella teme que les podría tocar a ellas después, La Sombra podría arremeter contra las sirenas.

John parpadeó frenéticamente y los ojos se le pusieron rojos y húmedos.

—¡No es cierto! —pisó fuerte con un pie—. ¡No lo creo! ¡No puede ser!

Wendy se deslizó de la piedra y dio un paso hacia él con delicadeza.

—Yo tampoco lo quería creer. Entiendo lo que Peter Pan te hace sentir, John —bajó la voz para amortiguar el golpe— yo también lo quería —de reojo vio cómo Booth flaqueó, pero no era el momento para ocultar las cosas—. Peter Pan es una gran mentira, John. No es un chico que cuenta mentiras; él *es* una mentira. Es incapaz de separar la realidad de sus propios delirios de grandeza. Y La Sombra ha corrompido todo lo que queda de él.

—¡No! —John se alejó de ella—. ¡No te creo! ¡No lo aceptaré! Él quiere que sea su general. ¡Él cree en mí!

La mirada de Wendy se detuvo en los ojos color avellana de su hermano.

—No, él no cree en ti. Pero yo sí.

John se apartó de los otros dos y desapareció entre la espesa maleza, pisando fuerte por el bosque. Wendy comenzó a seguirlo, pero Booth la detuvo delicadamente con una mano.

—Déjalo ir —dijo suavemente—. Necesita un poco de tiempo. Ya volverá —Booth le besó el cabello—. Le has dado todo lo que una hermana le puede dar a su hermano: la confianza y el conocimiento. Lo demás depende de él. Además, recordemos lo que dijo Nietzsche: “Todos los grandes pensamientos son concebidos al andar”.

Wendy se inclinó hacia el cuerpo de Booth y sonrió, pensando que era el único chico al que se le podría ocurrir citar al filósofo alemán en medio de la selva de Nunca Jamás.

—Sí —dijo—, pero Nietzsche nunca tuvo que lidiar con Peter Pan.

—Ni con los hermanitos traviesos tampoco —respondió Booth, y Wendy sintió un dolor en el corazón.

*¿Dónde estás en este momento, Michael? Cerró los ojos. ¿Qué haces? ¿Hay alguien que te abraza, alguien que te hace sonreír?*

—¿Wendy?

Ésta volvió a la realidad y reparó en el hermoso rostro de Booth. Notó que había envejecido un poco desde que se vieron en Londres. Sus barbas estaban más espesas y su frente más fuerte. Entre más lo observaba, más claro le

quedaba: mientras que Peter Pan seguía siendo un niño —un niño encantador y malvado—, Booth se convertía en hombre. Wendy le tomó el rostro entre las manos y lo volvió a besar, deleitándose en su pureza.

—¿Y si nos acostamos? —le susurró Booth, y Wendy lo miró con sorpresa. Aquel se rio—. Digo, para dormir. Mañana tenemos mucho que hacer.

Wendy asintió con la cabeza y los dos se recostaron en el suelo. Booth se acomodó y la abrazó para que no le diera frío.

—¿Sabes? —le susurró Wendy—, la otra sugerencia tampoco me hubiera molestado.

Booth se quedó inmóvil detrás de ella, y Wendy se rio.

—¿Fui demasiado directa contigo, Booth Whitfield? ¿Mi candor te ha incomodado, acaso? ¿Fue un comentario poco típico de mi persona?

Los dedos de Booth le recorrieron la mejilla hasta el hombro y se detuvieron justo arriba de su pecho.

—Al contrario —le susurró al oído—. Siento que nunca has sido tan auténtica, tan *tú*, como eres aquí en este lugar.

Wendy se quedó dormida más pronto de lo que hubiera creído posible. Estaba disfrutando la cercanía de Booth, y de repente sintió que flotaba en un negro vacío.

Entonces soñó que entraba, a paso lento, a un cuarto blanco y cuadrado. En el centro del cuarto estaba Peter Pan. Flotaba en el aire con las piernas cruzadas, frotando el pie frenéticamente con una barra de jabón.

—¿Peter?

Éste le devolvió la mirada. Sus ojos ya no eran de color azul marino, ahora estaban totalmente negros. Su mirada penetrante le provocó un escalofrío. Wendy se abrazó a sí misma y lo observó en silencio. Después de mirarla, Peter volvió a frotarse el pie.

—Como tú me quitaste algo a mí, yo te quité algo a ti.

Wendy movió la cabeza:

—Peter, no te entiendo —éste frotó el pie con mayor fuerza, incluso con violencia, hasta que la suela de sus zapatos comenzó a desprenderse y sus manos se mancharon de sangre.

—Como tú me quitaste algo a mí, yo te quité algo a ti.

Los ojos de Peter se llenaron de pánico y le extendió una mano a Wendy. Ésta dio un paso hacia atrás. El chico sostenía el jabón con la mano ensangrentada.

— ¡No se me quita! Wendy, ¡no se me quita!

Peter abrió la boca y volteó hacia ella, y ésta oyó de nuevo la multitud de miles de gritos, los cuales ahora procedían de su boca, el estruendo de toda una masacre que resonó entre sus hermosos labios.

Wendy despertó con un espasmo corporal, con el corazón tamborileando. Abrió los ojos y se empujó hacia atrás, chocando con el cuerpo de Booth, quien seguía profundamente dormido. En las tinieblas pudo ver el brillo de dos ojos que la observaban. Alguien la miraba.

—¿Peter?

—No —John habló con voz enmudecida—. Soy yo.

Wendy respiró profundamente:

—Perdón —susurró—. Fue una pesadilla.

John suspiró y se sentó en el suelo.

—Yo también las tengo. Todas las noches. Pesadillas.

Aunque supo que su hermano podría rechazarle el gesto, Wendy le extendió una mano en la oscuridad. Después de observarla durante un largo rato, por fin John tomó su mano con precaución, como si fuera una granada activa.

—Está bien, Wendy. Si necesitas que te sujete la mano para que puedas dormir, lo puedo hacer. Pero es algo fastidioso, quiero que sepas.

Wendy se mordió el labio para no reír ni llorar. Era él; su hermano estaba aquí, algo destrozado, pero con su típica personalidad sarcástica. Tomó su mano entre las suyas y cerró los ojos, y ambos se quedaron bien dormidos. Fue un sueño profundo y bien merecido.

### XIII

El amanecer llegó demasiado temprano. Wendy abrió los ojos ante el *chipi chipi* de una leve lluvia que caía sobre su rostro. Se dio la vuelta y sintió el cuerpo empapado; se alejó de Booth antes de que éste pudiera olerla. Al levantarse del fango, vio que John miraba el amanecer con varios sentimientos encontrados en el rostro. Booth se dio la vuelta con un entrañable bufido y despertó; observó el espeso tapiz de la selva con incredulidad en los ojos.

—¡Ah! Soñé que estaba en mi casa. Con mi padre, en la librería.

—Qué sueño más hermoso —dijo Wendy. Se quitó el cabello del rostro y lo recogió para hacerse un chongo—. Aún recuerdo cómo era el olor de los libros en los últimos estantes.

Lo que no daría por soñar algo hermoso, por dormir libre de las pesadillas que Peter le había ocasionado. Booth le sonrió desde el suelo sin levantarse.

—Incluso aquí, en este lugar, luces una belleza sin medida.

—¡Ya es suficiente! ¡Basta, ya! —John volteó hacia ellos con una mueca de enfado en el rostro—. Miren, ya lo he pensado muy bien. Y he decidido que les daré una oportunidad a ustedes, aunque sean un par de menso. Pero para que lo haga, no pueden seguir así, haciéndose ojitos a cada rato. Es absolutamente asqueroso.

Booth miró a Wendy y luego a John.

—Bueno, supongo que es justo. A fin de cuentas, es tu hermana.

—Sí, es —dijo John, dirigiéndole a Wendy una sonrisa infrecuente—. Y ahora, ¿qué procede?

Wendy señaló la selva.

—He visto el Jardín Prohibido solamente una vez, desde arriba. Pero creo que si seguimos caminando cuesta arriba, finalmente daremos con él. Si recuerdo bien, está ubicado justo arriba del borde de la cascada que va hacia el Puerto Duette.

John olfateó el aire.

—No estamos muy lejos del Puerto Duette. Apostaría mi propia nariz. Ese pueblo tiene un olor muy particular —suspiró—. La verdad es que un baño y una cama no me caerían nada mal.

Wendy movió la cabeza:

—John, si tú bajas al Puerto Duette, no faltará el pirata dispuesto a

despellejarte vivo.

John hizo una mueca.

—Está bien, pero ¿por qué tuviste que arruinarme la linda fantasía?

Mientras se alistaban para irse, Wendy dio la espalda a los chicos y metió la mano a la blusa, verificando que la jeringa dorada de Peter seguía ahí. Pudo sentir en la piel el frío y el peso del instrumento metálico. En el cinturón del vestido, la daga enjovada permanecía apretada a su espalda inferior. Al contraste con el frío de la jeringa, la daga le calentaba la columna con un calor agradable. Se ajustó la falda y comenzó a dirigirse a la selva.

—Muy bien. A caminar, hombres.

John notó la palabra que su hermana había empleado y ocultó su sonrisa con una mano. Avanzaron cuesta arriba, entre el rumor de las ramas de árboles y sus enredadas raíces, un mundo de palmeras azules que proyectaban sombras angulares sobre el suelo.

Al principio, John y Booth discutieron sin cesar sobre todos los temas imaginables: los filósofos más destacados, el alineamiento de las estrellas en Nunca Jamás, la mejor forma de comerse una tarta salada de carne, los mejores nombres para los caballos.

Después de un rato, dejaron de conversar y cada quien se enfocó en la tarea de caminar.

Poco tiempo después, los dos estaban empapados del dulce sudor que provoca Nunca Jamás. La tierra ya tenía un color negro profundo y las copas de los árboles estaban más cerradas. Wendy alzó una mano.

—*Shhh...* Escuchen.

John se detuvo y descansó sobre su bastón, cuya mera existencia hizo que Wendy sonriera. En algún momento durante la caminata, su hermano había encontrado un palo; lo partió y lo comenzó a tallar mientras avanzaban. Nunca dejaba de sorprenderla.

Wendy volteó el oído hacia el poniente, donde se percibía el ruido del agua como un susurro entre los árboles.

—La cascada. Ya estamos cerca.

—Bueno, ¡sigamos avanzando entonces! —Booth habló con alegría, aunque estaba empapado de sudor—. Creo que un buen chapuzón en la laguna nos vendría muy bien a todos. Tenemos un aspecto absolutamente aterrador —notó la mirada de Wendy y se rio—. Digo, tú eres la excepción, Wendy Darling. Te ves simplemente radiante.

John miró a Wendy y luego a Booth con ojos de confusión.

—¡No está radiante, baboso! Mírala, ¡es un asco!

Los tres soltaron una carcajada, y Wendy hizo una mirada de enfado.

—Anda, vamos. Ya casi llegamos. Hay que seguir caminando.

Siguieron cuesta arriba. Cada minuto se sentía como una hora. Wendy oyó un conjunto de sonidos a sus espaldas: las pisadas de los chicos; los palos que se rompían bajo sus pies; las aves cantando en el tapiz de la selva; el rumor de las hierbas agitadas; el siseo de una serpiente, entre la maleza, a su derecha...

John gritó.

Wendy se dio la vuelta y alcanzó a ver una forma que brincó desde la maleza. Se trataba de un animal cuya piel reflejaba la luz como una serie de pequeños espejos, que tenían un diseño abigarrado que imitaba el aspecto de las palmeras. El animal saltó con toda la fuerza de sus poderosas piernas traseras y su pelaje cambió de color, imitando el aspecto del aire nublado. Unos instantes después se transformó otra vez y cobró la blancura de la camisa de John, y le hundió las garras en el pecho. Wendy miró, petrificada de terror. Una mancha escarlata se escurrió por las garras del gato Keel, y su pelaje se puso del mismo color rojo.

¡Muévete! Gritó Wendy para sus adentros, interrumpiendo el *shock* que se había apoderado de ella.

—¡John!

El nombre se escapó de la boca de Wendy en el mismo instante en que volteó hacia el felino. John gritaba mientras el animal arremetía contra su rostro con sus enormes garras; el chico alzó las manos para proteger sus ojos y mejillas. Wendy corrió hacia él y buscó la daga con una mano. Con alivio sintió su mango. Trató de retirar el arma mientras se acercaba a su hermano... La daga no se movía.

¡*No!*

Wendy la jaló de nuevo, gritando con frustración mientras vio al enorme gato erguirse sobre el cuerpo de John con la boca abierta, alistándose para hundirle los dientes en el cuello. John cubrió la cabeza con una mano, tenía los ojos desorbitados, y su cuello delgado y blanco se quedó totalmente desprotegido.

Wendy jaló el mango de la daga de nuevo, pero no se movía. Como no le quedaba otra opción, usó la única arma que le quedaba: sus propios brazos. Se abalanzó contra el enorme felino, queriendo tirarlo al suelo, pero solamente

alcanzó a moverlo unas pocas pulgadas. El gato se retorció y Wendy luchó por no soltarlo, pero su pequeño cuerpo no pudo contra aquel poderoso enredo de músculos y dientes, aquel depredador que anhelaba devorar a su presa. Con un grito salvaje, Wendy plantó bien los pies, se arqueó hacia atrás y logró quitarle el gato de encima por un instante. El felino se dio la vuelta con un alarido feroz, el calor de su boca le llenó la cara a Wendy y el animal trató de arañarla.

Wendy trató de seguir sujetando el animal, pero se movía demasiado velozmente. No entendía lo que sucedía, oyó que John gritaba su nombre y las garras la atacaron en una tempestad de sangre y pelaje grasiento.

*Estoy dispuesta a morir. Me moriré antes de que te deje matar a mi hermano.*

La boca del animal se abrió —estaba bien abierta; la cabeza entera de Wendy podría caber dentro de ella— y el olor salado de la sangre de John se desprendió de sus dientes. Con un terrible grito el gato se alzó y Wendy sentía la muerte encima. De repente, el animal se desplomó a un lado con un gemido. Wendy se lo quitó de encima, confundida por lo que acababa de pasar. Se limpió la saliva del animal de los ojos y vio a Booth parado a su lado. En una mano sujetaba la espada que le había dado en la Isla de Pan, la cual ahora estaba llena de sangre. El animal yacía en el suelo a su lado, con una larga hendidura en el abdomen y otra en la espalda, donde la hoja había salido.

Wendy se puso de pie de un salto.

*John.*

—¡John! Dios mío, ¿estás bien? —corrió hacia su hermano, que seguía acostado en posición fetal—. ¿Estás bien? ¡John!

Wendy se agachó sobre él, examinándole el cuerpo, buscando heridas. John luchó por encontrar las palabras.

—Eh, sí, ¡creo que sí, Wendy! ¡Creo que estoy bien! Me he cortado, pero...

Con una mano temblorosa, Wendy levantó los lentes de John del suelo y los alzó a la luz. Ambos hermanos observaron, con asombro, la larga rajadura en uno de los lentes.

—Estos lentes estorbosos —dijo John—. Cuánto odiaba que mi mamá me obligara a usarlos. Y ahora me acaban de salvar el ojo —Wendy le ayudó a levantarse con un gemido. Una horrible rajadura recorría la mejilla de John, y tenía las manos laceradas y ensangrentadas; no obstante, cuando se levantó,



Wendy pudo ver que sus heridas no eran severas. Le extendió una mano y John alejó la cabeza—. ¡Déjame! ¡Estoy bien!

Wendy oyó un gruñido patético a sus espaldas que le partió el corazón. Volteó y se agachó encima del gato Keel. De cerca, el animal se veía hermoso. Tenía el tamaño de un perro grande, y su pelaje ahora ondeaba con el color de su propia sangre. Maulló suavemente, los ojos se le pusieron en blanco y su lengua cayó de la boca ensangrentada. Wendy miró a Booth con desesperación, transmitiéndole un mensaje silencioso, y éste se inclinó sobre el animal. El chico que Wendy amaba colocó una mano sobre el rostro del gato con ternura y le susurró, suavemente, las palabras del poeta W. B. Yeats, al mismo tiempo que le penetraba el corazón con la espada: *En una mañana brumosa, clara y agradable Las gotas y la niebla se colgaban de los árboles fragantes Y de las flores se colgaban las abejas.* .

Se acabó el sufrimiento del gato. John vendó las manos con tiras de su propia camisa y miró a Wendy.

—Y ahora ¿qué hacemos?

Wendy volteó hacia la selva, agitada pero con más determinación que nunca.

—Creo que hay que seguir avanzando. El olor a sangre atraerá, sin duda, a más depredadores. Tal vez vengan otros gatos.

John suspiró:

—Sabía que dirías algo así.

Avanzaron rengueando, mucho más lentamente que antes. Cada quien se perdió en sus propios pensamientos. Wendy retiró la daga del cinturón mientras caminaban, y notó que ahora se deslizó fácilmente. La volteó en la mano y miró cómo la gema azul brillaba con la luz del día. El calor que emanaba de la daga le calentó las manos laceradas. *¿Acaso el arma se resiste a salir, con consciencia propia? ¿Qué estará esperando?*

Observó la daga durante un largo rato. Entonces vio algo en el mango: un hilo de su propio vestido roto. Soltó una carcajada y movió la cabeza al volver a introducirla en el cinturón. No quedaba duda de que Nunca Jamás le provocaba pensamientos muy extraños.

—Wendy.

El tono de la voz de su hermano la extrañó; reflejaba reverencia. Wendy volteó y lo vio estupefacto. Booth también se había quedado atónito, y ambos chicos miraban hacia arriba con los ojos bien abiertos. Wendy les siguió la

vista hacia los árboles y sintió un nudo en la garganta.

—¡Oh, dioses!, creo que hemos llegado —murmuró Booth.

*El Jardín Prohibido.*

Un enorme arco de piedra se extendía sobre sus cabezas, a una altura impresionante.

Lo adornaba una serie de runas talladas y dos hadas esculpidas, con los brazos extendidos, en cada extremo del arco. Aunque era notable la belleza anterior del arco, ahora se veía negro y manchado, con largas gotas de moho verde. El musgo pálido cubría la mayor parte del arco, y el ojo de un hada ahora contenía un nido de pájaro; el huevo blanco dentro del nido parecía observar a los tres jóvenes.

La imagen le pareció agobiante a Wendy. Los tres avanzaron a paso lento y notaron un silencio ominoso que se había adueñado de la selva. Toda la vegetación se había quedado completamente inmóvil. A su izquierda, cuesta abajo, se veía la cascada que Wendy había oído antes, cayendo con un rugido desde la pedrosa cumbre. A su derecha estaba la selva. Cuando se acercaron a las ruinas, una niebla gris se levantó del suelo y se arremolinó alrededor de sus pies. Delante de ellos estaban las ruinas de la otrora majestuosa entrada de la ciudad. Más allá del portal, no vieron otra cosa más que la niebla que se extendía hacia arriba, bloqueando la entrada del jardín como un muro.

Wendy se acercó, pero volteó cuando oyó el desagradable sonido de alguien haciendo arcadas. Booth y John estaban de rodillas, haciendo todo lo posible por no vomitar.

Cuando Wendy los alcanzó, los dos se habían puesto pálidos, con la piel helada y viscosa.

Booth se agachó:

—Mi cuerpo... —apuntó hacia adelante—. No sé qué me pasa, pero siento que si camino por esa neblina, moriré.

Volvió a hacer arcadas.

—¡Somos dos! —dijo John débilmente antes de vaciar las tripas. Wendy dio un paso hacia atrás. Quería ayudarlo, pero también sentía náuseas al verlo. John se revolcaba en el suelo agarrándose el abdomen—. Wendy, ¡si paso por ahí me voy a morir! ¡Estoy seguro de ello! ¡Ay, mi estómago!

Booth recostó la cabeza en el suelo y dijo:

—Si me regalas un par de minutos, tal vez pueda levantarme y entrar contigo. Pero hay que esperar a que se nos pase.

Al terminar de decir estas palabras, el cuerpo de Booth comenzó a agarrotarse. Wendy corrió hacia adelante y le rodeó la cintura con los brazos; sin pensarlo más, lo jaló hacia atrás, alejándolo de la puerta. Después de dar unos diez pasos, Booth dejó de agarrotarse de repente. El color le volvió a las mejillas y su respiración se tranquilizó.

—Ya se acabó —dijo con asombro. Llamó a John—. ¡Oye! ¡Ven acá, amigo, acá atrás!

John lo siguió a gatas. Cuando había alcanzado a Wendy y a Booth, levantó la cabeza con asombro: —Estoy bien.

Booth respiraba profundamente con la cara encima de las rodillas.

—Wendy...

—Me voy sola. Hasta aquí hemos llegado —Wendy sacudió el vestido casualmente—. Sé exactamente lo que pasa aquí.

John no soportaba la indignación al pensar que lo podrían dejar atrás.

—Entonces, ¿qué está pasando, precisamente? Además, ¿por qué tú podrías entrar y nosotros no? ¿Solamente porque eres una chica?

—No —Wendy enderezó los hombros y volteó hacia la puerta de neblina gris—.

Puedo entrar porque este lugar es donde vive La Sombra. Y Peter la controla.

—Y Peter te ama —Booth lo dijo despacio y la miró a los ojos. No lo había dicho con emoción, sino como un hecho que daba por sentado—. Él te ama y por eso La Sombra nunca te hará daño.

—Es una buena hipótesis —dijo Wendy secamente—. Sea lo que sea, el caso es que tengo que encontrar a Qaralius. Y si él está allá adentro, no me queda otra opción.

Miró a su hermano y a Booth, quienes la veían con nerviosismo.

—Pero... —tartamudeó John—, pero estarás sola.

Wendy se recogió el cabello.

—Así es. Estaré sola. También estuve sola cuando Peter Pan me dejó caer del cielo. Y

estuve sola cuando vi cómo nuestro hermano casi se ahogó. Estuve sola en un barco de piratas, rodeada de hombres que me miraban como algo que solamente servía para usarse o para arrojarse al mar —Wendy les dio la espalda y miró de frente a la puerta—.

Podrán rezar por mí si quieren. Pero ni se les ocurra pensar que soy

incapaz de hacer lo que tengo que hacer, por el único hecho de estar “sola”.

—Qué valiente —dijo Booth en voz baja—. Bien hecho, Wendy.

Ya no quedaba más que decir. Sin más, Wendy se apartó de los chicos, dejándolos atrás y avanzando hacia el arco de piedra. El muro de neblina se agitaba debajo del arco, ocultando todo lo que había detrás de él. Al llegar a la barrera, Wendy le introdujo una mano con precaución. No sentía otra cosa más que su ligera humedad; era igual a la niebla espesa de Londres. Un extraño hormigueo le invadió la mano y entonces su brazo estaba invisible, ocultado por la neblina. Sentía el mismo cosquilleo que la invadía cuando se sentía observada.

Dirigió una mirada melancólica hacia atrás, viendo a los chicos que la observaban con terrible preocupación. Entonces respiró profundamente y entró en el Jardín Prohibido.

## XIV

Wendy siguió avanzando, deambulando con las manos extendidas hacia adelante, penetrando la neblina excepcional espesa que la cegaba por completo. Lo único que veía eran los espirales grisáceos que ondeaban como la condensación de su aliento cuando hacía frío, como zarcillos de humo. La neblina le dejaba un sabor agrio en la boca, como el de las hierbas amargas. Después de dar unos pasos más, estaba completamente envuelta en la niebla y ya no podía ver a los chicos. Era como si estuvieran en otro mundo.

Mientras caminaba, Wendy sentía que la neblina la oprimía. Brincó cuando sintió una mano invisible en la muñeca. Volteó de repente: no había nadie. Sintió la caricia de un dedo espectral en la clavícula, y luego la sensación de un cuerpo ajeno que se acercaba a sus espaldas. Volteó de nuevo: no había nadie.

Apresuró el paso y caminó con pisadas cuyo ruido desaparecía en el extraño silencio del lugar. La neblina le invadió el escote, las piernas y la cintura. Wendy comenzó a correr, pero se le cortó el aliento: los zarcillos de neblina cobraron la forma de una mano negra y esquelética, con largas garras irregulares, que se extendió hacia su tobillo.

*Deseo*, susurró la cosa oscura. *Deseo*.

Wendy se echó a correr a toda velocidad, moviendo los brazos frente a su cara frenéticamente. Los nubarrones le abrieron paso, pero la neblina luego volvió a amontonarse y cobró la forma de un vórtice que parecía capaz de tragársela entera.

*Allá está.*

Un rayo de luz penetraba la niebla gris frente a ella, volviéndola menos espesa. Wendy corrió hacia la luz con desesperación, mientras las manos espectrales le enredaban los cabellos y le sujetaban la garganta. Un brillo dorado emanaba del suelo frente a ella y Wendy se lanzó hacia adelante, con un último grito de determinación, escapándose del muro de neblina y saliendo a la luz de día. La neblina retrocedió con la forma de largos zarcillos, sin producir sonido alguno, y se desvaneció como el vapor ante el amanecer.

Una pequeña ciudad se presentaba frente a Wendy, quien respiró y dedicó un momento a observar bien su entorno, bizqueando ante el tremendo brillo que emanaba de cada superficie del lugar. Cubrió los ojos con una mano.

Cuando pudo ver bien, se quedó atónita.

Todo lo que la rodeaba, por arriba y por debajo, estaba hecho de oro puro. Los adoquines bajo sus pies eran de oro, al igual que los cimientos de lo que había sido, tiempo atrás, esta gran “ciudad asentada sobre una loma”. Wendy alzó la vista y vio el perfil de los enormes troncos de los árboles que rodeaban las ruinas de la calle principal, la cual se extendía, con una curva sutil, desde el arco de piedra que quedaba en la distancia, apenas visible. Al atravesar la neblina, había llegado más lejos de lo que pensaba.

Frente a Wendy se alzaban las ruinas del Jardín Prohibido, que había sido glorioso en su época. Ahora combinaba las características de una catedral y un mausoleo. Sus salas y ventanas vacías servían como monumento espectral a la vida de otra época. Wendy avanzó por el camino dorado y se dirigió a lo que había sido el centro de la ciudad.

Tarareaba una canción en voz baja mientras caminaba. Anhelaba oír algo, cualquier cosa, en el fúnebre silencio del lugar.

Garfio había dicho una vez que, si pudiera saquear el Jardín Prohibido, ya no tendría que volver a saquear nunca jamás. Ahora Wendy entendía por qué. Todo estaba hecho de oro: el camino, los edificios, los letreros tallados con antiguas runas, hasta los candelabros encorvados que enmarcaban la calle. Se habían construido elegantes salas de reunión en varios puntos altos de los enormes árboles, lejos del suelo. La ciudad no se extendía hacia afuera, sino hacia arriba. Dondequiera que Wendy miraba, las construcciones interactuaban con la naturaleza, como la intimidad de dos bailarines.

De un lado vio un hogar que se había tallado en un hueco de un árbol; del otro lado, un túnel serpenteaba entre enredaderas y flores dorados. Wendy miró hacia arriba y vio torres de vidrio y metal que se erguían hacia el cielo, emergiendo de los troncos de los árboles, adornados con hermosas pinturas doradas. Era una ciudad hecha para una raza de seres voladores.

Una sola cosa afeaba la abrumadora belleza del lugar: la gruesa capa de ceniza que lo cubría por completo.

La ceniza caía de los edificios como copos de nieve, eternamente empolvando las superficies de oro. Wendy pasó una sala de espejos dorados y sintió el tamborileo del corazón al ver su propio reflejo distorsionado en el vidrio manchado. Todo estaba cubierto con la misma sustancia gris. Montones de ceniza se habían acumulado detrás de las puertas abiertas; los hogares sin vida estaban inhóspitos y quietos, con las ventanas llenas de ceniza.

Wendy caminó a paso apresurado, abrazándose a sí misma, y se dio cuenta de que estaba parada en un cementerio. En este caso, los muertos no estaban enterrados, sino conservados arriba de ella.

—Es la ciudad de la muerte —susurró alguien con terrible repugnancia.

Creyó haber oído otro susurro a su derecha y volteó, esperando ver algo horripilante.

Sin embargo, lo único que vio era un espacio recreativo, un parque inocente hecho para los niños de las hadas. Arriba de las capas de hojas muertas, unos pequeños árboles de oro se entrelazaban. Wendy se acercó y vio un edificio sin vida detrás del área... ¿Una escuela, quizá? Caminó entre los árboles con cuidado, viendo por primera vez las pequeñas figuras encorvadas que yacían debajo de ellos.

*No, no, no...*

Wendy extendió una mano temblorosa y le quitó las muchas capas de ceniza de encima, esperando encontrar el esqueleto de un hada. Lo que vio era peor aún: un niño hada, de unos cuatro años de edad, en condición perfecta. Sus labios eran de color rosa oscuro, su rostro de ángulos extraños, y sus mejillas aún conservaban su rubor. Se quedó viendo el rostro del pequeño durante un largo instante, sin poder creer lo que veían sus ojos. Al parecer, las hadas no pasaban por la putrefacción al morir, sino que seguían en la tierra para siempre. Con tristeza Wendy le recorrió el pómulo frío con una mano. Lo vio a los ojos, donde sabía —por su experiencia con Campanita— que normalmente se podría apreciar la luz de las estrellas. En el caso del niño, sus ojos estaban totalmente negros, bien abiertos, con una expresión de terror. Por la posición del cuerpo y cabeza del pequeño, sabía que lo habían torcido hasta desnucarlo.

Wendy luchó por controlar sus emociones. Mordió el labio y trató de cerrarle los ojos al niño hada, pero su piel tenía la textura del mármol y estaba igual de dura e inamovible. Con un grito de frustración, Wendy comenzó a amontonarle cenizas encima del rostro, llorando abiertamente.

—Espero que estés en algún lugar nuevo —le susurró—. Algún lugar mágico, donde puedas crecer y reír.

El rostro del pequeño difunto desapareció debajo de la ceniza. Wendy se levantó y el coraje que le recorrió el cuerpo le causó un hormigueo en los dedos. Estaba muy cansada de ver tantos niños muertos en el país de Nunca Jamás. Muy, muy cansada.

—Peter... —susurró con los dientes apretados—. ¿Cómo pudiste? Eres un monstruo.

Al lado de la banca donde yacía el niño, Wendy vio una pequeña marioneta en una mesa de oro, olvidada para siempre. La levantó. Era una marioneta sencilla, una figura básica y sin rostro que colgaba de un hilo, hecha de una madera negra y dura. Se acordó de las jugueterías de Londres, en cuyas vitrinas docenas de marionetas similares danzaban, adornadas para las fiestas navideñas. Con una sonrisa triste, Wendy colocó la marioneta al lado del pequeño hada muerto. Entonces caminó rumbo al pináculo de la ciudad: una torre brillante hecha de siete piezas de vidrio, cada una de las cuales estaba empolvada de ceniza.

Wendy se sintió observada y dio la vuelta, pero de nuevo vio que no había nadie. “Más rápido”, se susurró a sí misma, pero solamente pudo caminar a paso lerdo. Estaba segura de que, si comenzaba a correr, algo la perseguiría.

Entre más se acercó al centro de la ciudad, más figuras encorvadas aparecieron, los cadáveres de las hadas, cubiertos de ceniza y tirados sobre el suelo. Su pie pasó al lado de una mano extendida, apenas visible entre las cenizas. Un gran pedazo de ala se colgaba de las ramas doradas de un árbol; el sol penetraba su superficie translúcida azul como si fuera vidriera de colores, con un entramado de finísimas venas.

La torre se alzaba frente a Wendy, un enorme árbol con una docena de entradas doradas talladas en sus costados, un edificio que en su época había sido el apogeo de la luz y la belleza.

Wendy no reparó en la hermosura de la estructura porque le urgía encontrar al rey de las hadas de prisa, antes de que este lugar de pesadilla le arrancara el alma. La puerta estaba ligeramente abierta y Wendy entró, tirando un montículo de cenizas con el pie.

Frente a ella, las escaleras curvaban hacia arriba. Probablemente representaban una consideración para los humanos que visitaban la ciudad.

Visitantes como Peter, por ejemplo. El chico que les robó la música; La Sombra, la vida misma.

Wendy trepó hacia arriba, pasando al lado de ventanas que habían sido majestuosas, ahora manchadas de ceniza gris. El espiral de las escaleras siguió hacia arriba y Wendy estaba quedando sin aliento, cuando por fin llegó a la cumbre, donde se hallaba el salón del trono.

Se detuvo para tomar aire, antes de entrar a una amplia plataforma



hexagonal, adornada con un trono vacío fabricado de fibras de vidrio.

—¿Hola? —reinaba un silencio fúnebre en el lugar. Wendy avanzó más, adentrándose en la habitación—. ¿Hola? Mi nombre es Wendy Darling.

Nada. “Qué tonta soy”, susurró para sí misma. “¿Por qué pensé que podría llegar y encontrarlo tan fácilmente? ¿Por qué tuve que confiar en lo que me dijo Campanita?”.

*Tal vez todo era una trampa compleja para hacer que entrara a este lugar, donde Peter me podría cazar fácilmente. Peter o algo peor que él. .*

Wendy caminó por el perímetro de la sala. El dobladillo de su vestido barrió las detalladas huellas en el suelo. De repente algo rechinó y Wendy se dio la vuelta, fijó la vista en la puerta y colocó una mano sobre su daga. No vio nada por la oscura entrada de la sala. Dio un paso hacia atrás; entonces el piso de madera comenzó a desplazarse debajo de sus pies. Wendy se movió a un lado, inquieta, y cuando el piso volvió a ondearse, cayó de rodillas, luchando por no tirarse al suelo. “¿Qué sucede aquí?”, susurró cuando la madera del piso comenzó a dar vueltas. Las tablas se desarticularon, cobraron la forma de un remolino, curvándose hacia abajo, y el piso se movió hacia atrás rumbo a la pared. Debajo de las tablas, una cosa enorme se erguía de entre las tinieblas debajo de la sala. ¿Será *La Sombra*? Wendy se tiró al piso y repitió una sola frase, al ritmo acelerado de su corazón: *Esto fue un error. Esto fue un error.* Lo que se elevó del piso era algo tan inesperado, tan diferente del horror que se había imaginado, que Wendy soltó una carcajada demente.

Era una enorme bellota de plata. Tenía el tamaño de una pequeña casa; emergió de la base de la torre dando vueltas, y se presentó en medio de la sala. Wendy permanecía sentada de espaldas a la pared. Las tablas del piso se acomodaron de nuevo cuando la bellota se detuvo frente a ella. Se puso de pie con la boca bien abierta, hechizada por el tamaño y la textura del objeto.

Con movimientos lentos e inseguros, Wendy colocó una mano delicadamente sobre la superficie de la bellota. Se sentía fresca. Estaba acariciando el metal cuando la bellota se estremeció y comenzó a girar de nuevo, muy lentamente. La capa sembrada comenzó a girarse hacia afuera como una tapadera. Se abrió y la bellota se hundió hasta que su tapa estaba al nivel de los pies de Wendy. Dejó de moverse con un gruñido y se acomodó justo debajo del lugar donde ella estaba. La chica se acercó y se asomó para mirar hacia adentro.

Lo que vio la sorprendió. Primero suspiró con asombro, luego se incorporó de prisa y se hincó.

—Rey Qaralius, vuestra majestad. Mi nombre es Wendy Darling. He venido porque necesito vuestra ayuda.

## XV

Cuando el rey Qaralius habló finalmente, su voz grave era tan seca como un arroyo sin agua.

—Te ves sorprendida. ¿Acaso no soy lo que esperabas ver, niña humana?

Wendy quería ocultar su asombro.

—No especulé nada, mi gran y majestuoso rey.

—Hazme un favor, niña: no me des halagos. No soy como las sirenas, que los anhelan y los acumulan como tesoros. Tus lindas palabras no harán otra cosa más que lastimarme. Estás conmocionada, ¿verdad?

Wendy sonrió.

—Tal vez sí estoy un poco sorprendida.

Los ojos del rey de las hadas se cerraron con vergüenza.

—Solamente una vez en mi vida me he sentido sorprendido. Y aquella vez fue mucho más que suficiente.

Wendy trató de no detener la vista en él, pero resultó imposible. El que había sido el majestuoso rey de las hadas ahora yacía en una suave cama de terciopelo dorado, tapado con una cobija de piel hasta el pecho marchito. Se veía dolorosamente envejecido, de un cuerpo enclenque, de piel delgada que se pegaba a los huesos, con muchas manchas cutáneas. Wendy pudo ver el perfil de cada costilla en su pecho cóncavo. Cuando el rey giró con lentitud, sus huesos tronaban con cada movimiento y su rostro reflejaba el dolor absoluto. Wendy tragó saliva y sintió decepción, recordando la imagen tallada de Qaralius en la puerta de la cámara de Garfio: un ser sobrenatural, hermoso y fuerte. Aquí estaba el mismo rey de las hadas, apenas un espectro de lo que había sido.

Wendy señaló el piso a la orilla de la bellota.

—¿Le importa si me siento? Estoy bastante cansada.

Qaralius parpadeó lentamente, como un niño cuando despierta de la siesta.

—Sí, sí te puedes sentar, niña humana.

Wendy bajó al interior de la bellota, y decidió llegar al grano. Andar con rodeos no tenía sentido.

—He venido en busca de respuestas, rey Qaralius.

—Por supuesto que sí. Existen solamente dos motivos por atreverse a entrar al Jardín Prohibido: o buscas tesoros o buscas respuestas. Y bueno, no

tienes aspecto de buscatesoros. Mejor, pues ellos son los que nunca salen de aquí con vida... —su voz se fue apagando y una sonrisa triste apareció en su rostro—. De todas maneras, lamento decirte que te irás de aquí insatisfecha, sea lo que sea tu motivo.

Wendy lo observó y su corazón se llenó de lástima. *Qué glorioso ha de haber sido mucho tiempo atrás. Tan bello, con su cabello dorado y sus ojos llenos de estrellas.* Se sentía protegida en la presencia del rey, curiosamente tranquila, aunque era el ser más envejecido que había visto en todo Nunca Jamás.

—¿Por qué vuestra majestad se encuentra aquí, dentro de este extraño artilugio?

Ante sus palabras, el rey se estremeció y volteó para verla de frente, aunque moverse parecía costarle mucho.

Se acercó a Wendy y agarró el borde de la plataforma; sus alas se desdoblaron hacia la espalda. Eran enormes pero rotas, con largos hoyos que penetraban el oro transluciente. La parte superior de un ala había sido completamente arrancada. Largas cicatrices irregulares cubrían el centro del ala y llegaban hasta su cuerpo. Wendy se llenó de lástima. La Sombra había lacerado al rey de las hadas de pies a cabeza. Qaralius la miró desde abajo antes de que aquella pudiera quitarse la expresión de lástima de la cara. Se torció el labio del hada.

—Estoy seguro de que las alas son un espectáculo horripilante. La mayoría de los días ni siquiera las desenvuelvo. A veces, por las noches, cuando dejo el techo abierto, recuerdo lo que sentía al volar entre las estrellas.

La boca de Wendy se torció con confusión.

—Entonces, ¿por qué no lo hace? ¿Por qué no sale a volar?

Qaralius movió la cabeza y su rostro retrocedió con terror.

—Porque sé que *ella* anda allá afuera. Si ella sabe que estoy libre, volverá para terminar lo que comenzó. Este es el único lugar donde estoy a salvo. Aquí dentro de este caparazón, en mi ciudad.

—Pero ¿qué vida es esta? Dormir aquí en esta bellota durante casi cien años.

El hada despejó la garganta.

—Cada día me despierto y deseo la muerte; anhele la dulce libertad que vendrá con ella. Sin embargo, en este momento el único ser que podría darme muerte es un monstruo, y no puedo... No lo haré...

Había comenzado a tartamudear, perdiéndose entre sus memorias. Wendy bajó su delicada mano para tomar la del rey; notó, con sorpresa, que su piel se sentía como el pergamino. Wendy le apretó la mano.

—Vuestra majestad tiene miedo.

Habló con un tono tranquilo, esperando lograr que bajara la guardia. El hada frunció el ceño.

—Si hubieras visto lo que he visto yo, tú también tendrías miedo. Aquel día fue lo más oscuro que he presenciado.

Wendy dobló las piernas y se sentó sobre ellas.

—Este mundo entero es un lugar oscuro.

El rey de las hadas asintió con la cabeza y se recostó contra la pared interior de su bellota.

—No siempre era así, niña. Hace mucho tiempo, Nunca Jamás era un palacio de placeres celestiales, un lugar fabricado por las hadas y dedicado a la felicidad y la adoración. Mis ancestros lejanos forjaron un lugar inconmensurablemente hermoso; infundieron magia en cada hierba de la tierra y cada grano de sal en el mar. Mis antepasados eran seres felices, pero avaros. Con fuerza desmedida, construyeron más y más monumentos para ellos mismos. Arrancaron el oro de la tierra para construir esta absurda ciudad —se detuvo para respirar; hasta el acto de hablar le había agotado las fuerzas—. Entonces otras razas de seres descubrieron este lugar: primero las sirenas, luego los indios pilvinuvo y finalmente... el ser humano. Durante un tiempo, logramos coexistir en paz. Sin embargo, cuando los hombres llegaron a esta tierra, la infectaron con sus muchos pecados, y nuestro mundo se llenó de tinieblas. Y un chico muy astuto se aseguró de que así fuera.

—Peter Pan.

Todo el país de Nunca Jamás se había sintonizado con ese nombre, como se afina un instrumento delicado, con un tono musical que es hermoso y destructivo a la vez. La tristeza en el rostro de Qaralius pronto se convirtió en rabia.

—Sí. Ese niño grosero y malcriado. Lo conocí solamente una vez, y aunque los demás estaban encantados con él, yo me mantuve escéptico. Algo milenario dentro de mí me dijo que no podía confiar en él, que era un ser peligroso. Lo corrí de mi palacio, recordándole que yo era el Rey de las Hadas y él era un simple mortal. Creía que los humanos no merecían la consideración de un hada —se detuvo y miró a Wendy con los ojos húmedos y

enrojecidos—. Cada día me pregunto qué habría pasado si le hubiera prestado más atención. Tal vez mis consejos, mi apadrinamiento, le hubieran cambiado el destino. Si hubiera sido más gentil con él, ¿estarían mis súbditos vivos conmigo hasta el día de hoy? ¿Estaríamos viendo a nuestros niños jugar, todos juntos?

Wendy se acordó del niño hada muerto, enterrado para siempre entre las cenizas, y sintió una terrible aflicción por el ser tan lastimero.

—Entonces, ¿vuestra penitencia es esto? ¿Quedarse en esta... tumba por toda la eternidad? ¿Vivir en su propio círculo del infierno?

La voz del hada se cambió por varias octavas, poniéndose más aguda.

—Esta “tumba”, como tú la llamas, es el único lugar donde estaré a salvo de La Sombra.

Wendy lo miró durante un largo rato.

—Hay todo un mundo allá afuera que lo necesita. He venido porque pretendemos derrotar a Peter y a La Sombra. Se puede detener su maldad; es necesario detenerla. Y

vuestra merced nos puede ayudar.

Qaralius se alejó de Wendy y comenzó a frotarse las manos.

—No, querida. Lo único que lograrás es garantizar tu propia muerte y la de todos tus seres más queridos —su voz se rompió; miró a Wendy con los ojos bien abiertos—.

Me refiero a un horror que no puedes ni concebir. Imagínate: sales de tu casa y ves a tu pueblo así, todos desmembrados y desgarrados, ves los cuerpos de los niños torcidos y destrozados por un ser más horripilante que tus peores pesadillas. No tuvimos ningún aviso, ninguna amenaza ni demanda. Las hadas reinábamos sobre esta tierra durante siglos y en un solo día fuimos aniquiladas —su rostro se puso pálido al recordarlo—.

No hay forma de derrotarla. La he visto. La he enfrentado. La he combatido. No pude salvar a mi pueblo, y tú tampoco podrás salvar al tuyo.

Wendy comenzó a enojarse.

—Sí podemos, si la arrancamos de Peter Pan. Entonces podremos destruirla —se detuvo y se inclinó hacia adelante, fijando la vista en los ojos de Qaralius, los cuales brillaban con la luz de muchas estrellas moribundas—. Si descubrimos la canción que la sacará de Peter, entonces podremos lograrlo.

—La canción... —el rey soltó una risa seca y todo su cuerpo se estremeció por el esfuerzo, sus músculos atrofiados contrayéndose

repetidamente.

—Sí, la canción que invoca a La Sombra. Me habían dicho que vuestra majestad la conoce.

—¿Que yo la conozco? —desapareció la sonrisa del rey—. ¿Qué vas a saber tú, simple mortal, sobre la canción? ¿Cómo podría tu diminuto cerebro entender los misterios de semejante invocación? ¿Acaso serías capaz de discernir la fuerza con la que las estrellas te invitan a dejar tu alma y abrazarlas?

Wendy golpeó el borde de la bellota con una mano, con más fuerza de lo que había planeado.

—Ya sé que las sirenas lo traicionaron. Pero vuestra majestad tiene más en común con ellas de lo que quiere reconocer. Claro, Peter fue el que invocó a La Sombra...

pero las sirenas y ustedes sufrieron la misma derrota: el orgullo fue lo que precedió a su caída.

El rey parpadeó.

—¿Por qué me hablas de esa manera?

El coraje se apoderó de Wendy.

—Yo no soy nadie. Solamente soy una chica de Londres. Pero soy una de las pocas personas que están tratando de salvar vuestro mundo y las miles de vidas de Nunca Jamás; mientras tanto, vuestra merced duerme aquí, pensando en todo lo que lamenta.

El hada se estremeció y se alejó de ella. Wendy le dijo, casi gruñendo: —Vuestra merced conoce la canción. Estoy segura de que la conoce.

—Jamás volveré a invocarla. A La Sombra. No puedo —habló con voz temblorosa—.

La última vez que la invocaron cometió actos de violencia tan brutales que abrió un agujero en el cielo —Wendy cerró los ojos con tanta desesperación que sentía un agujero en su propio corazón. *No me quiere compartir la canción. No es de extrañarse. ¿Si algo se hubiera llevado a todos mis seres queridos, acaso me atrevería a invocarla de nuevo?*

*No.*

Wendy estaba dispuesta a hacer todo por su familia. Haría lo que fuera necesario. De su blusa sacó la jeringa dorada de Peter. El rey se alejó de ella y se enroscó.

—¿Qué haces?

Wendy se encogió de hombros.

—A lo mejor me equivoco; a lo mejor toco la canción incorrecta. Pero no pierdo nada con intentarlo, ¿verdad? Igual y soy capaz de improvisar una pequeña melodía.

Seguramente a La Sombra le encanta la música... Y esta siringa le pertenece a Peter, entonces me imagino que La Sombra le hará caso, sin importar cuál sea la canción — apretó los labios de la misma manera en que Peter había hecho tantas veces—. Creo que comenzaré con *do*.

Qaralius arremetió contra ella de golpe, superando la debilidad de su propio cuerpo, cruzando velozmente el espacio dentro de la bellota. El calor blanco de su magia produjo una explosión de calor frente al rostro de Wendy, los dos se vieron a los ojos y, por un momento, Wendy pudo ver el verdadero aspecto del hada: era un ser joven, atractivo e inimaginablemente poderoso. Otro segundo después volvió a ser un anciano y la miró con ojos de súplica desesperada.

— ¡No lo hagas! Vive aquí en esta ciudad. Merodea en los lugares oscuros donde acabó con tantas vidas. Aunque no esté completamente libre para hacer lo que le apetezca, aun así es posible despertarla. ¡Guarda esa cosa!

Wendy alzó la siringa a sus labios. No quería causarle más dolor a aquel ser tan lastimero, pero no veía otra manera de lograr su objetivo.

—Bueno, ¡dígame cómo es la canción y me detengo!

El hada la miró con desesperación.

—La palabra de un hada es la ley. Jamás volveré a pronunciarla —se detuvo—, pero tal vez exista otra opción.

Wendy se quedó con la siringa en los labios, observando a Qaralius por encima del instrumento de oro, viendo cómo la luz del sol penetraba sus alas andrajosas. Se quedó viéndolo, sin romper el silencio y sin rogarle. Por fin el rey cayó de rodillas.

—Mató a mi esposa. Le arrancó las alas antes de destrozar su cuerpo entre sus crueles manos. Nos miramos a los ojos en el momento en que la vida se le escapó; pude sentir cómo su latido se desaceleró, tan conectados estaban nuestros cuerpos. Luché, sin éxito, por salvar la vida de nuestros hijos. En ese momento, mientras se despabilaban las últimas vidas de nuestro pueblo, mientras nuestros guerreros se caían de los árboles como hojas secas, mi amada abrió la boca y cantó. Ofreció algo que yo no pude: la esperanza.

Wendy sujetó la siringa:



—¿Cómo lo hizo? —preguntó jadeante—. Cuénteme ya.

—Compuso la canción y la fundió con algo que jamás desaparecería, algo que pasaría por las manos de centenares de personas cada día, para que muchos tuvieran la capacidad de vencer ese terrible mal.

Wendy se detuvo por un momento.

—¿La anotó en un libro? —preguntó. El hada agitó la cabeza.

—No, en algo más duradero. Algo que la gente desea por encima de todas las cosas.

Wendy se incorporó, y recordó una escena detallada: *Estoy en la sala de batalla de Peter, un cuarto lleno hasta el tope con baúles de tesoros. Soy apenas una niña que se ha enamorado del chico volador. Tomo una pesada moneda de oro.*

*Siento cómo me calienta la mano. Una cara de la moneda tiene una pequeña calavera con alas extendidas, cubierta con una gran X. La otra cara está adornada con una serie de líneas espirales, intercaladas con pequeños puntos. Peter llega a mis espaldas; siento su presencia como el fuego sobre la piel. Peter me pega en la mano desde abajo y la moneda sale volando; él la alcanza.*

Wendy suspira:

*Así me dijo Peter en el sueño: “Como tú me quitaste algo a mí, yo te quité algo a ti”.*

Todo le giraba alrededor. Wendy amaga con irse. Qaralius le alcanza el brazo para sujetarla. Se miraron a los ojos, y entonces Wendy entendió todo. La reina de las hadas había entonado una canción de esperanza para proteger el futuro de Nunca Jamás, una plegaria susurrada que se grabó en algo que ni el mismo Peter Pan pudiera desaparecer, por más que lo intentara. Se grabó con la forma de muchas pequeñas calaveras...

Enfiladas como notas musicales.

La canción que invoca a La Sombra estaba grabada en el dinero de las hadas. Y Wendy conocía a un pirata que probablemente tenía algunas de estas monedas.

Una gran sonrisa se dibujó sobre su rostro. Se rio en voz alta al sentir tanta esperanza: existía la posibilidad de que salieran invictos. Ya no era un extraño y vago sueño; ahora la esperanza tenía un fundamento concreto. Wendy brincó y se golpeó con la bellota.

Qaralius dio un paso hacia atrás con inquietud, pero ya era tarde: Wendy lo

había abrazado con intensidad. El rey se congeló por un momento, pero luego su cuerpo se aflojó con alivio entre sus brazos. ¿Cuánto tiempo había pasado sin que lo abrazaran?

—Gracias —suspiró Wendy, sintiendo el calor blanco del hada que rodeó a los dos—. Gracias —se apartó de él—. Volveré por vuestra merced cuando hayamos derrotado a La Sombra. Ya no tendrá nada que temer.

Los ojos del hada se llenaron de tristeza.

—Ya no hay lugar para mí allá fuera. Soy el último ser de mi pueblo. Nunca Jamás no volverá a ser mi hogar, jamás.

Wendy lo miró y tiernamente le acercó el rostro con las manos hasta verlo de cerca.

Había decidido compartirle un secreto:

—No, vuestra merced no es el último.

—Qué... ¿A qué te refieres? —el polvo dorado comenzaba a desprenderse de sus alas, envolviendo a los dos como un vórtice feroz. El rey la sacudió con fuerza—.

¡Habla, niña!

Wendy sonrió, contenta de que por fin pudo compartir una buena noticia con alguien.

—Aún queda un hada. Era apenas una niña cuando llegó La Sombra. Peter le perdonó la vida, y ella sigue con él en la Isla de Pan. Ella lo... lo ama.

Wendy se detuvo cuando vio las lágrimas que llenaron los ojos del rey Qaralius.

—No. No puede ser. ¡Soy el último! Si existiera otra, lo hubiera sabido...

Su voz se desvaneció, divagando en sus pensamientos. Wendy le quitó las manos de encima y caminó hacia un costado de la bellota.

—A lo mejor ha pasado demasiado tiempo aquí escondido.

Wendy salió de la bellota y brincó a la plataforma, la cual ya comenzaba a dar vueltas, tragándose a la bellota poco a poco. Qaralius se quedó parado en silencio, anonadado por la noticia.

—No puede ser.

Wendy le devolvió la mirada:

—Venga conmigo y véala con vuestros propios ojos. Se lo ruego. Juntos podemos vencer a La Sombra.

Los ojos del rey de las hadas la observaron con suspicacia.

—Es una trampa, una maña para hacer que salga. Me quieren usar como

carnada para atraer a La Sombra.

Wendy negó con la cabeza:

—No —pausó—. Si puedo hablar con vuestra merced con mucha franqueza, he sentido mucho miedo en prácticamente cada momento que he estado en Nunca Jamás.

He visto y experimentado cosas horribles. Tengo incontables razones para acostarme, hacerme bolita, y esperar a que todo se me pase. Pero aún me queda una muy buena razón para permanecer de pie.

El hada le alzó la vista y Wendy pudo ver, con la tenue luz, la marca donde una corona pesada había estado.

—Y esa razón, ¿cuál es?

—He aprendido que al peligro no le importa si uno está acostado o parado: de todas maneras, el peligro llegará...

Wendy apartó la vista mientras la tapa de la bellota se cerraba, ocultando el rostro del rey de las hadas y conservándolo dentro de su fortaleza. Entonces concluyó su comentario, a susurros: —Pero cuando el peligro venga por mí, prefiero estar de pie.

-----

El Jardín Prohibido estaba quieto cuando Wendy salió de la torre dorada. Demasiado quieto. Era como si todo el sonido del mundo se hubiera desvanecido; la respiración de Wendy interrumpió el silencio como un terrible tambor. Algo estaba mal. Dio un paso hacia adelante y pateó una cosa pequeña y dura. Un grito horrorizado nació en su garganta y se tuvo que tapar la boca para suprimirlo.

La marioneta que había colocado al lado del niño muerto ahora estaba sentada en el suelo frente a ella, con la cabeza inclinada hacia el lado. Observándola. Alguien había movido la marioneta.

La Sombra. La Sombra estaba jugando con ella.

Se fue corriendo de la torre a toda velocidad, con la mente perturbada, sin poder entender lo que sucedía. El horror le invadió el corazón mientras Booth y John le gritaban el nombre, con voces enmudecidas, como si estuvieran bajo el agua. En la distancia, la neblina gris que antes se mantenía dentro del arco de piedra ahora se escurría hacia ella, avanzando en forma de unas manos de humo negro, como garras.

Las manos se movieron velozmente; cada una se aferraba a la tierra antes de disolverse y dejar que otras la reemplazaran. Wendy buscó otra salida, del lado de la selva, pero la ciudad de las hadas estaba cercada con murallas de oro. Corrió, maldiciendo a las hadas por su avaricia. Volteó la cabeza para mirar hacia atrás y vio que la pequeña marioneta se alzaba en el aire, volteando la cabeza hacia ella.

El muro de neblina se alzó delante de Wendy, pero como la única manera de escapar era penetrándola, respiró profundo y se sumergió en la neblina. Por todos lados los zarcillos de la niebla agobiante cobraron diversas formas: la de las hadas masacradas y la de los Niños Perdidos con sus armas. Finalmente apareció la silueta de Peter, con las manos sobre las caderas en un gesto altanero.

Wendy extendió las manos y caminó a través de él, convirtiéndolo en un torbellino de niebla. Al atravesarlo, sintió el sabor de Peter, su piel salada, el sabor a la aventura.

Aparecieron unas manos hechas de humo que la quisieron rasguñar y una cuerda gruesa de neblina le rodeó el abdomen como un pitón. Wendy se dio la vuelta, sin saber hacia dónde iba. *¿El portal queda por acá?* Dio unos pasos hacia atrás, luego hacia adelante. *¿Hacia dónde voy?* La niebla detectó su titubeo y se lanzó contra ella, la consumió por completo hasta que ya no pudo ver ni respirar. Wendy pronunció un grito enmudecido y cayó de rodillas. La niebla gris se puso más oscura, pasando a un tono negro. Unos zarcillos de aspecto siniestro se desprendían de la tierra mojada.

Wendy se acostó de espaldas y sintió cómo la oscuridad se acumulaba sobre su pecho, como una serie de piedras pesadas, oprimiéndola y exprimiéndole toda luz interior.

Pudo ver las negras garras que se arrastraron por su abdomen, tratando de alcanzar su corazón. *¿Esto es lo que le pasó a Peter cuando invocó a La Sombra?*

Oyó un grito y sintió algo pesado que la comenzó a empujar... no, no la empujaba, más bien la jalaba. Una mano —una mano física— la jalaba hacia adelante. Oyó el terrible sonido de alguien haciendo arcadas. Wendy luchó por respirar; su cabeza daba vueltas. De repente reconoció las manos que la rescataban: recordó cómo se habían deslizado por los libreros, deteniéndose antes de retirar un libro de prisa y hojear las páginas de prosa.

Era un par de manos que conocía a fondo.

—Booth... —susurró. Entonces todo se puso oscuro, más negro que la noche, más oscuro que una sombra.

## XVI

Algo duro le golpeaba la cara. Wendy despertó de súbito y vio, sobre ella, el rostro pálido de John.

—¡Ay! —dijo Wendy, jadeante—. John, ¡deja de darme cachetadas!

John miró sobre el hombro y habló con voz seca.

—Ya despertó.

Booth llegó y se agachó.

—Wendy, ¿te encuentras bien?

La suavidad de su voz le provocó ganas de llorar.

—Sí. Digo, no... No lo sé.

Wendy trataba de recordar lo que había pasado en el jardín. El jardín. La bellota.

Qaralius. Se incorporó de prisa y sintió que el mundo daba vueltas. Booth le agarró el brazo y le habló con seriedad.

—Acuéstate, Wendy. Aún no te has recuperado. Insisto.

Wendy se tambaleó por un momento antes de rendirse y acostarse sobre la tierra.

—El dinero de las hadas —susurró.

Ambos chicos la miraban como si estuviera loca. Tal vez sí lo estaba, parcialmente.

Respiró hondo y les contó todo lo que el rey de las hadas le acababa de explicar. John frunció el ceño.

—Y ahora ¿qué sigue? —preguntó.

—Tenemos que ir por Garfio. Tan pronto como sea posible. Ahora mismo.

Booth se rio un poco, pero se calló cuando vio su cara de amonestación.

—Perdóname, Wendy, es que... Pues mira a tu alrededor.

Wendy vio que se acercaba el crepúsculo; casi era de noche.

— ¿Cuánto tiempo estuve dormida? —tartamudeó. John bufó.

—Tuve suficiente tiempo para contarle a Booth todas las cosas malas que has hecho en tu vida. Ahora ha decidido cortar contigo.

Wendy sonrió.

—¿Es cierto, señor Whitfield?

Booth se encogió de hombros.

—Pues sí, lo lamento. Pero bueno, me dicen que en el Puerto Duette hay

muy buenos burdeles, entonces creo que estaré bien. Me imagino que les encantará conocer a un hombre que pueda declamar poesía.

Wendy se rio. La risa sonó como una campanada en el pecho, penetrando las tinieblas.

—¡Prepárense, rameras! ¡Átense los machos, que ahí les va el famoso Booth Whitfield! —Wendy hizo una mirada sarcástica y John gruñó.

—No, pero en serio, Wendy, sería imposible irnos a cualquier lado esta noche.

Podemos salir mañana por la mañana, cuando estemos frescos. Y ¿cómo piensas encontrar a tu querido capitán pirata?

Wendy se mordió el labio. Le supo a sangre.

—Creo que si bajamos al Puerto Duette, él nos encontrará a nosotros. Por lo menos podremos averiguar cuándo será la próxima vez en que atracará.

Wendy extrañó a Oxley terriblemente. Si estuviera vivo todavía, podría ayudarles a pasarle un mensaje a Garfio de inmediato. Se quedó pensando en su sonrisa tierna y optimista, y sintió un gran peso en el pecho. Colocó una mano sobre el corazón, como si pretendiera detener una hemorragia.

—Está bien. Podemos descansar aquí esta noche y, por la mañana temprano, trataremos de encontrar a Garfio —suspiró—. ¡Lo que no daría por dormir en una cama!

Booth le acomodó unos cabellos.

—Y comer bien —completó Booth.

—Y beber algo caliente —siguió Wendy.

—Y tener un libro, y sentarse en un cojín.

Mientras hablaban, Wendy notó que John comenzó a agitarse, mostrándose inquieto como lo hacía cada vez que estaba castigado.

—¿Qué te pasa, John?

Éste parpadeó.

—Nada.

—No me mientas, John Darling.

Se meció sobre los talones.

—Wendy, el capitán James Garfio tiene buenas razones para matarme.

Booth volteó hacia John con sorpresa.

—¿Cuáles son sus razones, amigo?

John detuvo la mirada en Wendy durante un largo rato, viéndola con seriedad.

—Porque maté a alguien —susurró—. Al pirata ciego del nido de cuervos. Cuando rescaté a Wendy. Le tiré un balazo y luego lo aventé a la cubierta, siguiendo las instrucciones de Peter.

Su confesión flotó en el aire como la neblina.

—Ay, John —Wendy miró a su hermano con angustia; era demasiado joven para cargar este peso encima—. Había esperado que no fueras tú el culpable.

*Lo esperé tanto, John, con todo el corazón.*

—Pero sí fui yo —le escupió John—. Yo lo maté. Pero fue Peter el que...

Booth alzó una ceja:

—¿Cuánto tiempo seguirás usando el mismo pretexto, John? Tus acciones fueron en complicidad...

—¡YA SÉ QUE LO HICE YO! —gritó John con la cara torcida. Aventó su bolsa al suelo—.

Ya lo sé, ¿entienden? Lo pienso cada minuto de cada día. No necesito más condenas.

Nunca seré como tú, Wendy. Nunca seré *simplemente bueno*.

Wendy lo miró con la cara petrificada.

—Sé que todos me juzgan —prosiguió John—. Tú y Booth, ¡incluso Michael! “Ahí está John, el malo” —su mirada se puso fría y habló en un tono seco—. Y supongo que sí lo soy. Otro patético ejemplo de una “profecía autocumplida”. Pero ahora soy peor; ya no seré capaz de volver a dormir bien. Peter me prometió que el remordimiento de matar a alguien se me iba a quitar fácilmente... Pero no fue así.

Wendy esperó por un largo rato antes de hablarle suavemente. Quería tranquilizar a su hermano, convencerlo de que no era así, pero no podía mentirle. Optó por hablarle con frases cortas y directas: —Hablaré con Garfio en tu defensa, John. El capitán entiende que eres mi hermano, y que no te podrán hacer daño.

John parecía querer discutir con ella, pero optó por simplemente encogerse de hombros, con cierta indiferencia, sin mostrar ninguna emoción.

Las horas pasaron velozmente. Cayó la noche y los tres se acomodaron en el suelo para descansar, cada quien perdiéndose en sus propios pensamientos.

—Podría estar en mi propia hamaca ahora —murmuró John con enfado, mientras golpeaba las hojas que le servían de colchón—, con el estómago lleno. Estaría meciéndome a gusto hasta quedarme dormido.

—Sí, y estarías bajo el control de un psicópata —agregó Booth con un



tono similar —. Estarías del lado equivocado de la historia. Serías el prisionero de un dictador maniático, alguien que te ha hipnotizado con una mezcla de idealismo ilusorio y miedo.

—Tal vez —John se dio la vuelta y bufó—, pero la cama sí era bastante cómoda.

Wendy juntó unas hojas para formar una pequeña colchoneta, y una gota de sudor le recorrió la frente. Alzó la mano para limpiárselo y sintió asco al ver las manchas de mugre en su mano. Se incorporó, sorprendida por la gran repugnancia que le había ocasionado. Se sentía absurda. Solamente era un poco de mugre, ¿verdad? La frotó con los dedos y desapareció el color café, dejando una mancha gris. Pero no, era ceniza.

Wendy reprimió las ganas de vomitar. Anhelaba quitársela de la piel, el recuerdo de aquel maldito lugar.

—¿Estás bien? —Booth fue y se acomodó a su lado. Sus rodillas hicieron contacto con las de Wendy—. Tenemos un poco de tiempo para hablar. ¿Sabes?, no será nada fácil quedarnos dormidos aquí, después de todo lo que has visto el día de hoy. Después de lo que le pasó a John...

Lo interrumpió un fuerte ronquido de John. Wendy y Booth lo vieron por encima de los hombros. John estaba profundamente dormido, su pecho se movía visiblemente con cada respiración.

—Bueno —dijo Booth—, *dicen* que no hay paz para los malvados...

Wendy observó a su hermano y sonrió. Una expresión pacífica se había adueñado de su rostro, como si por fin tuviera la conciencia limpia. *John merece descansar*. La mayoría del tiempo, Wendy pensaba que merecía una buena bofetada, pero en ese momento merecía descansar. Caminó hacia su hermano con cuidado, le quitó los lentes, y los colocó al lado de su brazo, antes de mover un bucle de cabello castaño de su frente.

Booth la observó en silencio hasta que regresó a su lado.

—Eres demasiado buena, ¿sabes? Él no te merece.

Wendy asintió con la cabeza.

—Sí, tal vez. Pero sigue siendo un Darling.

Booth le extendió la mano y Wendy la tomó. De repente ésta la soltó y se alejó de él.

—¿He hecho algo? —preguntó Booth.

—No, para nada. Es que me siento tan asquerosa en este momento. Los dos estamos...

—¿Absolutamente putrefactos? ¿Que nos vemos más mugrosos que los peores especímenes de los recónditos callejones de Londres?

—Iba a decir que estamos *sucios*, simplemente. Pero bueno, también se podría decir de esa manera.

Wendy se rio. Había olvidado la forma en que Booth la hacía reír. El chico era como un espejo que reflejaba únicamente lo bueno de ella.

—¿Sí sabes que hay un arroyo detrás de esos árboles, verdad?

Wendy se puso de pie de un salto.

—¿Qué? ¿Dónde está?

Booth le señaló un lugar con la cabeza.

—¿Ves allá, donde aquellos árboles forman una Y? ¿Debajo de las hojas enormes?

Hay un pequeño arroyo allá. Lo vi cuando salí a buscar frutas.

—¿Y no me dijiste nada hasta ahora? ¿Cómo se te olvidó comentármelo?

Booth la miró extrañado.

—¿Cómo? No sé... Tal vez porque no estoy acostumbrado a bañarme en los arroyos —se encogió de hombros y sonrió—. Wendy, tú me conoces: lo que yo buscaba era *comida*.

Booth desapareció a sus espaldas para darle su privacidad. Wendy empujó las pesadas hojas azules sobre su cabeza. La luna iluminaba las muchas pequeñas flores blancas que crecían entre ellas. Más allá del dosel de hojas, vio precisamente lo que Booth había descrito: un pequeño arroyo, de apenas metro y medio, con agua que, al parecer, le llegaría a la cintura. Metió un pie al agua y suspiró con deleite al sentir su temperatura refrescante, mas no helada. Estaba perfecta.

Con un movimiento brusco, Wendy dejó que su vestido cayera al suelo, seguido por su ropa interior. Se quitó el encaje pegajoso y la seda de las piernas. Con un suspiro de placer se metió al agua. Efectivamente le llegó a la cintura. Dobló las rodillas y metió la cabeza entera al agua, sintiendo cómo su cabello se movía lentamente con la corriente.

Había crecido tanto desde que salió de Londres... Cuando se levantó y respiró profundo, se sentía entera, refrescada y completamente limpia.

Se talló el cuerpo con las manos, quitándose varias capas de mugre y frotando cada centímetro de su piel. Sentía tantas ganas de limpiarse que se rascó con las uñas. Volvió a meterse al agua por completo, disfrutando la quietud, la repentina ausencia de sonidos que existía bajo la superficie. Era un

lugar donde lo único que existía era ella. Se sentó bajo el agua hasta que el dolor de sus pulmones la obligó a salir de nuevo. Se acostó de espaldas y flotó, dejando que el aire le besara el pecho desnudo, observando las estrellas de Nunca Jamás, las cuales brillaban mil veces más fuerte que en Londres.

Wendy ya no era la misma chica que había bajado de las estrellas con Peter Pan tanto tiempo atrás, la chica que obedecía todo lo que decían sus padres y se apegaba a sus estrictas convenciones sociales.

Ahora era un ser libre y desinhibido. Sin embargo, no había dejado de ser la chica buena que era antes. Sentía que las estrellas le susurraban y Wendy volteó para escucharlas, sonriendo cuando entendió su mensaje: ella podía ser libre y desinhibida, educada y propia, todo al mismo tiempo. Encontró el fondo del arroyo con los pies y se paró. Recogió el cabello y sintió cómo las gotas de agua le recorrieron el pecho.

—Booth...

Dijo el nombre con una intensidad que reflejaba sus ganas de él. Cuando Booth llegó, su paso apresurado reveló que él también la deseaba. El chico se detuvo en la orilla sin decir nada. Suspiró profundamente al verla desnuda en el agua.

—Wendy...

Su voz se desvaneció.

Wendy ya no quería esperarlo ni un segundo más... Había titubeado tanto en Londres, lo había traicionado delante de Peter y luego Booth la disculpó tan fácilmente, porque así era su naturaleza. Su ternura, su inteligencia y el deseo que él sentía por ella la iluminaban desde adentro. En ese momento, Wendy lo añoró desesperadamente.

—¿Alcanzas a ver a John desde ahí? —preguntó Wendy.

Booth volteó:

—Sí. Está profundamente dormido.

Wendy acarició el agua lentamente con las manos.

—Entonces, métete.

Booth se quitó la ropa sin decir nada. Su pantalón de *tweed*, su camisa blanca salpicada de sangre, todo cayó a la tierra en silencio. Wendy suspiró al ver cómo la luz de la luna le iluminaba los pectorales duros y esbeltos.

*Dios mío, es hermoso.* Wendy sentía que se quemaba por dentro.

Booth se metió al agua sin hacer ruido y dio un paso hacia ella. Wendy estuvo consciente de cada pulgada que separaba sus cuerpos.

—Darling... —susurró Booth.

Sus manos encontraron la cintura desnuda de Wendy debajo del agua. Wendy arqueó la espalda y se acercó a él; sobresalieron sus senos. Booth la abrazó con intensidad.

Cuando sus bocas se encontraron, el chico reservado londinense dejó de existir. La besó con desenfreno, soltando todo el deseo reprimido, enredando sus dedos entre los cabellos de Wendy. Sus cuerpos se juntaron, y Wendy sentía que el cielo se iluminaría con el calor de sus cuerpos. Wendy se molestó cuando Booth de repente se apartó, luchando por reprimir el deseo incontenible.

—Wendy, debes saber que si estuviéramos en Londres, sí esperaría hasta que fueras mi esposa.

Una sonrisa se dibujó sobre los labios de Wendy. Aun en este lugar, en medio de un estallido de pasión desbordada, Booth todavía se comportaba como un perfecto caballero. Y por ello Wendy lo deseaba más aún. Tomó el rostro de Booth entre sus diminutas manos y le besó los labios suavemente, sintiendo su sabor. Su boca brillaba con el agua del río. El corazón de Wendy tamborileaba y se inundó de deseo. No veía más que a Booth, no sentía más que el calor que crecía bajo las brillantes estrellas.

Recostó la cabeza sobre el hombro de Booth y le besó la mandíbula.

—Sé que hubieras esperado, Booth Whitfield. Pero ya no estamos en Londres —lo acercó a ella bruscamente. Wendy giró para rozar la oreja de Booth con la boca—. Di que soy tu esposa aquí mismo, en esta tierra de Nunca Jamás. Y tóname.

La espalda de Booth se enderezó. Con un brazo la apretó al pecho e intercambiaron una mirada intensa, perdiéndose cada quien en los ojos del otro.

—Acepto —susurró Booth, acercándola a él. Tomó con suavidad su nuca. La besó, recorriéndole lentamente el labio inferior con la punta de la lengua.

—Yo también acepto —respondió Wendy. El agua que los rodeaba parecía suspirar y los dos se rindieron, cayendo en una pasión profunda que los unió.

Booth la abrazó y la acostó sobre la orilla del arroyo, acariciándole el cuerpo entero, sin apartar la boca de su piel. Wendy gimoteó ante el contacto; el aroma de Booth la inundó y Wendy le rodeó el cuerpo con las piernas. Cerró los ojos y gimió con deleite y sorpresa. La boca de Booth descubrió cada rincón oculto de su cuerpo y Wendy exclamó, aferrándose a él, queriendo

anclarse a su cuerpo, sintiendo que su cuerpo estaba a punto de salir flotando por el aire. Booth estaba forjando algo nuevo, bello e intenso dentro de ella. Wendy sentía que el contacto con su cuerpo la haría estallar.

Cada músculo suyo se tensó y pronunció una serie de palabras hambrientas, con las cuales le rogó más, expresando su deseo desbordado.

—Te amo —Booth le respondió a susurros—. Te amo. Te amo, Wendy...

Ella gritó. Era demasiado. *Dios mío, ¿cómo es posible que lo haga con tanta destreza?* Su cuerpo tembló del deseo y sus miembros pulsaron bajo el agua, la cual se agitó con sus movimientos frenéticos. Wendy le agarró el cabello y lo acercó a sí misma con un movimiento abrupto. No quería dejar que una sola pulgada los separara.

Las manos de Booth le recorrieron la piel desnuda, sus dedos se deslizaron por sus costillas, la espalda, las piernas... tocando puntos secretos que convirtieron sus jadeos en gemidos. Wendy se estremeció y se apretó contra él, sus piernas temblaron en el agua, y cuando por fin Booth se asomó para verla, ella descubrió que lo había despeinado locamente. El rostro de Booth brillaba en la oscuridad, con gozo e inocencia. Entonces dejó de moverse y Wendy casi desmayó de decepción.

—Booth...

—Wendy —susurró con voz de excitación—, mira hacia arriba.

Cuando alzó la cabeza, una pequeña risa se escapó de su boca. Las pequeñas flores blancas que adornaban el dosel arriba de sus cabezas habían comenzado a desprenderse de sus tallos, flotando hacia el agua con el aire tibio de Nunca Jamás.

Cayeron a su alrededor como copos de nieve. Booth sonrió y bajó la cabeza, encontrando las caderas de Wendy debajo del agua. Sin hacer un solo sonido, la levantó y la subió a la orilla; las piernas de Wendy se abrieron para él.

Wendy se dejó caer de espaldas. Alzó una mano sobre la cabeza para sentir las flores blancas en la palma. Con la otra mano se aferró de los hombros de Booth, disfrutando sus caricias; se rindió ante su boca y sus ojos se detuvieron en las estrellas. Booth se apartó de nuevo, jugando con Wendy. Entonces ella sintió su boca en la oreja, trazándola con la lengua, y le susurró palabras mágicas que se deslizaron por su piel como gotas de lluvia. Booth, un chico que tanto amaba las palabras, el chico que tanto amaba a Wendy. Ésta se abrió como una flor y su corazón se regocijó de deleite salvaje.

—Wendy, la Eva de mi tierra, infinita es la majestad de tus labios. Tus aguas recorren las colinas de mi país, le dan vida a sus verdosos bosques y secos desiertos.

Wendy jadeó cuando la mano de Booth la encontró de nuevo, con una caricia de ternura y gratitud.

—Tu nombre es el himno de mi corazón. Te reconoce como un infante reconoce a su madre. Cada sílaba que mis labios pronuncian surge del aliento que me has regalado.

Booth introdujo la lengua en la boca de Wendy con lujuria, y le llovieron flores blancas encima.

—Tus planetas adornan mi cielo. Yo, que era apenas una sombra... —sus cuerpos se encontraron y se fundieron; Wendy gritó en la oscuridad—. Mas ahora soy luz, hecha para ti sola.

Wendy tomó tierra debajo de su cuerpo y, bajo el firmamento de Nunca Jamás, las palabras de Booth la tocaron como a un instrumento. Se entregó en cuerpo y alma a aquel que había esperado. El cuerpo de Booth se movió con el suyo, Wendy se quedó sin aliento, y le dio gracias a la Divina Providencia porque nunca se había entregado a Peter de esta manera. Había esperado al chico que la adoraba con todo su ser.

## XVII

Wendy despertó al otro día con el cuerpo adolorido, y se sonrojó al recordar todo lo que habían hecho la noche anterior. Se dio la vuelta con pena y buscó a Booth, pero ya no estaba. Gruñó y se quitó algunas hojas sucias que tenía pegadas al rostro, deteniendo la vista en sus propias manos. La memoria de la noche anterior le inundó la mente. *Estas son las manos que acariciaron la espalda musculosa de Booth. Estas manos le recorrieron el pecho y las piernas. Estas manos le sostuvieron el rostro húmedo...* Se tocó las mejillas ardientes y cerró los ojos.

¿En qué me convertí anoche?

Su deseo por Booth había despertado algo primitivo en ella, algo que se desbordó y consumió al chico por completo. Se rio en voz baja, cubriendo la boca con las manos y frunciendo el ceño al recordar algunos momentos incómodos, y otros —la mayoría— que eran sublimes.

Se había convertido en una mujer. Wendy recorrió su vestido con las manos y se preguntó si se veía distinta. *¿Soy distinta, acaso?* Se tocó los labios. Seguramente sí era distinta. Pero tampoco había dejado de ser la misma Wendy que era antes. El mundo se había desviado de su eje aquella noche; sin embargo, todo seguía como antes. Soltó una carcajada al pensar en lo bello y lo absurdo de todo lo que había pasado.

—¿Por qué te veo sonriendo como idiota?

La voz áspera de John le interrumpió los hermosos recuerdos de manera abrupta.

Wendy alzó la cabeza:

—Por nada.

John le dirigió una mirada de suspicacia.

—¿Te ríes de mí?

—No, John. No tiene absolutamente nada que ver contigo.

Wendy extendió las manos sobre la cabeza y caminó hacia la selva, alejándose del pequeño claro donde había dormido. Con una sonrisa aturdida todavía en el rostro, encontró una palmera en el suelo y la sacudió. Una araña enclenque que estaba agachada sobre la rama se alejó corriendo; Wendy se puso a barrer el lugar donde había dormido apretada al cuerpo de Booth, sin

querer apartarse de él jamás.

—¿Estás haciendo el quehacer? —John la miró con tanto asombro que Wendy estuvo a punto de reír—. Wendy, ¡estamos en la selva, maldita sea!

—¡Cuidado con esas palabrotas, John! ¿Qué pensaría mi madre si te oyera hablar así?

—No sé. Pero ¿tú crees que a mi madre le parecería que regales tu honor al hijo de un vendedor de libros? —Wendy dio un paso hacia atrás y sintió un terrible calor en las mejillas—. ¿Sabes, Wendy?, no tienes talento para ocultar las cosas. Tu cara lo dice todo.

Wendy se preparó para el ataque de juicios sentenciosos y comentarios sarcásticos, pero John simplemente se encogió de los hombros y le dirigió una sonrisa casual.

—Bueno, por lo menos no fue con Peter, ¿verdad?

Wendy parpadeó y una esquina de su boca se elevó. Estaba incurriendo en territorio totalmente nuevo con su hermano, y habló cautelosamente.

—Bueno, eso sí.

John movió los hombros con torpeza.

—¿Debería felicitarte? O no, tengo una mejor idea: ¿podríamos simplemente dejar el tema?

Parecía estar a punto de desmayarse.

—Nada me haría más feliz —respondió Wendy, aventando la rama de palma hacia la selva—. Ya. Ahora Peter no podrá encontrar nuestras huellas.

—¡Qué buena idea!

Booth salió de la selva con un estruendo. Su aspecto reflejaba exactamente lo contrario de lo que Wendy sentía. Mientras que ésta tenía ganas de esconderse, Booth brillaba de pies a cabeza. La sonrisa no le cabía en la cara.

—¡Buen día, mis queridos Darling! —dejó caer una hoja de plátano que envolvía un puño de frutas—. ¡He procurado un banquete de manjares que han de superar sus mejores sueños!

—Dios mío —John miró a Wendy con enfado—. ¿De veras se va a portar así todo el día?

Booth miró a John y luego a Wendy.

—¿Se lo *contaste*?

Wendy hizo una mirada de enfado.

—No le he dicho nada a nadie. Pero bueno, tu actitud ostentosa lo comunica todo; es como gritárselo a todo el mundo.



—Ah —Booth recorrió la barba incipiente en su barbilla—. No hubiera dicho nada, ¿verdad?

Guiñó el ojo y las rodillas de Wendy temblaron. Recordó cómo Booth la había levantado del agua, cómo la había acariciado. *No, no, otra vez estoy sonriendo como idiota...* Volteó la cara hacia la selva para que no le vieran la cara.

—¿Cuánto tiempo creen que tardaremos en llegar caminando a Puerto Duette? —preguntó Booth.

—Unas horas —respondió John de prisa—. Más vale que comencemos a caminar, antes de que haya demasiada luz. Pero bueno, ¿podrías bajarle un poco a tu voz de regocijo? Es simplemente insoportable.

Booth negó con la cabeza.

—Lamento decirte que no, mi querido John.

Comenzaron a caminar hacia el sendero pedregoso. En la distancia, Wendy alcanzaba a ver el vapor que salía del lugar donde la cascada se convertía en una serie de tributarios que fluían hacia Puerto Duette. Justo antes de adentrarse en la selva espesa, Wendy dirigió una mirada de añoro hacia el pequeño arroyo y el campamento improvisado. Buscaba, en vano, algún rastro de la niña que había quedado atrás, donde fluía un arroyo lleno de pequeñas flores blancas.

Para su suerte, la mayoría del camino a Puerto Duette iba cuesta abajo, y para la gran felicidad de Wendy, Booth y John platicaron amablemente durante la caminata. Los tres se mantuvieron en alerta, buscando cualquier señal de gatos Keel, pero no aparecieron. Sí cayó una serpiente colorida desde los árboles y le sacó la lengua a Booth. Éste gritó, y John y Wendy se rieron tanto que les dolió el abdomen. Fue una sensación de felicidad y compañerismo fraternal que les había hecho mucha falta.

*Tal vez no vamos a morir. Tal vez sí funcione todo el plan.*

Después de caminar durante un par de horas, el aroma del puerto le llegó a Wendy: el aire salado del mar, mezclado con el olor a carne y especias cociéndose. A Wendy se le hizo agua la boca.

—Estoy seguro de que lo primero que haré cuando lleguemos a Puerto Duette —declaró John— es... *comer*.

—Primero tenemos que buscar una forma de contactar a Garfio —apenas había murmurado estas palabras, y Wendy comenzó a soñar con una jugosa pierna de pavo—. Sabes qué, olvídalo. Hay que comer primero. No podremos

salvar al mundo si estamos muertos de hambre.

Booth caminaba detrás de Wendy, canturreando una vieja canción de una Victrola.

John caminaba por delante; volteó y miró a Wendy.

—¿Recuerdas aquellas tartas de limón y romero que hacía Liza? ¿Con las rosas blancas hechas de escarcha?

—Qué cruel eres, John.

Resultaba hasta doloroso pensar en la comida en ese momento. John, en cambio, parecía caminar entre las ramas con más ánimo al recordar las delicias gastronómicas.

—Ella las colocaba en una charola con toda clase de quesos, y con gachas... —John siguió caminando hasta desaparecer entre unos helechos verdes que se doblaron ante su paso.

—Oye —Booth agarró el brazo de Wendy suavemente. Ésta miró hacia atrás y se detuvo. El contacto entre los dedos de Booth y la piel desnuda de su brazo le puso los vellos de punta—, ¿por qué no me miras a los ojos?

*¿Cómo le explico que no lo puedo ver después de todas las cosas que le dije, los ruidos que hice...?*

—¿Wendy? —le alzó la barbilla con un par de dedos—. ¿Te encuentras bien?

Se vieron a los ojos y, cuando Booth vio su expresión, ladeó la cabeza con una mirada de seriedad.

—¿Ya te arrepentiste de lo que hicimos? Es lo que más temía... —la abrazó contra su pecho y Wendy suspiró—. ¿Aceptarías una disculpa por mi conducta grosera, al mostrarme tan indecorosamente feliz? ¿Mi franqueza te ha ofendido, acaso? —Booth parpadeó; probablemente se estaba acordando de algún momento de la noche anterior—. Te confieso que cuando te vi con la luz de la luna iluminándote el cabello, me sentí absolutamente perdido...

—No —Wendy sonrió con timidez—. No. No me arrepiento de nada, Booth Whitfield. Sin embargo... —pausó y Booth se inclinó hacia adelante, con una mano en la mejilla de Wendy—. Sin embargo, no puedo dejar de preguntarme si ha cambiado el concepto que tienes de mí.

Antes de que terminara de pronunciar estas palabras, los labios de Booth se imprimieron contra los suyos, con una sonrisa igual que la suya. Después de besarse durante un largo rato, Booth se apartó: —Y tú, ¿piensas algo malo de mí, Wendy? ¿Después de lo que pasó anoche?

Un magnetismo atrajo el cuerpo de Wendy al de Booth, como un pez que se siente atraído a la carnada.

—No. Por supuesto que no.

Los ojos azules de Booth brillaron.

—Entonces, ¿por qué pensaría algo distinto de ti? —sonrió, le mordió el labio inferior y le rodeó la cadera con un brazo—. Al contrario. Lo de anoche me dejó aún más asombrado por la maravilla insondable que se llama Wendy Darling de Kensington.

Wendy se puso de puntillas para besarlo profundamente. De repente, sintió un inquietante cambio en el aire, como un cambio en la misma gravedad de la tierra. Tal y como había sucedido siempre, sintió la presencia de él un segundo antes de verlo. Era como una llama que le quemaba la mente, como una correa que le apretaba el cuello.

—Corre —le susurró a Booth.

Sonó un golpe seco a sus espaldas y una voz sarcástica llenó el claro del bosque.

—¿Acabo de interrumpir algo, acaso?

Peter Pan habló con resentimiento maléfico.

Wendy dio la vuelta. La espesa jungla verdosa ocultaba el origen de la voz. Booth sacó la espada y se paró frente a ella con el cuerpo tenso.

—*De la luz penetrante del sol...*

Peter cantaba. Una sombra negra pasó sobre sus cabezas. La voz sarcástica venía de las copas de los árboles.

—*Dos pájaros se ocultaron. .*

No, la voz estaba a su lado.

—*Pero la luz arrebol...*

Se movió de nuevo y Wendy giró, tratando de seguirle los movimientos. Peter estaba en todos lados. Su voz resonó entre los árboles, mientras entonaba la canción de cuna como un tenor amenazante.

Los árboles justo detrás de Booth temblaron, como si un gran aliento los agitara.

Peter dejó de cantar y pronunció la última frase con una voz seca y gélida: —*Los iluminó y se murieron.*

Wendy supo lo que tenía que hacer. Extendió una mano y acercó a Booth. Éste dejó de respirar cuando Wendy le sujetó el hermoso rostro entre las manos, deteniendo la vista en él.

—Te amo —le dijo Wendy. La idea de no volver a tocarlo le desgarraba el corazón.

—Vete —susurró Booth—. Yo me quedo a pelear.

*Va a perder.*

—Mejor distráelo —le susurró Wendy—. Y no dejes que te mate.

Booth le tomó la mano y la colocó sobre el pecho con tanta fuerza que Wendy pudo sentir su latido. La voz de Peter estaba más cerca. El follaje de la selva se partió para él como si respondiera a una presencia divina.

—¡Vete! —ordenó Booth. Wendy se dio la vuelta y se fue corriendo, gritando el nombre de su hermano. Se metió a la selva más allá del claro, abriéndose paso con los brazos, siguiendo el sonido de la cascada. Sabía que su hermano estaba en algún lado ahí. Tenía que encontrarlo.

—¡John!

—¿Wendy? —la voz nerviosa de su hermano venía desde algún lugar frente a ella. A sus espaldas resonaron los choques de las espadas, señal del combate entre el valiente Booth y un semidiós. *Por favor, que no se muera, que no se muera...* Pidió Wendy mientras corría por la selva, hasta llegar a un claro abierto. Ya no veía el suelo negro de Nunca Jamás, sino puras piedras cubiertas de musgo. El estruendo del agua detrás de las rocas era tan fuerte que apenas si oía sus propios jadeos.

Se encontraba parada en la orilla de la cascada que dividía a Nunca Jamás en dos. En la distancia, arriba de su cabeza, estaba el inicio de la cascada. Wendy había salido en un punto intermedio; una loma herbosa cuesta arriba la separaba del agua. Más allá de la orilla estaba la quebrada que terminaba en una nube de vapor. John estaba parado a la orilla del precipicio con los ojos temerosos y bien abiertos.

—¿Wendy, qué sucede?

Corrió hacia él y lo alejó de la orilla, jadeando con dolor, tratando de no pensar en lo que pasaba con Booth.

—Peter está aquí.

—Y Booth ¿dónde está?

Wendy agitó la cabeza.

—Nos está regalando un poco de tiempo.

—¿Wendy? —John la vio con una mirada de súplica, con sinceridad, rogándole que lo protegiera. Y Wendy sí pensaba protegerlo. Estaba dispuesta a morir en ese instante si era necesario.

La tierra debajo de sus pies tembló ligeramente y el corazón de Wendy tamborileaba con terror. Se dio la vuelta. Peter Pan dio un paso hacia adelante en una nube de polvo que sus botas habían agitado al aterrizar.

—Vaya, vaya, aquí están los dos: mi amada y su hermano traidor. ¿A quién me llevaré primero? —se tocó la barbilla suavemente con los dedos—. Es una decisión bastante difícil. La chica que me ha traicionado por segunda vez o el chico que es tan débil que ni vale la pena perder el tiempo con él.

Dio otro paso hacia ellos. Wendy trató de correr hacia los árboles, pero Peter se lanzó al aire, dio una vuelta, y aterrizó frente a ella, cerrándole el paso. Los Darling estaban arrinconados, atrapados entre Peter y la quebrada. Wendy echó miradas fugaces a Peter y a su hermano, que estuvo parado con la espalda bien recta y la vista fija en Peter.

Wendy se dio la vuelta. El mundo se detuvo por completo en el instante en que abrazó a su hermano desde atrás, con los hombros tocándose, dando la espalda a Peter.

Sutilmente sacó la jeringa de la blusa y la metió adentro de la camisa de su hermano.

Éste hizo una mirada de sorpresa al sentir el instrumento dorado contra su piel.

—John...

—No lo digas. Tú no me puedes decir qué hacer. No eres mi madre...

Su voz se entrecortó. Wendy le susurró directo al oído: —Esta es para Garfio. Dásela. Dile todo lo que me contó Qaralius, sobre el dinero de las hadas, la canción y todo lo demás. Ahora él es el único que podrá salvarnos.

Wendy le siguió la vista sobre su hombro, viendo cómo Peter se quedó mirándolos, tirando una daga al aire y agarrándola repetidamente. Wendy tocó el rostro de su hermano.

—Te prometo que no dejaré que vuelva a tomarte preso jamás.

John la miró con sus ojos cafés, con los lentes agrietados.

—Pero no me vas a dejar, ¿verdad?

Wendy reclinó la cabeza sobre la de su hermano.

—Jamás.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¡Ya, Wendy! —Peter ya estaba muy cerca, y no venía solo: se oían los pasos de los Niños Perdidos corriendo entre los árboles—. ¿Qué tanto están platicando ahí, par de mocosos?

Peter dio otro paso hacia los hermanos Darling y éstos voltearon hacia él. Wendy cubría a John con el cuerpo.

—¡Qué gusto me da verlos, mis queridos hermanos Darling!

Peter saltó al aire y aterrizó a unos pies de ellos, empujándolos hacia atrás. La tierra se desprendía del acantilado, desapareciendo en la espuma cuesta abajo. Los ojos de Peter brillaban con el color azul marino; pequeños zarcillos de neblina negra se desprendían de su cuerpo.

—¿Ahora cuál es tu pretexto, John?

John lo miró durante un largo rato antes de apartarse de Wendy. Aunque las manos le temblaban, habló con voz de seguridad.

—Nos mentiste. Nos usaste, ¡a mí y a todos los Niños Perdidos! —Peter hizo una mirada de enfado—. No somos nada para ti. Nos prometiste la aventura, pero lo único que sabes dar es la muerte.

Peter se fijó en sus uñas. Su cabello rojo se agitaba levemente, aunque no había viento.

—¿Cuál es tu punto? Yo no he hecho nada. Encontré a un mocoso inseguro y malcriado, envidioso de su hermana, y lo transformé: lo convertí en un general admirado, en alguien que tenía amigos por primera vez en la vida — Peter se encogió de hombros y detuvo la mirada en John—. Aunque la verdad es que nadie tenía ganas de ser tu amigo, John. Solamente fueron amistosos contigo porque los obligué a hacerlo.

En realidad, no eres más que un gusano débil y desagradable.

John levantó la barbilla y miró a Peter a los ojos.

—Algún día te van a matar por todo lo que has hecho.

Wendy se sintió abrumadamente orgullosa de su hermano.

—Lo dudo —Peter se rio—. Pero una cosa sí sé: tú no me vas a matar. ¿Cómo podrías hacerlo? Jamás podrías pelear conmigo, ni en tus sueños.

Wendy miró a Peter con odio puro y absoluto y le dijo, con el labio fruncido: —A lo mejor no es muy bueno para pelear. Pero ¿sabes qué le sale bien? Es todo un experto en natación.

Sin más, Wendy volteó y empujó a John al precipicio.

Peter dio un paso hacia adelante con los ojos bien abiertos y vio cómo el cuerpo de John desapareció debajo del acantilado. Wendy lo vio caerse al agua entre el rugido de la cascada. Su hermano se mantuvo con los brazos cruzados sobre el pecho mientras caía, protegiendo la jeringa y su propio corazón.

Su hermano era muy valiente y listo.

Peter se agachó para brincar al aire, pero Wendy se abalanzó contra él, sin ninguna pretensión de comportarse “como una dama”. Chocaron sus cuerpos y Wendy lo agarró con los brazos y piernas, rasguñándole la cara con las manos. Una serie de líneas rojas e irregulares aparecieron sobre su mejilla.

—¡Wendy! —Peter gritó con voz de sorpresa. Wendy lo tiró al suelo y se le subió encima—. ¿Dónde está la jirina, Wendy? ¿Así lo vamos a arreglar? ¿Como dos niños jugando a pelearse?

Con las manos, Peter comenzó a registrarle la cintura, buscando la jirina. Wendy pensó en todos los niños hada que habían muerto, en los centenares de cadáveres del Jardín Prohibido, cubiertos de ceniza. Dio un aullido y le abofeteó la cara, con un golpe que hizo eco por todo el valle.

Los ojos de Peter se pusieron de color azul marino. Su mano subió como una serpiente feroz y le agarró la muñeca.

—Eres una puta —le escupió—. Me *dolió* eso.

Wendy trató de moverse, pero Peter la jaló hacia abajo.

—¿De veras esta es tu nueva forma de ser, Wendy? ¿Ahora estás dispuesta a perderlo todo por un don nadie?

Wendy alejó el rostro de él.

—Booth vale mil veces más que tú. Un millón de veces más.

—Y pronto estará muerto —Peter sonrió—. De hecho, todos tus seres más queridos en esta isla pronto estarán muertos. Y cuando termine con ustedes, volaré a Londres para erradicar a todos los Darling allá también —gruñó y la volteó de espaldas, apretándola contra el suelo con el peso de su cuerpo—. ¿Qué te cuesta ser mía y sólo mía? ¿Por qué tu corazón no me hace caso?

Peter imprimió sus labios contra los de Wendy, empujándola contra el suelo con más fuerza.

—¡Ya no, Peter! ¡Me estás lastimando!

—Qué bien —le siseó—. Debes saber cómo se siente el dolor, cómo se siente perder.

Ya son dos veces las que me traicionas. Ya no puedo confiar en mi propio corazón, el juicio me traiciona contigo. Necesito que estés lejos de mí, hasta que termine esta guerra, hasta que te haya quitado todo lo que te distrae de mí. Sé lo que sientes por mí.

Lo noto en la forma en que te sonrojas cuando te toco, incluso ahora —agarró el cabello de Wendy a puñadas, bruscamente, y se inclinó para besarla

—. Podrías haber sido mi reina.

Wendy extendió la barbilla con el mismo gesto altanero que su madre había hecho, y lo miró directo a los ojos: —Prefiero ser limosnera con él a ser reina tuya.

Un delgado zarcillo de humo negro se desprendió de la piel de Peter. El insulto de Wendy le había dado en el blanco.

—Por eso te mandé lejos, Wendy. Porque tus palabras tienen un efecto extraño en mí. Me debilitan. Y ahora, al borde de la guerra, no puedo permitir que me sigas manipulando. Te pudiera matar, sí... pero eso ¿de qué me sirve? —Peter bufó—. No, mejor les daré su merecido a ti y a tu noviecito. Y a cambio, recibiré algo también.

*Te odio, te odio*, pensó Wendy. Con una mano buscó la daga a sus espaldas. En esta ocasión, se deslizó de la cintura fácilmente. El peso del arma era perfecto. La sacó y la gema azul brilló en la luz del sol. Empujó a Peter con el hombro duramente, y éste cayó debajo de ella. Wendy gruñó y le apretó la daga contra el cuello. Peter se quedó inmóvil cuando la punta filosa del arma se detuvo en su vena yugular.

—¿Piensas matarme, Wendy Darling?

La mano que apretaba la daga contra su cuello temblaba. Peter le sonrió.

—Ya no eres una chica tan buena, ¿verdad?

Wendy detuvo la mirada en su cuello, con su constelación de pequeñas pecas cafés, y detuvo la daga.

—Hazlo —siseó Peter—. Hazlo, y verás lo que pasa.

No lo pudo hacer. Wendy era incapaz de derramar la sangre de otro, jamás podría hacerlo. Era contrario a su propia naturaleza, y no estaba dispuesta a traicionarse a sí misma. Ni mucho menos en este lugar...

—Eso es lo que pensaba —gruñó Peter, tratando de quitarle la daga. Wendy apenas si tuvo tiempo para meterla a su bolsa antes de que Peter la pusiera de pie de un tirón—.

Ya basta de jugar —le dobló el brazo hacia atrás y la jaló hacia él—. ¡Chicos!

Todo un pelotón de Niños Perdidos salió de la selva ante el mandato de Peter.

Marcharon hacia Wendy y su corazón dolió cuando vio el coraje que ardía en sus ojos.

El último que apareció fue Abbott, quien arrastraba algo con él: un cuerpo.



Era el cuerpo de Booth.

Wendy gritó y se liberó de Peter, gritando el nombre de Booth. Abbott la miró con ojos de arrepentimiento. El chico que Wendy amaba no se movía. El costado izquierdo de su cabeza brillaba con sangre.

—¡No te pongas histérica! —Peter suspiró—. No está muerto. Pero pronto va a querer estar muerto.

Wendy lo miró.

—Eres un monstruo.

Un destello de tristeza pasó por el rostro de Peter, pero pronto desapareció, reemplazado por una mirada dura y fría.

—Eso dicen —Peter la miró con los dientes apretados—. Pronto voy a bajar para sacar el cadáver húmedo de tu hermano, así que necesito saberlo: ¿dónde está mi jeringa?

—No la tengo.

Peter movió la cabeza levemente y estalló de coraje. La empujó duro con ambas manos y Wendy se desvaneció hacia atrás. Cayó a unos tres metros del lugar. Algo duro le penetró el costado cuando cayó, y sintió algo que se desgarró debajo de sus costillas.

Wendy gruñó y se dio la vuelta. Con los dedos encontró una rama que salía de su piel, justo debajo del pecho. Sus dedos se llenaron de sangre. Wendy se puso de pie, ante la mirada hueca de los Niños Perdidos, y se quitó la rama de un tirón doloroso. Para su suerte, la herida no era demasiado profunda. Tiró el palo al suelo con una mueca. Peter negó con la cabeza.

—No quería hacerte eso, Wendy. ¡No lo quería! Pero cuando me mientes, me obligas a hacer cosas así —ya flotaba en el aire sobre su cabeza—. Te lo voy a preguntar una vez más: ¿dónde está la jeringa?

Wendy le volteó la mirada. Sentía el sabor salado de su propia sangre por haberse mordido la lengua.

—No tengo tu estúpida jeringa. Nunca la he tenido.

Peter la miró una vez más y le habló con terrible precisión.

—Estás a punto de aprender que hay cosas peores que la muerte. Yo lo sé muy bien —le dio la espalda y se alejó flotando—. ¡Chicos!

Wendy trató de huir, pero el dolor le llenó el costado y cayó de rodillas. Cuando alzó la mirada, vio que Abbott caminaba hacia ella con un palo en la mano, con una mirada de arrepentimiento.

—Abbott...

Fue la única palabra que alcanzó a pronunciar, antes de que el chico le diera con el palo, oyó un zumbido y todo alrededor se esfumó como un bello sueño.

## XVIII

Wendy Darling estaba soñando. Aunque caminaba por los pasillos de su casa, la luz tenía una cualidad cristalina y borrosa a la vez que le indicaba lo irreal de la situación. Al fondo del pasillo se oían las voces exageradas de sus hermanos, que se perseguían entre los muebles, el inequívoco *pum* que producían sus pies sobre las tablas del piso mientras corrían.

Wendy sonrió al notar la felicidad en sus gritos. Volteó al oír la ligera agitación de tela a sus espaldas, y su madre pasó al lado. Wendy extendió unos dedos y le tocó el hombro.

Mary Darling volteó y se fijó en el pasillo vacío, sin poder ver nada.

—Te extraño —susurró Wendy—. Siento mucho todo lo que ha pasado.

Su madre parpadeó y le dio la espalda, caminando hacia la familia que estaba congregada en la sala, esperando su té. John y Michael corrieron hacia ella; John agarró la taza con una sonrisa de gratitud, mientras que Michael hundió la cara entre las faldas de su madre. Su padre le besó la frente a su esposa y colocó una mano protectora sobre su abdomen hinchado.

Era como si Wendy no existiera.

Quiso extenderles una mano desde el pasillo, pero se dio cuenta de que no podía mover su mano. Vio sus pies y notó que también estaban inmovilizados.

—¡Madre! ¡Ayúdame!

La familia Darling había desaparecido. Ya era tarde. La puerta del otro extremo del pasillo se abrió y las olas de agua negra la tragarón. Abrió la boca para gritar, pero el agua le llenó la garganta y los pulmones. Sintió que se ahogaba y volteó la cabeza hacia la luz que salía debajo de la puerta, hacia el lugar donde su familia la esperaba.

*Despierta.*

Wendy nadó hacia arriba, hacia la conciencia, y por fin logró despertarse. *Solamente fue un sueño, una pesadilla. Pero ¿por qué sigo ahogándome?* Wendy gritó y una multitud de burbujas negras se escaparon de su boca... Alguien le detenía la cara bajo el agua.

Tiró su cabeza hacia atrás y pateó con ambas piernas, sus pies golpearon algo duro, pero todos los sonidos eran enmudecidos por el agua.

*Me voy a morir.* No vio pasar escenas de su vida, sino que pensó en una sola palabra repetidamente: *Aire, aire, aire...*

Justo cuando se le aflojó el cuerpo, le sacaron la cabeza del agua de un tirón. Suspiró como loca y se inclinó hacia adelante, expulsando al piso el agua de sus pulmones.

Después de un momento cayó de rodillas, atesorando cada deliciosa respiración, dejando que el aire la resucitara. Cuando dejó de hacer arcadas, se fijó en la figura parada sobre ella. Una mano callosa le agarró el brazo y la puso de pie.

—Ah, ¡veo que ya despertaste, nena! Decidí darte un pequeño chapuzón para quitarte el sueño.

La presionaron contra un gran barril de madera, el cual contenía la misma agua en la que casi se había ahogado.

—¡Suéltame! —gritó.

—¿Cómo mierda crees que te voy a soltar? —siseó una voz en su oído, llenándole la cara con su aliento amargo. Una mano mugrosa le acarició la mejilla—. ¿Crees que el capitán se molestaría si me llevo una pequeña “botana” para el viaje? No creo que te molestes tú, pequeña ramera...

El suelo se movía de un lado a otro bajo sus pies, con una sensación muy conocida.

Sus “piernas marineras” no eran tan fuertes como habían sido, y Wendy se hubiera caído si la figura no estuviera apretada contra ella.

—’Tá fea la marea hoy —escupió el pirata justo en el momento en que el barco dio una sacudida y el estribor gruñó. El agua chapoteó en las manos de Wendy y el hombre a sus espaldas pronunció una grosería gutural. Ella se mordió el labio, esperando que todo fuera otra pesadilla. *Tengo que despertar...* Estaba en un barco, era obvio. Liberó sus pequeñas manos de la cuerda áspera que le ataba las muñecas y, al mismo tiempo, dio una buena patada hacia atrás, la cual cayó en la ingle del pirata.

El hombre pronunció un grito femenino. En ese mismo instante, la horrible peste de lo podrido le llegó a Wendy. Tragó la bilis que se le subió a la boca y entendió exactamente dónde estaba: a bordo del *Contramara*.

Era el barco del capitán Maison, el hombre que había hecho una alianza con Peter Pan y había traicionado a Garfio. Era un hombre que tenía sus propias razones para meter a Wendy presa, un ser sin misericordia ni decencia. Era un hombre de maldad pura. Y Wendy estaba atrapada en su barco.

—¡Pequeña ramera de mierda! —el pirata maldijo mientras se doblaba

con dolor—.

Por eso te quitaré un dedo, perra.

Wendy miró a su alrededor, tratando de analizar su entorno. A juzgar por el nivel del agua que azotaba las ventanas del babor y por los finos granos de sal que se habían acumulado hasta la mitad de las paredes, supo que estaba en alguna parte del fondo del barco. Tal vez era el nivel arriba del almacén de víveres. De prisa vio las escaleras de un lado del camarote y corrió hacia ellas, alejándose del pirata que yacía tirado en el piso, agarrándose la ingle.

Wendy subió por las escaleras de prisa y tiró la trampilla. Encontró otro nivel sobre ella, con un pasillo angosto y curvado de roble, adornado con macabros arcos de pintura roja en las paredes y cuchillos que colgaban de unos ganchos. Encontró la siguiente escalera, y otra después. Las imágenes feas del barco desfilaron frente a sus ojos velozmente. Dobló una esquina y una rata corrió al lado de sus pies y desapareció en un agujero en el piso, donde el goteo del agua marina había dejado acumulaciones de sal cristalizada. No podía respirar aquí abajo; le urgía subir y salir al aire. Dos piratas salieron de la cocina en el momento en que pasó Wendy; después de verla con confusión, sus rostros cobraron un aspecto hambriento.

—Vaya, vaya, ¡mira nada más! ¡Un pajarito que vino a visitar al gato, a darle unas caricias!

Wendy se dio la vuelta y corrió en sentido contrario, jadeante, llenándose de pánico.

Pasó una brillante sala llena de monedas y joyas. Un pequeño guardia parado al lado de la puerta la vio pasar con los ojos bien abiertos.

—¡Oye, tú! ¡Regrésate!

Encontró la siguiente escalera, la cual salía de la pared como una fila de dientes chuecos. Subió a brincos y golpeó la trampilla cerrada sobre su cabeza.

—No tengas miedo, nenita —uno de los asquerosos piratas le dirigía una mirada lasciva. Tenía los dientes manchados de vino—. Ya habrá suficiente tiempo para convivir a gusto.

Wendy alcanzaba a ver la luz del día entre las tablas arriba de su cabeza. Empujó con toda su fuerza; soltó un grito salvaje y golpeó la trampilla fuerte con el hombro. Sentía que se iba a desnucar por la presión. Las manos de los piratas le sujetaban las piernas; le gritaron asquerosas groserías y la jalaban abajo, hacia un infierno inimaginable.

Wendy empujó una vez más y la trampilla se abrió. Se tapó la cara del sol abrasador y subió en desbandada. Una mano la agarró por el collar del vestido y la arrancó de las entrañas del barco. La tiraron a la cubierta, la cual estaba llena de viscosos peces plateados. Wendy se deslizó sobre ellos, sus manos se atoraron con los abdómenes abiertos de los peces cuando trató de levantarse, y comenzó a hacer arcadas. Oyó la risa de los hombres alrededor y se puso de pie, aunque mantenía la espalda encorvada en posición defensiva. Gruñó con salvajismo. Wendy era como un animal atrapado.

El capitán Maison caminó hacia adelante. Tenía el mismo aspecto que el día en que había asesinado al capitán Xian Li a sangre fría: era más víbora que hombre. Su cabello negro grasiento estaba peinado hacia atrás, revelando su cara cacariza. Le faltaba la oreja izquierda, y una cicatriz roja se extendía por su mejilla donde Garfío le había desgarrado la cara. Wendy —el botín que tanto había deseado Maison— lo miró con odio.

—¿Qué quieres de mí, Maison? —escupió con cansancio—. ¿Qué hago aquí?

Aquel dio un paso hacia adelante:

—Para ti soy el *capitán* Maison.

Wendy no reaccionó.

—Solamente hay un hombre a quien le reconozco el título de capitán. Y es aquel que te dio esa cicatriz.

La seguridad desapareció del rostro de Maison, reemplazada por una mueca de dolor, pero de repente volvió a sonreír como loco. No cabía duda de que el capitán del *Contramara* estaba loco, lo cual lo hacía más peligroso aún. Éste acarició la mejilla de Wendy con un dedo y ella hizo una mueca.

—De hecho, señorita Darling, el único capitán que importa, para ti, es aquel que es tu *dueño*. Peter Pan necesita un poco de mis municiones, así que me vendió a su potranca favorita; es decir, tú, para que te quedes en mis establos. Tendrás un asiento de primera fila para ver la gran transformación de Nunca Jamás, y además tendrás el gran gusto de mi compañía. Conviviremos de la manera más íntima.

Wendy se fijó en la cicatriz que dividía el rostro de Maison, y sintió las náuseas en la garganta.

—¿Dónde está Booth?

—¿Booth?

Maison se acarició las barbas negras, y unos pequeños piojos blancos

corrieron entre ellas. *Voy a vomitar*. Sin dar previo aviso, Maison le agarró las manos y comenzó a bailar con ella al son de un vals. Wendy trató de liberarse, pero el capitán la jaló hacia él.

—Si bailas conmigo, te cuento dónde está. Si no, me llevo uno de tus lindos ojitos de *souvenir*.

Wendy detuvo la mirada en su cara. Comenzó a tambalearse de un lado a otro.

—Ya, ya es mucho mejor. Hacía tanto tiempo que no bailaba el vals con una damita de bien.

Una lágrima recorrió la mejilla de Wendy, y Maison se acercó y le dio un capirotazo.

—A ver, ¿en qué quedamos? Ah, sí... —la volteó lentamente en los brazos—. Me preguntabas por el muchacho de los ojitos azules. Te cuento algo, nena: hace *añales* que no veo un chico así. Es tan limpio, tan educado. Hasta cuando me ruega que lo mate en tu lugar —le dio la vuelta a Wendy y sus pies se deslizaron por los peces muertos—. Otro caballerito que no pudo contra el poder de mi barco.

Wendy miró hacia arriba de repente.

—¿Qué has hecho con él?

Maison le extendió una mano y le trazó el encaje de su collar con los dedos.

—No te preocupes, nena. Ya lo pusimos a trabajar.

*Booth está vivo.*

Los hombros de Wendy se aflojaron. Estaba vivo. Era lo único que importaba en ese momento, aunque Maison la tenía entre las manos en ese instante. Wendy comenzó a caer en la cuenta, poco a poco, de que la tripulación la observaba, acercándose gradualmente.

—Todavía no has dicho nada sobre mi impresionante barco, nena. Te conviene tomarlo en cuenta, antes de que sea demasiado tarde.

Wendy miró a su alrededor. Era un patético pedazo de madera torcida, con esqueletos desfigurados que adornaban cada superficie y un mástil lleno de lodo. Las harapientas velas negras se agitaban en el viento. Apenas oyó una canción que algunos piratas bajo la cubierta probablemente cantaban. Wendy ya no quiso ver más. No quiso sentir la mirada hambrienta de los hombres que observaban su cuerpo. Hizo una mueca, volteó y miró a Maison con rabia.

—Me importa una mierda tu barco asqueroso. Y lo mismo digo de los

hombres que trabajan en él.

Era la primera vez que pronunciaba una grosería así, y la dijo con absoluta sinceridad.

Maison se rio.

—¡Me gusta tu valentía! Peter me dijo que eras medio canija, pero no le creí. Pensé: ¿cómo es posible que una nena tan linda cause tantos problemas? Pensé que tal vez Peter no entendía que una vieja como tú sirve para una sola cosa.

Wendy anhelaba desgarrar el otro lado de su cara. Echó una mirada dura a sus ojos, de un color verde claro, a diferencia de su corazón negro.

—Y un hombre como tú siempre tiene que tomar lo que quiere a la fuerza, porque sabe que una chica como yo lo va a rechazar una y otra vez.

Maison dejó de bailar con ella y se detuvo, rascándose la barba distraídamente. Volteó la cabeza y habló en voz baja, como si discutiera consigo mismo. Entonces chasqueó los dedos.

—Hay algo que tengo que enseñarte, chiquita —Maison se abalanzó contra ella tan rápido como una serpiente cuando ataca, y le agarró los cabellos. Antes de que Wendy pudiera liberarse, la arrastró hasta la orilla del barco. Resistió, pero el pirata la empujó contra la borda del barco. —Mira allá afuera. ¿Qué ves?

Wendy alzó la vista y observó el infinito mar de Nunca Jamás, las olas del océano turquesa que lamieron el lado del barco tranquilamente.

—Veo tu tumba —escupió. El capitán Maison soltó una hueca carcajada y le movió un dedo torcido.

—Me gustas. Me gustas tanto que sería capaz de conservarte para mí solito, en vez de devolvarte a Peter Pan —le agarró el cuello con una mano áspera y le detuvo la cabeza, mientras le apretó la barbilla y la tiró hacia arriba toscamente—. Ahora dime lo que ves, de verdad.

Wendy resistió con miedo a la mano que la apretaba, recorriéndole las venas.

—Nada. No veo nada.

El capitán Maison acercó su rostro a ella, con la boca en su cabello. Su aliento era tan putrefacto como los peces muertos bajo sus pies.

—Exacto. Nada. Adondequiera que mires, no hay nada que te pueda salvar. Somos tú, yo y el mar abierto, nada más. Y pienso aprovecharlo antes de que la maldita batalla de Peter comience —se rio antes de darle la vuelta y



empujarla hacia el centro de la cubierta—. Ahora dime otra cosa: ¿te gustó el regalito rosado que mandé a la Isla de Pan?

Wendy estalló y se abalanzó contra Maison con un grito trastornado. Dos piratas le agarraron los brazos y la detuvieron, mientras pateaba y gritaba.

—¡Tú mandaste la bomba! ¡Tú mataste a Oxley! ¡Era mi amigo!

Maison se encogió de hombros.

—Peter se estaba tardando. Me imagino que tú lo tenías distraído. Y yo me ponía inquieto. Tenía que *ponerle candela*. Y no sabes el gusto que me da saber que la bomba sí funcionó. Le puse el lindo moñito como un detalle especial, justo para ti.

Wendy lo miró con odio frío.

—No tienes alma.

Maison recorrió los dientes con la lengua y miró con indiferencia sus manos ennegrecidas.

—No lo dudo. Ahora tú también podrás pasar la noche en el abismo conmigo. Así tendrás una probadita de tu propio futuro —se dirigió a los piratas que la detenían—: si alguno de ustedes la toca, le arranco los huevos con mi propia mano. Le prometí a Peter Pan que se la entregaría inmaculada —le guiñó el ojo a Wendy—. El chico volador me obligó a prometerle que ni yo te tocaría. Pero bueno, ya sabes cómo son los capitanes piratas. No se puede confiar en ellos. Ahora dime, nena de la alta sociedad: ¿no te gustaría echarte un chapuzón?

Wendy se lanzó hacia adelante y se escapó de las manos de los piratas, pero ya era tarde: Maison le agarró la parte trasera del vestido y la arrastró por la popa. Un pirata luchaba por abrir una trampa pesada en el piso frente a ella. Maison la empujó hacia adelante, con una sonrisa demente.

—¡Sí que nos vamos a divertir, nena! La fiestecita comienza ahora. Disculpa la inconveniencia, pero las escaleras son para los miembros de la tripulación —se rio con maldad cuando la puerta se abrió debajo de ella—. Nos vemos pronto, Wendy.

*Ni lo creas, estúpido*, quiso decir, pero solamente alcanzó a gritar cuando los piratas la alzaron y la aventaron hacia adentro. Se cayó en unas aguas turbias que se agitaban y le cubrieron la cabeza. La trampa se cayó con un golpe arriba de ella, dejándola en la oscuridad total. Wendy detuvo el aliento cuando el agua le cubrió la cabeza, con el corazón tamborileando locamente. Algo baboso se deslizó al lado de sus piernas, y casi gritó bajo el agua. Se

controló y extendió las manos hacia abajo, sintiendo la madera del compartimiento. Sentía ganas de entrar en pánico pero se contuvo, y dijo para sus adentros con calma: *Ya sé dónde estoy*. Sus pies encontraron el fondo y se empujó hacia arriba. Su cabeza salió del agua en cuestión de segundos.

—Respira —se dijo en voz alta—. Respira.

Se paró y el agua le llegó al pecho. No se iba a ahogar, aquí no. Wendy se encontraba dentro de un gran compartimiento de madera, lleno de salmuera y peces vivos. Era el almacén de los víveres para los viajes largos en alta mar. El *Noche Repentina* también tenía un compartimiento así, aunque Wendy lo había visto en contadas ocasiones, cuando iba a juntar peces para el cocinero Keme. Sabía que el compartimiento del *Noche Repentina* tenía una palanca. La buscó con las manos, sintiendo las paredes, buscando una ranura, una tabla o algo que se le pareciera.

*Aquí está.*

Sintió una pequeña ranura en la pared del compartimiento, justo arriba de su hombro derecho. La palpó hasta que sus dedos sintieron una palanca de madera. Respiró hondo, se tapó la nariz, cerró los ojos y la jaló. El fondo del compartimiento se abrió y el agua la llevó hacia abajo con los peces. Se sintió ingrátida al caer, atravesando los varios niveles del barco. Cuando cayó al fondo con un golpe seco, los peces le sirvieron de colchón. El silencio la rodeaba. Wendy se preguntó cuáles nuevas sorpresas infernales le esperaban a bordo del *Contramara*.

Nada la podría haber preparado para lo que vendría después.

## XIX

Lo primero que vio fue un enorme cañón, con un círculo de hierro en la base, que apuntaba a lo más profundo de la quilla. A su izquierda y derecha vio filas de jaulas —verdaderas *jaulas*— hechas de bambú, que llenaban ambos costados del horrible barco. Se extendían hacia la oscuridad en la distancia.

Wendy se deslizó del montículo de peces apestosos y entrecerró los ojos. En el centro del lugar vio las llamas de una pequeña fogata que crujía y ardía dentro de una gran olla de hierro fundido. Wendy encontró un largo pedazo de madera —quizá había sido alguna clase de arma— y lo metió al fuego. La madera comenzó a brillar y Wendy dio un paso hacia atrás, alzando su antorcha improvisada.

No estaba sola. Lo pudo sentir. Wendy avanzó con la luz de las pequeñas brasas chisporroteantes. Comenzó a distinguir varias formas, de babor a estribor. Se acercó más y descubrió que eran cuerpos humanos. Cuando dio un paso hacia atrás y gimió, la cámara resonó con una voz muy conocida que le habló con melancolía.

—No hagas movimientos rápidos, no los vayas a asustar. Y sostén la antorcha a tus espaldas.

Era la voz de Booth, el sonido más dulce que había oído jamás.

Wendy lo obedeció y sostuvo la antorcha a sus espaldas. Caminó por la primera fila de personas. Por todos lados vio pequeños niños y niñas, con tanta mugre en sus caras que todos se parecían. Ante la luz de la antorcha que los iluminaba, fijaron la vista en Wendy. Los pequeños, lastimeros seres, tenían los labios partidos, con hambre que reflejaban sus ojos.

—¿Usted es nuestra madre? —susurró una niña pequeña cuando Wendy pasó.

Se conmovió más con cada paso. Una larga y redondeada tabla de madera cubría sus piernas. En cada fila había ocho niños, con un vacío en la mirada. El olor que desprendían no era humano, y Wendy tuvo que taparse la boca con la manga al adentrarse más en la quilla. Pasó una fila tras otra, caminando hacia la cabeza del pasillo, donde una figura más alta estaba agachada en las tinieblas.

—¿Booth?

—Aquí estoy, Wendy. Aquí estoy.

Uno de los niños extendió una mano cuando Wendy pasó y le tocó el borde del vestido. Wendy le dirigió una sonrisa bondadosa y el niño inhaló con sorpresa, como si nadie le hubiera sonreído jamás. Había una marca de hierro en la mano de cada niño, como si fueran ganado.

Los ojos de Wendy se llenaron de lágrimas incontrolables, que le llenaron la cara cuando caminó hacia Booth.

Éste estaba amarrado a un gran tambor de cuero con cuerdas que le ataban el pecho y la cintura. Un lado de su cabeza estaba lleno de sangre seca, y uno de sus ojos estaba hinchado y amoratado.

—Wendy... —croó su nombre y Wendy brincó hacia él. Anhelaba curar las heridas que manchaban su hermosa piel.

— ¡No lo puedes tocar! —escupió una voz grave.

Wendy se había distraído tanto con Booth y los niños que ni se dio cuenta del pirata feroz que estaba parado en la esquina, en silencio. La miraba con desconfianza, sosteniendo una espada y una vaina en las manos torcidas.

—Me dicen el Tumbas Nuevas. Aquí abajo yo mando, aquí en el abismo. Aléjate de tu muchachito bonito o te arranco el brazo. ¡P'atrás!

Wendy dio un paso hacia atrás. Alejarse de su amado Booth resultó casi imposible.

—Así es, nena. El muchachito tiene que trabajar.

Wendy volteó y notó desesperación en la cara de Booth. Cuando éste alzó la cabeza para dirigirse al Tumbas Nuevas, habló con voz temblorosa: — Disculpe, pero ¿no podría golpearme simplemente? Así, como hombre. Tiene que haber algún rastro de nobleza que sobreviva dentro de usted, alguna cualidad que refleje al menos un poco de honradez.

El pirata caminó hacia Booth con pisadas fuertes, empujando a Wendy a un lado y parándose frente a Booth. Sacó su mugrosa espada, cuya hoja estaba cubierta de manchas rojas oscuras.

—¡No!

Wendy gritó, temiendo por la vida de Booth, pero el pirata le dio la espalda a él y caminó hacia un pequeño niño al final de una fila.

—¡Déjalo! —gritó Booth.

El pirata apretó la espada contra el cuello del niño rubio, que no tenía más de siete años de edad.

—Diles cómo te llamas —le ordenó el pirata. El labio del niño tembló

cuando la espada le apretó el cuello con más fuerza.

—Pi... Pi... Pier —tartamudeó. El pirata le acarició la cabeza. Dirigió la mirada a Booth, sin mover la espada.

—'Tá bien. Yo no hablo como tú, acá, todo bonito, ¿verdad? Pero recuerdo que hicimos un trato ayer, cuando bajastes p' acá. ¿Verdad?

Booth asintió con la cabeza.

—Sí, yo lo recuerdo. Por favor, no le haga daño.

El pirata empujó la cabeza a un lado con tosquedad.

—Entons', sabes lo que tienes que hacer. Si no pegas ese tambor, le doy al chiquito Pier con ésta.

Lamió su espada y Wendy sintió náuseas.

—Wendy —Booth detuvo la vista en ella—, perdóname por lo que voy a hacer.

—Siempre te perdonaré —susurró.

Sintió un dolor en el corazón cuando el chico que amaba alzó los brazos, con dos palos de madera en las manos, y golpeó el tambor de cuero con ellos. Sin decir nada, los niños levantaron los remos. Booth tocó el tambor otra vez y los niños jalaban los remos con perfecto ritmo, jalando hacia el pecho y luego hacia arriba antes de empujarlos con cansancio. El barco aumentó su velocidad con el remo de los niños.

—Más rápido —siseó el pirata—. Tienen que ganarse la comidita.

Booth lo miró con odio puro, una mirada que Wendy nunca antes había visto en su rostro bondadoso, pero siguió tocando el tambor, más rápido.

*PUM.*

*PUM.*

El barco tembló con el ritmo del tambor. Los pequeños brazos de los niños temblaron; lucharon por jalar los enormes remos. El sudor se escurrió por sus caras, y miraron hacia adelante con un vacío en los ojos. Algunos eran más grandes que otros, pero ninguno tenía más de diez años. *No tienen más de diez...* Wendy suspiró: —Son los niños desaparecidos de Puerto Duette.

Fermina le había hablado de ellos: los pequeños que fueron secuestrados, arrancados de los brazos de sus madres. Incluso Garfio le había dicho una vez que Puerto Duette no era un lugar seguro para los niños.

El pirata se dio la vuelta de repente.

—¿Qué dijistes, nena?

Wendy dio un paso desafiante hacia adelante, con coraje recorriéndole las

venas. Para su sorpresa, el pirata dio un paso hacia atrás.

—¡Ustedes se llevaron a estos niños de Puerto Duette, del Huerto de las Rameras!

El pirata se encogió de hombros.

—Seee. Y de las casas y las calles. Y ¿qué tiene? ¿De qué les sirven a las putas del Huerto de las Rameras?

—¡Son sus hijos! —gritó Wendy, alzando los brazos—. ¡Los quieren! ¡Estos niños tienen madres que los aman!

La cámara se llenó de un suspiro colectivo. Cuando los niños oyeron sus palabras, sus caras se iluminaron como el mismo sol. Entre los tamborazos, se oyeron varios resuellos.

—Estos mocosos son la propiedad del capitán Maison. Comen y duermen en este barco. Y cuando se mueran, ‘amos a tirar sus cuerpos al agua. Y van a seguir al barco, en el *contramar*, con las otras almas perdidas —el pirata dio la vuelta y señaló a cada niño con la espada—. Alguien tiene que remar este barco, darle velocidad. Y estos mocosos son buenos pa’ trabajar. Tienen manitas bien ágiles. Es fácil alimentarlos. Y ya, se acabó, ¿qué más te puedo contar de estos pobres diablillos? ¡Siéntate, ya!

Wendy miró a su alrededor y se sentó calladamente al lado de una niña pequeña.

—Y tú ¿cómo te llamas? —susurró.

—Bekah —respondió la niña con timidez.

—Hola, soy Wendy.

Cuando tomó la mano de Bekah con una sonrisa compasiva, el rostro de la niña se iluminó. Booth siguió golpeando el tambor, y Wendy levantó el remo, esperando ayudar a estos pobres niños. Aunque le rompiera la columna, por lo menos podría quitarles un poco de peso de encima. La velocidad del *Contramar* incrementó, navegando entre las olas oscilatorias. Por fin entendió por qué el *Noche Repentina* nunca alcanzaba a Maison. Era muy difícil encontrar un barco en alta mar, y el *Contramar* siempre tenía más velocidad.

El coraje de Wendy se convirtió en desesperación que le llenó la mente. *La esperanza nunca me había parecido tan lejos*. Era imposible escaparse en alta mar, y la maldad que existía aquí, en el abismo, era poca comparación con el terrible mal que mandaba a la tribulación sobre la cubierta.

—¡Más rápido!

Un látigo de cuero pegó en la espalda de Wendy y ella apretó los dientes,

empujando con más fuerza.

—¡Sigue con ese tambor, hijito de tu papi! —gritó el pirata a Booth—. O tu noviecilla rema más fuerte, o un mocoso se muere.

Booth no veía a Wendy a los ojos cuando percutía las baquetas sobre el tambor, más fuerte y más rápido, con una mirada de desesperación que Wendy esperaba no volver a ver nunca jamás. Así que se dedicó a remar. Wendy remó por Booth, por todos los niños de Nunca Jamás y por sí misma. Necesitaba una distracción de su propia desesperación.

El día transcurrió a paso lento. Las horas agonizantes parecían años. El sol ya se había puesto cuando el Tumbas Nuevas finalmente dejó que los niños descansaran de remar.

Bekah apretó la mano de Wendy antes de colocar el remo en su lugar. Wendy aflojó el cuerpo, inconmensurablemente cansada. Los niños se pusieron de pie en silencio, dejaron los remos y corrieron a sus jaulas, cerrando las puertas a sus espaldas. Una vez que estaban en sus jaulas, Wendy oyó las primeras señales de vida: las pláticas calladas de los pequeños, el choque de sus manos mientras jugaban, sus canciones, su respiración agotada. Ese hecho le levantó el ánimo y le rompió el espíritu al mismo tiempo.

Debido a haber remado, a Wendy le salieron ampollas en las manos. Después de varias horas más, la piel se reventó y las grietas en sus palmas se convirtieron en un río de llagas sangrientas. Ya no percibía las manos. Sentía que le habían prendido fuego a la columna, y casi no podía pararse por el dolor agudo en la espalda lumbar. Cuando trató de caminar, sintió dos manos fuertes que le rodearon la cintura.

—Aquí estoy —los brazos de Booth la abrazaron, temblando, y Wendy se aflojó entre ellos.

—¿Dónde puede descansar ella? —le escupió al Tumbas Nuevas, quien estaba limpiándose la nariz con un dedo.

—Me vale. Na' más tienen que quedarse aquí abajo. Pero igual... —se dibujó una sonrisa asquerosa sobre su rostro—, ¿adónde podrían irse?

Booth acomodó a Wendy contra su hombro y la llevó a una esquina tranquila, donde algunos remos de sobra yacían entre un poco de paja. Los dos se pusieron de rodillas y Wendy casi colapsó por el peso del cansancio. Booth se reclinó contra la pared y acercó a Wendy a su pecho. Entonces se abrió la trampilla del abismo de un tirón, y Booth la apretó con los brazos.

—No dejaré que te lleve Maison. Me muero primero.

Wendy esperó que no fuera necesario. Un par de botas bajó por las escaleras. Luego Wendy sintió un alivio tremendo al ver que se trataba de un grupo de piratas que traían platos de gachas para los niños, los cuales extendían sus pequeñas manos entre las barras de sus jaulas. Dos platos cayeron al suelo frente a Wendy y Booth, además de las muchas maldiciones de los piratas. Booth alzó un plato con una mirada de asco.

—¿Crees que la hayan envenenado?

Wendy ya había comenzado a comer su ración. Le alzó una ceja a Booth:  
—A estas alturas, ¿crees que importe?

Booth suspiró y recorrió una mano por el cabello mojado de sudor.

—Claro que importa, maldita sea. No pienso quedarme en este infierno mucho más.

Wendy sonrió a pesar de la gravedad de su situación.

—Y ¿por qué?

—Por muchas razones. Primero, porque tengo que... no, me *urge* ver la cara de Peter en el momento en que lo derroten. Y porque quiero verte abrazar a tu hermanito de nuevo. Me refiero a Michael, claro está, no a John. Y además... —Wendy alzó la otra ceja— quiero volver a hacer lo que hicimos la otra noche. De hecho, es el motivo principal. Digo, prácticamente es el único motivo que importa.

Wendy le besó la mejilla, agradecida por su presencia, que le levantó el ánimo.

—Yo también quiero todas esas cosas. Las añoro más que nada.

Los piratas que se encargaban de alimentar a los niños caminaron hacia Wendy y Booth y les gruñeron la palabra “¡Manos!” Ambos extendieron las manos y les pusieron esposas de hierro oxidado.

—El capitán quiere que le llevemos a ésta mañana, tempranito —dijo un pirata.

—Traten nada más de quitármela —Booth tenía fuego en la mirada.

—No va a ser difícil después de que camines por el tablón. Va a pasar mañana tempranito también. A los tiburones les gusta desayunar apenas amanece.

Wendy suspiró y Booth se tensó a su lado. Los piratas se retiraron, riéndose al subir por las escaleras. Wendy se llenó de náuseas.

—No permitiré que suceda. Negociaré con Maison. Haré lo que sea necesario para mantenerte a salvo. Mantendré a todos a salvo.



Wendy se quedó pensando en esa idea incómoda, la misma con la que había luchado desde que se fue de la Isla de Pan la primera vez. Por fin comenzó a visualizarla. Volteó la mirada a Booth, con seriedad en los ojos.

—Necesito hablar contigo sobre algo.

----

Una hora después, Booth se reclinó con los ojos rojos.

—Así que todo está decidido.

Wendy asintió con la cabeza.

—Entonces, hay que dormir ahora —dijo Booth en voz baja—. Hay que conservar nuestras fuerzas. Sólo Dios sabe lo que pasará en la mañana.

Wendy asintió y cerró los ojos, cediendo ante el cansancio. Sin embargo, alcanzó a oír las palabras de Booth antes de quedarse dormida: —Espero no sea el fin del camino para nosotros, mi amor.

Más tarde —se preguntó si estaría soñando— despertó con la sensación de varios niños amontonados sobre ella, como cachorros. Sintió el calor de su respiración en el rostro. Cuando abrió los ojos un poco, vio a Bekah acomodada contra su pecho, con una expresión de tranquilidad.

—¿Estás fuera de tu jaula? —susurró Wendy.

Bekah sonrió.

—Como siempre.

Wendy se dio la vuelta y alcanzó a ver a dos niños que se acurrucaban contra la espalda de Booth. Éste gruñó una vez y volvió a roncar, abrazando a Wendy con más fuerza. Con una sonrisa de ensueño, Wendy colocó una mano sobre la de Bekah con ternura. Volvió a quedarse dormida, recordando que todavía existía inocencia en este mundo, que valía la pena luchar por ella, por más inútil que pareciera.

## XX

Wendy despertó y buscó a Booth con las manos, pero lo único que encontró fue la paja fría a su lado. Los niños que les habían mantenido prestado su calor estaban sentados en filas de nuevo, en posición de remar, con los remos en sus callosas manos y miradas vacías. Booth estaba amarrado de nuevo al tambor, con una expresión de miseria en la cara.

—'Ámonos —Tumbas Nuevas la miró con lujuria—. El capitán te quiere ver allá arriba.

Wendy apenas si había despejado la mente cuando el pirata la arrastró del lugar, jalándola por los varios niveles del horrible barco. El pirata casi la aventó hacia arriba por la trampilla. La luz del día la cegó. El cielo estaba nublado y gris; era una mañana melancólica en alta mar. Maison estaba parado a unos dos metros, y eran notorias las ojeras y los ojos rojos. Era notable que había tomado mucho alcohol.

—¡Ven acá, nena! —gritó. Otro pirata trató de jalarla del brazo, pero Wendy resistió con un gruñido.

—Soy capaz de caminar por mi cuenta, muchas gracias.

Caminó hacia el lado estribor del barco donde Maison estaba parado, discutiendo consigo mismo en voz alta. Lo alcanzó y se paró al lado del barandal. A su derecha, un largo tablón se extendía del costado del barco. ¿Era para Booth? Maison volteó hacia ella y le entregó una copa de vino tinto.

—Tu chico va a caminar por el tablón esta mañana —alzó su propia copa—. Hasta te di vino, ¿acaso no soy un hombre de misericordia? El trago te va a ayudar con el dolor.

Y cuando ya no esté el chico, vamos a celebrar tú y yo. A mí me encanta el sabor del vino en la boca de una mujer.

—Maison...

Estaba dispuesta a negociar por la vida de Booth, costara lo que costara. No obstante, el pirata se distrajo de repente y se inclinó hacia el agua, enfocándose en algo.

—¡Hay chatarra del lado estribor! ¡Vengan!

El *Contramar* dio una sacudida y Wendy se mareó. El fondo del barco golpeó contra algo duro con un estruendo.

—¿Qué es, capitán? —gritó el primer oficial de Maison. Éste recorrió los

dientes afilados con la lengua.

—Parece ser una lancha de remos. Verifiquen que esté segura antes de subirla a bordo.

*Una lancha de remos. La posibilidad de escaparnos.* Wendy se llenó de esperanza, pero se mantuvo completamente quieta. Maison se le acercó desde atrás velozmente y le envolvió la cintura con un brazo al empujarla contra la borda.

—¡Quiero que mires allá abajo! —Wendy le siguió la mano hacia el agua, donde la gran lancha de remos se movía suavemente al lado del *Contramar*. Wendy se inclinó más hacia afuera—. ¿Qué ves?

Wendy sintió náuseas.

—Cuerpos —susurró.

Eran dos: dos hombres hinchados, que tenían mucho tiempo de haber muerto. Uno presentaba una herida de navaja en el pecho que le había desgarrado la camisa, con sangre seca sobre el lino. El otro tenía una oscura mancha en la parte trasera del cráneo y un hoyo entre las cejas. Miraban hacia arriba con los ojos muertos abiertos; las moscas caminaban por sus labios. Debajo de los cadáveres estaba una lujosa cobija de damasco y algo que parecía ser un montículo de sacos de yute.

—¿Tú conoces a estos hombres?

Wendy enfocó la mirada.

—No. Digo... es difícil saber, pero creo que no.

No hacía falta mentir; jamás había visto a estos hombres. Maison le dio la vuelta y bajó el rostro para reparar en su mirada, buscando alguna señal de mentira. Wendy tragó saliva al sentir la peste de su horrible aliento.

—Muy bien —volteó y gritó a su tripulación—. ¡Wade! ¡Inch! ¡Revisen los cadáveres, perros! Si encuentran algo de valor, súbalo a bordo. Avienten los cuerpos al mar. Todo lo que sea de oro me pertenece a mí. Si a alguien se le ocurre esconder algo en el bolsillo, lo vamos a destripar y comer esta noche.

Dos piratas se amarraron cuerdas en la cintura y brincaron de la orilla de la cubierta, corriendo como arañas temerosas cuando alguien prende una luz. Bajaron hacia la lancha, la cual crujió bajo su peso.

—¡Sí que ‘tán bien muertos! —gritó el que se llamaba Inch.

Wade, el otro pirata, agarró el brazo de uno de los cuerpos y lo agitó.

—¡Parece que tienen muchos días que ‘tán muertos, mi capitán! ¡Y así huele también!

Maison agitó la lengua.

—¡Suban la lancha, entonces! No podemos dejar que se nos escape una sola pieza de oro.

El *Contramar* tambaleó con suavidad cuando subieron la lancha. Desde la orilla de la cubierta, Wendy la vio elevarse, a punto de colapsar bajo su propio peso. Al estar la lancha al nivel de la cubierta, la peste de los cadáveres putrefactos le llegó. Maison la rebasó.

—Quiten todo de los cuerpos y registren toda la lancha.

—A ver, ¿qué es esto? —dijo Wade—. Creo que estos pobres diablos se mataron por el tesoro. Mírenlo, ‘manos, todo es nuestro —se agachó de nuevo —; ‘iren, aquí hay oro y además... ¿Qué es esto?

La explosión de un arma sonó desde la lancha y todos se paralizaron. Inch miraba hacia adelante con los ojos bien abiertos. Un gran agujero había nacido en el centro de su frente, con un zarcillo de humo que se escapaba de su cerebro. Wendy agarró el barandal en el momento en que el pirata cayó boca abajo en la lancha. Sonaron tres disparos más, y los cráneos de otros tres piratas se abrieron de la misma manera.

¿Qué sucede? ¿Qué sucede?

Wendy dio un paso hacia atrás en el mismo momento en que Maison caminó hacia adelante con confusión en la cara.

—¿Qué diablos está pasando?

—¡Bien que sabes!

La voz conocida le provocó un escalofrío a Wendy. La cobija que cubría el fondo de la lancha voló hacia arriba y los cadáveres cayeron de la lancha. Aparecieron los barriles de dos revólveres, seguidos por dos gruesos antebrazos, llenos de poblados vellos negros y tatuajes diabólicos. Lo siguiente que Wendy vio fueron los ojos enloquecidos de Smith, llenos de sed de sangre. Voodoo y el César Negro aparecieron a sus espaldas, con las pistolas alistadas. Era demasiado para digerir. Wendy sentía el corazón en la garganta.

—¡Smith! —gritó. Sus ojos se encontraron por un instante.

—Gusto de verte, Wendy —Smith apuntó el arma a Maison, quien lo miraba con total incredulidad.

—¿Pero cómo...? —tartamudeó Maison, tomado por sorpresa—. Ustedes nunca nos pueden alcanzar.

—Sí podemos. Y sí lo hicimos. Vinimos por la niña, hijo de puta.

Smith disparó. Maison agarró la muñeca de Wendy y brincó a un lado, apenas escapándose del balazo que estalló contra el mástil. El rostro de Wendy se llenó de astillas de madera.

—¡Yo la mato primero! —Maison agarró el cuello de Wendy con sus dedos ennegrecidos.

*No me matará.*

Wendy hizo un puño con su mano libre y lo lanzó contra la boca de Maison con toda su fuerza. Sintió cómo sus dientes se hicieron añicos con el impacto. Entonces alzó la pierna y le dio en el abdomen. La sangre escurría de la boca de Maison; sonaban los balazos alrededor de Wendy; se liberó de las manos del pirata y se alejó de él corriendo.

Maison buscaba su espada, Smith y Voodoo disparaban contra cualquier cosa que se movía, y César Negro apuntó a la cubierta con su arma. Voodoo agarró las cuerdas y acercó la lancha más a la cubierta.

—Ah, el viejo *Contramar* —gritó Voodoo—. ¡Tan feo y apestoso como tu jeta, Maison!

Smith brincó de la lancha y cayó en la cubierta con un golpe, seguido por Voodoo y César Negro.

—¡Lárguense de mi barco! —gritó Maison, con los ojos desorbitados.

—Tenemos otros planes —le escupió Smith. Con sonrisa maléfica, sacó la navaja y cortó las cuerdas que sujetaban la lancha. Comenzó a avanzar, disparando rápidamente. Wendy se puso de pie de un brinco y trató de correr hacia las escaleras, pero un coro de disparos le impedía el paso. Los hombres de Maison corrían para defender a su capitán, mientras que Smith se quedó parado en un solo lugar con tranquilidad, tumbando a un pirata tras otro con sus pistolas.

—¡Mátenlos! —gritó Maison. Agarró la espada y se abalanzó contra César Negro, quien lo esquivó hacia un lado. Maison atacó de nuevo y sus espadas chocaron una y otra vez, mientras Smith masacraba a cada pirata que salía del casco del barco. Sonó una campana de alarma, y Wendy supo que en cualquier momento la cubierta estaría infestada de toda la tripulación del *Contramar*.

Oyó un terrible grito y volteó justo a tiempo para ver cómo Maison retiró su espada ensangrentada del pecho de César Negro. Éste parpadeó dos veces antes de caer a la cubierta. Maison alzó la espada y miró con deleite cómo la sangre se escurrió por la hoja. Dirigió una sonrisa loca a Smith.

—¿Tu capitán les encarga el trabajo sucio? Siempre supe que era un

cobarde.

—No sólo he venido para matarte, Maison —Smith alzó una de sus pobladas cejas—.

He venido para *aniquilarte*.

Maison se abalanzó contra aquél, que dirigió un disparo fallido a su cabeza. Wendy escapó entre el caos. Dos balas pasaron cerca de ella mientras caminaba hacia la popa.

Ahora los piratas salían en multitud desde debajo de la cubierta. Casi todos cayeron de inmediato en una explosión de sangre, ante los ataques repetidos de Voodoo.

De repente algo cambió en el aire. Un viento fresco recorrió la cubierta cuando Wendy llegó a la popa.

Un agudo chillido llenó el aire, y Wendy se detuvo para ver la copa de vino que seguía en su mano. Después de todo lo que había pasado, no la había soltado, y la copa había comenzado a vibrar en su mano. *Dios mío*. Wendy casi se rio al notarla. Siempre había pensado que no era más que una tonta superstición de piratas, pero ahí lo estuvo presenciando...

Uno de los piratas de Maison se arrastraba hacia ella, dejando un camino de sangre detrás de sí, tratando de alcanzar a su capitán, a quien le importaba un comino la vida de sus hombres.

—Capitán, ¿qué es eso? ¿Es una tormenta? —preguntó. Una forma negra apareció en el horizonte. Wendy volteó hacia Maison con una sonrisa cruel y le alzó la copa.

—No, capitán, ¡no es una tormenta! —gritó con fuerza—. Es una noche: una noche que viene de manera repentina.

Maison corría hacia su cámara, con Smith siguiéndolo.

—¡Llévate la moneda y lárgate del barco, Wendy! —le gritó Smith sobre el hombro—. ¡YA!

—¡Pero hay niños bajo la cubierta! —respondió Wendy.

—¡A ti te toca ver cómo los ayudarás!

Smith apuntó la pistola desde la cintura y disparó contra un pirata que se acercaba a espaldas de Wendy. Ésta apenas comenzaba a caminar hacia las escaleras cuando estalló la parte delantera del *Contramara*, en una explosión de astillas, llamas y tablas ardientes. La copa de vino cayó de su mano y voló hacia el agua. Wendy cayó contra el barandal y lo agarró con fuerza cuando el barco viró velozmente hacia la derecha. Por el humo alcanzó a ver bien el

barco negro en el horizonte.

¡PUM!

Llegó una segunda explosión que cayó cerca del mástil. *Hook no está esperando para atacar*. Wendy se puso de pie, con un zumbido en los oídos. Smith estaba tirado de espaldas, parpadeando.

—¡Levántate! —Wendy corrió hacia él, lo levantó de un tirón y le devolvió el arma —. ¿Estás bien?

Un lado de la cabeza de Smith estaba lleno de sangre.

—No me esperes, Wendy. Todavía me falta matar a un buen de hombres este día.

¡Aaaaagr!

Smith se puso de pie de un brinco y desapareció en el humo negro, gritando como un loco. Wendy corrió por la cubierta ardiente. La parte delantera del barco caía hacia el mar, entre las llamas que la consumían.

¡PUM!

Cayó otro disparo del *Noche Repentina* y Wendy vio el barco claramente, que se aproximaba con los cañones apuntando hacia el *Contramara*, que tembló bajo los pies de Wendy y el mástil comenzó a caer hacia ella. Se movió con toda la velocidad que pudo, abrió la puerta que daba con los peces y brincó hacia abajo justo en el momento en que cayó el mástil con un estruendo. Cayó al agua sucia con un chapoteo y jaló la palanca mientras tanto. Entonces se encontró encima de un montículo de peces muertos. Se puso de pie sin pensarlo.

Estaba en el abismo. Los remos estaban descuidados y abandonados en el suelo de la quilla. En la tenue luz del fuego, Wendy vio cómo Booth estaba parado frente a los niños, protegiéndolos. Tumbas Nuevas yacía tirado detrás de Booth, en medio de la paja ensangrentada, con la espada y la vaina en su mano. Booth encontró la mirada de Wendy. Su cuerpo temblaba.

—Es que... Él quería matarlos. No pude... No pude...

No había tiempo para la explicación. Wendy dio un paso hacia adelante; el piso tambaleó debajo de sus pies y la parte delantera del barco comenzó a desprenderse del centro. Los niños gritaron y corrieron, deslizándose por los brazos de Booth. Wendy corrió hacia ellos y agarró a dos, evitando que se empalaran en las armas que colgaban de la pared.

—¡Bekah! —gritó Wendy—, ¿hay alguna manera de salir de aquí sin ir por las escaleras?

La niña estaba en *shock* y tenía la cara pálida. Acababa de presenciar el asesinato de un hombre. Wendy entendió. Le agarró la barbilla y la miró a los ojos con ternura.

—Mírame, Bekah. Aquí estoy, estoy contigo —los ojos de Bekah se enfocaron—.

Necesitamos salir de aquí.

—Sí —dijo la niña lentamente, como alguien que apenas está despertando—. ¡Sí la hay! Hay una escotilla allá, atrás del arma. Da hacia afuera, pero casi siempre está bajo el agua.

Wendy volteó, y Booth ya se dirigía hacia el cañón giratorio. Apretó el cuerpo contra él, pero no pudo mover el arma; era enorme, hecha de hierro y estaba fijada al suelo.

—¡Empujen! —ordenó Wendy—. ¡Empujen todos!

Varios niños se apuraron para ayudar a Booth, y Wendy empujó también. Después de mucho esfuerzo, el cañón cayó, arrancando un gran pedazo del piso con su base. Sobre sus cabezas se oía el estruendo de la batalla. Wendy temía que Smith no saliera de esto con vida.

—¡Allá! —gritó Bekah, apretando la mano de Wendy fuerte, aunque Wendy no recordaba habérsela dado—. Ese cerrojo de allá abre la parte exterior.

Booth golpeó la escotilla con el hombro. Permaneció cerrado.

—Odio este barco, odio este barco, odio este barco —repitió a murmullos.

Dio unos pasos hacia atrás y se posicionó arriba de la escotilla. En ese instante el barco tiró hacia adelante con violencia. El *Contramár* entero se estremeció y Wendy detectó el olor a pólvora. Desde el techo, algo parecido a la brea comenzó a gotear sobre su cabeza. Entonces el lugar se llenó de una algarabía de terribles ruidos: el rechinado de la madera y los gritos de los niños.

Wendy se tiró al suelo y una parte del barco se arrancó y cayó.

En el lugar donde había estado la proa, veía el cielo y el mar que se acercaban de prisa.

Una red negra, cubierta de brea ardiente, chisporroteaba sobre la madera. El barco se sacudió de nuevo y el agua del mar llenó la cámara.

—¡Sáquenlos! —gritó Wendy justo antes de sumergirse en el agua. Nadó hacia arriba, jalando a Bekah consigo, empujándola hacia la superficie. Las dos salieron al aire jadeantes. Se oía la voz de Bekah por encima de los demás



gritos de los niños que se aferraban a las paredes, haciendo todo lo posible por mantener las cabezas fuera del agua.

—¡Hay que atorarlo! —gritó Bekah—. ¡Espérense!

Sin más aviso, Bekah se lanzó al agua burbujeante. Wendy gritó su nombre cuando dejó de sentir su mano. Zarcillos de humo ahora se desprendían desde arriba; a los escombros del *Contramar* los consumieron el fuego y el mar. *Qué bien*, pensó Wendy de repente. *Que este barco abominable se hunda en el abismo*. Echó una mirada a Booth.

Ambos tenían las cabezas pegadas al techo conforme el agua subía. En un momento de silencio fúnebre, el barco gruñó por todos lados.

—¡Qué bueno que pudiste conocer Nunca Jamás!, ¿verdad? —balbuceó Wendy.

Debajo del agua, sintió cómo la mano de Booth tomó la suya.

—Sí —dijo con seguridad y sin pensarlo—. Prefiero morir contigo que vivir sin ti.

Wendy cerró los ojos y esperó el momento en que el barco se hundiera por completo, jalándolos a los dos hacia el abismo. De repente la cabeza de Bekah apareció.

—¡Aquí está! Era de Tumbas Nuevas, pero él siempre lo usaba mal.

La cara de Booth se llenó de esperanza cuando vio la gran llave y la tomó.

—¡Sí! —gritó—. ¡Bekah, ven conmigo!

Los dos se sumergieron en el agua. Wendy exhaló cuando el agua le cubrió la boca.

Un ruido sonó debajo de sus pies, y la corriente le tiró las piernas.

¡PUM!

Oyó otra explosión, y otra más. Dos nuevos hoyos se abrieron en la pared de enfrente, y más agua fluyó hacia adentro. Wendy se preparó para la siguiente explosión, que la consumiría en llamas, pero nunca llegó. Abrió los ojos. Varios pedazos de barriles flotaron hasta la superficie. No eran balas sino barriles. *Garfio nos está regalando una salida*. Booth comenzó a empujar a los niños hacia los hoyos, donde estaba el alta mar.

—¡Naden hacia arriba! —gritó a cada niño al empujarlo por el hueco. Wendy notó el vestido harapiento de una niña que nadó hacia Booth, y sus ojos se desorbitaron.

*Las niñas. Niñas en el agua.*

—¡Bekah! —la niña volteó hacia Wendy al oír su nombre—. Cuando

salgas a la superficie, quiero que te encargues de que todas las niñas estén fuera del agua, ¡que se suban a un pedazo de madera o una lancha de inmediato! ¡No pueden estar en el agua!

¡Booth! ¡Las sirenas!

Booth luchaba por empujar a un niño regordete por el hoyo. Una vez que liberó al niño, extendió una mano para Bekah.

—¡Te oí! —gritó Booth—. Tú eres la última, ¿verdad? ¡Vamos! —Bekah respiró profundamente y se sumergió en el agua agitada, desapareciendo en el mar abierto.

Booth miró a su alrededor de prisa—. Bueno, Wendy, ¡sigues tú!

Wendy oyó las palabras de Booth, pero parecía que él mismo estaba bajo el agua. Algo la distraía, la atraía a las escaleras como un imán, hacia los escombros ardientes del barco, como si una cuerda atada a su corazón la tirara. Tenía un carácter mágico, y Wendy sabía que necesitaba encontrarla.

—¡Vayan ustedes! —le gritó a Booth—. Primero tengo que encontrar algo. Sigán sin mí, que los niños estén a salvo. Te lo digo en serio, Booth, ¡esas niñas no pueden quedarse en el agua!

Booth la miró con incredulidad.

—¿A qué te refieres con eso de “vayan”? ¿Qué cosa podrías necesitar tanto en este instante?

Wendy ya nadaba hacia la escalera, que se consumía en llamas.

—Tardaría demasiado tratar de explicártelo. Booth, ¡encárgate de los niños! Te veo del otro lado, ¡te lo juro! Tienes que confiar en mí.

Booth pudo haberla contradecido. Pudo haberla obligado a salir con él, pudo haberla empujado, pero no lo hizo.

—¡Pero las sirenas! —le gritó a Wendy—. ¡Tú tampoco puedes quedarte en el agua!

Wendy le dirigió una sonrisa pícaro, la cual se iluminó con un escombros de madera que pasó quemándose.

—Pero Booth, recuerda: ellas ya no van a querer mi sangre.

Booth tardó un segundo antes de soltar una carcajada loca. Durante un instante, en medio del infierno de fuego y muerte, Wendy lo amó más que nunca.

—Fue bastante indecoroso... todo lo que hicimos.

Wendy sonrió.

—Pero yo no me arrepiento de nada. Ahora, ¡vete! ¡De prisa!

## XXI

Todo caía. Wendy se impulsaba, agarrando las escaleras, huyendo de las llamas. Los diversos niveles del barco eran un caos de hombres gritando e incendios desbordados. Wendy corrió a la cámara donde había visto el tesoro, pasando por encima de los cadáveres mutilados y desfigurados, lo cual la dejó con náuseas.

Como el fuego y el humo le imposibilitaban identificar el lugar donde se encontraba, se orientó por las decoraciones macabras del pasillo. Subió dos niveles; escuchaba los peligrosos gruñidos debajo de sus pies. La puerta que buscaba apareció de repente y Wendy se abalanzó contra ella. En ese mismo instante, una mano ensangrentada le agarró el tobillo. Wendy cayó hacia adelante, torciéndose de manera defensiva, esperando ver el horripilante rostro de Maison. Pero no fue así, se trataba de otro pirata, un joven que tenía el cuerpo calcinado de la cintura para abajo. La sangre que se escapaba de una herida oculta en su espalda formaba un charco. El pirata era guapo, de piel morena y ojos cafés enmarcados por pestañas tupidas.

Wendy lo reconoció. Era el que estaba de guardia frente a la cámara de tesoros el día anterior por la mañana.

Cómo había cambiado todo desde aquel momento.

—Por favor... —suplicó el pirata—, ¡ayúdame!

Wendy dirigió una mirada al cuarto, con añoro, pero supo que lo que más importaba en ese momento eran sus propias convicciones. Se agachó al lado del hombre moribundo y tomó su rostro empalidecido entre las manos, viendo cómo sus labios cobraban un tono azul. Le habló con un susurro tranquilizante.

—Estarás bien. Pronto vendrá un doctor para atenderte.

—¡No mientas, por favor! —un gesto de resignación apareció en el rostro del pirata—. Me estoy muriendo, ¿verdad?

Wendy tragó saliva para contener el llanto, y asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al joven. Éste parpadeó.

—Me dicen el Algas. Pero mi nombre de pila es Joseph —enfocó la mirada en Wendy con dificultad—. Hace mucho tiempo que no digo mi propio nombre. Casi no lo recordaba —se percibían las contracciones de sus costillas, que se movían con su respiración desacelerada. Wendy le tomó la mano entre las suyas—. Oye, ¿cómo crees que será? —preguntó el pirata—. El

lugar que viene... Después.

Wendy le limpió la sangre de los ojos con la manga de su vestido.

—Creo que después viene un lugar de descanso. Despertarás frente a un nuevo amanecer. Es un lugar con aves, música, árboles...

—¿Y chicas? —murmuró el joven. Miraba más allá del rostro de Wendy. Ésta asintió con la cabeza. El barco emitió un estruendo. El agua comenzó a inundar las escaleras.

—Sí, hay chicas tan dulces como el viento de la primavera.

El pirata asintió.

—Nunca había conocido a una chica como tú.

Una lágrima se escapó del ojo de Wendy cuando sintió cómo se detuvo el corazón de Joseph. El pirata pronunció una sola palabra con su último aliento: —¿Mamá?

Wendy le cerró los ojos. El pirata llevaba un extraño medallón en el cuello; sin pensarlo, Wendy le quitó el collar y lo guardó, para que se salvara algo, una parte de él, antes de que el joven desapareciera entre las olas.

—Te recordaré, Joseph —le prometió.

Abrió la puerta de la cámara de tesoros de un golpe. Sentía el latido de su propio corazón en los oídos. El tesoro amontonado llenaba el lugar. Las monedas y joyas desbordaban los baúles, entre cálices y platos dorados. En ese instante, nada tenía valor: lo único que importaba era una pieza rara, la envidia de cualquier colector de antigüedades: una moneda de las hadas. Miró de un baúl a otro con desesperación.

El agua subió y el barco se inclinó hacia el babor. La cámara comenzó a inundarse.

*Bueno, ha llegado el momento. Se acabó.* Entonces una idea le llegó como un relámpago.

*No, no uses los ojos: usa las manos.*

Wendy hundió las manos en los montículos de monedas, cerrando los ojos. El agua le llegaba a las pantorrillas. Recordó el calor ardiente de la moneda, ese calor blanco que caracterizaba a las hadas. Movié las monedas con las manos, con los dedos bien separados, tratando de percibir la moneda.

Decenas de monedas de oro pasaron por sus palmas. El agua subió y le llegó a la cintura, a los senos. No había nada que le interesara, solamente oro y joyas, tesoros interminables, sus dedos recorrieron zafiros, coronas, perlas y... *No, espera.*

Debajo del dedo índice sintió una pequeña punzada de calor. Se detuvo y juntó las manos sobre el calor creciente. Comenzó a quitar las monedas lentamente, una tras otra. Al sentir que el calor se aproximaba, las tomó a puños. El agua le llegaba a la barbilla. Wendy inhaló profundo, sumergió la mano en un montículo de monedas...

*¡Aquí está!* Algo le quemó el nudillo. Juntó las manos en ese mismo punto.

Sacó la moneda (la cual no era más grande que una bellota), la limpió, justo cuando el agua le llegó a los labios. Ahí estaba: la calavera, las líneas circulares. *La canción*. Apretó la moneda, que le quemó la mano, y la alzó a la boca. Se le estaba acabando el tiempo.

Wendy respiró profundo antes de volver a sumergirse y salió nadando de la cámara de tesoros. Pasó debajo de la puerta y volvió al pasillo parcialmente inundado.

Un terrible crujido recorrió lo que quedaba del *Contramara*. La trampilla que daba con la cubierta ya no estaba. Para suerte de Wendy, la mitad del barco tampoco estaba.

Corrió hacia la luz y emergió entre una bola de llamas y madera carbonizada, poco antes del punto de quiebre. El agua debajo se agitaba con cuerpos y fumarolas de humo negro. Entre el estruendo de olas se oyeron los gritos desesperados. Wendy vio con horror cómo la aleta negra de un tiburón pasó entre los escombros. *No, no me puedo escapar por aquí*. Volteó y vio dos cadáveres de piratas que le impedían el paso, con heridas frescas de la pistola de Smith en las frentes. Los empujó a un lado.

Fue hacia lo que quedaba de la cubierta. En la angosta sección que permanecía nivelada, Maison y Smith seguían peleando, produciendo un estruendo metálico con los golpes de sus espadas. Ambos hombres estaban ensangrentados de pies a cabeza, su ropa estaba quemada y en sus rostros se registraban expresiones salvajes. Maison lanzó su espada hacia el abdomen de Smith; éste no la esquivó del todo y la espada le rozó la panza. Smith giró y bajó su espada cerca de la cabeza de su contrincante, pero Maison —un espadachín ágil— se agachó. El barco se sacudió de nuevo y los dos hombres tropezaron, apuntando las espadas el uno al otro, luchando por permanecer de pie.

—¡Hey, tú! —gritó Maison cuando vio a Wendy—. ¡Todo esto es por tu culpa! ¡Te subí a bordo de mi barco y trajiste una plaga de muerte a toda mi tripulación! ¡Bruja!

¡Bruja del mar!

Smith negó con la cabeza y se rio.

—No, no es una bruja, pero ¡sí que puede ser una gran molestia! —se abalanzó contra Maison y su espada pasó a unas pulgadas de él—. Aun así, ella nos pertenece a nosotros: a los del *Noche Repentina*.

Más rápido que una víbora, Maison sacó una pequeña daga de la bolsa y la dirigió contra Smith. Wendy gritó cuando vio cómo la daga se hundía en su hombro. Smith la miró con asombro y después dirigió una sonrisa enloquecida a Maison.

—Bueno, ¡eso sí que no me lo esperaba!

Smith la sacó lentamente y la sangre le recorrió el hombro. Wendy sintió náuseas cuando Smith alzó la daga ensangrentada frente a su rostro.

—Creo que usaré esta para matarte, Maison.

Maison se abalanzó contra Smith con la espada extendida. Smith le desvió el golpe y lo tiró al suelo con una fuerza brutal.

¡PUM!

La pólvora almacenada bajo la cubierta había comenzado a estallar. El piso se meció bajo los pies de Wendy con violencia y los escombros le llovieron encima. Volvió a mirar a los piratas y vio que Maison se arrastraba hacia Smith, quien permanecía inmóvil en la cubierta. Su espada no se veía.

—¡Smith!

Wendy empujó tablas de madera ardiente, trató de alcanzarlo, pero ya era tarde.

Maison le dirigió una sonrisa cruel al pararse sobre el primer oficial de Garfio.

—Mírame. Verás cómo lo mato. Después te cortaré hasta hacerte un montón de lindo y encantador chicharrón.

—¡Smiiiiith!

Wendy gritó con toda su fuerza, hasta que le dolió la garganta. Maison alzó la espada.

Antes de bajarla, la espada de Smith —la cual había ocultado bajo su propio cuerpo— penetró el abdomen de Maison. El capitán suspiró y gimió sobre la espada como un animal herido. Smith la agitó y el capitán del *Contramar* se deslizó por la hoja.

—Tú no me puedes matar —tartamudeó Maison—. Garfio me tiene que matar.

Smith le dio una palmada cariñosa en la mejilla.

—Ah, ahí estás equivocado. Tú te creías el peor enemigo de Garfio, pero no lo eres.

Ese título le corresponde a Peter Pan. Tú nunca has sido más que un estorbo para mi capitán, como un pequeño mosco, fácil de aplastar.

Smith hizo girar al aire la daga. Wendy vio cómo dio vueltas, brillando en la luz, antes de caer a la mano de Smith de nuevo. Éste la hundió en el corazón de Maison.

—Pero a mí me regaló la oportunidad de matarte. Fue su regalito de Navidad.

El cuerpo de Maison se estremeció y cayó a la cubierta. Smith volteó hacia Wendy.

—Bueno, estuvo divertido, pero ya es hora de que nos...

Lo interrumpió la erupción de la cubierta que se partió en dos, tirando las tablas hacia arriba. Wendy cayó de espaldas y sus pies se deslizaron por la madera fracturada. Miró hacia arriba y ya no pudo ver a Smith; en su lugar veía únicamente el humo que llenaba el aire. Wendy se aferró ante la incursión del agua que comenzó a tragar lo que quedaba del *Contramar*. El agua se le acercaba y Wendy supo que corría el peligro de morir, pues la podría hundir la contracorriente del mar. Se rio ante la ironía fúnebre de la situación.

Entonces cerró la boca con determinación y se arrojó al agua. El mar estaba frío y enardecido; la corriente dio vueltas y la jaló hacia abajo.

Pateó con toda su fuerza, resistiendo la corriente que provocaba el barco al hundirse en el mar de Nunca Jamás. No le servía de nada, pues el barco estaba demasiado pesado. Aunque supo que estaba a unos pocos metros de la superficie, la corriente no la dejaba subir. Tiró con los brazos y el medallón de San José flotó frente a su rostro, brillando en la luz del sol, tan cerca y tan lejos.

*Necesito respirar.*

Una gran sombra pasó por la superficie del agua, junto con el ruido de varias voces.

Entonces un gran chapoteo irrumpió en el agua. Vio el movimiento de dos piernas que se agitaban y una mano bajó para alcanzarla.

Pero no, no era una mano: era un garfio.

Wendy la agarró con alivio y la jalaron hacia arriba, a la luz y al aire.

—¡Aaaaaay!

Emergió del agua con un fuerte suspiro. Garfio estaba flotando a su lado, con su característico saco azul flotando sobre la superficie.

—Señorita Darling, no me parece el momento adecuado para armar tanto escándalo.

Wendy se inclinó hacia atrás y sonrió, respirando el aire ansiosamente. Garfio la ayudó a acercarse a una gran lancha de remos que brincaba sobre las olas; los dos tuvieron que luchar contra la contracorriente del barco que se hundía.

—Súbete a la lancha. De prisa, niña, que hay tiburones.

Dos manos la alcanzaron: eran las manos que Wendy conocía mejor que todo en el mundo. Booth la sacó del agua y la apretó con los brazos.

—Gracias a Dios —le murmuró, con la boca entre sus cabellos.

Wendy sintió un tremendo alivio al ver su rostro de nuevo. Miró por encima de su cara y vio a los niños acurrucados en las esquinas de la gran lancha, mirando hacia abajo al enorme cuerpo que acostaban entre las tablas.

¡DEJEN DE MIRARME ASÍ, MALDITOS MOCOSOS!

Smith tenía el rostro empapado de sangre, pero seguía vivo. Los ojos de Booth se detuvieron en la figura detrás de Wendy, ésta volteó y sonrió al ver que el capitán James Garfio se había subido a la lancha también, mojado y sonriente.

—Es la segunda vez que tengo que sacarte del mar con un vestido puesto. ¿Nunca se te ocurrió ajustar tus técnicas de supervivencia? —Garfio sacudió la cabeza y se quitó el cabello gris de los ojos—. Y claro, me da gusto saber que no encontré tu cadáver flotando por ahí. Aun así, no entiendo para nada por qué me has traído a todo un orfanato de niños. Además de este niño cachetón que me da órdenes como si yo fuera un trabajador más de su librería.

Wendy le sonrió a Garfio durante un momento antes de darle un abrazo apretujado.

Garfio se puso rígido al principio, pero finalmente sucumbió y le devolvió el abrazo.

—A mí también me da mucho gusto verte, señorita Darling. Se te ha extrañado.

Wendy no dijo nada. Necesitaba prolongar este momento feliz, incluso intoxicante, por el alivio que le provocaba. Después de un largo rato, Garfio la apartó de sus brazos.

—Bueno, tampoco hay que perder los estribos. Smith, nuestro problema



¿ya está resuelto?

—Maison está muerto. Yo mismo le di la puñalada —Smith sonrió—. Hasta me pongo nostálgico al recordar el momento.

—Muy bien —Garfio exhaló—. Y tú, señorita Darling, ¿por qué no dices nada? Si bien recuerdo, nunca dejas de hacerlo. ¿Te encuentras bien? —de repente su rostro se llenó de rabia—. ¿No me digas que Maison te ha hecho algo? ¿Te ha quitado tu...?

Wendy sonrió y abrió la boca. Con un gesto gentil, retiró la moneda de hadas del lugar donde la había guardado en la mejilla.

—No. Pero nosotros sí le quitamos algo a él.

Los ojos de Garfio brillaron al ver el oro.

—Dios mío, has encontrado una —ladeó la cabeza—. Aunque pequeña, esta moneda contiene todo el poder de Nunca Jamás.

A Wendy no le gustó la forma en que Garfio fijaba la vista en la moneda. La volvió a guardar en el puño.

—Sí, es un poder que ha hecho añicos a todo este mundo —miró a los niños que se acurrucaban en la parte trasera de la lancha en silencio, con los ojos desorbitados y temerosos—. Y ¿cómo nos encontraste, capitán?

—Bueno... deberás agradecerle a tu hermano —Garfio sonrió.

Wendy sollozó con alivio. *John está vivo. Hizo lo que le pedí.*

Booth sonreía y agitaba la cabeza.

— ¡Quién diría que ese sonso fuera capaz de algo tan noble!

Smith se puso de pie, tambaleó y se ajustó el pantalón, el cual estaba hecho harapos.

—¿Quieres saber cómo te encontramos, niña? El capitán te lo cuenta como si fuera poca cosa, pero este hombre estaba dispuesto a bajar la luna y las estrellas con tal de rescatarte, señorita Darling. ¡Mira nada más el barco!

Wendy se movió para ver bien el *Noche Repentina*, cuyo perfil estaba oculto detrás del amplio abdomen de Smith. La mayor parte del barco se veía igual, pero tenía una gran diferencia: su nivel inferior tenía el aspecto de una araña, con ocho largos remos negros que se extendían hacia afuera, del doble del tamaño de los que había tenido el *Contramar*. Volteó a ver a Garfio con un gesto furioso.

—¿Remadores? ¿Los obligaste a remar?

Estaba a punto de sacarle los ojos por semejante crueldad. El capitán le colocó una mano sobre el hombro.

—Tranquila, casi te sale humo de la nariz. Hicimos algunos ajustes en la tripulación para alcanzar al *Contramar*. Son los piratas los que reman, no los niños.

Smith emitió un bufido:

—Lo cual significa que tuvimos que comprometer la integridad estructural del barco.

Y nuestros mejores hombres tuvieron que remar. ¡Todo para encontrarte a ti! Cuando alcanzamos al *Contramar*, necesitábamos evitar que Maison te matara, así que yo tuve que ir a bordo de su barco. ¡Tardamos toda la noche en posicionarnos bien! Y bueno, a mí me encanta hacer cadáveres, pero no es agradable dormir debajo de ellos.

Wendy dirigió una mirada extrañada a Garfio.

—Por mí... ¡Hiciste todo eso por mí!

Aquél gruñó.

—No te sientas demasiado vanidosa, niña. Cuando le dije a Maison que lo alcanzaría en alta mar, lo dije en serio. Ya tenía buenas razones para temerme. Y después se pasó de la raya, al llevarse a la ahijada del *Noche Repentina*...

—Garfio negó con la cabeza—.

Pero Maison ya firmó su propia sentencia de muerte mucho tiempo atrás, con mi sangre.

A poco menos de cien metros de distancia, se oyeron los gritos de los sobrevivientes que se alejaban de la gran masa de llamas y madera, nadando hacia la lancha. El capitán Garfio colocó un pie sobre la orilla y miró hacia fuera.

—Hay que zarpar, Smith. Esos marineros serían capaces de volcar esta lancha.

—A la orden, capitán.

—Pero... los sobrevivientes. —Wendy agarró el medallón de Joseph que se colgaba de su cuello—. ¿No deberíamos tratar de salvarlos?

Garfio negó con la cabeza.

—Ya fui un salvador hoy, señorita Darling... No me pidas que me convierta en un santo.

## XXII

Al subirse a bordo del *Noche Repentina*, Wendy sintió que regresaba a su hogar. Las sonrisas que vio al llegar la llenaron de felicidad. La tripulación le dio una bienvenida alegre; Redd y Halcón la saludaron con emoción pueril.

Finalmente emergió la hermosa Fermina, con sus largos y gruesos rizos negros que se agitaban en el aire. Cuando la abrazó y la apretó a su bata, Wendy sintió tanto alivio que se estremeció.

—Has hecho muy bien, mi querida.

Wendy asintió; quería que ese momento nunca se acabara, siendo consolada por la mujer que tanto le recordaba a su madre.

—Vaya, ¿qué nos has traído? —Fermina se apartó de Wendy al ver a los niños del *Contramara* por encima de su hombro. Todos se acurrucaban en una gran multitud, aferrados a Bekah, con ojos aterrados. Fermina caminó hacia adelante y habló con voz tranquilizante, al extender una mano y acariciar la mejilla de un pequeño niño callado —. ¡Dios mío! Conozco estos ojos. Tú eres Magnus, el hijo de Thea.

La boca del niño se torció:

—Pues en el *Contramara* me decían el Percebe.

Fermina se agachó frente a él y tomó sus manos.

—Tu nombre es Magnus. Y yo sé que tu madre reza por ti todas las noches —volvió a pararse—. De hecho, yo me imagino que la mayoría de ustedes tienen madres que los esperan ansiosamente en Puerto Duette.

— ¿Y si nuestra madre ya está muerta? —preguntó Bekah, caminando hacia adelante con seguridad—. El pirata que me robó mató a mi mamá frente a mí.

Los ojos de Fermina se pusieron fríos.

—¡Bastardo! —escupió a la cubierta—. ¡Que el mar le desgarre el cuerpo! —colocó una mano sobre el hombro de Bekah—. Entonces, ¿te gustaría quedarte conmigo?

Claro que no puedo reemplazar a tu madre, pero estoy segura de que te puedo dar un hogar —Fermina notó la mirada consternada de Wendy—. Y no, tu hogar no estará en el Huerto de las Rameras.

Smith se acercó, empujando a Wendy a un lado.

—¡No vayas a adoptar a todos estos mocosos, Fermina!

—Tranquilo, mi amor —le dijo Fermina.

Smith hizo una mueca de coraje, pero no le contestó. Simplemente se dio la vuelta y se alejó, murmurando, con la cara enrojecida. Wendy alzó una ceja y miró a Garfio, quien simplemente asintió con la cabeza.

Continuó la reunión alegre a bordo del barco. Booth conoció a la tripulación, y Fermina se llevó a los niños a su morada temporal. Alguien dio un pedazo de pan a Wendy y Booth, el cual devoraron. Una vez a salvo, el hambre voraz se apoderó de ellos. Wendy se tragó su pedazo en menos de veinte segundos. Justo cuando se tragaba la última mordida, apareció otro rostro conocido que le desgarró el corazón. El pirata estaba parado frente a ella en silencio, con esperanza en la mirada, la cual le causó más dolor que cualquier ofensa. Se trataba de Voodoo... El padre de Oxley. Wendy suspiró.

Booth le apretó la mano:

—¿Quieres que te ayude a contárselo?

Wendy negó con la cabeza. Se tranquilizó momentáneamente al sentir el calor del cuerpo de Booth.

—No. Se lo tiene que contar alguien que quería a Oxley.

Wendy sacudió su vestido y caminó hacia Voodoo. De repente la cubierta del *Noche Repentina* se sentía como un mar interminable. Cuando se le acercó, decayó la mirada del padre de Oxley.

—Ya lo sé. Veo en tu mirada que es cierto: se nos fue.

Wendy colocó los brazos sobre los hombros del pirata: —¿Podrías venir a sentarte conmigo un rato?

Pasaron varias horas, entre lágrimas y enojos, risas y tristeza. Wendy se percató vagamente de la actividad frenética de la tripulación, de la puesta del sol a sus espaldas.

Voodoo dirigió una mirada melancólica y pensativa al mar.

—¿Sabes?, quisiera que Maison no hubiera muerto. Por lo menos así sentiría el fuego de la rabia y la venganza. En cambio, ahora estoy vacío. No siento nada.

Wendy movió la cabeza.

—No es justo. Oxley era la persona que más merecía sobrevivir a todo esto. Cuando hablaba con nosotros, nos sentíamos como las personas más importantes del mundo.

Yo me sentía así. A pesar de su sarcasmo, era extremadamente valiente. Él

tenía mucho más que perder que los demás. Y a pesar de ello, siguió luchando.

Voodoo sonrió a pesar de sus lágrimas.

—Un padre no podría sentirse más orgulloso de su hijo —se tomó un trago del ron que Garfio le había servido—. Sí, se lo dije la última vez que lo vi, ¿sabes? Le dije que estaba orgulloso de él, de todo lo que había hecho por esos niños.

Wendy se quitó una lágrima de la mejilla. Aunque le dolía llorar la muerte de Oxley, se sintió bien hacerlo con la persona que más lo había amado.

—Él quería mucho a esos niños —dijo Voodoo. Fijó la mirada en Wendy—.

Prométeme que su muerte no será en vano, que esos niños estarán a salvo.

Wendy colocó una mano sobre la de él, con un tremendo dolor en el corazón.

—Te lo prometo.

Oyó unos pasos que se acercaron a sus espaldas.

—¿Wendy? —era Booth—. Creo que me iré a descansar. No sabemos cuánto tiempo tendremos para dormir durante estos días.

Voodoo se puso de pie, con un paso inestable.

—El chico tiene razón. Sólo Dios sabe qué nos espera ahora. Garfio cree que Peter lanzará un ataque mañana, ahora que el *Contramar* se ha destruido —se agachó para darle un abrazo a Wendy—. Gracias por hablar conmigo sobre mi pequeño. Me has quitado un poco de la pena.

—Yo siento lo mismo —susurró Wendy.

Booth se sentó a su lado y la abrazó cuando Voodoo se apartó. Tenía preocupación en los ojos.

—Oye, no he visto a John en ningún lado. Creo que Garfio podría estar mintiendo sobre...

—¿Sobre qué? —los dos brincaron al oír la voz a sus espaldas. Frente al sol poniente, vieron la silueta del capitán Garfio que los miraba desde arriba—. Por favor, sé tan amable de decirme: ¿sobre qué les está mintiendo el capitán?

Wendy se puso de pie. Las piernas le temblaban de cansancio.

—¿Dónde está John? Dijiste que lo tienes aquí y que está a salvo.

—Y no te mentí, señorita Darling —miró a Booth—. ¿Podrías darnos un minuto?

Booth miró a Wendy. Ésta asintió:

—Está bien. Te veré bajo la cubierta.

Booth dirigió una mirada de precaución al capitán antes de desaparecer en la oscura noche.

—Me cae bien —dijo Garfio—. Tu vendedor de libros es un buen muchacho.

—¿Dónde está mi hermano? —exigió Wendy.

El capitán caminó hacia la popa, relevó al marinero y tomó el timón.

—Ven y siéntate conmigo, señorita Darling. Regálame una última oportunidad de platicar contigo a solas, con las estrellas como únicas testigos.

Wendy alzó el dobladillo de su vestido harapiento y lo siguió.

—No cambies el tema. ¿Dónde está mi hermano? —detuvo la rueda con una mano—. Estoy perdiendo la paciencia.

El capitán le golpeteó los dedos con la punta filosa de su garfio.

—A ti no te corresponde darme órdenes, señorita Darling. No olvides tu lugar a bordo de esta nave.

Wendy bajó la voz:

—Por favor.

Garfio despejó la garganta.

—Antes de que te conteste, recuerda que tu hermano mató a Búho. Le dio un balazo en el corazón y lo aventó al nido de cuervo, casi matándote a ti también en un descuido.

Wendy bajó la mirada al suelo. Recordó el golpe seco del cuerpo de Búho al caerse a la cubierta.

—Lo sé —susurró—. Pero él está arrepentido, te lo juro. Ha cambiado. A fin de cuentas, vino a buscarte.

Garfio tosió.

—Sí, vino a buscarme. Y sigue siendo un muchachito altanero y sumamente desagradable.

—Pero sigue siendo mi hermano.

Garfio sonrió.

—Me cae mucho mejor el otro, el pequeñito. Pero bueno, te digo que John nos encontró en Puerto Duette. Me habló del rey de las hadas y de la jirafa — Garfio dio una palmada a la bolsa de su saco—. Y aquí la tengo, gracias a él.

Wendy enderezó la columna.

—Dime dónde está mi hermano o corres el peligro de perder nuestra lealtad. Te recuerdo que no fue John quien habló con el hada, sino yo. Y casi

morí en el intento.

—Tu hermano está a salvo. Pero no pude poner su vida en riesgo a bordo del *Noche Repentina*. Mató a Búho... Y Halcón, el hermano de Búho, sigue a bordo de este barco, además de toda la tripulación que extraña aún a su compañero. No me parece necesario explicarte por qué John no pudo quedarse en la nave.

*Tiene razón. Por supuesto, tiene razón.*

—Entonces, ¿dónde está?

—¿Recuerdas la bóveda?

—¿Lo metiste a la bóveda?

—Tal vez te acuerdes de una cámara en particular que tiene la bóveda. Una que contiene una jaula giratoria, hecha para contener al chico volador.

Wendy dio un paso hacia atrás.

—¿Por qué encarcelar a John ahí? No puede volar. ¡Qué cruel!

—Al contrario. Cuando vi a tu hermano, descubrí que sí podía volar. Comencé a sospecharlo después de pasar unas horas con él. Pensé que trataba de ocultármelo, así que decidí probarlo. Lo levanté y lo aventé. Resulta que sí sabe volar muy bien.

Después de ese momento, era muy difícil detenerlo.

La mente de Wendy daba vueltas.

—¿Puede volar? ¿Cómo? Era incapaz de volar la última vez que lo vi. A mí me consta; yo misma lo empujé del precipicio.

—Así me dijo. Eres una chica muy lista, Wendy —Garfío revisó su brújula y viró el timón hacia babor—. Lo agarramos con una red y le quitamos la siringa. John nos dijo que Maison te había secuestrado, y tuve que tomar decisiones de prisa para alcanzarte.

A tu hermano lo mandé a la bóveda con unos hombres y comencé a zarpar. Me han dicho que está comiendo bien y ha descansado. Aunque me imagino que ha de estar un poco mareado —al ver el *shock* en el rostro de Wendy, Garfío le confesó la verdad—.

No te preocupes, solamente pasa una hora de cada día dentro de la jaula giratoria. No te agites tanto. Recuerda que mató a uno de mis hombres. La pena por ese acto, normalmente, es una muerte grotesca.

Wendy cruzó los brazos y miró hacia el negro mar.

—Te agradezco que lo hayas mantenido a salvo, aunque no me gusta que me aparten de mis hermanos. Nunca antes había apreciado todo lo que tenía,

cuando vivía con toda mi familia bajo el mismo techo, con seguridad.

—Hmmm... —Garfio se acarició la barba—. A decir verdad, suena maravilloso eso de vivir en paz con la familia —su rostro se puso serio, y Wendy creyó haber visto un destello de dolor en los ojos del capitán—. Hablemos de otra cosa: ¿qué es ese medallón que llevas en el cuello? ¿Es algún regalo melindroso de tu querido vendedorcito de libros?

Wendy se quitó el medallón y se lo entregó a Garfio.

—Para nada. Se lo quité a un marinero moribundo, a bordo del *Contramar* —Garfio hizo una mirada de tanto *shock* que Wendy casi soltó una carcajada—. No, pero no es lo que piensas...

—¡Me imagino que no! Nunca has dejado de sorprenderme, señorita Darling, pero nunca te imaginé con cara de saqueadora de tumbas —sonrió—. Si fuera así, no sé si sentiría orgullo u horror. O las dos cosas —enfocó la vista en el medallón—. Sí, creo que sentiría las dos cosas.

Wendy se sentó en la banca detrás de la rueda y juntó su vestido.

—Se llamaba Joseph, y se estaba muriendo. Estaba solo y tenía miedo.

—Entonces ¿tú decidiste robarle el collar?

—No quería dejar que el joven desapareciera —dijo Wendy suavemente. Garfio le devolvió el medallón y lo alzó frente a los ojos—. Tal vez hice lo incorrecto.

—Me parece un gesto de bondad. Pero debes saber que no es ni un medallón ni un collar.

Wendy alzó la cabeza y apreció el perfil varonil de Garfio, enmarcado por mil estrellas.

—¿No lo es?

—Toma el timón.

Wendy sonrió y comenzó a temblar en el fresco aire de la noche.

—¿De verdad?

—Por supuesto —Garfio se apartó, encendió su pipa y exhaló el humo lentamente.

Wendy tomó la rueda pulida y vio cómo los hilillos de humo escaparon de la boca de Garfio y desaparecieron en la noche. Garfio señaló el objeto que colgaba del cuello de Wendy—. Es un anillo universal. Son muy raros, pero de vez en cuando un marinero tiene uno.

—¿Para qué es?

—En términos náuticos, mide la latitud y la altitud estelar. Era muy común



en las colonias de España, allá en tu mundo. También te permite ver la hora al mediodía. Sin embargo, entre los marineros de Nunca Jamás existe la creencia, algo supersticiosa, de que el anillo universal siempre te lleva a tu casa. Estés donde estés, el anillo afina todas tus decisiones y te guía exactamente hacia el lugar donde tienes que estar.

Wendy alzó el collar y observó el grabado dorado sobre su filo. Recorrió con el dedo la esfera de vidrio en el centro.

—No creo que sea muy funcional —dijo con tristeza—. A Joseph lo llevó hasta el fondo del mar.

—Pues espero que funcione mejor para ti, señorita Darling.

Garfio la miró con la ceja alzada y sopló un aro de humo.

—Te veo diferente —dijo Wendy con naturalidad—. En un sentido que no me gusta.

Garfio suspiró.

—Estoy cansado. Lo que más añoro en este mundo no puede ser mío, por el gran riesgo que implica.

—Te refieres a Lomasi.

—Me refiero a la paz —inhaló profundamente y colgó un brazo del barandal del barco—. Y a Lomasi también, lo admito. Aunque prefiero no hablar de ella. Su nombre puede ser un rayo de luz o una piedra con la que tropiezo siempre. Depende de mi estado de humor.

—Y tu estado de humor ahora, ¿cómo está?

Sintió el helado aire nocturno al esperar su respuesta.

—Pensativo. Esperanzado —pausó—. Temeroso. Peter atacará mañana, ahora que el *Contramár* ya no está. Estará desesperado, después de perder a su mejor aliado... Y

descuidado. Pero no te preocupes. Lo veremos en el aire mucho antes de que se acerque al barco. Es imposible esconder a un centenar de niños voladores, ya sea en el cielo o en el mar —sonrió con malicia—. Además, tenemos un arma secreta, un as bajo la manga que Peter jamás podría anticipar.

El viento sopló con mayor fuerza y agitó el cabello de Wendy.

—Y después, ¿qué procede? ¿Después de que se arregle todo esto?

—¿Suponiendo que sobrevivimos?

—Desde luego.

Garfio movió la cabeza.

—¿Sabes?, nunca me había atrevido a pensar en un futuro de paz.

Wendy sonrió con una sonrisa sarcástica que Garfio no pudo ver en las tinieblas.

—Mentiroso.

Garfio pausó.

—Sí, tienes razón. Pero prefiero no compartir mis sueños con nadie. A fin de cuentas, no soy más que un hombre egoísta.

—No, no lo eres —Wendy viró la rueda suavemente—. Eres el capitán James Garfio.

Eres mi querido amigo; eres el hombre que liberará a mi hermano cuando llegue el momento.

—Si tú lo dices, señorita Darling. No había pensado tanto en el destino de John.

—Pues yo lo pienso cada minuto porque a mí me corresponde protegerlo —Wendy se apartó del timón y, de repente, anheló sentir los labios de Booth sobre su boca, sentir sus brazos rodeándole la cintura.

—Toma —dijo Garfio. Le aventó la jeringa dorada y Wendy la agarró con facilidad.

—Me iré a descansar, capitán.

Garfio le inclinó la cabeza.

—Buenas noches, señorita Darling. Que descanses profundamente. Dios sabe qué vendrá con el amanecer.

Wendy encontró a Booth esperándola en la escalera, con la cabeza reclinada contra la pared, medio dormido. Sin decir una palabra, le tomó la mano y lo llevó a la que antes había sido su cámara secreta. Giró la perilla de hierro, empujó la palanca de madera, y la puerta se abrió, revelando la pequeña cámara con sus literas de madera. Entraron y Wendy cerró la puerta, y llevó a Booth a la litera inferior, mientras aflojaba su vestido.

Sintió el calor de las manos de Booth sobre su cintura. El chico la alzó a la altura de su cadera, recorriéndole la espalda desnuda con las manos y metiendo los dedos entre su cabello enmarañado. Cuando se tiraron a la cama, Wendy sintió que su cuerpo estaba a punto de consumirse en llamas.

Cada quien se perdió en el abrazo del otro.

Más tarde, cuando Booth estaba dormido, Wendy bajó de la cama, tapándose únicamente con una cobija. Se agachó y sacó la moneda de las hadas de la bolsa del vestido. Sintió el calor en la palma de su mano. Metió la mano debajo de la cama y encontró la caja de cartas del padre de Garfio, la

cual Michael había descubierto una vez. Sacó una, aplanó el papel blanco, y buscó la pluma de oca dentro de la caja. Colocó la moneda de hadas bocabajo sobre la cama, la estudió fijamente, y comenzó a trazar las líneas sobre el papel. Tuvo cuidado para no cantar las notas musicales que aparecieron frente a ella.

Era la canción de La Sombra.

## XXIII

A la siguiente mañana, Wendy y Booth se encontraban sentados sobre la cubierta, comiendo con la tripulación. Wendy sentía un calor hogareño que no había sentido en mucho tiempo. No había señal alguna de Peter en el cielo, ni de su ejército. Era una mañana relajante, un pequeño regalo del cielo. Booth se llevó maravillosamente con todos; con Garfío tuvo largas y amenas charlas sobre filosofía, mientras que la tripulación se divertía enseñándole sus muchas groserías de marineros, las cuales Booth repetía con su perfecta cadencia británica.

—A ver —dijo un pirata—, di esto: “Esa vieja tiene un culo de los buenos”.

—Pues yo diría —replicó Booth con una sonrisa—: “Las pompis de aquella dama lucen singularmente estéticas”.

El continente de Nunca Jamás estaba a casi dos kilómetros de distancia: un gigante verde que emergía del agua turquesa. Los precipicios irregulares de Los Dientes sobresalían del costado de la isla, con aspecto violento y amenazante. El agua brillaba con la luz del sol, y una parvada de garzas azules voló cerca de la orilla. Wendy comió una cucharada de gachas insípidas, luego examinó la isla, pensando en la belleza estética que ocultaba los incontables pecados cometidos sobre su suelo. A sus espaldas, la tripulación del *Noche Repentina* soltó una carcajada por algo que Booth había dicho.

Su amado enderezó la espalda, orgulloso de su chiste bien recibido. Wendy se rio también, pero su sonrisa desapareció cuando descubrió la mirada de Garfío desde el otro extremo de la mesa. Sin decir nada, éste se puso de pie.

—Silencio.

Habló con seriedad fúnebre, y la tripulación se calló de inmediato.

—Las aves —susurró el capitán.

Wendy volteó y le siguió la mirada hasta la playa. Arriba del dosel de la selva, centenares de aves salían volando desde el centro de la selva. Gorriones y halcones salieron de entre los árboles a quemarropa, cantando sobre el agua al huir.

—A lo mejor no es nada —murmuró Redd—. Tal vez vieron a un gato Keel que los espantó.

Garfio corrió a la cubierta con su catalejo y lo enfocó en la selva. Todos a bordo del barco guardaron silencio; cada quien oía únicamente el latido de su propio corazón.

Garfio se apartó del catalejo y parpadeó muchas veces. Colocó la mano sobre el mango de su espada, y Wendy entendió que todo había comenzado.

—¡PETER PAN! —gritó Garfio, y la multitud estalló con la actividad; todos los piratas corrieron a sus puestos. Se alzaron las armas y la bandera del padre de Garfio sobre el agua. Empujaron cañones y alzaron torretas de hierro por babor. Wendy corrió hacia Garfio, y éste le prestó su catalejo.

—¡Mira allá, entre los árboles, donde salieron las aves!

Wendy miró por el catalejo, giró el lente, y se detuvo su aliento. Se despegaban figuras oscuras entre los árboles, *cientos* de figuras, espantando a las aves al llegar a las copas de los árboles. Era una trampa. Peter sabía cómo atrapar al *Noche Repentina* cerca de la costa.

Garfio había pensado que verían la llegada del enemigo por el aire, pero lo habían esperado toda la noche, escondidos entre los árboles.

Fue entonces cuando el ejército de Peter comenzó a volar saliendo de entre los árboles. Llenaron el cielo mañanero como un grupo de águilas. Peter volaba en la cabecera de la formación, con una espada dorada en la mano que brillaba con la luz del sol. Se lentificó un momento para observar al *Noche Repentina* debajo de él, mientras los Niños Perdidos se distribuían para formar posiciones de combate de ambos lados de él, como un par de enormes alas. Wendy vio a los chicos que tanto había amado y exhaló, largo y despacio, sabiendo que ya había llegado el final. Se acababa el juego.

Con el sol a sus espaldas, Peter Pan alzó la cabeza y cacareó: —Ha comenzado la gran guerra de Peter. ¡Mi guerra!

—¡Manos a la obra! ¡A toda velocidad! ¡A babor! —Smith gritó. Con una espada en la mano, brincó al lado estribor del barco—. ¡Echen un buen ojo al agua, no nos vayan a abordar desde abajo!

Alrededor de Wendy, toda la tripulación del *Noche Repentina* corrió por la cubierta, empleando sus manos disciplinadas y bien capacitadas. Los piratas escalaban las redes por todos lados, subiendo al aire como arañas. Garfio gritaba órdenes mientras corría por toda la cubierta, revisando cada arma dos veces antes de tomar su lugar al timón.

Wendy caminó por el torbellino de caos y subió al mástil principal para ver todo mejor.

Peter Pan dirigía a su ejército, compuesto de centenares de niños, hacia el mar. Eran tantos que casi opacaban el sol.

—¡Carguen las armas! —gritó Smith. Sus palabras sacudieron a Wendy y la quitaron de su estupor. Ella alzó las piernas y se deslizó por la cuerda, cayó a la cubierta con un golpe seco y corrió hacia el lugar donde Garfio estaba al timón—. ¡Cañoneros, a estribor!

Wendy se paró frente a él con fuego en los ojos:

—Tú me prometiste que no les harías daño.

—Señorita Darling, ¿acaso te tengo que recordar que nos están atacando?

Wendy se paró frente a la rueda para impedirle la vista.

—Quiero que cumplas tu promesa, capitán Garfio. Solamente son niños.

Cuando le encontró la mirada, Wendy supo que había ganado. Garfio suspiró.

—Pero no permitiré que mis hombres se mueran sin sentido.

—No es lo que te estoy pidiendo.

Garfio gruñó y escupió:

—Maldita seas, mujer —con un largo suspiro, se alejó del timón.

—¡Óiganme, hombres! Dense por avisados: esta podría ser la última batalla del *Noche Repentina*, y será una pelea grandiosa. Ha sido un placer servir como su capitán durante este tiempo. Y les juro por todos los dioses que espero seguir siendo su capitán el día de mañana.

Los piratas aplaudieron de júbilo.

—Lo que les voy a decir no les va a gustar, pero sí les servirá para que tengan la conciencia limpia cuando conozcan a su Creador —el silencio se apoderó de la tripulación—. No estamos aquí para matar a esos niños. Los que vuelan hacia nosotros son niños. Peter Pan les ha lavado el cerebro. Ustedes mismos lo saben. Es más, algunos de ustedes tienen hijos en Puerto Duette que son de esa edad.

Wendy vio que uno de los piratas asintió con la cabeza.

—No les diré que no se protejan. Tampoco les pediré que sacrifiquen el *Noche Repentina* por uno de estos pequeños erizos. Pero les pido, por la señorita Darling y por mí, que hagan todo lo posible por no matarlos. *Traten de atraparlos*. Hoy será el día en que matemos a Peter Pan, no el día en que nuestras manos se manchen con la sangre de los inocentes —Garfio alzó la espada—. El día de hoy, ¡el *Noche Repentina* combatirá a favor del bien! ¡Y si no están conmigo, los invito a caminar por el tablón!

Smith alzó la espada al aire sin titubear, mostrando su apoyo. Voodoo hizo lo mismo y habló con voz temblorosa: —Por Oxley, quien antes era uno de esos niños voladores.

Redd alzó su espada corta:

—¡Por Wendy, por Garfio y por el maldito *Noche Repentina!*

Booth alzó su propia espada y Wendy lo observó con orgullo. Su amante letrado y estudioso ahora lucía bronceado y feroz, con la camisa parcialmente abierta y con determinación en el rostro. Reflejaba una fuerza descomunal.

Garfio despejó la garganta:

—Ahora, ¡a defender el barco! ¡Tomen todos los prisioneros que puedan, y tómenlos con vida! —bajó la voz y habló con un gruñido—: ¡¡¡Y tráiganme a Peter Pan!!! —se apartó del timón y miró a Wendy—. Y tú, señorita Darling... ¿ya sabes lo que tienes que hacer? Podrías ser la única persona capaz de ponerle fin a todo esto.

Wendy asintió. Comenzó a alejarse, pero Garfio le agarró el brazo.

—Sabes que lo mataré si se me presenta la oportunidad.

Wendy se acercó, le besó la mejilla, provocándole una reacción de sorpresa, y dijo: —Gracias por ser mi amigo. No dudes en matarlo.

Corrió bajo la cubierta, brincando sobre las escaleras, hacia la litera donde había sentido la pasión de Booth la noche anterior.

Metió una mano bajo el colchón y la cobija harapienta y sacó la jeringa dorada. Tomó la moneda de hadas de la blusa, la cual siempre mantenía cerca de sí. Sacó la hoja donde había anotado la partitura. Estudió las notas, tratando de no dejarse abrumar por el miedo. El miedo era el elemento clave de todo lo que sucedía.

Peter llamaría a La Sombra al momento de llegar a la desesperación; no lo haría antes.

La llamaría cuando su altanería comenzara a transformarse en temor. Y justo cuando apareciera La Sombra, Wendy la llamaría para separarla de él. Ya tenía casi todo lo que necesitaba... Todo menos la seguridad de sentirse capaz de lograrlo. Desde la cubierta oyó voces de pánico. De prisa guardó la jeringa y el papel doblado dentro de un pequeño morral, el cual se puso sobre los hombros temblorosos. Guardó la moneda dentro de su blusa, sin pensarlo más.

*Respira, respira, respira...*

¡PUM!

La explosión de un cañón la sacudió. Corrió por el pasillo y subió por la escalera de huesos hacia la cubierta del *Noche Repentina*.

El ejército de Peter volaba muy bajo sobre el agua, con formación en espada, avanzando velozmente. Justo antes de llegar al *Noche*, Peter dio un giro hacia arriba para evitar el alcance de los cañones. Los niños siguieron avanzando directo hacia el barco. Cuando estaban a punto de chocar con el *Noche*, los chicos volaron hacia arriba, envolviendo al barco y suspendiéndose en el aire arriba de él.

Parecía que una parvada de aves de rapiña atacaba el barco . Todos los Niños Perdidos llevaban capas de color granate con anchas capuchas, lo cual hacía que se parecieran todos entre sí. Llenaron el espacio aéreo del *Noche Repentina* como enjambre . Atacaron desde arriba del mástil, desde babor y estribor. Los Niños Perdidos estaban en todas partes, y estaban bien armados. Sonaron los gritos por toda la cubierta cuando los niños, con sus armas al hombro, abrieron fuego contra los piratas. La tripulación se protegió de inmediato: cada quien alzó un escudo metálico y miró por la angosta rendija. Los balazos que le llovieron al *Noche Repentina* hicieron harapos la vela.

A los Niños Perdidos se les estaban acabando las balas. De pronto, comenzaron a cargar sus armas de nuevo. La cubierta comenzaba a mostrar cadáveres. Wendy corrió al lugar donde Garfío giraba la rueda, corriendo en zigzag para evitar las brasas ardientes que caían del cielo, volando como meteoritos con colas de humo negro.

Cuando se detuvo para respirar, vio con horror cómo una enorme piedra aplastó la cabeza de Blair Sangriento.

Peter dio un grito de júbilo sobre su cabeza. Halcón gritaba desde el nido del cuervo y el cuerpo inerte de un Niño Perdido cayó al mar. Del otro lado del barco, los Niños Perdidos flotaban en el aire arriba del lado estribor, donde Booth corría hacia el mástil central con el cuerpo ensangrentado de un Niño Perdido sobre el hombro.

Wendy se apretó contra una pared y una lluvia de balas penetró la madera sobre su cabeza. Para suerte de todos, los Niños Perdidos tenían terrible puntería, e incontables balas cayeron inofensivamente al agua.

—¡PREPAREN LA BANSHEE! —gritó Garfío.

Redd apuntó un lanzador de arpón hacia un gran grupo de Niños Perdidos que volaban juntos.

—¡Fuego!



Dos arpones fueron lanzados desde los dos extremos del barco, con una explosión de humo negro, y una larga red se extendía entre ellos. Los Niños Perdidos evitaron las puntas afiladas de los arpones que dibujaron un arco en el cielo; así los chicos se posicionaron justo donde Garfio los quería: en el camino de la red que se colgaba entre los arpones. Éstos se desprendieron de la red y cayeron al mar, dejando a los niños enredados, una maraña de brazos y piernas y gritos de frustración que caía hacia abajo.

—¡Fuego!

Garfio gritó de nuevo y la misma arma tiró del otro lado del barco. En esta ocasión, uno de los chicos sacó una espada y cortó la red cuando llegó, la cual cayó flácida al mar. Se cayó la capucha del niño y Wendy vio el rostro feroz de Abbott, quien observaba el barco, con una manada de Niños Perdidos volando alrededor de él como pájaros.

—¡Ya! —gritó Abbott.

Los Niños Perdidos volaron hacia la cubierta, agarraron a los piratas de los brazos y se lanzaron al aire de nuevo. Con el poder del vuelo alzaron a los hombres y luego los aventaron, entre gritos, al mar turbulento. El *Noche Repentina* dio una sacudida cuando Garfio giró la rueda y su base chocó con los Niños Perdidos que lanzaban dinamita a los portales abiertos del barco.

—¡Los cañones de agua! —gritó el capitán.

Gruesas columnas de agua erupcionaron de los costados del barco, tirando hacia el aire, y los Niños Perdidos se esparcieron. Muchas de sus armas cayeron al agua.

Wendy vio con asombro cómo Smith dobló el engranaje con impresionante velocidad, empleando sus gruesos brazos para tirar el agua salada hacia arriba. Las columnas de agua dibujaron arcos en el aire, empapando a todos los presentes y creando un túnel de agua defensivo sobre la cubierta del *Noche Repentina*. Muchos de los Niños Perdidos que quedaron atrapados a bordo del barco se veían con pánico.

Hacía unos minutos habían tenido la ventaja, y ahora se veían como ratas enjauladas.

Los piratas se abalanzaron contra ellos de inmediato.

Wendy se posicionó al lado de Garfio. De repente oyó una risa jovial: — Ay, ay, chicos, ¿acaso los he asustado?

El agua se partió sobre su cabeza y vio que el rostro de Peter salió del muro espumante. Penetró el túnel de agua como si nada.

—¡Son maravillosos estos trucos! —Peter gritó con los brazos alzados—. ¡Tu bienvenida me halaga, James Garfio!

Sin pensarlo, Wendy colocó la mano sobre la daga a sus espaldas; sintió el calor de su mango. Peter le sonrió y habló suficientemente fuerte para que todos oyeran: —Tengo un regalo para la tripulación del *Noche Repentina*. Para compensarlos por el generoso presente que nos regalaron.

Peter desapareció detrás del agua. Sus manos volvieron a penetrar la cascada y, entre ellas, Wendy vio una caja blanca con un listón rosa.

—¡A cubierta! —gritó Wendy. Al mismo tiempo, Booth gritó: —¡Una bomba!

Wendy y Booth chocaron y él la cubrió con todo su cuerpo. Los piratas se esparcieron y la caja cayó sobre el costado babor. Wendy sintió la explosión en la médula. Humo.

Fuego. Gritos. El mástil se quemaba y una bandera negra de piratas cayó a los pies de Wendy, chamuscada. Un pie cercenado cayó al lado de Booth. La cubierta no se quemaba, pues su barniz negro era a prueba del fuego, pero todo lo demás estaba en llamas.

La bomba le había regalado a Peter los segundos que necesitaba. Aprovechó el momento de confusión y, tras su grito, los Niños Perdidos se lanzaron por el túnel de agua, por todos lados del barco, entre el estruendo de balazos y fuertes pisadas de piratas. Se desató el caos y los Niños Perdidos se preparaban para abordar el barco.

—¡Bayonetas al timón! —gritó el capitán, desenfundando su propia espada.

Wendy oyó un molido bajo la cubierta y todos los arpones del *Noche Repentina* viraron hacia adentro.

—¡Enciendan la noche! —gritó Garfio.

Wendy corrió hacia un cañón negro debajo del mástil anterior. Jaló el gatillo y una gran flama azul recorría toda la cubierta.

Los bordes del barco se llenaron de llamas locas que llegaron hasta el barandal de la cubierta, lo cual imposibilitó que muchos de los Niños Perdidos aterrizaran. Peter esquivó las llamas fácilmente, pero se encendió el borde de su saco. Se lo quitó con una mirada de asco y lo aventó a los pies de Wendy.

Smith se abrió camino entre la muchedumbre frente a ella, arrastrando a un grupo de Niños Perdidos ensangrentados, dirigiéndose al centro del barco. Las

balas rebotaron de su coraza metálica. Golpeó a un Niño Perdido en la cara y agarró el pie de otro, alzando a los dos y pegándolos contra la cubierta.

Wendy sentía el corazón en la garganta. Smith, el hombre que una vez había cortado la garganta de un Niño Perdido frente a ella, estaba haciendo todo lo posible por desarmarlos y capturarlos. Lo hacía con casi todos los niños. Smith había ganado una pelea de espadas con un chico mayor, dejándolo herido pero no muerto. No alcanzó a ver a un niño pequeño que avanzaba por el umbral cerca del tablón.

Una de las pequeñas manos del niño estaba cerca de la red; en la otra cargaba una pistola con mucha incertidumbre. Era Thomas. Estaba atrapado y estaba solo. Smith volteó hacia el pequeño niño y éste alzó el arma con una mano temblorosa. Wendy corrió con los brazos extendidos y gritó su nombre: —¡Thomas, detente! ¡Thomas!

Éste volteó cuando oyó su nombre y la vio con una cara aterrada. Cuando le habló, su voz reflejaba un poco de esperanza: —¿Wendy?

Smith cometió el error de abalanzarse contra él. Thomas jaló el gatillo con temor.

Wendy gritó al ver cómo la bala cayó entre los ojos de Smith y su cabeza se tiró hacia atrás con una explosión de humo negro. Wendy cayó sobre Smith, se agachó sobre su cuerpo y le envolvió el rostro carnoso con las manos. Este hombre tan enorme, tan fuerte, había caído en cuestión de segundos.

Smith murió antes de caer a la cubierta. A sus espaldas, Garfio gritó con agonía.

—¡Thomas!

Wendy volteó a ver al niño, que se veía tan atónito como ella. La pistola cayó de la mano del niño con un ruido, y éste cubrió la cara con las manos.

—¡Lárgate de aquí, Thomas! ¡Vete, ya!

Wendy movió la mano y Thomas voló hacia arriba, desapareciendo entre los manantiales de agua. Garfio estaba parado a su lado; le habló con una voz que se oyó a pesar del estruendo caótico.

—¿Smith?

Wendy negó con la cabeza. Trató de alcanzarlo, pero Garfio la empujó, con la cara enfurecida.

—¡Apaguen los cañones de agua!

Dio la orden a Voodoo, con la voz plana, con ojos moribundos.

—¿Perdón, señor? —Voodoo se veía confundido.

—Es una orden de tu capitán.

Se apagaron los cañones de agua y el agua volvió al mar. Garfio subió a la cubierta alta con pisadas fuertes.

—¡PETER PAN! —gritó—. ¡Ven y pelea conmigo!

El mundo entero guardó silencio. Tanto los piratas como los Niños Perdidos se detuvieron y vieron cómo Peter Pan descendió frente a Garfio, con todo el aspecto de un dios oscuro.

## XXIV

Wendy observó el descenso de Peter. Vestía un pantalón de cuero color verde oscuro, tejido con correas de cuero, bajo una túnica verde con hojas doradas bordadas sobre los hombros y la cintura. En la cabeza traía una corona hecha de muchas lunas doradas. Sus ojos, de color azul marino, brillaron al observar a Garfio. Los blancos zarcillos de magia se desprendieron de su cuerpo, y tenía la misma hermosa sonrisa de siempre.

—Entonces, mi querido Garfio, ¿ya llegó la hora de que bailemos por fin? ¿Ya vamos a acabar con lo que comenzamos tanto tiempo atrás?

Garfio se quitó el saco y presentó la espada. Su característica tranquilidad se había reemplazado con una mirada de grave preocupación. La muerte de Smith lo había agitado; Wendy pudo ver que apenas lograba controlarse. Peter dio un paso hacia él.

Garfio alzó la espada y la recostó contra su propia frente: —Por ti, padre mío.

—¿Tu padre? —Peter soltó una carcajada hueca—. Vaya, casi se me había olvidado ese patético viejo —el chico volador alzó su propia espada y la miró, como si fuera la primera vez que la veía—. Vaya, ¡creo que esta es la misma espada que usé para matarlo! Qué apropiado. Tu sangre también llenará su hoja. Es un legado familiar del fracaso.

Garfio limpió el sudor de su frente y se posicionó para pelear.

—Siempre fuiste tan bien hablado, Peter; tan listo.

Peter se hincó de manera exagerada:

—Solamente un chico muy listo puede llegar a ser un dios.

—¿Y si ese chico es el único que cree en su divinidad? —respondió Garfio—. ¿Qué clase de dios es incapaz de quedarse con cualquiera de las mujeres que ha amado? Qué patético.

Peter gruñó y se abalanzó contra Garfio, quien le había despertado el mal genio con destreza. Sus espadas chocaron en el aire y los dos se miraron encima del metal que aún sonaba. Peter esquivó y dio vueltas, alejándose de Garfio, antes de volver con terrible velocidad y atacarlo de nuevo. Sus espadas chocaron, y Peter mantuvo el arma estable, apuntando el acero hacia el rostro del capitán. Una terrible sonrisa se dibujó sobre el rostro de Garfio mientras movía su espada.

—Me imagino, Peter, que has llegado a depender de muchos trucos que aprendiste durante estos años. Pero me pregunto, ¿cómo está tu destreza con la espada?

Se lanzó hacia adelante y, aunque su velocidad no se comparaba con la de Peter, el movimiento elegante de su espada sí cayó en el blanco. Cortó el hombro de Peter, abriendo los parches de hojas doradas en el collar y penetrando su piel.

Peter rugió y extendió el brazo. Se despegó del suelo con el movimiento de su propio impulso. La espada brilló en la luz cuando la alzó sobre la cabeza, y Garfio la bloqueó con un movimiento ascendente. Las espadas emitieron un zumbido cuando se encontraron. Wendy miró la pelea con el aliento detenido, sintiendo el morral apretado contra su espalda.

*Cuando Peter llame a La Sombra, estaré lista. Cuando la invoque, aquí estaré.*

Peter se despegó de la cubierta y voló unos centímetros hacia arriba, arcándose la espalda como si estuviera realizando un elegante clavado. La punta de su espada se movió hacia arriba y encontró el pecho del capitán, dibujando una raya sangrienta desde la panza hasta la barbilla. La cubierta se salpicó de sangre y Garfio gritó, colocó una mano sobre la herida, y volvió a oscilar la espada con un brazo tembloroso. Peter le bloqueó el ataque y avanzó; el capitán luchaba por detenerlo.

Las espadas sonaron una y otra vez sobre la cubierta del *Noche Repentina*. Peter atacaba con más velocidad, flotando arriba del capitán. Garfio se alejó de cada ataque, pero ningún hombre mortal podría competir contra la velocidad de Peter, por más destreza que tuviera.

Wendy sintió las manos de Booth sobre sus hombros y presintió que éste la preparaba para lo inevitable: Garfio iba a morir. Wendy vería cómo su mejor amigo perecería frente a sus ojos. Peter brincó y le dio una patada a Garfio en la boca, dio vueltas en el aire, y bajó la espada sobre el brazo de Garfio. En vez de oír un grito de agonía, Wendy oyó el sonido raspado de metal contra metal. La espada había caído sobre el mismo garfio del capitán. Éste aprovechó la sorpresa de Peter y lo golpeó en la cara con su mano libre, destrozándole la nariz. La sangre erupcionó de su cara, Garfio volvió a tomar su espada y la apuntó a Peter.

El chico volador se alzó, gritó con frustración, y lanzó su contraataque con golpes precisos que empujaron a Garfio hacia el borde del barco. Garfio los

bloqueaba, pero perdía terreno y su fuerza disminuía. Dirigió una sonrisa fatigada a Peter.

—Mientras siga con respiración, tú jamás tendrás lo que deseas. Pero sabes muy bien que no eres capaz de matarme. Tú lo sabes mejor que nadie: sin tu peor enemigo, no eres nada.

Con un grito de rabia, Peter se desprendió del suelo y lo empujó hacia atrás. El capitán del *Noche Repentina* chocó contra la rueda, su cuerpo se pegó contra las manijas y cayó al suelo. El capitán trató de ponerse de pie, pero tambaleó, incapaz de mantenerse consciente.

Los ojos de Peter sangraban el color azul marino, el cual se estremecía por su rostro.

Dirigió la mirada a su enemigo mortal. Enfundó la espada y le dio la espalda, hablando con palabras frías que sonaron por toda la cubierta del *Noche Repentina*: —Lo que quiero es que sufras. Y sí vas a sufrir.

Se lanzó al aire y voló velozmente hacia Wendy, tan rápido que nadie pudo reaccionar, excepto Booth. Éste se lanzó frente a ella con la espada desenfundada. Peter lo hubiera matado, pero Abbott se abalanzó contra Booth y lo tiró al suelo antes de que Peter llegara como un huracán.

Peter aterrizó frente a Wendy. Los zarcillos negros de neblina se desprendían de su piel, y la apretó duro contra su pecho. En cuestión de segundos despegaron de la cubierta y volaron hacia arriba. Wendy le resistió.

—¡No disparen! —gritó Garfio cuando Peter cruzó encima de la proa.

Voló hacia el mar con Wendy entre los brazos. El cuerpo de ésta se aflojó. Se alejaron del *Noche Repentina* y volaron hacia la playa.

*Todo va a estar bien. Gracias a Dios, Garfio sigue con vida.*

Sin embargo, cuando Peter le agarró el pequeño morral, Wendy estalló con rabia. Le resistió, peleó, rasguñándole la cara ya de por sí ensangrentada. Peter desvió el trayecto por el ataque de Wendy y los dos cayeron hacia abajo, entre la espuma de las olas que chocaban alrededor de ellos.

—¿Esto es lo que quieres proteger? —le escupió Peter. Por fin las correas de cuero del morral se rompieron, y Peter logró quitárselo con una sonrisa malvada—. Tu gran plan que ideaste con Garfio. Tanta responsabilidad sobre los hombros de una chica estúpida de Londres —se rio con maldad—. ¿Acaso crees que una Darling sería capaz de darle órdenes a La Sombra?

Wendy parpadeó. *Por supuesto que es lo que cree. Piensa que mi intención es controlarla.*

A Peter jamás se le ocurriría que una persona podría ser capaz de sacrificar tanto poder, que quisiera destruirlo. Wendy trató de agarrar el morral, le pateó el abdomen, y Peter la jaló y salió del agua. Le extendió la mano de la cual se colgaba el morral.

—A ver, a ver, qué tenemos... Ah, mira, mi jeringa. Y esto ¿qué es? — miró ambos lados de la carta, descubriendo las notas musicales que Wendy había transcrito—. No, pues eso está muy mal. Ay, Wendy... Qué dramática eres. Anotaste tu plan para derrotarme sobre una carta del padre de Garfio. Y yo lo disfruté tanto cuando lo maté.

Peter se rio, agarró el papel con una mano ensangrentada y lo hizo bolita. El corazón de Wendy se hundió.

—Y también lo disfrutaré cuando mate a su hijo.

Peter dejó caer el morral con todo y la jeringa. La última esperanza de Wendy se murió cuando vio cómo se hundía en el agua, lejos de ellos. Su rostro se llenó de lágrimas calientes y volteó hacia Peter con una mirada que éste nunca había visto en el rostro de Wendy: el odio puro. El chico reaccionó con un estremecimiento y tambaleó en el aire, pero no dijo nada. Al aterrizar en la arena de perlas, justo debajo de los Dientes, empujó a Wendy al suelo toscamente.

— ¡No te levantes! —gruñó. Su voz había perdido todo tenor jovial—. Si te mueves, tendré que hacerte daño.

Peter brincó y aterrizó al lado de Wendy sobre una de las piedras filosas por la orilla de los Dientes. Dirigió una mirada al *Noche Repentina*, donde Wendy podía ver que la batalla entre los piratas y los Niños Perdidos se había detenido desde que se fueron del barco.

Un grupo grande de Niños Perdidos volaba hacia la orilla, queriendo seguir a Peter.

Sus capas color granate aleteaban en el aire mientras volaban sobre el mar con rumbo a su base entre los árboles. El barco los perseguía, sus cañones disparaban, lanzando arpones con redes que atrapaban a incontables Niños Perdidos. Los piratas subían por los mástiles mientras el barco se acercaba a la playa. El ejército de Peter desaparecía frente a sus ojos.

Peter dio un paso hacia adelante con locura en los ojos.

—Están perdiendo —siseó—. Tanto entrenamiento, y todavía están perdiendo.

—Son niños —le escupió Wendy desde la arena—. Un grupo de niños



contra unos hombres grandes. ¡Claro que están perdiendo, si tú no estás con ellos! Pero bueno, tú tampoco eres un hombre, ¿verdad? —Peter la miró con rabia maniática en el rostro, pero Wendy no dejó de hablar—. No, tú no eres un hombre, Peter Pan. Eres... Algo más.

Peter hizo caso omiso de su comentario y se fijó en los Niños Perdidos que volaban directo a la playa.

—Yo nunca pierdo —dijo con coraje. Extendió las manos hacia adelante, lleno de rabia, con el don de vuelo dando vueltas alrededor de sus dedos—. Ellos pagarán por esta traición.

*Dios mío.*

—¡No lo hagas! ¡Nooooo! —Wendy corrió hacia él, subiendo la piedra dentada sobre la cual estaba parada, resbalándose por las piedras filosas que le cortaban los pies. Vio su rostro arriba de ella, con los ojos bien abiertos y una mueca de ira en la boca—.

Peter...

Peter Pan pronunció tres palabras:

—Ya no volarán.

Sonrió con barbarie. La luz blanca que danzaba sobre sus dedos comenzó a retroceder hacia su cuerpo, iluminándole las venas.

Y los chicos comenzaron a caer.

Se desplomaron del cielo como piedras. Wendy supo que jamás olvidaría sus gritos de sorpresa al caer al agua. Unos habían volado muy bajo y se cayeron al mar sin daños mayores, mientras que otros cayeron desde muy alto. Otros cayeron sobre los árboles... o las piedras.

Por encima del estruendo de las olas, Wendy creyó escuchar un grito de Garfio. De repente algo oscuro salió de un portal de cañón del *Noche Repentina*. En vez de seguir un trayecto recto, voló hacia arriba, con una velocidad imposible. Peter dio un paso hacia adelante con confusión en los ojos.

—Pero cómo...

Wendy no pudo evitar la sonrisa de orgullo que se dibujó sobre su rostro, al ver cómo el arma secreta de Garfio voló al cielo.

*Es John.*

¿Cómo era posible? Wendy cerró los ojos, incapaz de creer lo que estaba viendo.

Entonces entendió: John nunca estuvo encerrado en la bóveda. Garfio le

había mentido —y también a su tripulación— para mantener a John a salvo, para mantenerlo oculto. John no había ido directo con Garfío; había vuelto al Jardín Prohibido. Y tras su visita, Qaralius le había regalado algo.

—¡Se lo retiro! —gritó Peter—. ¡Le retiro el don del vuelo!

Sus palabras no sirvieron de nada... porque el don de John no provenía de Peter, ni de Campanita tampoco. Provenía directo del rey de las hadas. Y era asombrosamente más rápido.

John voló tras los chicos que se caían, agarrándolos uno tras otro, deteniéndolos a media caída. Cuando los había detenido, todos los chicos se agarraron de las manos, formando una cadena de contacto con John, que él empuñaba con velocidad increíble.

John sacudió un brazo y restalló la cadena como un látigo, deteniendo a más chicos.

Sus movimientos eran precisos y diestros al salvar a decenas de Niños Perdidos de caerse de una terrible altura. Su capacidad de volar era inigualable. Después de agarrarlos, bajó velozmente y los depositó suavemente en el agua; luego voló hacia el este, donde otro general estaba cayendo. Cuando Wendy lo reconoció, se cubrió la boca con sorpresa.

Abbott se desplomaba sobre los Dientes. La capa color granate aleteaba alrededor de su cuerpo. Wendy sentía el corazón en la garganta al observar su caída, mientras John volaba hacia él a quemarropa. *No lo logrará ...*

—¡Es imposible! —dijo Peter con los dientes apretados. Se agachó para despegar, pero no alcanzó a hacerlo porque Wendy se abalanzó sobre él, lo agarró con los brazos y piernas y le cubrió los ojos con una mano.

—¡Aaaaaay! —Peter luchó por quitársela de encima, pero Wendy se aferró, con el corazón tamborileando, agarrándole el cuello. La mano de Peter le agarró el muslo y lo jaló, volteándola de cara a él, agarrándole el cuello y apretándose. Wendy no soltaba la muñeca de aquél.

—Peter... detente.

—Debería terminar lo que comencé aquel día en el mar... Aquel día en que me dejaste con el corazón partido.

Wendy pateaba hacia atrás. Todavía se oían los ruidos de la pelea a bordo del *Noche Repentina*, el cual zarpaba hacia ellos.

—Dime cómo lo hace o te aplasto la tráquea. ¿CÓMO ES QUE JOHN PUEDE VOLAR?

Wendy oyó una voz a sus espaldas. John habló en voz baja: —Es porque tú

no eres la única persona en esta isla capaz de dar el don del vuelo — cuando subió el tono, Wendy sintió una corriente de aire que se movía hacia ella—.

Por cierto... ¡ALÉJATE DE MI HERMANA!

Peter volteó justo a tiempo para ver a John, antes de que éste se estrellara contra él como un tren. Peter gruñó y se fue volando hacia atrás, sobre el mar; John agarró el brazo de Wendy y los dos brincaron al aire.

—¡Vamos! —gritó su hermano, volando hacia los Dientes. Wendy movió la cabeza.

—¡John! ¡Te matará!

—¡A lo mejor sí! —respondió John, aunque la sonrisa en su cara decía que, en ese momento, no le importaba su destino.

—Me siento orgullosa de ser tu hermana —dijo suavemente. John le apretó la mano brevemente.

—No te me pongas remilgosa, Wendy. Me incomoda, ¿sabes?

—¿Y Abbott? —Wendy cerró los ojos, esperando que le dijera lo peor: otro general muerto por culpa de Peter. Sin embargo, John sonrió de oreja a oreja: —Apenas si lo agarré con dos dedos. Estaba a unos tres metros del suelo.

—Gracias a Dios. ¿Y los demás?

—Creo que casi todos están vivos... Excepto los que cayeron entre los árboles.

Ambos guardaron silencio por un instante. Wendy sintió un terrible dolor en el pecho, al pensar en los cuerpos quebrantados que yacían entre los árboles, solos y olvidados. Colocó una mano sobre el corazón...

*Se siente el calor de mi corazón.* Wendy enderezó la cabeza. *El calor. El calor que emana la moneda.* No la había guardado en el morral con la jeringa, sino que la había escondido dentro de la blusa. En medio del caos, se le había olvidado la moneda.

—¡Dios mío, John! Bájame de inmediato.

—Pues sí pensaba bajarte, en algún momento...

—¡Ahora mismo, John!

Wendy sintió un viento que los envolvió, el cual indicaba que Peter rondaba cerca. Su corazón comenzó a tamborilear.

—¿Dónde está Peter?

Aterrizaron de golpe en la arena. Su hermano se paró a su lado con aspecto protector, con una espada en la mano.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Wendy. John la detuvo frente a sus ojos.

—Garfio me la dio. Me cae bastante bien. Me recuerda a nuestro papá.

—De veras, los Darling son la familia más absurda que he conocido jamás.

Los dos voltearon ante la exclamación. Peter esperaba a sus espaldas, con neblina negra que se desprendía de sus ojos como sangre.

## XXV

Tú me trajiste hasta acá. Tú me obligaste a hacer todo esto —Peter le gritó a Wendy, enseñando sus dientes perfectamente blancos—. ¡Tú me obligas a invocarla!

—Nadie te obliga a hacer nada —le respondió Wendy. Dio un paso inseguro hacia él—. Peter... tú mismo has creado la oscuridad que existe dentro de ti.

Pero te puedo ayudar, si me lo permites. La decisión es tuya, Peter. Todos tenemos el poder de elegir la luz o las tinieblas, es una decisión que hacemos cada día. Y cada día, tú eliges...

—¡Cállate! —le gritó Peter—. Y si elijo el bien, ¿entonces qué? ¿Entonces me amarás así como lo amas a él?

Indicó el *Noche Repentina* con la espada, donde Wendy esperaba con todo el corazón que Booth permaneciera con vida. No dijo nada, y Peter hizo una mueca torcida.

—Claro que no, ya lo sabía. Y a fin de cuentas, ¿quién me va a obligar a elegir algo? Si es por mí que el sol sale cada mañana. Yo soy la luz y las tinieblas. Y tú...

La neblina negra se desprendía de Peter en grandes heladas olas que envolvieron a Wendy y John.

—Tú nunca me elegiste a mí, Wendy. Desde el principio te creíste mejor que yo. Con tu piedad, tu devoción y tu estúpida lealtad a tu insoportable familia. No somos iguales, Wendy —Peter alzó las mangas de su túnica. Wendy apenas si lo reconocía entre los negros zarcillos que le cubrían el cuerpo como una segunda piel. El humo danzaba con cada movimiento del chico, distorsionando sus gestos, convirtiéndolos en una serie de espasmos. Los ojos de Peter estaban completamente negros, y hasta los rizos de su cabello rojo que Wendy tanto había adorado ahora brillaban como brea—. Nadie es igual a mí.

Wendy dio un paso hacia adelante.

—Peter, no lo hagas...

Ya era tarde. Se abrió la boca de Peter y pronunció una serie de extrañas palabras desconocidas, un lenguaje antiquísimo de otro mundo que surgió como un río de humo. Wendy tragó saliva y volteó a su hermano: —Corre,

John.

Sin embargo, John no corrió. Peter cayó de rodillas en el momento en que pronunció la última palabra: —Ven.

La neblina negra lo envolvió. Le abrazó los hombros con la calidez de un amante.

Toda la isla de Nunca Jamás se estremeció. El suelo bajo los pies de Wendy tembló con violencia; el mar se alejó de la playa, retrocediendo ante la presencia que se movía entre los árboles. Un aullido de otro mundo llenó el bosque, estremeciendo las ramas.

Una cascada de neblina negra cayó desde la cumbre de los Dientes, y la isla se calló: ya no cantaban las aves; parecía que el mismo mar se ocultaba con temor.

La neblina negra se evaporó de la piel de Peter y recuperó la apariencia del chico que Wendy conocía. Únicamente sus ojos permanecieron negros, como dos charcos de tinta en el agua. A sus espaldas un grito poco natural sonó por toda la playa. Un aliento helado recorrió a Wendy, y sintió que le habían penetrado el corazón con alambre de púas. Tenía que irse —le *urgía* alejarse—, pero sus pies se pegaron al suelo con temor.

Cerró los ojos sin pensarlo.

Mientras la neblina la envolvió, una serie de palabras le recorrieron la mente: *Odio*.

*Muerte. Ira. Putrefacción.* No representaban las características de La Sombra; esas palabras *eran* La Sombra. La Sombra era muerte, traía la muerte, y se acercaba a ellos en ese instante. Wendy se persignó lentamente, abrió los ojos, y John le agarró la mano.

Alzó la cabeza, y Wendy gritó.

Vio algo con forma humanoide. De hecho, se parecía mucho a Peter Pan. En lugar de la cabeza de Peter, sin embargo, una fluctuante neblina negra envolvía un rostro cadavérico. El cráneo blanco se desmoronaba eternamente; estaba enmarcado por dos ojos negros, hundidos en sus cuencas. La boca tenía la forma de un pico, en el que se veían filas de filosos colmillos y una lengua escarlata, llena de sangre, que se movía con ruido. La cabeza volteó lentamente y miró a Wendy directamente a los ojos. Recordó las palabras de Garfio: *Cuando perviertes a la muerte y te haces inmortal, la muerte deviene en fuerza retorcida*. Wendy vio a La Sombra a los ojos, y vio pasar por su mente la muerte de todos sus seres más queridos. Gimió y cayó de rodillas

sobre la arena, agarrando las pequeñas perlas entre las manos.

*Lo real es esto, es esto, es esto...* Repitió las palabras, luchando por mantenerse aferrada a la realidad. La Sombra se acercó a Peter. Su horrible pie pasó al lado del lugar donde se escondían ella y John. Al pasar, el monstruo le tocó el cabello con una mano esquelética y torcida, dejándola temblando. El roce de sus dedos era como una inyección de luto y desesperación.

Peter y La Sombra se miraron cara a cara. Cada quien parecía un espejismo del otro: el cuerpo de Peter era de carne y de colores, mientras que La Sombra estaba hecha de hueso blanco y niebla negra. Entonces Wendy lo pudo ver, dentro del pecho de La Sombra: el latido de su negro corazón. Incluso Peter parecía tenerle miedo. Luchó por verla a los ojos.

—Mi amo... —las palabras de la cosa sisearon como el vapor cuando se escapa de una tetera.

Después de un momento, Peter alzó la cabeza y señaló el mar, donde el *Noche Repentina* zarpaba hacia la playa. Sonrió, con la misma sonrisa que había convencido a Wendy de escaparse por la ventana de su casa en Londres.

—Quiero que destruyas el *Noche Repentina* y a todos los que están a bordo.

La Sombra se hincó ante Peter.

—Y que me traigas a Garfio.

Al oír el nombre de Garfio, Wendy recuperó el sentido. Se puso de pie de un brinco y se fue corriendo, esperando alejarse de Peter lo más que pudo. Mientras corría, metió la mano a la blusa y sacó la moneda, sintiendo el calor blanco que le quemó los dedos. Un magnetismo se apoderó de ella y volvió a caer de rodillas en la arena. La Sombra comenzó a crecer en la playa. Un torbellino de niebla negra la rodeó, su velocidad le dio mareos a Wendy, y la cosa aulló, extendió las piernas y su cuerpo aumentó de estatura.

Unas garras emergieron de sus manos, creció hacia arriba, su cuerpo se extendió hasta alcanzar las copas de los árboles. Con un grito, el enorme monstruo miró a toda la tierra de Nunca Jamás.

—Vete —le ordenó Peter.

La Sombra volteó hacia el mar lentamente, y las aguas rugieron ante el contacto con sus pies. Caminó por el agua, la cual se agitó como un vórtice en torno a ella, y avanzó hacia el *Noche Repentina*.

## XXVI

La respiración de Wendy salía lenta y duramente. Permaneció de rodillas en la playa y aplanó la arena con las manos. Trató de recordar las notas musicales que había escrito antes, pero era imposible. Tendría que volver a hacerlo. Se fijó en la moneda y dibujó las líneas del pentagrama musical en la arena. Si desenvolvía los aros grabados en la moneda, comenzando por la parte exterior, formaría notas musicales. Las pequeñas calaveras que adornaban la moneda caían sobre las líneas del pentagrama como notas, indicando la melodía. A poca distancia de la playa, oyó los gritos de los hombres y el ruido de las lanchas.

*No mires, no mires...*

La única forma de salvarlos era invocar a La Sombra.

—¡Qué haces, Wendy! —Peter se despegó y comenzó a volar hacia ella, pero John se abalanzó contra él en el aire. Éste hizo un puño y le pegó a Peter en la boca muy fuerte.

Los dos chicos volaron hacia arriba, dando vueltas y pegándose fuerte, chocando contra los árboles. Wendy analizó las notas que había dibujado en la arena. ¿Y si me equivoco? ¿Invocaré a otro monstruo más? Los cañones le disparaban a La Sombra que se acercaba al *Noche Repentina*, aunque las balas le atravesaron el cuerpo sin causarle daño.

Wendy se fijó en la moneda una vez más y rezó brevemente. Comenzó a canturrear las notas en voz baja, omitiendo la nota final.

Una de las notas no cuadraba.

*No...*

Algo no estaba bien. No entendía cómo lo sabía, pero lo sabía. Hizo caso omiso del temor que invadía todo su ser y se concentró en la nota que sonaba demasiado grave.

Se acercó a la arena, la borró y la subió una octava, sabiendo que ahí tenía que estar. Se inclinó hacia adelante, deteniéndose sobre el pentagrama musical, como queriendo protegerlo. Era la única esperanza de todos. Respiró profundamente.

Sintió un pie en el abdomen y cayó despatarrada, con las manos sobre las costillas.

Peter estaba parado sobre ella, con una sonrisa cruel sobre el hermoso



rostro.

—¿Es tu plegaria final, Wendy?

Wendy estaba de espaldas sobre la arena. Con la vista borrosa, vio que La Sombra había alcanzado al *Noche Repentina*. El monstruo bajó las manos a la cubierta con un aullido, socavando la parte delantera del barco. Los hombres y los chicos se fueron corriendo, cayendo entre astillas de madera negra. La Sombra desgarró el barco, arrancándole el interior, como si destripara los órganos de un ser vivo. Los piratas gritaron mientras La Sombra los agarraba y los arrojaba al mar, junto con sus arpones, tesoros. Y...

Wendy vio con tristeza cómo arrancó la escalera de huesos y la aventó al mar, la columna vertebral de un barco que comenzó a colapsar. Peter se inclinó sobre ella y le acarició la mejilla con los dedos.

—¿Quieres quedarte a verlo conmigo? Podemos verlo juntos: la destrucción de todo lo que amaste.

Peter trató de acercarla a él, y Wendy se fijó de nuevo en las notas dibujadas en la arena. A primera vista, no parecían ser más que unos simples garabatos. Wendy regresó a unos recuerdos remotos, sus primeros encuentros con la música.

Estaba sentada al piano en la sala. Su madre estaba parada a su lado, con las manos sobre sus hombros. Una pieza le había causado dificultades: *la Sonata Claro de Luna, op. 27, no. 2*, de Beethoven.

—Cuidado con la posición de las manos —le susurró su madre. Su grueso cabello rozó la clavícula de Wendy.

Wendy sintió frustración y bajó las manos sobre las teclas con fuerza. Fue un gesto poco propio para una dama, y sintió vergüenza de inmediato. Mary Darling se sentó a su lado.

—El problema es que estás tratando de sacar la música de aquí.

Señaló la cabeza de Wendy con el dedo índice.

—Pero tiene que salir de aquí.

Entonces señaló el corazón de su hija.

—Lo musical viene de una riqueza que solamente existe aquí dentro.

Inclinó su cabeza contra la de Wendy.

—Eres muy joven, querida. Algún día descubrirás algo que te inspire de la manera correcta. Solamente entonces podrás tocar con esa riqueza interior.

Se puso de pie y sonrió con bondad.

—Pero sigue practicando, hasta que de tu esencia misma nazca la música.

Wendy parpadeó al recordarlo. Apretó la mandíbula y se puso de pie, con las piernas temblorosas, dirigiendo la vista más allá de Peter Pan y sus manos ensangrentadas, más allá de la playa donde su hermano permanecía inerte, hacia el lugar donde La Sombra destruía lo poco que quedaba del *Noche Repentina*. La canción estaba aquí, en algún lugar, en medio de tanta destrucción. Y cuando Wendy abrió la boca, descubrió que *ahí estaba*. Las notas que escribió en la arena salieron de sus pulmones, inspiradas en la rica esencia de ella misma, de la claridad de entender bien quién era. Comenzó a cantar, con tonos cristalinos, una canción sin letra; la melodía irradiaba un tono de otro mundo.

Peter tenía los ojos bien abiertos y comenzó a acercarse a ella, pero ya era tarde.

Wendy estaba parada en la playa con los brazos extendidos hacia La Sombra. La canción emanaba de su boca como olas de poder que irradiaban. Intuía la melodía que se había escrito con la sangre de las hadas. Ahora le pertenecía a ella y sólo a ella.

Peter se abalanzó contra ella, pero una fuerza invisible lo jaló hacia atrás, como si un gancho invisible lo arrastrara. Cuando la última nota se escapó de la garganta de Wendy, La Sombra dio la vuelta y se paró de cara a ella con un grito poco humano. La neblina negra se elevó alrededor de ella, un torbellino violento y caótico, y La Sombra voló hacia la orilla. Una larga fila de neblina la vinculaba con el corazón de Peter como un gancho. Zarcillos de humo le rodearon el pecho, enganándole la piel y arrastrándolo hacia el mar.

Wendy corrió hacia él y le agarró el tobillo justo antes de que la neblina lo jalara bajo el agua. A poca distancia de la playa, La Sombra comenzó a cobrar otra apariencia.

Peter y La Sombra gritaban al unísono y la neblina negra emanaba del corazón del chico. En la mirada de Peter había mucho temor.

—Wendy... ¡No se me quita!

Sin titubear, Wendy hundió las manos en el torbellino ébano que emanaba de su pecho. A diferencia de la neblina que había encontrado antes, esta sustancia era sólida y palpable. Le tragó las manos hasta las muñecas. Los gritos de Peter se enmudecieron y Wendy agarró los zarcillos que se deslizaban entre sus dedos como serpientes húmedas y frías. La neblina sólida pulsaba con el latido del corazón de Peter, aferrándose a su oscuro portador, pero Wendy siguió jalando, gritando, usando toda su fuerza por arrancar cada

zarcillo, hasta que quedó solamente uno: estaba enredado arriba del corazón de Peter. Lo enganchó con un dedo y jaló duramente, y Peter cayó contra ella.

Sus frentes se apretaron y Peter se desplomó. Wendy vio cómo el humo negro se retorció alrededor de su dedo como un anillo de bodas, antes de evaporarse.

Por fin Wendy había arrancado a La Sombra del corazón de Peter.

*Ahora tengo que matarla.*

La marea se elevó de repente en torno a sus pies y los dos se empaparon. Wendy arrastró el cuerpo inerte e inconsciente de Peter hacia la arena. Una vez que estuvo a salvo, corrió hacia su hermano. John estaba inconsciente pero con vida.

El suelo tembló cuando La Sombra alzó la cabeza y rugió con dolor, molesta por sentirse separada de su portador.

—Detente —susurró Wendy, esperando vanamente que La Sombra la obedeciera, pero no fue así. Wendy cerró los ojos y entendió que el peor temor de Garfío se había cumplido: La Sombra ahora era libre. El monstruo cambió su rumbo, dirigiendo una mirada de su cabeza cadavérica hacia los Dientes. Su enorme cuerpo volteó también.

Algo inerte colgaba de su mano. Largos cabellos entrecanos rozaban las olas, mientras La Sombra caminaba hacia los blancos acantilados con el cuerpo en la mano.

Era Garfío.

—¡Déjalo! —gritó Wendy, dando un paso hacia adelante, pero el viento se tragó su voz.

Wendy corrió hacia los Dientes, aunque entendía que sus pasos no podían competir con el monstruo que se movía sobre el mar velozmente. Detrás de La Sombra, una huella de neblina negra cobró la forma de varios cadáveres torcidos, de niños gritando y llamas moviéndose.

*La muerte deviene en fuerza retorcida.*

El monstruo dejó caer a Garfío bocabajo en el agua, dejándolo para ahogarse, y se acercó a los Dientes. Wendy se lanzó a las olas y nadó con braceos fuertes hacia Garfío.

—¡Capitán! —gritó al acercarse a él—. ¡Garfío!

Agarró un puño de su saco y jaló su cuerpo flotante hacia sí misma, volteándolo bocarriba. Su rostro estaba frío y azul, con las mejillas grises. Lo acurrucó y se dirigió a la orilla de nuevo.

—Por favor, no nos dejes —susurró—. Por favor —sus pies encontraron la arena y lo jaló a la playa, cayó de rodillas y le acurrucó la cabeza—. Tienes que despertar, capitán.

Le quitó el cabello húmedo de la cara con los dedos. Entonces oyó una hermosa voz, un bello balbuceo, y Garfio comenzó a hacer arcadas con las manos en la arena. Wendy sintió que su corazón estaba a punto de estallar de felicidad al ver al capitán Garfio respirando profundamente. Después de unos segundos de recuperar la conciencia, se puso de pie con piernas temblorosas.

—¿Y el *Noche*?

Wendy movió la cabeza.

—Ya no está —le agarró un brazo—. ¿Dónde está Booth?

—Creo que está a salvo. Se llevó a los niños en una lancha de remos justo antes de que La Sombra... —cerró los ojos al recordar lo sucedido—. ¡Desgarró a mis hombres! Y ahora, ¿dónde está?

—Allá —Wendy la señaló—. Se dirige a los Dientes. Gracias a Dios, se está alejando de Puerto Duette.

—¡Nooo! —Garfio se fue corriendo por la playa con una mueca de terrible terror en la cara—. ¡Dios mío, no!

—¡Espérate! —gritó Wendy, corriendo detrás de él—. ¡Creo que se dirige a su casa, al Jardín Prohibido!

—¡No, no va para allá! —respondió Garfio, que corría tan rápido que Wendy apenas si lo alcanzaba. Volteó para verla y Wendy casi se detuvo cuando vio el profundo terror en sus ojos. Lo que dijo después acabó con toda la esperanza que le quedaba: —Los pilvinuvo... Allá están, allá adentro. Entre los Dientes. ¡Lomasi!

Wendy corrió más rápido. Aunque los pulmones le ardían, una sola voz gritaba en su cabeza: *Dios mío, la tribu de los pilvinuvo...*

*Y Michael.*

## XXVII

Wendy gritó mientras corría detrás de Garfio.

—¡Me dijiste que no sabías dónde estaban los pilvinuvo!

—¡Te mentí! —le respondió Garfio a gritos—. ¡Por supuesto que te mentí! Si te hubiera dicho el paradero de Michael, hubieras tratado de ir a verlo... ¡Y Peter seguramente te hubiera seguido hasta allá!

—¡Me subestimas, capitán!

—¡Es que no se puede contra el amor fraternal! —gritó Garfio.

Mientras corrían por la playa, La Sombra se detuvo en medio del mar, olfateando el cielo. Ante los ojos horrorizados de Wendy, comenzó a transformarse. Sus filas de afilados colmillos se extendieron hasta convertirse en un largo pico, y sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en dos hendiduras color ébano. De sus manos salieron dos manos adicionales, que terminaban en la forma de dos hachas afiladas.

Se estaba transformando para destruir los Dientes. Para matar y para comer.

Sus ojos negros se enfocaban en los acantilados blancos frente a ella. Wendy y Garfio ya estaban prácticamente entre La Sombra y los Dientes, y Garfio gritaba y agitaba las manos para distraerla. La Sombra dio otro paso hacia la orilla, pero se detuvo, agitando la cabeza con confusión. Trató de alzar un pie, pero no pudo. Estaba atorada. Cuando trató de levantar el otro pie, descubrió que éste también estaba atascado. Wendy se detuvo para verla bien y vio que un remolino jalaba a los dos pies de La Sombra. El monstruo emitió un horrible grito y cayó en cuatro patas, luchando por liberarse del agua violenta que lo rodeaba.

Con un grito agudo que heló la sangre de Wendy, se liberó de un tirón y brincó hacia la orilla. Un segundo después, un gran géiser de agua estalló frente a su rostro, con tanta fuerza que convirtió a la criatura de neblina en una nube diáfana y espesa. La Sombra recuperó su forma de prisa, pero se veía confundida y cautelosa. Wendy suspiró cuando vio algo que jamás hubiera esperado ni imaginado: la reina de las sirenas había llegado a pelear.

La reina Eryne se erigió del agua, extendiendo sus enormes manos de seis dedos frente a sí misma, con los ojos tan negros como la misma Sombra. Su cabello turquesa se agitó en torno a su cabeza y exigió el apoyo del mar, el

cual se hincó ante su voz. Vio a Wendy en la orilla e hizo un leve gesto con la cabeza, antes de alzar los dos brazos, lo cual produjo una muralla de agua que rodeó al monstruo por todos lados. Wendy oyó los gritos de La Sombra cuando la rodeó el agua salada, notó cómo fijó la vista fría en la reina antes de desaparecer.

La reina de las sirenas movió los dedos y el capullo de agua se elevó y se trasladó al alta mar, alejando a La Sombra de la orilla.

*Nos está haciendo ganar tiempo.*

Un zarcillo negro de neblina se escapó del capullo, volando inofensivamente en el aire sobre una esfera de agua. Luego se extendió más allá y La Sombra se escapó de la esfera que la aprisionaba, como un sifón que la expulsó. El cuerpo de la Sombra se regeneró al lado de la reina, quien bajó las manos, dejando que la esfera de agua se disolviera. Una ola violenta se elevó detrás de la reina para defenderla y ésta alejó a La Sombra, empujándola hacia el abismo con un terrible grito.

Una voz distrajo a Wendy y volteó para ver cómo Garfio había llegado al fondo de los Dientes. El capitán gritaba el nombre de Lomasi. Como si fuera un sueño, el amor platónico de Garfio salió de lo que parecía ser un muro sólido de piedra —llevaba una brillante armadura de bronce— y extendió los brazos para abrazar a su amado. Se abrazaron con tanto amor desesperado que Wendy sintió un gran placer en el corazón.

Garfio susurró algo al oído de Lomasi y ésta le tomó la mano, la apretó a su mejilla y retrocedió a los acantilados de nuevo.

Sonaron campanas de algún lugar en el interior de la fuente de piedras, enmudecidas por los acantilados que las ocultaban. La Sombra alzó la cabeza al oír las campanadas, viendo con los ojos hundidos cómo los pilvinuvo salieron en masa de entre los Dientes.

Gruñó y volteó a ver a la reina Eryne de nuevo, brincando al aire frente a ella.

La reina le mandó un muro de agua, pero La Sombra lo esquivó en el último instante, abriéndose paso. Un largo zarcillo de neblina, aferrado a La Sombra por un fino hilo de humo, salió de su brazo como una lanza. Penetró el abdomen de la reina y ésta pronunció un grito que podría hacer estallar todos los cristales de Nunca Jamás.

Después de que le penetrara el cuerpo, el zarcillo de humo se transformó y se volvió plano, del mismo tamaño del cuerpo de la sirena. Ésta vio con los

ojos bien abiertos mientras La Sombra la sacó del agua, recostada sobre una gran tabla de neblina. Con un aullido de victoria, La Sombra agarró su cuerpo con las garras y se dirigió a los Dientes.

Sus pies apenas si tocaron la playa cuando La Sombra abrió la boca como para devorar a la reina, quien se retorció entre sus garras, agitando la cola locamente para resistir. Wendy sintió su última canción en las entrañas, antes de que la música saliera al mar, donde su pueblo esperaba en vano el regreso de su reina.

En la canción, Wendy detectó una voz llena de arrepentimiento, un lamento que le transmitió un mensaje de amor y de celos. La Sombra arrojó el cuerpo de Eryne al lado de los Dientes. Con horror, Wendy vio cómo la reina de las sirenas se estrelló contra la piedra blanca, en una explosión de sangre y escamas. Wendy se mareó y sintió las piernas débiles. Corrió hacia los pilvinuvo.

¿Cuáles esperanzas podrán tener ellos? Si la reina de las sirenas —tan fuerte que parecía una diosa— acaba de ser aplastada sobre un acantilado como si nada, ¿qué podrán hacer ellos?

Frente a Wendy, los pilvinuvo corrían por la playa hacia la selva. Una fila de guerreros —hombres y mujeres armados con arcos y espadas— se había formado frente a los que huían. Lomasi y Garfio se paraban juntos encabezando la fila. La Sombra gruñó y comenzó a avanzar sobre la tierra. Cuando llegó a estar dentro del rango de las flechas, Lomasi gritó un mandato y bajó el brazo. Los guerreros detrás de ella dispararon una lluvia de flechas, las cuales atravesaron el monstruo sin hacerle daño alguno y cayeron al agua a sus espaldas.

Garfio agarró la mano de Lomasi. Fue un último consuelo para ella en el momento en que vio cómo su gente moría. La Sombra los sobrepasó y comenzó a desgarrar los Dientes, diezmando los acantilados con las garras, los cuales se desmoronaron como yeso bajo su poderío. Con el largo pico destruyó los hoyos y las pequeñas cavernas que enmarcaban el límite de los acantilados. Las aves y los murciélagos huían de los acantilados al ver cómo destruían sus nidos. La Sombra agarró a todos los animales que pudo entre los dientes, destrozando las aves y tragándose los murciélagos enteros.

Añoraba destrozarse y matar a todo ser vivo, llevándose a sus enormes tripas negras.

Wendy comenzó a gritarle a La Sombra, pretendiendo alejarla de la fila de

niños que salían de una cueva en el acantilado y corrían hacia la protección de los árboles. Todos huían de La Sombra con una excepción: un pequeño niño rubio, de ojos brillantes y mejillas rojizas, un niño que había visto a su hermana y corrió hacia ella, en vez de escaparse.

Sus gritos tocaron la fibra más sensible de su corazón: —¡WENDY!

—¡MICHAEL!

Fue el grito más fuerte que Wendy había pronunciado en toda su vida. Comenzó a correr, y ya no veía nada a su alrededor. La Sombra detectó su desesperación y volteó la horrible cabeza para fijar la vista en el pequeño niño que corría por la playa, y su hermana que corría hacia él. Con un grito, La Sombra arrancó las garras de los Dientes y se puso en cuatro patas para abalanzarse contra el niño. Un látigo de neblina negra se disparó hacia Michael y le jaló los pies, tirándolo a la arena.

—¡No! —gritó Wendy, a poca distancia de su hermano—. ¡Michael!

Sin pensarlo agarró el mango de la daga que guardaba a sus espaldas. La daga salió libremente. Cuando la vio, una ola de recuerdos la abrumó: el momento en que las ramas de la Isla de Pan retrocedieron para revelar la daga; la forma en que el arma siempre regresaba a ella; las palabras de Lomasi: “Tu misericordia cambiará el destino de Nunca Jamás”; el momento en que apretó la daga la yugular de Peter pero no la pudo usar; el momento en que Garfío le dijo que contenía la magia de las hadas.

Wendy no tuvo tiempo para respirar. La realidad la inundó como la primera lluvia de primavera. Se paró enfrente de su hermano, quien yacía en el suelo gritando, y La Sombra se alistó para atacarlos a los dos.

*Esta arma fue hecha para usarse una sola vez. Mi destino ha sido protegerla: mantenerla pura, mantenerla a salvo. Y después, usarla.*

La neblina negra de La Sombra pulsaba y piafó arriba de ella, con ojos que brillaban con maldad. En algún lejano lugar, alguien gritaba el nombre de Wendy, pero no se fijó en la voz: lo único que existía en ese momento eran Wendy y La Sombra; su hermano se enroscó a sus pies. Protegerlo era la única cosa que le importaba a Wendy.

—¡No me lo quitarás!

Wendy gritó en el momento en que el monstruo cerraba la boca con los dos adentro.

La neblina le quemó la piel, y surgió la imagen de cada horrible ser de sus peores pesadillas, todos los cuales luchaban por destruirla.



Wendy no cedió ante las tinieblas. Sabía que ella era de la luz.

Abrió los ojos y vio frente a ella el corazón torcido de La Sombra, un órgano negro que bombeaba la neblina desde su centro sangriento, una cosa putrefacta y enfermiza.

Alzó la mano.

—¿Wendy? —Michael la miró a los ojos. Su pequeño cuerpo temblaba.

—Cierra los ojos y piensa en nuestra casa, Michael.

Su hermano lo hizo. Con toda la fuerza que le quedaba en los músculos y en el corazón, Wendy hundió la daga de marfil en el corazón de La Sombra, sintiendo la gran venganza de las hadas. Apuñaló el corazón de nuevo, viendo cómo la hoja enjovada de la daga destrozaba los tendones y el tejido sangriento de La Sombra, hasta que su corazón estaba partido en dos. Las dos mitades pulsaron de manera errática; luego se hicieron añicos y los pequeños y filosos pedazos del corazón la rodearon como un torbellino.

La daga se disolvió en sus manos y Wendy cayó de rodillas sobre Michael, protegiéndolo de los punzantes pedazos del corazón que los rodeaban como fragmentos de vidrio negro. La Sombra gritó con una voz que laceró la piel de Wendy, quien abrazó a Michael con todo su cuerpo. Wendy se convirtió en un caparazón; tragó la maldad para que no le tocara a él; usó su cuerpo y su amor como un escudo para protegerlo, pero no fue suficiente.

Los pedazos del corazón le laceraron la piel como hojas de rastrillo. Un fragmento le penetró la pantorrilla, otro cortó la parte superior de su oreja... Entonces Wendy sintió una fuerza que le desgarraba el cuerpo, algo tan fuerte que haría pedazos a ella y a Michael. Abrazó a su hermano y tensó, alistándose para el terrible final.

De repente, todo se detuvo. Una luz brillaba desde arriba y envolvía a los dos, un escudo protector de brillantes zarcillos de calor blanco. Wendy se atrevió a abrir los ojos: Peter Pan estaba parado frente a ella con los brazos alzados; la brillante luz blanca del don del vuelo le envolvía todo el cuerpo. Ahora Peter emanaba el poder hacia abajo, al suelo alrededor de Wendy. El don del vuelo se dirigió al suelo y rebotó, fluyendo en sentido contrario, haciendo que los granos de arena a su alrededor flotaran y formaran un capullo de luz parpadeante.

Peter gritaba al esforzarse, y la luz emanaba de sus ojos y de cada poro de su piel. Su cuerpo se iluminó como una linterna. Peter Pan, el chico que había causado tanto dolor, ahora desafiaba a la misma *gravedad* para salvarle la

vida. Peter demostraba que todavía amaba a su Wendy, hasta el final.

Fragmentos de vidrio negro volaron hacia ellos, pero el ciclón de poder los contuvo y fueron expulsados. Los últimos gritos de La Sombra moribunda sonaron alrededor y el monstruo resistió el poder de Peter, pero éste rugió y la magia los rodeó como una tormenta.

Las últimas moronas negras y diminutas se juntaron en torno al corazón de Wendy, y La Sombra socavó y colapsó. Los pequeños pedazos negros se entretejieron y La Sombra se encorvó con una forma esférica, del tamaño de un tambor. Voló hacia arriba, dirigiéndose al cielo como un eclipse. El escudo de la magia de Peter colapsó y el chico cayó a la arena, exhausto, con el pecho agitándose.

Wendy alzó la cabeza. Todavía cubría a Michael con el cuerpo. La Sombra se estremeció y una rendija de luz dorada se dibujó sobre su superficie. Una nueva sensación inundó la playa: la paz. Era una reminiscencia de lo que La Sombra había representado antes. Con una mano sobre el cuerpo de Michael, Wendy vio el brillante objeto elevarse hacia las nubes y desaparecer entre las estrellas de Nunca Jamás.

De repente todo estalló. Parecía que el mismo país de Nunca Jamás se desgarraba. El estruendo sacudió a Wendy y tapó los oídos de Michael y apretó su propia cabeza contra su hombro. Un enorme viento se desprendió de la playa y se dirigió al cielo, Wendy sintió un leve cambio en la gravedad, y su estómago se tensó. Su boca se llenó de incontables oraciones y se aferró a Michael, como si fuera la única cosa sólida en todo el mundo; se tensó, esperando a que desapareciera la maldad... Y desapareció.

Cuando alzó la vista al cielo, vio que había recuperado su tono normal de celeste brillante. El mar se mecía tranquilamente. Ya no quedaba ni rastro de La Sombra, salvo las pequeñas cortaduras que le cubrían toda la piel.

—¡Wendy! —John cayó de rodillas frente a ella y abrazó a su familia, y Wendy lo apretó contra ella y Michael. Por fin, sus hermanos y ella estaban reunidos.

Booth se abrió paso entre la multitud y abrazó a los Darling con sus largos brazos.

Wendy lloró con alivio y las tiernas manos de Booth le limpiaron las lágrimas.

—Están bien —le susurró—. Están bien. Wendy, lo lograste. La mataste. Se acabó.

Finalmente alzó la cabeza y detuvo la vista en el rostro exultante de Booth. Era la cosa más hermosa del mundo.

La voz de John se elevó por encima del estruendo.

—Wendy, ¡mira el cielo!

Dejó de abrazar a Michael y siguió, con la vista, el trayecto de los últimos restos de La Sombra, al margen de las nubes...

Se puso de pie de un brinco. No podía creer lo que observaban sus ojos: una rendija en el tejido del cielo. Detrás de la apertura, un portal celestial se vislumbraba, con tonos de azul y morado. En medio de la rendija brillaban las estrellas de otros mundos, en una luz prismática y cambiante.

Wendy recordó las palabras de Qaralius: *La Sombra cometió actos de violencia tan brutales que abrió un agujero en el cielo.*

Tal vez este gesto representaba un rastro de arrepentimiento.

—El portal —susurró Wendy. Volteó hacia John, quien la miraba con lágrimas en los ojos—. Nuestra casa.

—Aún no —dijo la voz grave de Garfio. Enterró su garfio en el hombro de Peter y lo arrastró por la playa.

## XXVIII

Las piernas le temblaban. —¡Detente! —Wendy gritó mientras corría tras él —. ¡Capitán! —Garfio arrastraba a Peter por las olas, y el chico estaba demasiado débil para resistirle—. ¡No! —Wendy no estaba suficientemente cerca para detenerlo. Vio con horror cómo Garfio desenfundó la espada de Peter y la apretó contra su garganta—. ¡Garfio!

El capitán la miró durante un segundo, con una mirada de simpatía pero sin titubear.

—Lo siento, señorita Darling.

Bajó la espada sobre el cuello de Peter. Antes de dar el golpe mortal, el capitán se fue volando hacia atrás por el aire. Cayó al agua con un chapoteo, a unos tres metros de distancia.

Campanita estaba parada frente a Peter, gruñendo, aleteando con sus alas color azul brillante.

—¡Aléjate de él, mugroso pirata!

Peter pronunció una risa débil y lentamente se incorporó y se puso de rodillas en la arena.

—Mi querida Campanita, tan leal hasta el final.

Los Niños Perdidos y los pilvinuvo corrieron hacia él y formaron un gran círculo alrededor de Peter en la orilla. Wendy se alejó de la multitud y caminó entre las olas hacia Garfio. Cuando lo alcanzó, vio que estaba empapado, buscando la espada de Peter entre las olas furiosamente. Wendy le extendió una mano y Garfio la alejó con un golpe.

—No necesito tu ayuda, niña.

—Por favor, no lo hagas. Peter nos salvó.

—Ordenó la masacre de un pueblo entero —respondió Garfio, sacudiendo el agua de la cara. Encontró la espada y la alzó—. Asesinó a mi padre y a cientos más. Me quitó la mano. Y si tengo que deshacerme del hada con tal de vengarme, qué así sea. Quítate de mi camino, señorita Darling.

—No —Wendy se mantuvo firme—. Se hará justicia, sí, pero no derramemos más sangre, por favor.

Garfio trató de avanzar, pero Wendy se mantuvo parada frente a él, impidiéndole el paso.

—No, Garfio. ¿Cuándo se acabará todo esto?

Alguien se acercó a sus espaldas y Wendy sintió una gran tranquilidad. Lomasi había dejado su arco en la playa y había caminado al agua.

—Hazle caso, James. Ha llegado el momento de dejar de pelear. La venganza te ha llevado muy lejos. Míralo. Está derrotado. La Sombra está muerta. ¿Hasta cuándo será suficiente? ¿Cuando lo hayas matado? ¿Cuando castigues a los niños? Peter pagará por sus crímenes, sí, pero tenemos que estar unidos y resistir este ciclo de violencia y sangre. Tú y yo lo podemos lograr juntos.

La mirada de Garfio se derritió y fijó la vista en la mujer que amaba.

—¿Hasta cuándo?

Lomasi dio un paso hacia adelante y tomó su garfio en una mano suave.

—Por siempre.

Garfio parecía quebrantado.

—Pero él no puede andar libre.

—Tienes razón. No puede andar libre —Lomasi movió la cabeza—, pero todavía puede respirar. Y si mi pueblo tiene suficiente tiempo, tal vez podamos enseñarle a vivir.

El capitán alzó la vista al cielo, sintió el calor del sol, y las lágrimas le recorrieron las mejillas desgastadas. Wendy vio el movimiento de su pecho por un momento. El pirata respiró hondo: se había rendido. Exhaló y dejó que la espada se cayera. Se había liberado de su propio destino oscuro, de su necesidad de venganza. Dejó la espada en el suelo y extendió una mano hacia Lomasi: hacia su futuro.

Regresaron a la playa, donde Peter permanecía de rodillas en la arena. Su cuerpo estaba agotado, pero el color ya comenzaba a volver a su rostro. Peter observó a Wendy con sus ojos color verde esmeralda mientras ésta se alejaba poco a poco de las olas.

Aunque tenía la misma sonrisa traviesa que lo caracterizaba, ya no quedaba rastro del azul marino en sus ojos. Campanita flotaba sobre él con un ademán de protección.

Todavía se notaban los moretones que Peter había dejado sobre sus brazos. Cuando Lomasi regresó a la playa, su pueblo se hincó ante su presencia. Algunos de los Niños Perdidos siguieron el gesto y, a pesar de la confusión en sus rostros, reflejaban veneración.

—¿Me permites platicar contigo? —Lomasi le preguntó al hada. Campanita asintió y se alejó de Peter, tal vez recordando la antigua alianza

entre dos pueblos que antes había sido el fundamento mismo de Nunca Jamás.

Entonces Wendy lo vio entre la muchedumbre. Traía su capa color granate, cuya gorra le cubría la cara. Se deslizó entre los espectadores en silencio, moviéndose con velocidad y desesperación. Parecía un fantasma.

Wendy ni siquiera alcanzó a gritar su nombre.

Abbott salió de la multitud y se paró frente a Peter. Sin pronunciar una sola palabra, hundió su corazón en el corazón de Peter.

Éste se inclinó hacia adelante sobre el arma de Abbott. Extendió las manos hacia su asesino, pero solamente alcanzaba el vacío entre los dos chicos. Abbott torció la espada y Peter exclamó con dolor.

—Por Felix —siseó Abbott—. Por Kitoko, Darby, Oxley, Zatthu y otros cien Niños Perdidos. Y por los padres a quienes les quitaste a sus hijos.

El rostro de Abbott reflejaba tranquilidad cuando retiró su espada del pecho de Peter.

Campanita emitió un grito agudo, acompañado de una ola de calor blanco que recorrió el cuerpo de Wendy. El hada se dio la vuelta de golpe, agarró a Abbott por la garganta y lo alzó al aire. El chico permaneció quieto e impasible.

—¿Me vas a matar, Campanita?

Una mueca de dolor puro se dibujó sobre el rostro del hada y sostuvo el cuello de Abbott... Pero no apretó.

—Tantos chicos... —susurró Abbott, y las lágrimas llenas de estrellas recorrieron las mejillas de Campanita—. Ya basta. Basta de tantos niños muertos.

Peter cayó de espaldas sobre la arena y la multitud corrió hacia él. Con un grito de angustia, Campanita dejó caer a Abbott y cayó al lado de Peter, tomando su mano y apretándole el pecho con la otra mano para detener el sangrado. Peter susurró algo y el hada se inclinó hacia adelante. Al oír sus palabras, comenzó a sollozar, pero se detuvo y alzó la mirada, deteniendo la vista en Wendy.

—Te quiere a ti. Inclusive en este momento, te quiere a ti.

El corazón de Wendy se partió al pensar en Campanita. Hasta el final la habían traicionado. Apretó la mano de Michael para consolarlo y caminó entre la muchedumbre, sintiendo la mirada de todos sobre ella mientras se acercaba a Peter.

Estaba de espaldas en la arena; Campanita permanecía a su lado con la

mano sobre su pecho. Su respiración era entrecortada y laboriosa. La arena debajo de Peter estaba manchada con sangre y polvo de hadas.

—Wendy Darling.

Ésta le dirigió una sonrisa tierna y colocó una mano sobre su mejilla helada.

—Peter Pan.

El chico se agitó y un gemido de dolor se escapó de su boca.

—¿Me haces un pequeño favor?

Sus labios temblaban y su cuerpo se enderezó con un temblor de agonía.

—Claro que sí.

—Llévame al cielo.

Agarró la mano de Wendy —era una mano que se acoplaba perfectamente con la suya, cosa que antes le había parecido maravillosa— y Wendy sintió cómo el don del vuelo fluyó por su palma. Oyó las voces de los piratas que se abrían paso por la muchedumbre; los sobrevivientes del *Noche Repentina* tenían las espadas desenfundadas, y buscaban su venganza.

Wendy miró al chico quebrantado y lo tomó en los brazos con un gesto de protección.

Volaron juntos.

Las voces de la multitud enmudecieron cuando Wendy voló hacia arriba, con Peter acurrucado entre sus brazos. Se alejaron de la playa manchada de sangre, de las ruinas de los acantilados de los Dientes, de los piratas y los Niños Perdidos y los escombros del *Noche Repentina* que flotaban en el aire. Se alejaron de todo, hasta que las nubes les abrieron paso y Peter y Wendy estuvieron a solas.

Peter soltó una risa seca.

—Abbott. Nunca me hubiera imaginado que fuera Abbott el que acabaría con todo.

Me parece hasta chistoso —tosió y salpicó su mano con sangre—. Abbott siempre me caía muy bien. De hecho, creo que ahora me cae hasta mejor.

Wendy no dijo nada; simplemente usó los dedos para limpiar la fila de sangre que se escapaba de la boca de Peter. Peter le agarró los dedos y los apretó a sus labios.

—Lo siento. Siento todo lo que pasó —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Quisiera volver a comenzar, hacerlo todo diferente para quedar como el héroe de la historia.

Como el chico al que todos quieren.

—Yo sí te quise —le susurró Wendy. Con cada última respiración de Peter Pan, sentía cómo el coraje en su corazón desvanecía—. Te quise, hasta que me dejaste incapaz de quererte más.

Peter frunció el ceño.

—Wendy, la única cosa buena en mi vida. Hice mucha maldad, —y hasta me divertí haciéndola, pero el amor que sentí por ti... —respiró con dificultad —... era algo puro.

Tal vez sea... Suficiente.

Wendy lo abrazó fuertemente, en medio de la humedad gris del cielo.

—¿Recuerdas la primera vez que me besaste? —le susurró a Peter—. ¿Aquí, entre las nubes?

Peter asintió.

—Es mi recuerdo favorito.

Wendy le acarició el cabello rojo suavemente con una mano, y le habló con ternura.

—También es el mío —sonrió—. Ese día cambiaste mi vida. Yo me sentía perdida y atrapada, y tú me liberaste. Me invitaste a dejar de ser la niña que mis padres habían inventado —tanto con tu bondad y con tu maldad— y me enseñaste a ser yo misma.

—Bueno, pues, qué te puedo decir... —la sonrisa encantadora y egoísta de Peter Pan que tanto la fascinaba había vuelto a aparecer sobre su rostro—. No hay de qué —de repente hizo una mueca de dolor y apretó la mano de Wendy con fuerza—. Wendy, te quiero regalar algo.

Ésta movió la cabeza.

—¿Qué cosa podrías regalarme en este momento?

Peter fijó la vista en ella.

—El mundo entero —le agarró una mano y le apartó los dedos, entrelazándolos con los suyos—. Tómallo como un gesto de mi arrepentimiento, y como mi último regalo para ti.

Era mucho más que un regalo, más que un presente: era *su don*. *El don de Campanita*.

La magia blanca estalló de la palma de Peter y comenzó a fluir hacia la de Wendy. Era distinto del don del vuelo; era algo poderoso y arrasador que la consumió, electrificando cada célula de su cuerpo. Su corazón latió locamente, como si pretendiera escaparse de la poderosa magia que lo rodeaba.



—¡Peter! —exclamó, pero ya era tarde. La magia le llenaba todo el cuerpo, prendiendo fuego a cada parte de ella.

—Ya sé. Duele. —Peter murmuró, al borde de perder la consciencia.

El problema no era que le doliera. Era algo que la estaba matando desde adentro, expulsando todo lo humano y mortal y llenando su cuerpo de la magia de las hadas, llenando su médula de estrellas y su piel del don del vuelo. Por un momento, Wendy sintió cómo su alma humana resistía la invasión, pero la magia era más fuerte, más antigua, y arrasó con su mortalidad como el agua a una presa desmoronada.

Su cuerpo se agitó una, dos veces, y se acabó. Peter gritó con angustia y su cuerpo se aflojó. Wendy alzó una mano frente a su rostro y vio, con asombro, que los pequeños zarcillos blancos le recorrían la mano debajo de su piel. Entonces se desvanecieron y su mano recuperó el aspecto normal.

—La velocidad. La fuerza. El vuelo. —Peter murmuró y su propio brillo comenzó a desvanecerse—. Y la vida eterna... Sí tú la aceptas.

Volteó hacia Peter, impactada por el don que le había regalado.

—¿Por qué?

Peter sonrió.

—Pues en primer lugar, para que no te caigas a tu muerte después de todo esto. Pero además... —tosió y su sangre salpicó las mejillas de Wendy—... es algo que una persona buena tendría que tener. Por favor, dile a Campanita que lo siento... Nunca me he merecido sus poderes.

La espalda de Peter se encorvó y gritó con agonía.

—Ya está pasando. Ya se acerca —su pecho comenzó a agarrrotarse—. ¡Wendy, tengo miedo!

Wendy lo acercó y sintió cómo el latido de su corazón se desaceleró.

—Está bien, Peter. Estoy contigo.

— ¿Wendy? —susurró Peter con terror en los ojos—. ¿Ya nos estamos despidiendo?

No me gustan las despedidas porque despedirse significa que alguien se va. Y cuando alguien se va, lo olvidan.

Wendy se inclinó hacia adelante y apretó la cara contra la de Peter, desesperada por mantenerlo con ella a solas por un instante más.

—Te prometo que nadie te olvidará, Peter Pan, mucho menos yo —Peter sollozó al luchar por respirar, y Wendy bajó la voz para susurrar—: ¿Conoces aquel punto en que estás entre estar soñando y estar despierto? En ese lugar

siempre te voy a querer, Peter Pan. Siempre te voy a esperar en aquel lugar.

El rostro de Peter decayó al oír sus palabras, y las lágrimas del chico rodaron de sus ojos y desaparecieron en el cielo.

—¿Sabes, Wendy? Aquel día en tu casa en Londres, cuando vi tu cara, supe que me moriría con tu nombre en los labios. Eres mi único amor.

Wendy lo besó y sus labios bailaron una vez más, aquí en este pequeño pedazo del cielo que siempre les pertenecería a ellos.

—Tu vida fue descomunal, Peter Pan.

El cuerpo de Peter se estremeció y fijó la vista en algún punto más allá de Wendy, mucho más allá de Nunca Jamás, lejos de las mismas estrellas.

—Wendy... —fue la última vez que oyó su nombre en los labios de Peter Pan—.

Morir sería la más grande aventura, ¿no crees?

Las lágrimas recorrieron las mejillas de Wendy; abrazó al chico con fuerza.

—Sí lo creo, Peter.

Pero ya se había ido.

Wendy sollozó y se inclinó sobre su cuerpo. La piel de Peter, que siempre ardía como el fuego, se había vuelto fría. Wendy quitó el cabello de su frente y le cerró los ojos verdes por última vez. Se sentía tan extraño volar por su propia fuerza, sostener a Peter como él siempre la había sostenido a ella. Si lo soltaba, se iba a caer. No pensaba soltarlo.

Bajó entre las nubes con el cuerpo inerte desplomado sobre el suyo, y supo que no lo podía devolver a la playa. Los piratas tratarían de profanar su cadáver, y los Niños Perdidos sufrirían el trauma de ver a su líder muerto y despojado de su gloria. Su cuerpo no les pertenecía a ellos. Su cuerpo le pertenecía a Nunca Jamás, y tal vez a Wendy un poco. Voló hacia abajo, sintiendo claramente en el cuerpo cada cambio del viento y del cielo.

Al bajarse, Wendy fijó la vista en su hermoso rostro una vez más, grabándolo en su memoria para consultarla en el futuro. Peter Pan, el chico más hermoso del mundo.

Una contradicción, un monstruo, un amante. El mar apareció debajo de ella y siguió bajando hasta que flotaba justo arriba de las olas. Wendy acarició la mejilla de Peter, con el agua mojándole los pies. Entonces lo recostó boca arriba sobre las olas y dejó que su cuerpo se meciera con la corriente.

Wendy se quedó flotando en el aire arriba de él y retiró de su propio

cuello el anillo universal de Joseph. Un rizo de su cabello estaba enredado con el collar, y Wendy hizo una mueca al arrancar el cabello con el instrumento. Las olas comenzaban a tragarse el cuerpo de Peter. Wendy se agachó y le alzó la cabeza con ternura. Colocó el collar sobre su cabeza, el cual contenía el instrumento de navegación y un rizo de su propio cabello, y le dio un beso suave en los labios.

—Que te guíe hasta tu casa, Peter Pan.

Le apretó la mano por última vez y se elevó sobre el agua, viendo en silencio cómo el Mar de Nunca Jamás le hundió el cuerpo lentamente entre las olas.

## XXIX

Cuando Wendy aterrizó sobre la playa, Garfio la esperaba.

—Está muerto —dijo Wendy antes de que el capitán le preguntara.

—¿Estás segura? Sin el cadáver... —se detuvo cuando vio la tristeza en sus ojos—. Ah, ya veo. Muerto.

Wendy limpió una lágrima de la cara.

—Dejé su cuerpo allá. Es una parte de Nunca Jamás, como debe ser.

Garfio colocó la mano sobre el hombro de Wendy.

—El mundo jamás verá otro como él. Probablemente no sobreviviría a otro como él.

Wendy se limpió la cara con una mano, movió la cabeza con tristeza y dijo: —¿Sabes?, yo sí lo quise. Por todas las atenciones que me brindó.

Garfio le alzó la barbilla con la punta de su garfio de acero.

—Te entiendo mejor que muchos.

Wendy le dirigió una mirada y le dolió el corazón al pensar en todo lo que los dos habían perdido.

—Pobre Smith.

Garfio hizo una mueca al oír el nombre.

—Smith. Redd. Wu. Quizá otros veinte. Habrá tiempo para estar de luto, pero... — alzó la vista al cielo— creo que ha llegado el momento de que te vayas a tu casa, Wendy Darling. Te prometí que te acompañaría hasta el punto de tu partida, y pienso cumplir con mi promesa. La muerte de La Sombra rompió un portal en el cielo, pero quién sabe cuánto tiempo permanecerá así.

Wendy guardó silencio, con lágrimas en los ojos, mientras que Garfio tartamudeaba.

—Si no hay otra oportunidad, déjame decirte que...

Wendy lo dejó así y se apartó, con el viento de Nunca Jamás agitándole el vestido.

Despedirse sería demasiado doloroso.

En el centro de la multitud, Campanita estaba acostada en la arena en posición fetal, meciéndose y sollozando el nombre de Peter. Wendy se agachó a su lado y colocó una mano sobre su espalda.

—Ya se fue. Fue tranquilo; no sufrió.

Un aullido se escapó de la boca de Campanita y agarró sus rubios cabellos. Sus lágrimas llenas de estrellas se impactaron sobre la húmeda arena y se abrazó a sí misma con desesperación, sintiendo el gran vacío que Peter había dejado. A Wendy le partió el corazón, pero cuando le extendió una mano para consolarla, Campanita la golpeó.

—Tú...

Campanita le arrojó una ola de palabras crueles y celosas, las cuales Wendy soportó en silencio. Sabía que no merecía el ataque, pero también entendía lo que le había quitado a Campanita: los últimos momentos de la vida de Peter, un tesoro que siempre llevaría consigo. El hada comenzó a agarrar puños de arena y habló con voz histérica: —¡Te los regaló! ¡Los dones! Lo puedo sentir en mis huesos. ¿Tú quién eres para tenerlos? ¿Acaso te los mereces?

Wendy negó con la cabeza:

—No soy nadie. No me los merezco, Campanita.

Entonces miró hacia arriba y le enseñó los blancos dientes: —¿Y si los mato a todos? ¿Y si Peter tenía razón? —Campanita colapsó sobre la arena y Wendy la abrazó. El hada lloró—: Y ahora, ¿qué haré? ¿Qué me queda ahora?

Wendy sintió una nueva presencia antes de ver al recién llegado. La magia dentro de ella aumentó su vibración, alcanzando un rugido que pudo sentir de pies a cabeza.

La multitud se quedó inmóvil y silenciosa cuando Qaralius aterrizó en la arena a su lado.

Wendy no lo reconoció al principio. El rey que había conocido era un anciano decrepito. Esta versión de Qaralius era todo lo contrario: era la presencia que Wendy había *sentido* pero no había visto. Había vuelto a ser un hombre joven, de cabello dorado que ondeaba y enmarcaba su bello rostro. Sus ojos color ámbar reflejaban la sabiduría e inteligencia que había ganado con los siglos, llenos de incomparable compasión.

Aquellos ojos se fijaron en Campanita.

Ésta alzó la vista y suspiró al apreciar la belleza del rey.

—Tú...

Qaralius se arrodilló a su lado.

—Yo. Aquí estoy.

El rey tomó su diminuta mano. Las dos hadas, los últimos de su pueblo, por fin se habían reencontrado.

—Tengo muchas razones por las cuales disculparme —dijo el rey—. Pero si me lo permites, quisiera dedicar el resto de esta vida a la tarea de redimirte. Quiero devolverte la condición de hada que te corresponde. Y por ti, yo puedo ser... Lo que tú quieras.

El rey se arrodilló frente a Campanita y le besó la mano. Wendy podría jurar que percibió un rubor color plata en la mejilla de Campanita.

—Pero, Peter... —murmuró ésta.

—Lo vamos a velar —respondió Qaralius con ternura—. Estaremos de luto por el tiempo que desees —tomó la mano de Campanita—. Y si me detestas, siempre podrás cambiar de opinión.

Wendy casi se ríe. La idea de resistir al hermoso rey de las hadas le pareció absurda.

—No me lo merezco —susurró Campanita, en voz tan baja que solamente Qaralius y Wendy la oyeron. Qaralius colocó las manos sobre sus hombros: —¿Acaso no lo sabes? Para mí vales más que toda la tierra de Nunca Jamás. Mucho más —extendió una mano a su cuello—. ¿Me permites?

Campanita asintió con la cabeza, con los ojos llenos de emoción, y Qaralius agarró el chal color café que le cubría las alas. Lo desgarró y lo partió en dos, dejando que los pedazos se cayeron al suelo. Wendy dio un paso hacia atrás y cubrió la cara ante la brillante luz. Las alas de Campanita emergieron desde debajo del chal, bellas y gloriosas. Aletearon al mismo ritmo que las del rey, y el movimiento de sus cuatro alas formó un vórtice de polvo de hadas que flotó entre los pies de la multitud.

Wendy vio que Campanita llevaba un vestido verde, diminuto y brillante, hecho de una sustancia diáfana más ligera que el aire. La tela verde clara relucía y se agitaba con los movimientos de su cuerpo, cambiando su forma a cada rato: por un momento era una flor, luego se convirtió en una vid enredada.

Campanita se veía tímida y se cubrió el pecho con los brazos. Wendy se acercó y colocó una mano sobre su hombro: —Está bien, Campanita. Eres hermosa.

Campanita le apretó la mano con tanta fuerza que Wendy suspiró del dolor.

—Pero no... No soy así.

Qaralius se quedó viéndola orgullosamente.

—No —Wendy se acercó y le besó la mejilla—, pero algún día serás así.

Campanita... —se acercó más y le susurró al oído—, ser libre no tiene

nada de malo.

Puedes amarlo y también ser libre de él.

Un sollozo se escapó de la boca de Campanita y volteó hacia Qaralius. Al verlos interactuar con tanta gracia y fluidez, Wendy supo que algún día el hada estaría más que libre de Peter. Qaralius le dirigió una sonrisa.

—Te quiero enseñar el lugar de tu origen. Y cuando te sientas lista, podrás decidir dónde estará nuestro futuro. Ya sea aquí en Nunca Jamás o en otro lado —el rey de las hadas entonces se dirigió a Wendy—. Usa tus dones de manera consciente, niña. Sin lugar a dudas, te los has ganado. Ahora muéstrate digna de ellos.

Wendy vio en silencio cómo las dos hadas se elevaron juntas en el aire. El cuerpo de Campanita todavía se estremecía con sus sollozos. Wendy notó que, aunque sus lágrimas fluían libremente, tenía la columna más recta y sus alas se cernían. El poder conjunto de las dos hadas era tan potente que detectaba un olor metálico en el aire. Las dos hadas se dispararon al aire sin decir nada, dejando el caos de la playa atrás. Cuando Wendy vio cómo Campanita desapareció entre las nubes, le susurró un mensaje: *Gracias*.

Las dos hadas ya no estaban. Booth tomó el brazo de Wendy.

—Wendy... El portal. Llegó el momento.

Wendy le rozó la mejilla con los dedos.

—¿Estás seguro de esto?

Booth asintió y la besó suavemente:

—Lo que te dije a bordo del *Contramara*, lo dije en serio.

Wendy sonrió y caminó hacia sus hermanos. Al ver sus alegres sonrisas, sintió una punzada en el corazón. Miró la rendija en el cielo; el portal se veía más pequeño.

Wendy sacudió las manos y las extendió frente a sí misma.

—Bueno, chicos, es la primera vez que lo hago, así que...

Sin embargo, no fue necesario hacer nada. Con tan sólo pensar en compartir el don del vuelo, se desató una reacción automática dentro de ella. El calor blanco fluyó desde su corazón y pasó por sus venas.

—Choca las manos —susurró John— sólo una vez.

Wendy extendió las manos hacia arriba, con las palmas temblando por el poder que fluía por ellas, y las chocó una vez. El don del vuelo que explotó hacia afuera inundó no solamente a sus hermanos, sino a todos los presentes en la playa. Los piratas y los niños gritaron al sentir la ola de poder que los tragó

con su calor blanco. Wendy volteó a ver a John y se rio con placer.

—¡Vaya, es bastante fuerte!

Sonaron las risas por toda la playa, y los piratas y los niños pilvinuvo comenzaron a jugar. Voodoo agitaba las piernas para elevarse más, e hizo un gesto a Garfio, quien permanecía con los dos pies sobre la arena, con una mirada de reproche.

—Te ves ridículo. ¡Todos se ven absurdos! —movió la cabeza y murmuró—. No, bajo ninguna circunstancia. Soy un hombre que vive con los pies en la tierra.

Sin embargo, cuando Lomasi flotó hacia él con una sonrisa de éxtasis y le extendió la mano, Garfio por fin se rindió.

—Mi amor —dijo Lomasi—, ven y dame un beso en medio del cielo.

—Bueno... Solamente una vez, pero no dejaré mi espada.

Los Niños Perdidos también flotaban, pero se veían más perdidos que alegres. En sus rostros se percibía temor y confusión. Wendy extendió una mano a sus hermanos: —Despídanse de Nunca Jamás, chicos.

Michael volteó hacia el cielo.

—¡Mi mamá! —dijo—. Voy a ver a mi mamá.

Voló hacia arriba, agitando sus pequeñas piernas con torpeza infantil.

John se tardó un poco más. Detuvo la vista en la playa y toda la gente congregada sobre ella, con lágrimas en los ojos.

—¿Crees que lo recordaré? ¿O algún día nos convenceremos de que todo ha sido un sueño?

Wendy le sonrió.

—Creo que Nunca Jamás será lo que queramos que sea, John.

John dirigió una última mirada a la playa y brincó al aire, seguido por Wendy y Booth, quien iba al último a una buena distancia. Los Darling volaron hacia arriba, sobre el mar. Ascendieron entre las nubes hasta que la temperatura bajó y las nubes quedaron atrás en la distancia. La niebla les mojó los rostros y Wendy entendió que ya estaban cerca. El portal se veía sobre sus cabezas. Dentro del vórtice, las estrellas se agitaban y danzaban.

Wendy pudo sentir cómo el portal distorsionaba la gravedad alrededor de ellos: se sentía más espeso, era como volar por el agua en lugar del aire. La rendija que se había abierto en el cielo tenía la textura del vidrio; Wendy casi se rio cuando vio su propio reflejo en su superficie.

Wendy todavía estaba cubierta de las cenizas de La Sombra. Sus ojos



brillaron con el poder que Peter le había regalado, y su cabello estaba enredado. Ya no se parecía en nada a la niña que había pasado por el portal la primera vez; sin embargo, seguía siendo la misma chica y siempre lo sería. El portal los atrajo a todos, pero Wendy se detuvo en el aire y resistió su magnetismo.

—¡Chicos!

Sus hermanos volaron hacia ella.

—¡Wendy! —los lentes de John se habían empañado y Wendy los limpió con los dedos—. Creo que se está cerrando. ¡Vamos, de prisa!

Michael chocó con la espalda de John, por llevar un vuelo menos controlado. Se rio de felicidad.

—¡Perdón, John! ¿Wendy, viste cómo se mueven las lucecitas? Qué lindas.

Wendy comenzó a sollozar y sus hermanos dejaron de sonreír. John entrecerró los ojos y vio cómo su hermana trató de controlar sus emociones.

—¿Wendy?

Era la primera vez que su hermano le hablaba con una voz tan cautelosa, y la quebrantó. Las lágrimas fluyeron por sus mejillas y extendió los brazos para abrazar a sus hermanos. En el rostro de John, Wendy vio que su hermano había entendido.

—No vienes con nosotros.

—¿Qué? —Michael hizo una mueca de dolor—. ¿A qué se refiere, Wendy? John, no es cierto. No digas cosas feas.

John abrazó a su hermano.

—Quisiera que fuera mentira, Michael.

Wendy enterró el rostro entre las manos. *Es mucho más difícil de lo que pensaba.* John la siguió mirando; Michael lloró y extendió una mano a su hermana. Wendy los abrazó a los dos con toda su fuerza.

—Es por los Niños Perdidos —dijo John con terrible certeza—. Te quedarás por ellos.

Wendy asintió y Michael le apretó el cuello tanto que le dolía. Wendy hundió el rostro en el hombro de Michael, y la voz se le entrecortó.

—Sí, por los Niños Perdidos.

Lo supo en el momento en que regresó a la Isla de Pan y vio sus rostros hambrientos, sus reacciones a la traición de su partida. Lo supo cuando Oxley se murió, dejándolos a todos sin nadie que se preocupara por ellos. Lo supo cuando los vio en la playa fijando los ojos en Peter, el que tanto los había

lastimado hasta los últimos momentos de su vida. Y lo supo, definitivamente, al mirar a Peter a los ojos cuando se murió entre sus brazos. Supo que la mejor manera de honrar su memoria era asegurarse de que ninguno de los chicos llegara a ser como él.

Se quedaría por los Niños Perdidos. Muchos de ellos nunca habían conocido el amor de sus padres. Algunos habían vivido toda la vida sin que los abrazaran. Aquella noche, a bordo del *Contramara*, había susurrado a Booth las palabras que la aterraban, que no se atrevía a pronunciar en voz alta: tenía que quedarse. Y cuando Booth la miró con los ojos llenos de amor y tristeza, Wendy entendió que él también se quedaría.

Wendy sollozó y tocó el rostro de John.

—Cuida al padre de Booth. Ayúdale con la librería. Háblale de lo valiente que ha sido.

Dile que le rogué a Booth para que se fuera con ustedes, pero... que su hijo no sabe hacer más que lo correcto y lo necesario.

Los ojos de John se llenaron de lágrimas:

—Me encargaré de él, te lo juro. Pero nuestros padres...

Wendy respiró hondo y pensó en tantas cosas que quería decir.

—Diles la verdad. Mi padre te creerá, y algún día hará que mi madre te crea también.

John desvió la vista por un instante:

—Mi madre jamás te perdonará por haberte quedado.

—¡Yo tampoco! —gritó Michael entre sollozos, con coraje—. Si te quedas, ¡te voy a odiar, Wendy! ¡Te voy a odiar!

Le golpeó la espalda con sus pequeños puños, y cada golpe le dolió más que una puñalada en el corazón.

—Michael —dijo suavemente.

Lo volteó para verlo de frente. John se alejó para darles un poco de espacio. El portal se cerró un poco, las prismas que formaban sus costados chisporrotearon al acercarse.

El niño que Wendy había querido como si fuera su propio hijo acurrucó su cabeza rubia sobre su hombro: —No te puedes quedar, Wendy. No puedes. No me puedes dejar. Somos... — sollozó y le agarró el rostro con sus pequeñas manos—... somos una familia.

Wendy apretó la frente contra la de él:

—Y siempre seremos una familia, Michael, te lo prometo. No estaré lejos.

“La segunda estrella a la derecha, y todo recto hasta el amanecer”, ¿te acuerdas? —Michael aulló. Wendy trató de callarlo, pero tuvo que soltar el llanto también—. Tranquilo...

¡Te quiero, Michael!

— ¡Wendy! ¡El portal! —la voz llena de pánico de John interrumpió sus sollozos—.

¡Se está cerrando!

— ¡Vengan aquí! —gritó Wendy.

Abrazó a sus hermanos, los apretó, esperando recordar cada detalle de ellos: los rizos castaños de John; la forma en que las manos regordetas de Michael le agarraban las mejillas; su olor a agua marina y té inglés.

—Los amaré por siempre —susurró Wendy.

Los tres volaron juntos hacia el portal. John se asomó por la rendija que se había reducido al tamaño de su propio cuerpo, la cual seguía contrayéndose rápidamente.

— ¡Puedo ver la ventana de nuestra habitación! ¡Y un cielo gris! ¡Es Londres! — volteó para fijar sus ojos tristes en Wendy—. ¿Estás segura de que no vendrás con nosotros? Vas a romper los corazones de nuestros padres —suspiró e hizo una mueca—. Y el mío también.

Wendy miró a sus hermanos de frente, agarrándoles las manos.

—No nos estamos despidiendo para siempre. Pero alguien tiene que amar a estos chicos; hay que componer todo lo que Peter descompuso. ¿Me entienden?

Volteó hacia Michael y tomó su pequeño rostro entre las manos para darle un beso suave en la nariz. Su hermanito fijó la vista en ella, y Wendy se conmovió al ver la gran fuerza que se reflejaba en sus ojos.

—Vas a hacer que los Niños Perdidos ya no estén perdidos.

Wendy soltó un sollozo.

—Así es. Les daré un hogar. Por ti y por John.

John se limpió la nariz, sin quitar la vista del portal que siguió reduciéndose.

—Peter dijo una vez que se abre cada treinta años.

Wendy asintió.

—Espero que así sea. John —lo miró larga y detenidamente—, pórtate bien.

John asintió. Las lágrimas le recorrieron la cara.

—Me portaré bien. Te lo juro.

Michael se acurrucó entre sus brazos.

—Pero Wendy, cuando no estás conmigo... me duele el corazón.

Wendy se acercó a su rostro y le susurró: —Nunca dejaré de ser tu hermana, durante toda mi vida. Todos los días veré las estrellas y pensaré en lo mucho que te amo.

—Está bien —susurró Michael.

John le extendió una mano para tomar las suyas; los hermanos voltearon hacia el portal.

—¡Los amo! ¡Los amo! —gritó Wendy mientras sus hermanos pasaron por la rendija en el cielo, poniéndose de lado para poder entrar. Michael volteó y Wendy alcanzó a verlo una vez más. Su hermanito se despidió con un ademán de mano y Wendy formó la palabra *adiós* con los labios, incapaz de pronunciarla sin soltar el llanto. El portal se cerró y la rendija se selló frente a sus ojos. El cielo azul reemplazó al vórtice de estrellas y colores.

Sus hermanos se habían ido.

Wendy enterró la cara en las manos y sollozó desconsoladamente, se agitaron los hombros, le costó trabajo respirar y cada lágrima la desgarró como una navaja. De repente, entre sus sollozos, una voz la alcanzó desde el otro lado del cielo azul: la de Michael, quien gritaba —siempre gritaba demasiado fuerte— de felicidad: —¡Mamaaaaa!

Wendy extendió la mano hacia sus hermanos una vez más. Solamente había silencio.

Alguien apareció a sus espaldas y volteó, creyendo por un segundo que vería una sonrisa encantadora y unos ojos verdes que dejarían a cualquier chica rendida, pero no era él. Era otro chico: el que haría lo que fuera por *ella*.

—Ya se fueron —le susurró a Booth, quien flotaba frente a ella.

—Lo sé.

Booth la tomó entre los brazos. Sus ojos estaban rojos e hinchados, y Wendy recordó que Booth también acababa de perder algo.

Su padre. Su legado.

—¿Estarás bien? —preguntó Booth, limpiándole las lágrimas que fluían por sus mejillas.

—Algún día lo estaré —susurró Wendy—, pero aún no.

—Pues aquí hay muchas personas que te quieren muchísimo. Me incluyo a

mí mismo.

Wendy sonrió en silencio. Les esperaban muchas largas jornadas de trabajo: había que entregar el don del vuelo libremente, criar a centenares de niños, reconstruir las vidas destrozadas, construir un país de Nunca Jamás libre de peligro y llorar las vidas que La Sombra había arrebatado, pero ya habría tiempo para todo eso.

Los dos bajaron entre las nubes hasta que vieron la isla. Nunca Jamás se veía tal y como se había visto la primera vez que Wendy voló entre las nubes con Peter Pan: era un paraíso color verde esmeralda, lleno de incontables aventuras y deseos.

Wendy volteó a ver a su amado. El sol le iluminó el cabello y por un momento se sintió cegada por su hermosura. Los contornos de su rostro le recordaron al otro chico, al que nunca había crecido. Wendy apretó la mano de Booth y volaron juntos hacia la playa. Al ver el amanecer de un nuevo mundo, Wendy pronunció palabras de esperanza: —Vivir será una grandísima aventura, ¿no crees?

Sonrió.

—Será la más grande aventura —respondió él.

## EPÍLOGO

### *Treinta años después...*

El señor John Michael Barrie (el seudónimo de John Darling, un nombre que le pareció bastante letrado y formal) estaba elaborando su manuscrito en el pequeño despacho del ático de la librería cuando sonó el teléfono.

Aunque la librería se encontraba vacía a esa hora de la noche, John disfrutaba trabajar en la privacidad de su pequeña alcoba, prefiriéndola a su amplia residencia de la misma colonia.

Escribía tan rápido como podía, con el ceño fruncido y con manchas de tinta sobre las manos, invocando recuerdos casi olvidados y arrojándolos a las páginas. Buscó entre las hojas de papel hasta encontrar la primera página con el título: *Peter y Wendy*. Le parecía un buen título para una historia tan extraña. Desde luego, nadie la leería; sin embargo, tenía dos funciones: evitaba que John se sintiera solo durante las largas noches, y le ayudaba a procesar las partes de su propia vida que, aún a estas alturas, le parecían irreales.

El teléfono volvió a sonar y John frunció el entrecejo con frustración al alcanzarlo. A lo mejor su siempre nerviosa madre le llamaba para insistir en que acompañara a sus padres y a sus hermanas —mucho menores que él— para cenar. Siempre había mucha felicidad y risas en la casa de los Darling, pero John siempre se sentía algo exhausto.

Además, le tocaba estar muy temprano en la Corte a la siguiente mañana.

Aunque era bastante cansado administrar una librería y desempeñarse como el primer abogado del Jardín de Kensington al mismo tiempo, John consideraba que valía la pena. Si bien sus colegas se burlaban de su extraño pasatiempo de vendedor de libros, John sabía la verdad: el derecho era su pasatiempo. La librería representaba su *verdadera* vocación. Cuando el teléfono sonó por tercera vez, lo tomó con un suspiro de enfado; sus lentes se deslizaron por su nariz.

—¿Qué se le ofrece?

Pero no era la voz de su madre, sino la de Michael.

—John —susurró en voz baja—, creo que ha llegado el momento.

La boca de John se puso seca. Se levantó, tropezó y desacomodó las cosas

en su escritorio, buscando el calendario frenéticamente, el calendario con la fecha y hora marcadas en tinta roja.

—No, no puede ser. Ya lo hubiera sabido...

—Has estado muy ocupado —se oían, en el fondo, los felices gritos de los pequeños niños de Michael—. Shhh... —Michael los calló suavemente y volvió a dirigirse a John en voz baja—. Estoy absolutamente seguro, John.

John no le respondió porque ya había encontrado el calendario. Se quedó jadeante, con la mirada fijada en la fecha.

—Tienes razón. Por Dios, tienes razón.

Respiró profundamente.

—Apúrate —dijo su hermano, pero John ya había dejado el teléfono desatendido, se puso el saco y bajó por la escalera a quemarropa.

Veinte minutos después, John entró a la casa en la Calle Kensington en silencio. Oyó las voces de sus padres y hermanas cenando al fondo del pasillo. Su padre —ya con voz de anciano— regañaba a una de las niñas por su falta de educación, ante lo cual sus hermanas se rieron. Sus padres no lograban controlar a las niñas en absoluto, pero su gran afecto por ellas era más significativa que su falta de disciplina.

John subió calladamente por la escalera, dobló a la izquierda en la planta alta y caminó por el pasillo hasta la habitación ya abandonada donde había crecido. Abrió la puerta y la cerró suavemente a sus espaldas. La habitación estaba oscura, pero John alcanzó a distinguir, con la luz de la luna, el perfil de alguien parado frente a la ventana con la cabeza inclinada.

—¿Michael?

—Sí, sí.

John dio un paso hacia adelante, se quitó el sombrero y lo detuvo en la mano. Su corazón tamborileaba mientras caminaba por la habitación. Dejó que sus manos se deslizaran por los viejos muebles: la silla mecedora donde había leído incontables libros, la silla rota que le había pertenecido a Michael, la cual éste designó como su “barco de piratas”, y finalmente... Vio una cama en la esquina de la habitación que había permanecido desocupada durante tantos años, pues su madre nunca quiso desacomodarla.

John se quitó el saco lentamente y lo colocó sobre su propia cama de la infancia. Se paró al lado de su hermano, un hombre de buen parecer que había llegado a ser el director de una escuela parroquial.

—¿Estamos dementes? —susurró Michael. Su cabello rubio mantenía el

mismo color brillante que había tenido treinta años atrás—. Se siente como una locura.

*Quizás si estemos dementes*, pensó John, aunque no se atrevió a decir nada en voz alta.

Como siempre lo había hecho, se dedicó a proteger a su hermano. Michael no se podía mantener quieto; comenzó a revisar los libros del estante.

—¿Recuerdas éste? Ella siempre nos leía este libro.

John se acercó y se fijó en el título.

—Ah, sí. Cómo le encantaba esa pequeña tontería.

—Y hablando de libros... ¿cómo vas con el que estás escribiendo?

John asintió:

—Va lento, pero seguro.

—Nunca voy a entender tu lógica —Michael agitó la cabeza y habló con un tono grave que reflejaba la desilusión—. Lo convertiste en el héroe de la historia a él.

John mordió la mejilla y se incomodó.

—Lo tuve que hacer, Michael. Si no, la historia hubiera sido demasiado dolorosa, porque hubiera sido la *verdad*. Mi versión de Peter les dará a los niños alguien en quién creer.

Michael asintió y se quedó pensativo.

—Bueno, supongo que no es tan malo. Dejar que los niños crean que pueden volar.

John sonrió y limpió sus lentes con un pañuelo.

—No, no es nada malo...

Lo interrumpió un crujido.

—¿Qué fue eso? —Michael lo miró.

—Supongo que solamente fue el viento...

Oyeron el crujido de nuevo, y los dos hombres detuvieron el aliento. Frente a sus ojos, la ventana se transformó en una prisma cambiante de luces y colores. Después de un momento John se acercó y tocó el vidrio, tembloroso. Se pegó a sus dedos como si fuera de líquido.

Michael le agarró la mano y los dos vieron cómo el aire estalló en un remolino de tonos de azul y púrpura. Entonces John presenció la imagen más hermosa que había visto jamás: la sonrisa de su hermano, iluminada con las estrellas, sus labios pronunciando el nombre de su hermana cuando apareció en el alféizar: —¿Wendy?



Había vuelto.

## AGRADECIMIENTOS

Bueno, se acabó.

La serie de *Wendy Darling* ha llegado a su conclusión. Al pensar que nunca volveré a Nunca Jamás, siento alivio y melancolía al mismo tiempo. Fue un enorme placer vivir a través del personaje de Wendy durante los últimos cuatro años. Después de escribir sobre alguien con un corazón tan negro e infame, quería un protagonista más positivo, alguien con la bondad intrínseca que la hiciera capaz de enfrentar a un terrible mal. Wendy refleja los mejores atributos de los que me rodean: es generosa sin esperar nada a cambio; es fuerte sin recurrir a la violencia; es capaz de amar cueste lo que cueste.

He tenido la gran fortuna de poder dar y recibir amor de semejantes personas durante toda mi vida. A Wendy la iluminan las mejores cualidades de todos ustedes. Lo único que espero a cambio es que ella pueda inspirar a otros para que reflejen la misma luz.

Gracias a mi agente literaria, Jen Unter, quien ha hecho tantas cosas para que *Wendy Darling* emprendiera su vuelo. Gracias a Crystal Patriarcho y al equipo de la editorial SparkPress, quienes han inspirado mis palabras desde el inicio. Su gran labor ha convertido esta serie en algo accesible y fantástico al mismo tiempo. A mis compañeros escritores y queridos amigos Brianna Shrum y Mason Torall: gracias por tanta risa durante tantas largas noches, por sus sólidos consejos, gracias mil. No puedo esperar para ver cuáles empresas creativas nos esperan en el futuro, y cuáles nuevas “frases mágicas” podremos bordar en nuestros cojines.

Un agradecimiento a los amigos que quieren a esta extraña criatura-escritora tal y como es: Karen Groves, Kim Stein, Elizabeth Wagner, Katie Hall, Nicole London, Erin Chan, Cassandra Splittgerber, Katie Blumhorst, Emily Kiebel, Amanda Sanders y Erin Burt. A aquellas personas que prestaron sus voces a la serie *Wendy Darling* durante la creación de los tres libros... A saber, Erin Armknecht y Patty Jones.

Gracias a los lectores que me han compartido hermosas palabras de afecto, a aquellos que se identificaron con Wendy o Campanita, o hasta con Peter...

A aquellos que han creado el hermoso arte que adorna las portadas de estos libros. A los maravillosos fans de TeenCon, del festival NBF y de la FIL

de Guadalajara que me recibieron con los brazos abiertos: esta serie les pertenece a ustedes.

Finalmente, gracias a mi extraordinaria familia, a aquellos que nunca dejan de asombrarme con el amor que regalan libremente. A Ryan Oakes, el que siempre ha sido mi fan más grande, el que ha sido la voz de la razón cuando la tormenta amenazaba con hundirme. Eres una roca para todos los que te conocen, eres mi propia Sybella que me habla cuando mis propios pensamientos parecen desvanecerse. A Maine: no lo sabía al principio, pero resulta que estuve guardando mis mejores sonrisas para ti. Son eternamente tuyas. A Cynthia: hay tantas personas en este mundo que no tienen la fortuna de tener una hermana tan excepcional como tú... Qué lástima me dan. A mis padres, Ron y Tricia McCulley, que me enseñaron que ningún sueño es demasiado grande. A Denise McCulley, Butch y Lynette Oakes: gracias por cuidar a mis hijos, y gracias por todo su cariño. Son una maravilla.

Salmos 95:5.

# Document Outline

- [Índice](#)
- [La Isla de Pan](#)
- [i](#)
- [ii](#)
- [iii](#)
- [iv](#)
- [v](#)
- [vi](#)
- [vii](#)
- [viii](#)
- [ix](#)
- [x](#)
- [xi](#)
- [xii](#)
- [xiii](#)
- [xiv](#)
- [xv](#)
- [xvi](#)
- [xvii](#)
- [xviii](#)
- [xix](#)
- [xx](#)
- [xxi](#)
- [xxii](#)
- [xxiii](#)
- [xxiv](#)
- [xxv](#)
- [xxvi](#)
- [xxvii](#)
- [xxviii](#)
- [xxix](#)
- [epílogo](#)
- [agradecimientos](#)

# Table of Contents

Índice

La Isla de Pan

i

ii

iii

iv

v

vi

vii

viii

ix

x

xi

xii

xiii

xiv

xv

xvi

xvii

xviii

xix

xx

xxi

xxii

xxiii

xxiv

xxv

xxvi

xxvii

xxviii

xxix

epílogo

agradecimientos